

MAR CARRIÓN

Cuando vuelva a encontrarte

Índice

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Para la adinerada familia de Alice Mathews lo más importante es el éxito profesional, el dinero y las apariencias, por eso, para Wayne Mathews, el tirano de su padre, el único futuro posible para su hija es que se convierta en la abogada de la empresa que él dirige en Chicago. Recién licenciada, Alice se traslada a Nueva York para realizar las prácticas en el bufete de un amigo de su padre. Sin embargo, ahora que está tan lejos de casa y del control del patriarca, encontrará una oportunidad maravillosa de ver realizados sus propios sueños.

Amante de la pintura, su verdadera vocación, se muda a un viejo apartamento en un barrio obrero de Brooklyn, que deberá compartir para poder permitirse pagar sus estudios de arte. Pero ¿qué sucederá cuando descubra al verdadero compañero de piso, Jake Mancini, un chico con el pelo largo que toca en una banda de rock? ¿Qué sorpresas les deparará el destino a dos personas tan opuestas como Alice y Jake?

CUANDO VUELVA A ENCONTRARTE

Mar Carrión

Esencia/Planeta

Prólogo

Nada más llegar a casa, entró en la cocina para besar a Ava y luego subió la escalera a toda prisa para encerrarse en su dormitorio. Soltó la mochila sobre la cama y comenzó a abrir y a cerrar los cajones de su escritorio. Colocó sobre la mesa el set de acuarelas que le había regalado Ava por su último cumpleaños y fue disponiendo el resto de los materiales alrededor de los folios en blanco. Se sentó y observó con embeleso el paisaje otoñal que se extendía al otro lado de la ventana. Tonos marrones, ocre y ámbar envolvían la calle residencial de Golden Coast, mientras que el cielo del atardecer era una explosión de azules, violeta, rosa y naranja. ¡Qué desafío recrear tantos colores! Miró su paleta de acuarelas emocionada y su mente comenzó a mezclarlos mucho más rápido de lo que lo hacían sus manos.

Se le pasó la tarde volando, aunque la caída de la luz la obligó a terminar su boceto de manera algo precipitada. Ése era un escollo con el que se enfrentaba cada tarde y que todavía no sabía cómo salvar. Los colores, las luces y las sombras se movían constantemente como si tuvieran vida propia, por lo que era muy difícil capturarlos en el papel. Agarró su dibujo ya terminado y lo observó con una sonrisa. A la abuela le encantaría, así que corrió a mostrárselo.

Estaba sentada en su sillón orejero del salón, tejiendo una funda muy bonita para el cojín que siempre se ponía en la zona lumbar cuando tomaba asiento. Su estudiosa hermana estaba sentada a la mesa, con la nariz enterrada en los libros de historia. La abuela la ayudaba con esa asignatura, sabía tantas cosas... Pero lo que mejor sabía hacer, a su juicio, era hornear galletas de todos los sabores e ingredientes. El aroma a vainilla y chocolate procedía de la cocina y se expandía por todo el salón. A Alice se le encogió el estómago como un acordeón. ¡Qué hambre tenía!

—¡Mira lo que he dibujado, abuela!

—Chisss, no seas tan escandalosa. Algunas tratamos de hacer los deberes —la riñó Erin.

Ava dejó a un lado las agujas de tejer y cogió el dibujo de sus manos. Lo contempló con mirada cándida mientras ella la observaba sin parpadear, esperando su veredicto con excitación.

—Qué preciosidad, cariño. Qué colores tan bonitos... —Retiró un momento la mirada orgullosa del dibujo para aposentarla en su nieta—. Eres una verdadera artista, pequeña. ¿Has visto lo que ha dibujado tu hermana, Erin?

Ella desenterró la cabeza de su libreta y miró el dibujo.

—Sí, es muy bonito, pero como te hayas pasado toda la tarde dibujando y no hayas hecho los deberes, te va a caer una buena bronca en cuanto llegue papá.

—Los has hecho, ¿verdad, cariño? —le preguntó la abuela con expresión preocupada.

Alice torció el gesto.

—Los haré ahora. Tenía que aprovechar la luz y me estaba quedando tan bonito que no me he dado cuenta de la hora que era.

—Pues venga, bájate los libros si quieres y hazlos aquí. —Lanzó una mirada al reloj de pared que pendía sobre la chimenea—. Se ha hecho un poco tarde y tu padre estará a punto de llegar. Helen ya ha empezado a preparar la cena.

—Vale —asintió con un movimiento de hombros—. ¿Mamá no ha llegado todavía?

—Ha llamado hace un rato para decirnos que se retrasaría. Por lo visto, esas clases de aromaterapia a las que acude los miércoles han empezado un poco más tarde de lo habitual.

Alice subió a su dormitorio, agarró la mochila y volvió a bajar como un rayo. Descendía la escalera hacia el salón cuando oyó el característico sonido que hacía la puerta del garaje cuando su padre regresaba a casa después de un largo día de trabajo.

Días antes le había sucedido lo mismo que esa tarde. Tanto se había entusiasmado pintando las siluetas tan originales que las nubes formaban en el cielo que, cuando quiso darse cuenta, su padre subía la escalera. La había reprendido severamente, y ni siquiera el bonito dibujo había suavizado su mal humor. Pero ese día sería diferente, porque el dibujo de las nubes no le había quedado tan espectacular como el que acababa de realizar. Si se enfadaba porque no había hecho los deberes, se lo mostraría y seguro que se le pasaría el enfado.

Dejó la mochila sobre la mesa, al lado de los cuadernos de Erin, y sacó su libro de matemáticas. Ese día, el señor Atkins les había mandado un montón de ejercicios, pero Alice apenas había prestado atención a las explicaciones en clase y ahora no tenía ni idea de cómo resolverlos. Odiaba las matemáticas, tampoco era la asignatura favorita de Erin, así que no le quedó más remedio que esperar a su padre para que le echara una mano. Él sí era bueno con los cálculos.

Wayne Mathews asomó su esbelta y trajeada silueta en el salón, aunque saludó desde el umbral. Nunca les daba un beso cuando llegaba del trabajo, y rara vez reía o sonreía. Se limitaba a preguntarles sobre las clases, los estudios y los deberes, y si le daban la respuesta que quería oír, entonces desaparecía en su despacho hasta la hora de la cena. Cuando Alice le preguntaba a la abuela la razón por la que los papás de sus compañeras de clase eran cariñosos con sus hijas y, por el contrario, su padre no lo era, Ava solía justificar ese desapego aduciendo que era un hombre muy ocupado, pero que eso no significaba que no las quisiera. «Os quiere muchísimo a las dos, y vuestra madre también. Sois su vida», solía decirles cuando hacían preguntas.

Sin embargo, ese día no se marchó a su despacho. Después de que quedara complacido con las explicaciones de Erin, las que le dio Alice hicieron que frunciera el ceño en ese gesto suyo tan característico que tanto aterraba a su hermana, incluso cuando su enfado no tenía nada que ver con ella.

—¿Se puede saber qué has estado haciendo durante toda la tarde para que tus deberes no estén terminados?

—Claro —contestó Alice con una sonrisa. Cogió el folio y corrió hacia el umbral de la puerta para enseñárselo—. Mira.

Wayne Mathews lo agarró y observó con gesto pétreo el conjunto de líneas y colores.

—¿Qué es esto?

—Es la calle, papá. La he pintado porque tenía unos colores muy bonitos. ¿Te gusta?

Sus oscuras cejas casi se tocaron en el centro. Al alzar la mirada, sus ojos azules brillaban con un furor que hizo temblar a Alice.

—¿Y en esto has malgastado toda la tarde?

—No la he malgastado. De mayor quiero ser pintora, papá.

—¿Pintora? ¿Qué te dije el otro día?

—Pero el otro día el dibujo no me salió tan bien como éste.

Wayne Mathews miró a Ava y la anciana dejó de tejer.

—Deberías vigilarla más de cerca, madre. —Ni siquiera la dejó responder—. Y tú quítate de la cabeza esa ridiculez de que quieres ser pintora.

—No es una ridiculez. —Alice irguió la barbilla con obstinación.

—Sólo tiene ocho años, hijo —intervino Ava—. Cambiará de idea varias veces antes de que descubra qué es a lo que quiere dedicarse de verdad.

—A su edad, yo ya lo tenía muy claro. Y Erin también. —Su hermana no se atrevía a levantar la cabeza de los libros—. Ya puedes ir olvidándote de esa tontería, ¿me oyes? —Arrugó el folio en una mano y lo hizo una pelotita. Alice chilló desolada y enseguida se puso a llorar—. Me da igual que llores, ya te advertí el otro día que los deberes tienen que estar listos antes de la cena, y que si te veía otra vez distraída con las pañeteras acuarelas que te regaló la abuela te las quitaría.

—Pero, papá...

—No hay peros que valgan. La próxima vez que decidas ser una irresponsable seguro que lo pensarás dos veces.

En el salón, su voz de trueno se fue apagando conforme subía la escalera hacia la habitación de Alice. Ella se quedó mirando a su abuela, que no pudo hacer otra cosa más que enviarle una mirada afectuosa cargada de tristeza. Nadie, ni siquiera Ava, podía doblegar jamás la voluntad de su padre.

Con el rostro encharcado en lágrimas, Alice subió la escalera como un torbellino. Tiró de la manga de la chaqueta de su padre cuando chocó con él en la entrada de su dormitorio, pero sus súplicas no lo detuvieron. Wayne Mathews cruzó la habitación en tres zancadas, agarró el set de acuarelas que todavía estaba encima de la mesa y se lo llevó consigo.

—Papá, te prometo que no volverá a pasar, ¡pero no me quites mis pinturas!
—Lloró amargamente.

—¡Te dije que no te avisaría dos veces!

Alice se colgó de su brazo para detener sus furiosos pasos. Alargó la mano para intentar apoderarse del estuche, pero su padre le dio un empujoncito para apartarla de su camino.

—No quiero más llantos. Baja ahora mismo a hacer tus deberes y conviértete en una mujer de provecho. ¡No volverás a ver esto hasta que se te quiten de la cabeza todas las tonterías! —Zarandeo las acuarelas en el aire.

Wayne entró en su despacho y cerró de un portazo. Alice temblaba de pies a cabeza en medio del corredor mientras observaba la puerta prohibida. No les

estaba permitido entrar allí, así que no podría recuperar sus acuarelas de ningún modo. Su llanto aumentó, sintió como si su pequeño mundo acabara de romperse para siempre. Ella no tenía la cabeza llena de tonterías. Sus padres siempre le decían que debía ser abogada, durante las cenas no se hablaba de otro tema que del futuro profesional de sus hijas; pero ella tenía muy claro que quería ser pintora. Lo sabía casi desde que era un bebé.

Regresó al salón con los hombros desplomados, los ojos hinchados como pelotas y la nariz congestionada. Entre los brazos de la abuela halló algo de consuelo y las palabras comprensivas de Erin también la reconfortaron. Pero en lo único que podía pensar era en cómo recuperar sus acuarelas o en cómo hacerse con unas nuevas.

Nueva York, veintitrés años después

Nueva York era una ciudad de recuerdos. Algunos eran malos, los peores de su vida, pero otros eran buenos. Los mejores. Hacía muchísimos años que no visitaba la ciudad, ocho en concreto, pero tan pronto como puso los pies en el aeropuerto JFK tuvo la sensación de que nunca se había ido de allí.

Durante el trayecto en taxi hacia su hotel, cada edificio, cada calle, cada establecimiento, cada sonido e incluso cada olor que le llegaba a través de la ventanilla abierta del vehículo estaba impregnado de recuerdos que comenzaron a removerle las emociones. Pensó que en cuanto deshiciera la maleta y se pusiera a repasar sus notas los ánimos se le calmarían y todo volvería a su ser, pero no fue así. No podía desconectar la mente de esa marea agitada que le había ido inundando el corazón.

Era un viaje relámpago para atender un par de asuntos con dos clientes potenciales de la compañía. No iba a entretenerse mucho tiempo. Tenía programadas un par de reuniones por la mañana, una por la tarde y otra más a la mañana siguiente antes de coger su vuelo de regreso a Chicago. Pan comido. Estaba deseando darles carpetazo a esas soporíferas reuniones para pasar al siguiente tema. Aunque lo que le aguardaba después eran más aburridas e interminables negociaciones. Se había pasado los últimos ocho años dedicándose a su profesión en Londres sin cuestionarse lo poco que la motivaba. La desempeñaba y punto. Pero desde que había regresado a Estados Unidos notaba un constante desasosiego, una persistente necesidad de mandarlo todo al cuerno. Un intenso deseo de plantarse delante de su padre y decirle que abandonaba el barco y que le importaban un pimiento las consecuencias.

Exhaló el aire pesadamente y se llenó los pulmones con el oxígeno limpio de la habitación de su hotel. Se cambió de ropa, se colocó los zapatos de tacón y agarró su cartera de cuero.

Y puso el piloto automático.

La reunión de la tarde terminó antes de lo previsto y le dejó tiempo libre antes de la hora de la cena. No sabía muy bien en qué emplearlo. Se le ocurrió que podría dar una vuelta por la Sexta Avenida para estirar las piernas y aprovechar para hacer unas cuantas compras. Había pensado en adquirir nuevos utensilios de pintura y que alguien experto en la materia la pusiera al corriente de los últimos productos que habían ido apareciendo en el mercado. Estaba tan oxidada... Hacía siglos que no pintaba nada decente. ¿Habría alguna tienda de arte en la Sexta? Habría un montón. Se le pasó una idea por la cabeza, pero la apartó al instante por considerarla absurda. Y entonces regresó con más fuerza.

La tienda de Colette.

¿Existiría todavía? Bueno, por consultarlo en internet no perdía nada. Se quitó los zapatos de tacón, que lanzó bien lejos, y movió los dedos de los pies mientras hacía la búsqueda en su teléfono móvil. Sí, todavía existía. La inquietud volvió a agitarle las entrañas. Era una tontería viajar hasta Brooklyn sólo para hacer unas compras que podía realizar perfectamente en Manhattan, en la misma calle en la que estaba hospedada, y aun así... Pensó en la increíble sorpresa que se llevaría Colette si la veía aparecer por la tienda después de tantos años. Se le curvaron los labios. A ella también le haría mucha ilusión volver a verla.

Estaba indecisa. Regresar a Brooklyn iba a llevar consigo una avalancha de recuerdos nostálgicos. Mucho más que moverse por Manhattan. ¿Era necesario? No, pero desde que la tienda de Colette había cruzado por su mente ya no podía pensar en otra cosa.

Habló con recepción y pidió que pusieran a su disposición un coche de alquiler. Se conocía el camino a Brooklyn como la palma de la mano, lo había hecho tantas veces en el pasado... La agobiaba el ajetreo del transporte público, y como la empresa no escatimaba en gastos iba a aprovecharse de ello.

Mientras recorría el puente de Brooklyn con el aire veraniego agitándole el cabello y los rayos de un sol ya tardío coloreando de oro los edificios, la invadió una sensación de libertad tremenda que se mezcló con la inevitable nostalgia. Y es que nunca se había sentido tan libre como en aquella época ya tan lejana, mientras residía allí, en el vecindario de Sunset Park.

La tienda de Colette estaba muy cerca, en Borough Park. Se fijó en que el

distrito no había cambiado casi nada. Los mismos negocios, las mismas calles tranquilas... Estacionó el coche frente a la puerta y se quedó mirando el establecimiento antes de apearse. Los ladrillos de la fachada conservaban la tonalidad escarlata, y también seguía allí el rótulo blanco con letras negras que anunciaba el fructífero negocio. El enorme cerezo continuaba frente a la entrada.

Tomó aire y salió del coche.

El olor a barniz, a pintura y a disolventes le anegó las fosas nasales nada más poner un pie en el interior. Maravilloso aroma. Había dos clientes que ya estaban siendo atendidos por una dependienta joven a la que no conocía, y también por Colette. Alice la observó desde el fondo de la tienda y apreció los cambios físicos que el paso del tiempo había obrado en ella. Las canas campaban a sus anchas por su cabello oscuro y había arrugas gestuales mucho más pronunciadas que antaño, pero sus ojos marrones tenían la misma expresión amable y risueña. Con la salida del cliente al que atendía, Colette se la quedó mirando con síntomas de reconocimiento y Alice esbozó una leve sonrisa mientras se acercaba a ella.

—¿Alice Mathews?

—La misma. Hola, Colette.

—¡Demonios! —La mujer salió de detrás del mostrador—. ¿Cuánto tiempo hace que...?

—Poco más de ocho años. —Colette la encerró entre sus rechonchos brazos, expresando mucha más alegría de la esperada, ya que la relación que las había unido en el pasado no había sido tan íntima. Alice acudía a realizar sus compras y la mujer le daba conversación, eso era todo—. ¿Cómo estás?

—Oh, ¡yo estoy genial! Dime, ¿dónde te has metido todo este tiempo? —La agarró por las muñecas con la sonrisa ensanchada—. ¡Estás espléndida, cariño!

—Tuve que marcharme a Londres precipitadamente y ni siquiera pude despedirme. —Miró a su alrededor e inspiró el olor característico con ilusión. En el interior tampoco se habían producido cambios aparentes—. Me alegro mucho de que la tienda siga funcionando igual de bien.

—Me vi obligada a contratar a una ayudanta, así que no puedo quejarme. Cuéntame, ¿qué te trae por la gran ciudad? ¿Vives aquí?

—No, sólo he venido a atender unos asuntos de trabajo. Mañana tengo que regresar a Chicago. Ahora vivo allí. —Le contó que hacía poco tiempo que

había regresado de Londres—. No quería marcharme sin antes hacerte una visita. Además, necesito un montón de materiales de pintura. —Sonrió.

—¡Así que continuas pintando!

—Sí, yo... Bueno, lo dejé durante un tiempo porque el trabajo me absorbía mucho, pero... estoy pensando en retomar las viejas costumbres.

—Pintabas unos cuadros preciosos.

—Gracias, Colette.

Una vez, Alice le había enseñado algunas fotografías de su trabajo para que la ayudara a escoger nuevos colores y nuevas texturas con las que ensayar, y había descubierto que Colette no era simplemente la dueña de un establecimiento que vendía material de bellas artes, sino que además entendía muchísimo del tema. Estaba al día de los nuevos artículos y las tendencias que iban surgiendo en el mercado.

—Me gustaría echarles un vistazo a tus catálogos y que me asesoraras. Ando un poco perdida.

—Oh, por supuesto que sí, cariño.

La mujer le soltó las manos y acudió detrás del mostrador. De la estantería que había en la pared frontal cogió dos volúmenes que depositó sobre el mármol. Alice se acercó para ojearlos al tiempo que un par de clientes entraban en la tienda.

—Aquí los tienes. Tómate el tiempo que quieras, y cualquier duda que te surja me interrumpes.

Colette se dispuso a atender a uno de los recién llegados y Alice comenzó a pasar las hojas. A medida que se adentraba en el fascinante mundo de las pinturas, los barnices, los lienzos y los pinceles, notó una explosión de emoción que le agitó la respiración. Estaba excitada. A veces, en sus momentos más oscuros y de desánimo, había creído que jamás volvería a ser capaz de pintar. Pero ahora creía que sí. Su pasión por el arte había florecido de nuevo. La vocecilla interior que la animaba a agarrar de nuevo un pincel había vuelto a hablarle.

En cuanto Colette se quedó libre volvió a atenderla. Alice había hecho una lista de los productos más básicos que necesitaba para comenzar, pero tenía un montón de preguntas que hacerle sobre los que le resultaban más novedosos.

—Nunca llegué a pintar con la marca Rembrandt. Comencé utilizando Van Gogh y luego me pasé a Amsterdam. ¿Me la recomiendas?

—Es un poco más grasa, necesitarías utilizar algo más de secativo de

cobalto para acelerar el secado. Pero se consiguen muy buenos resultados. Ten, te regalo una muestra para que la pruebes.

—Oh, muchas gracias, Colette.

—No se merecen.

Con expresión sonriente, la mujer fue colocando con cuidado en una bolsa de papel cartón todos los productos que iba localizando.

—¡Por cierto! —Colette abrió mucho los ojos al tiempo que se dirigía a uno de los estantes que había a su derecha—. ¿Qué tal te va con aquel chico tan guapo que a veces te acompañaba a la tienda? Supongo que estaréis juntos, se os veía tan enamorados...

Alice se demudó. No pudo evitar ponerse seria y que un pinchazo doloroso, como el de un alfiler clavándosele en el corazón, la dejara momentáneamente sin palabras. La mujer se dio cuenta.

—Oh, cariño, perdóname si he sido indiscreta. No quería incomodarte.

—No te preocupes, es sólo que... No he vuelto a verlo desde que me marché a Londres.

Tomó aire y forzó una sonrisa. Como no quería darle la oportunidad de que hiciera más preguntas sobre ese tema, desvió la atención hacia el catálogo y aprovechó el repentino silencio para pedirle asesoramiento acerca de más productos.

Algunos minutos después, abandonó el establecimiento cargando con dos bolsas repletas de todo tipo de materiales. Seguro que no utilizaría ni la mitad, pero no había podido evitar encapricharse de todo cuanto había visto.

Mientras atravesaba Borough Park en busca del desvío hacia la Decimotercera Avenida, vio una señal que indicaba que para ir a Sunset Park había que seguir recto. Fue como si la señal le hablase.

«Sigue recto. Sigue la flecha.»

Tras un breve titubeo, se pasó el desvío de regreso a Manhattan y continuó por la calle Cincuenta y Dos. Tan pronto como penetró en su antiguo barrio, la nostalgia contra la que peleaba desde que había aterrizado en Nueva York se hizo mucho más fuerte.

Con las manos bien aferradas al volante y la mandíbula apretada, observó que Sunset Park era tal y como permanecía en sus recuerdos. Edificios bajos de ladrillo oscuro, casas unifamiliares de fachadas rojizas, hileras de árboles flanqueando las calzadas... Algunos negocios eran nuevos, pero la gran mayoría continuaban siendo los mismos. La inercia, o tal vez la necesidad de

seguir enfrentándose a sus fantasmas, la guio hacia la calle Cuarenta y Cinco. Dejó atrás la zona de *brownstones* tan características de Brooklyn y sintió un pellizco en el alma cuando sus ojos se toparon con el viejo edificio de tres plantas, con la escalera de incendios que afeaba la fachada, con la tienda de móviles de la planta baja y con la cafetería de paredes de color rosa que había en la esquina.

Detuvo el coche con la única intención de echar un rápido vistazo al exterior y después seguir con su camino, pero lo que hizo fue girar el volante y estacionar en un hueco que había allí mismo. Y luego se apeó. Desde la acera de enfrente, alzó la cabeza hacia la tercera planta y observó las estrechas ventanas. Los recuerdos comenzaron a multiplicarse. Fogonazos y más fogonazos que no había manera de parar. Eran tan reales, tan cercanos en la memoria, que sólo un pequeño puente separaba la distancia entre su vida actual y la que había vivido ocho años atrás. Y decidió cruzarlo. Tenía que hacerlo.

Atravesó la calle, pulsó el botón del timbre y aguardó.

La puerta se abrió con un bramido electrónico y Alice penetró en el interior. El aire oxigenado del exterior se vio reemplazado por el olor húmedo y mohoso del antiguo edificio. En la penumbra, atisbó la familiar distribución del portal. La escalera estaba al fondo, los buzones a la derecha, y a la izquierda el mostrador de madera. El hombre enjuto y encorvado que se hallaba sentado detrás la observó ceñudo, pero su cerebro estaba tan remojado en alcohol que Alice dudaba que la reconociera. Jamás habría imaginado que el señor Stevens continuara desempeñando su trabajo de portero. Sus ojos castaños estaban más hundidos que antaño y apenas le quedaba algo de cabello. Junto a un paquete de folios tenía la botella de vodka. Tampoco eso había cambiado.

—Buenos días. —Alice saludó con amabilidad y se aproximó. El hombre inclinó la cabeza para corresponderla—. Quisiera hacerle una pregunta. Verá, hace unos cuantos años, bastantes en realidad, estuve residiendo en el apartamento tercero derecha. Pasaba por aquí por casualidad y me ha surgido la duda de si actualmente hay alguien viviendo en él.

—¿Dice que era el tercero derecha? —Su voz cavernosa y demasiado alta retumbó en el pequeño portal. Era tan desagradable como el olor a alcohol de su aliento.

—Así es.

—Está desocupado desde hace un par de semanas. ¿Quiere alquilarlo?

—No, yo... Bueno, quizá —mintió—. Pero antes me gustaría verlo, claro.

—Eso tiene fácil arreglo. Cojo las llaves y subimos.

El hombre se volvió para buscarlas en un armario metálico que había a su espalda.

—Disculpe, pero si no es mucho inconveniente preferiría subir sola. Ya conozco el apartamento, por lo que no tiene que enseñármelo. Sólo quería... ver en qué condiciones está. —Trataba de sonar natural y espontánea.

—Siempre acompaño a las personas que vienen a ver los pisos, señorita, es parte de mi trabajo. Sin embargo, voy a hacer una excepción con usted. Hoy me he levantado con la maldita artritis jodiéndome las rodillas y no soy capaz de subir más de tres peldaños seguidos. Estoy esperando a que pongan un ascensor, pero la gentuza del ayuntamiento está demasiado ocupada en vaciarnos las carteras con sus malditos impuestos en lugar de facilitarnos la vida a los enfermos —blasfemó. Al volverse de nuevo para apoderarse de la llave estuvo a punto de derribar la botella de vodka—. Tenga.

Alice tomó la llave de su flacucha mano y le dio las gracias.

Mientras ascendía por la añeja y sombría escalera se preguntó dónde demonios pretendía el portero que se colocara el ascensor. Tendrían que derribar el edificio entero para acoplarlo.

El aspecto general se veía más deteriorado. Había manchas de humedad en las paredes, la barandilla necesitaba una mano urgente de pintura y había suciedad acumulada en los rincones que formaban los escalones. Tenía la sensación de que el abandono obedecía al alcohol más que a la artritis.

Se plantó ante la puerta del apartamento y metió la llave en la cerradura. Los goznes gruñeron al abrirse y el aire viciado del interior le anegó las fosas nasales. Alice metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y se quedó mirando las baldosas de color café, el minúsculo pasillo y las puertas carcomidas que conducían al resto de las habitaciones. Tomó aire y se quedó allí quieta. No dio un paso adelante hasta asegurarse de que podría lidiar con el huracán de emociones que se le echó encima.

Finalmente, entró y cerró la puerta a su espalda. Se dirigió al salón y lo observó desde el umbral. Como si fuera la espectadora de una película en la que ella misma era la protagonista, se vio sentada frente a un bastidor, junto a la ventana. Tenía una expresión risueña mientras imprimía dinámicos trazos al lienzo. Jake estaba sentado en el sofá marrón de tres plazas —aunque ahora

estaba tapizado en verde hierba—, los pies descalzos sobre la mesa y la guitarra acústica sobre el regazo, arrancándole acordes deliciosos que acompañaba con su voz templada de roquero.

Salvo una lámpara de pie que había en un rincón y la tapicería del sofá, el mobiliario continuaba siendo el mismo, incluso las cortinas blancas con florecillas azules, que de tan largas como eran descansaban en el suelo. Alguno de los inquilinos posteriores les había hecho un dobladillo.

La imagen le hirió las retinas y tuvo que cerrar los ojos para hacerla desaparecer. Se volvió y vio la cocina con el rabillo del ojo. Más recuerdos. Evocó las pizzas y las hamburguesas, los perritos calientes y los postres de mascarpone con galleta y mermelada que comían con fruición allí mismo, en la mesa que cojeaba y que Jake calzaba con una servilleta doblada.

Se asomó al que había sido el dormitorio de él hasta que se convirtió en el de los dos. La cama seguía ubicada bajo la ventana y ahora estaba cubierta con un edredón de color rojo. Casi como si acabara de tumbarse, pudo sentir el tacto del colchón amoldándose bajo su cuerpo cada vez que él se acoplaba sobre ella. Y revivió los besos, y las caricias, y el azul intenso de sus ojos enamorándole el alma.

Un nudo de emoción le apretó la garganta y ya no quiso inspeccionar nada más. Necesitaba salir de allí y regresar cuanto antes a su zona de confort. Erin siempre decía que todo el mundo tendía a idealizar las historias de amor inacabadas. Quizá tuviera razón, pero eso no importaba. La única realidad era que Wayne Mathews había truncado la suya con Jake, y no tenía claro que algún día cesara de dolerle.

Dejó escapar un suspiro entrecortado y salió del apartamento sin mirar atrás. La tristeza era tan profunda que había arañado sus antiguas aunque perpetuas cicatrices. El señor Stevens le preguntó si quería alquilar el apartamento y ella negó con la cabeza sin apenas detenerse. Alice había dado por hecho que todo el tiempo que había pasado en Londres había servido para mitigar el odio que llegó a sentir hacia su padre, pero acababa de descubrir que sólo lo había cubierto con capas y más capas de resignación.

Tardó en sentirse un poco mejor.

Alzó la cabeza de su cuaderno de dibujo y observó a través de la ventanilla el extenso y hermoso manto de luces de un Chicago ya nocturno. Admiró los luminosos perfiles de la torre Willis y de la torre Trump, que se alzaban grandiosos sobre el resto de los edificios colindantes. El avión se preparó para realizar la maniobra de aterrizaje, ya que notó un leve descenso.

Estaba exhausta. Menuda semana tan larga. Casi había empalmado su viaje a Nueva York con el de Boston, y sólo podía pensar en llegar a casa y meterse directamente en la cama. Ni siquiera había tenido tiempo de dar un paseo por la ciudad, aunque sí que había aprovechado los tiempos muertos entre reunión y reunión para crear unos cuantos bocetos. El lápiz había vuelto a cobrar vida entre sus dedos y en los trazos volvía a dominar la pasión y el entusiasmo. Tan pronto como tuviera unas cuantas horas libres iba a sentarse frente al bastidor. No podía esperar.

Cruzó las instalaciones del aeropuerto O'Hare en dirección a la zona de recogida de equipaje. Los pies le dolían porque llevaba todo el día subida a sus zapatos de tacón. No había podido coger unos más cómodos porque estaban en el fondo de su maleta, que había dejado todo el día en el servicio de consigna del hotel tras abandonar la habitación por la mañana temprano.

Mientras aguardaba a que apareciera su equipaje por la cinta transportadora, la inconfundible melodía que les había puesto a las llamadas de su padre comenzó a sonar desde el interior de su bolso. El estómago se le encogió.

¿Qué demonios querría? Lo había mantenido puntualmente informado de todos los temas que había tratado durante esos días en Boston, ¿es que no podía dejarla en paz hasta el día siguiente? Lo último que le apetecía era hablar con su padre de más negocios.

Él no tenía otro tema de conversación.

Hizo caso omiso, pero antes de que transcurriera un minuto la irritante melodía volvió a machacarle los oídos. La gente que se agolpaba a su

alrededor comenzó a observarla con curiosidad, como si fuera poco menos que un delito no contestar a una llamada.

Cuando el señor Mathews insistió por tercera vez, ya tenía los nervios a flor de piel.

—¡Maldita sea! —Abrió el bolso y agarró el móvil—. Dime, padre —contestó con sequedad.

—Ésta es la tercera vez que te llamo, ¿por qué no respondes? —Su voz rugió como la de un león, obligando a Alice a retirarse el móvil del oído.

—Acabo de aterrizar, ni siquiera he recogido mi equipaje. ¿Qué es tan urgente?

—Quiero que te pases de inmediato por las oficinas, tengo que hablar contigo de un asunto muy serio.

—¿Cómo? ¿Ahora? —Se alteró—. Es tarde y estoy cansada. ¿No puedes esperar a mañana?

—¡Por supuesto que no puedo esperar a mañana! —Que le llevase la contraria empeoró su humor, pero a ella la traía sin cuidado. Estaba harta. Harta de aguantar su soberbia, harta de recibir órdenes y harta de oír esa voz despiadada y malhumorada todos los puñeteros días. Y eso que sólo hacía unas pocas semanas que había regresado a Chicago—. Te espero en mi despacho. —Y cortó la comunicación.

Alice cerró un momento los ojos. Respiró hondo para que se le calmaran los nervios porque como llegase en ese estado a la empresa iba a tener una discusión épica con el señor Mathews. Sabía que tarde o temprano iba a producirse, ya que su autocontrol era cada vez más endeble. A veces se preguntaba cómo era posible que su hermana Erin llevase diez años trabajando en Mathews & Parrish codo con codo con su padre sin haberse vuelto loca.

Había dejado su coche estacionado en las inmediaciones del aeropuerto, pero no se dio ninguna prisa en llegar a la torre Willis. Disfrutaba de sus pequeños actos de rebeldía y por eso condujo lo más despacio posible, buscando que se le pusieran todos los semáforos en rojo. Al cabo de unos treinta minutos cruzó el enorme vestíbulo del edificio a paso tranquilo, y si las oficinas no hubiesen estado situadas en la centésima planta, habría subido por la escalera para malgastar un poco más de tiempo.

Wayne Mathews estaba sentado tras la mesa de su despacho con el semblante tan apretado que parecía esculpido en piedra. La verdad era que tenía una imagen imponente. Alto, delgado, con una espesa cabellera plateada

que siempre peinaba con pulcritud, con esos ojos azules que se clavaban como dagas sobre el interlocutor de turno, ataviado con trajes caros hechos a medida y ese rictus serio que jamás sonreía. Causaba miedo entre sus empleados y mucho respeto entre sus socios. Era muy influyente y tenía muchas conexiones importantes con personas poderosas: abogados, jueces, políticos, empresarios, policías... Nadie se le resistía. Debía de ser uno de los hombres más temidos de todo Chicago.

Aunque ahora estaba con el agua al cuello. Su poderosa empresa de transporte aéreo, Mathews & Parrish, estaba siendo cuestionada nuevamente ante los tribunales.

Jesse James Gardner, uno de los pilotos que tiempo atrás había figurado entre la plantilla de empleados de la compañía, los había denunciado y los había llevado a juicio hacía unos meses, acusándolos de que utilizaban los aviones de transporte de mercancías para el tráfico de drogas. Amparándose en la falta de pruebas, la sentencia había sido favorable para la empresa y el escándalo había finalizado ahí. Sin embargo, el piloto no se había dado por vencido y había apelado ante los tribunales de segunda instancia. La apelación había sido admitida a trámite, así que era de suponer que habían aparecido nuevas pruebas.

Y al día siguiente se celebraba la vista. Mucho se temía Alice que la impertinente llamada del señor Mathews estaba relacionada con ese asunto.

No tardó ni cinco segundos en confirmarlo. Su padre cogió el expediente judicial del caso Gardner contra Mathews & Parrish y lo soltó sobre la mesa ante su impertérrita mirada.

—Quiero que formes parte de la flota de abogados. Mañana es la vista previa, así que tienes unas horas por delante para ponerte al día.

—Dijiste que no hacía falta que me involucrase en este caso, ¿por qué has cambiado de opinión?

—Moore se ha puesto enfermo. Está ingresado en el hospital con un ataque de apendicitis.

Justin Moore era un abogado penalista muy experimentado y amigo íntimo de su padre.

—Cuentas con más abogados en tu equipo —replicó ella.

—Pero con ninguno de ellos me he gastado miles de dólares en su educación. Hice una inversión para que fueras la mejor abogada penalista de todo Illinois y ahora vas a demostrarlo.

—Pero Beasley y Ericson son muy competentes, no veo la necesidad de que yo...

—¡Lo harás y punto! —explotó.

El señor Mathews se exaltaba con mucha facilidad, pero lo que Alice apreció detrás de ese rictus tan crispado fue una profunda preocupación. Fue algo novedoso para ella vislumbrar tanto nerviosismo. Él solía decir que ni una sola noche había perdido el sueño por culpa del caso Gardner, así que esas nuevas pruebas que habían aparecido debían de ser alarmantes para la empresa, sólo eso explicaría que ya no se mostrase tan seguro y sereno al respecto.

Alice se quedó mirando la tapa amarillenta del expediente y pensó en el piloto al que no le había importado perderlo todo con tal de llevar su verdad ante los tribunales. ¿Por qué iba a acusar a Mathews & Parrish de la ejecución reiterada de un delito tan grave si no era cierto? ¿Para qué iba a arriesgarse a perder su empleo y a pagar unas costas judiciales altísimas, tal y como había sucedido? ¿Con qué propósito iba a inventar que había sido testigo ocular de que los aviones transportaban cocaína si no era verdad?

Para ella habría sido mucho más sencillo creer a pies juntillas en la inocencia de su padre, sin embargo, estaba mucho más cerca de creer a Jesse James Gardner que a Wayne Mathews.

También pensó en Erin, en la estrecha relación que su hermana mantenía con el piloto a espaldas de su padre. Hacía muy poco tiempo, ambos habían hecho un viaje juntos a Carolina del Norte, ella para investigar una de esas enigmáticas leyendas sobre las que escribía para una revista, y él por cuestiones familiares. Y se habían entendido muy bien. Mucho más que bien. A Erin le daba pánico confesarlo, pero no había más que mirarla a la cara para descubrir en esos ojos de mirada dulce que se había enamorado de Jesse Gardner como una loca. Al parecer, el sentimiento era recíproco.

Y Alice no pensaba ir en contra de su hermana. Jamás.

Comenzó a negar mientras retiraba el expediente hacia su ominosa presencia.

—No voy a hacerlo.

—¿Cómo has dicho?

—Que no voy a formar parte del equipo. No quiero involucrarme en esto. Tienes abogados excepcionales a tu disposición, a mí no me necesitas en absoluto.

—¿Estás cuestionando mi decisión?

—Estoy transmitiéndote la mía.

—Coge ese puñetero expediente ahora mismo —masculló furioso.

—No, padre.

Wayne Mathews entornó los ojos y esa mirada suya tan característica que hacía temblar al más valiente se le clavó como un puñal al rojo vivo.

—¿Cómo te atreves a desobedecerme? ¡Eres una insolente!

Alice torció el gesto y se quedó mirándolo mientras pensaba en la esclavitud moral a la que sometía a todas las personas que había a su alrededor. Años y años de represión y de amenazas. Ella también se había pasado toda la vida obedeciendo sus órdenes porque temía la desproporcionada crueldad de sus castigos. Sólo una vez había aunado la valentía de actuar a sus espaldas, infringiendo así todas sus estrictas normas y su rancio código de valores, y cuando él se enteró de lo que estaba haciendo convirtió su vida en un infierno. Un infierno que se prolongó durante ocho largos y desoladores años en los que su voluntad quedó pulverizada. Ocho años de miedo, de resignación y de una apatía que la inhabilitó. Pero esa etapa había quedado atrás, había cerrado ese capítulo de su vida en Londres, y había regresado a Chicago con la clara intención de no permitir que él volviera a anularla como persona. Ya no podía soportarlo.

Alzó la barbilla y lo encaró. El miedo a las repercusiones por insubordinación ya no la paralizaba. Nunca más. Había llegado a su límite y la discusión épica iba a producirse.

—Llámalo como quieras, pero no voy a acudir a la vista —repitió con firmeza.

—¡Por supuesto que irás! —Soltó un puñetazo sobre la superficie de la mesa que hizo saltar el ratón de su ordenador. Alice dio un respingo, aunque sus pies no se movieron ni un milímetro del suelo—. No vuelvas a faltarme al respeto o lo lamentarás. La vista comienza a las ocho, más te vale que te encuentre allí con los deberes bien hechos, ¿te queda claro?

—Con todos mis respetos, padre. Es a ti a quien no te ha quedado claro que no voy a tener ninguna clase de relación con ese pleito.

Su enfado se fue transformando en una cólera descomunal. Comenzó a ponerse rojo como un tomate y las arrugas de expresión se le agravaron hasta formar surcos que le daban un aspecto mucho más fiero. No estaba acostumbrado a que nadie se le rebelara, y mucho menos una de sus hijas. Sin

apartar la vista de ella, comenzó a rodear la mesa. Alice se quedó quieta, no retrocedió ni un solo paso, ni aun cuando quiso amedrentarla cerniendo sobre ella su imponente estatura. Se había acercado tanto que ella hasta notó su respiración en la cara. Alzó la cabeza y lo miró sin pestañear.

—Tu actitud es intolerable, ¡una auténtica vergüenza! He realizado una gran inversión contigo y pienso recuperar todos los beneficios, ¡hasta el último centavo!

—Yo no soy una cartera de acciones. —Tragó saliva y continuó—: Además, he trabajado para ti durante ocho años ininterrumpidos, creo que hace mucho tiempo que me amortizaste.

Rojo de ira, con esa vena en la sien que se hinchaba como un globo cuando perdía los estribos, su padre alzó un brazo y blandió la mano en el aire.

—¿Ahora vas a pegarme? —Entornó los ojos, como desafiándolo a que lo hiciera—. No me dolerá más que todo el daño que ya me has hecho.

—¿Que yo te he hecho daño, desgraciada?

—Sí, ¡mucho!

—¡Tú no conoces lo que es el dolor! ¡Tú no tienes ni idea de lo que es trabajar duro y formar un imperio de la nada! —Bajó un poco su mano curtida que temblaba de rabia—. ¡A ti te lo han dado todo hecho, no has tenido que esforzarte lo más mínimo en labrarte un futuro! ¡Deberías estar agradecida en lugar de sacar esos humos que mereces que te quiten de un guantazo!

—Ya te lo he dicho, ¡dámelo! —Se le había agitado la respiración, aunque no más que a él. Los dedos largos y huesudos se cerraron como garfios—. ¡No todo en la vida es trabajo! Hay cosas mucho más importantes que tú ni siquiera sabes que existen.

—¡No sigas rechistando, maleducada! ¡O sales de mi despacho con ese puñetero expediente debajo del brazo o no te molestes en volver a entrar aquí en toda tu vida! ¡¿Entendido?! —vociferó con la voz huracanada.

—Entonces no volveré a entrar.

Su respuesta lo aturdió, y la ira fue en aumento.

—¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Eres consciente del significado de tus palabras y de a quién se las estás dirigiendo?

Sus dedos se apretaron un poco más. Si le soltaba un puñetazo con la rabia que irradiaba de sus ademanes, seguro que le rompería la nariz. Pero ella continuó sin retroceder, porque una vez abierta la caja de Pandora no era capaz de volver a cerrarla. El tono de la discusión había llegado a un punto de

no retorno. Siempre le habían faltado agallas para espetarle a la cara todas las críticas y los reproches que se merecía oír, pero ahora las tenía. Se lo iba a decir todo. Las consecuencias le daban absolutamente igual.

—Nunca me ha importado tu imperio ni tu dinero, y la profesión que estudié fue tu deseo, no el mío —le soltó silabeando cada palabra—. No estoy en deuda contigo, no tengo nada que agradecerte. Todo lo contrario, ¡porque me arrebataste las únicas dos cosas que quería de verdad!

—¡No puedo creer que todavía te acuerdes de aquel miserable! —tronó él. Los ojos se le abrieron, amenazando con salirse de las órbitas—. ¿Qué habría sido de tu vida si yo no hubiese interferido, eh?

—No lo sé, ¡pero seguro que habría sido mucho más feliz! —La ansiedad hizo que su tono también estallara.

—¡Pues yo te lo diré! —Acercó un poco más la cara y a Alice le llegó el olor de esos caramelos mentolados que solía chupar sin cesar. ¡Detestaba ese olor!—. ¡Ahora formarías dúo con ese impresentable en el metro de Nueva York! ¡Tú pintarías cuadros estúpidos y él cantarías canciones ridículas a la espera de que alguien os arrojase una moneda para poder compraros una maldita barra de pan, una jodida botella de vodka y unos gramos de coca!

Alice tuvo que apretar muy fuerte la mandíbula para no soltarle: «¿De la cocaína con la que tú traficas?».

—Hasta esa vida que pintas me parece infinitamente mejor que la mía.

Su sinceridad y su crudeza lo dejaron sin palabras. Debía de ser la primera vez que alguien se las mostraba. Continuaba mirándola con ferocidad, con la mano todavía alzada en el aire, las aletas de la nariz ensanchadas de tan fuerte y rápido como respiraba y los ojos azules saliéndose de las órbitas.

Llegados a ese punto de mutuos y duros reproches, ambos sabían que la relación estaba rota. A todos los niveles.

A su debido momento, cuando ya no podía soportar tanta tensión, Alice lo dejó allí plantado y se encaminó hacia la puerta del despacho. El aire se había vuelto tan denso y viciado que apenas si podía respirarlo. Antes de colocar la mano en el pomo, Wayne Mathews recuperó el habla y bramó a su espalda:

—¡Si sales por esa puerta nunca volverás a cruzarla! ¡Y tampoco serás recibida en mi casa!

Se mordió el labio inferior. Desde el instante en que se había opuesto a formar parte del caso Gardner ya sabía que las consecuencias serían el inmediato despido y su renuncia como padre. La apenaba haber llegado a esa

situación, no porque fuera a echarlo de menos, sino porque en la lotería de los padres le había tocado el más espantoso de todos.

—Entonces prepara mis papeles del despido cuando puedas.

Salió del despacho y abandonó la torre Willis. Al poner los pies en la calle se detuvo junto a la puerta y se llenó los pulmones de aire. Repitió las inspiraciones unas cuantas veces para que se le aplacaran los ánimos, no podía conducir en ese estado de nerviosismo. ¡Le temblaba todo el cuerpo! Su cabeza era un hervidero de emociones. Después de tantos años bajo su yugo, parecía irreal que todo hubiera acabado de una manera tan rápida. El corazón le latía deprisa.

«Ya está, Alice. Se acabó. Has hecho lo que debías. Sabías que esto sucedería en cuanto tomaste la decisión de regresar a Chicago.»

Tras permanecer allí un rato, comenzó a sentirse un poco mejor. Pero necesitaba una copa de manera urgente. El Townhouse estaba a una manzana de allí y servían unos vinos increíbles, así que se dirigió al establecimiento. Continuó inspirando el aire de la noche estrellada de verano, tan ensimismada en sus pensamientos que no se dio ni cuenta de que en el cruce el semáforo estaba en rojo. Tuvo que retroceder deprisa cuando un coche comenzó a pitarle.

Se sentó a la barra del elegante restaurante frente a una copa de cabernet sauvignon y se bebió la mitad del contenido de un solo trago. Tuvo un efecto casi inmediato y calmó su agitación. Pensó en el futuro más inmediato. Procuraría pasarse por su despacho a la mañana siguiente para recoger sus pertenencias, si es que su padre no se encargaba de embalarlas y llevarlas directamente al contenedor de basura. Y tenía que hablar con recursos humanos para que preparasen todo el papeleo. Y también tenía que contarle a Erin lo que había sucedido. Era casi medianoche, pero en cuanto acabara de beberse la copa iría a su casa. No podía esperar al día siguiente.

Mientras observaba el rojo intenso del vino, el curso de sus pensamientos cambió de dirección y desembocó en el pasado, en la que había sido su vida en el viejo apartamento de Brooklyn. Ojalá en aquel entonces hubiera tenido las agallas de enfrentarse a su padre sin miedo a las represalias. Pero aquéllos eran otros tiempos, ella sólo tenía veintitrés años y se había enamorado con locura.

Habría hecho cualquier cosa por proteger a Jake de la falta de escrúpulos de Wayne Mathews.

Brooklyn, Nueva York, ocho años antes

El café con leche se había quedado frío sobre la mesa de la cocina, pues cada vez que intentaba llevarse la taza a los labios el teléfono móvil volvía a sonar. Sólo hacía media hora que había colocado el anuncio en el tablón del vestíbulo de la universidad y ya estaba dando sus frutos.

La tercera chica que contestaba al anuncio se llamaba Kate y, tras las preguntas de rigor, concertó una cita con ella para la tarde del día siguiente. Alice apuntó su nombre y la hora del encuentro en su agenda, bajo los nombres de las otras dos interesadas, y se quedó mirando la lista con algo de ceño.

No le hacía ninguna gracia tener que compartir su espacio con nadie. Ella era muy independiente y recelosa de su intimidad, e incluso durante los años de universidad había disfrutado de su propia habitación (su padre había pactado con el decano una cantidad extra de dinero para aislarla, no fuera a ser que una compañera indeseada influyese en ella negativamente). Sin embargo, ahora no podía gozar de ese privilegio. Tenía que compartir los gastos de alquiler del apartamento con una compañera, ya que, de lo contrario, no podría matricularse en la Universidad de Brooklyn.

El dinero que sus padres ingresaban en su cuenta corriente a principios de cada mes era suficiente para sufragar los planes que habían ideado para ella, pero no lo eran para cubrir los que Alice había tramado a sus espaldas.

Dejó el móvil a un lado y terminó de beberse el café con leche.

No quería ni imaginar cómo reaccionaría su padre si llegara a enterarse de lo que había hecho. El peor castigo que pudiera ocurrírsele no sería nada comparado con el que él le impondría. Pero no tenía ningún miedo, su acto de rebeldía le estaba proporcionando muchas satisfacciones. Además, su padre no perdería el tiempo en ir a visitarla al apartamento que había alquilado para ella en Manhattan y en el que Alice tan sólo había pasado unos cuantos días mientras resolvía el papeleo de su matrícula. Como mucho, tomarían un café

en La Colombe del SoHo cuando acudiese a la ciudad por alguna de sus múltiples reuniones de negocios.

Dejó la taza dentro del fregadero y se dirigió al salón para hacer el trabajo que le habían encargado por la mañana en el bufete de abogados para el que realizaba sus prácticas universitarias. Fuera la luz ya languidecía, así que hubo de encender la lámpara. Se quedó mirando la mancha oscura del tamaño de un balón de baloncesto que decoraba el techo y se preguntó si tendría que poner un cubo debajo cada vez que lloviera. Lo había hablado con el portero, pero el hombre no parecía muy preocupado por atender las necesidades de los inquilinos con la rapidez que exigía su puesto.

El apartamento de Brooklyn era un desastre. Además de la gotera, el agua caliente no siempre funcionaba, y la mujer a la que había contratado para que lo limpiara de arriba abajo le había tenido que echar un producto desatascador a los desagües de la bañera, el lavabo y el fregadero de la cocina para que las cañerías se tragasen el agua. Había cercos de suciedad en torno a los interruptores de la luz de todas las habitaciones y las puertas sólo cerraban a empujones. Pero el enclave era el mejor que había podido encontrar en tan poco tiempo. No todo era negativo. Era un apartamento muy luminoso, en un barrio tranquilo, y tan sólo estaba a veinte minutos en coche de la universidad.

Ahora sólo faltaba encontrar a la compañera adecuada y todo iría sobre ruedas.

Se puso a trabajar hasta la hora de la cena, momento en que cerró sus libros de leyes y agarró su chaqueta. No sabía ni freír un huevo, y tampoco era amante de la comida rápida, pero había descubierto un restaurante a la vuelta de la esquina que servía platos variados y calientes que podían prepararte para llevar a casa.

Pidió una ración de pollo con verduras salteadas y regresó al apartamento con su bolsa de papel cartón. El aroma que despedía era tan succulento que el estómago le gruñó durante el camino de vuelta. No había comido nada desde el mediodía.

Empujaba la puerta de entrada al edificio cuando oyó una voz masculina a su espalda.

—Disculpa, ¿eres Alice?

La inesperada intromisión la hizo dar tal respingo que la cena estuvo a punto de caérsele al suelo. Se volvió sin dejar de sujetar la puerta para que no se cerrara y se quedó mirando al tipo que conocía su nombre. Y al que ella no

conocía de nada. La escasez de luz y de personas transitando por la calle la inquietó. Le habían dicho que era un vecindario seguro, sin apenas delincuencia, pero nada impedía que ella fuera a romper las estadísticas. El aspecto físico del tipo agravó esa sensación. El pelo demasiado largo, los vaqueros demasiado rotos...

—¿Quién eres? —le preguntó con recelo.

—Soy Jake. —Alargó el brazo para estrecharle la mano, pero Alice no le correspondió—. Perdona si te he asustado, no era mi intención.

—No me has asustado —mintió. Si en verdad era un maleante, no podía dejar que oliera su miedo—. ¿Qué quieres?

—Verás, esta tarde he visto tu anuncio en el tablón de la universidad. ¿De verdad estás buscando compañero para el tercero derecha?

Alice enarcó las cejas.

—No debes de haberlo leído bien porque en el texto ponía claramente la palabra *compañera*.

—No lo he considerado importante.

—Pues lo es, y mucho. Lo siento.

Fue a darle con la puerta en las narices, pero el tal Jake entró en el portal detrás de ella. A Alice se le erizó el vello de la nuca y se le subió el corazón a la garganta. Tanteó la pared con rapidez y encendió la luz. Se revolvió como una serpiente. Su temor fue imposible de manejar y ya no le importó que el intruso lo notara.

—Lárgate ahora mismo. La señora que vive en el primero tiene un oído finísimo, y como me hagas daño me pondré a gritar tan fuerte que enseguida llamará a la policía.

Dio varios pasos hacia atrás, hasta que los talones chocaron con el mostrador del portero.

Él movió la cabeza con lentitud y se cruzó de brazos. Ahora la miraba como si fuera un ser de otra galaxia.

—¿Has oído? —le espetó.

Con el rabillo del ojo, Alice vio la botella de vodka medio vacía. Sería una buena arma para estampársela en la cabeza como se le ocurriera agredirla. Sólo tenía que alargar el brazo unos centímetros y ¡zas!

Jake continuó mirándola sin dar crédito a la escena. ¿Por quién demonios lo había tomado? La indignación lo sublevó, sobre todo cuando se percató de las intenciones de la jovencita pija que tenía enfrente.

—Ni se te ocurra —le advirtió, señalando la botella de vodka con la cabeza—. Para tu información, soy alguien mucho peor que el vulgar delincuente por el que me has tomado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde está el viejo señor Stevens?

—¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco. —Apoyó las manos en las caderas y la miró con un destello de ironía en los ojos—. Voy a enseñarte algo que te va a gustar.

Se llevó una mano a la parte delantera de los desgastados vaqueros y Alice se clavó el canto de madera en la columna vertebral.

—Tranquila, guapa, no eres mi tipo.

Del bolsillo sacó un folio plegado en cuatro partes y se lo entregó. Alice lo cogió entre las temblorosas manos.

—Firmé con el portero el contrato de alquiler del tercero derecha hará algo más de una semana, antes de irme con el grupo a tocar por la costa de Jersey. Acabo de aterrizar y me he encontrado con la sorpresa de que el viejo borracho también se lo ha alquilado a otra persona. A ti, por lo que veo.

—¿Qué? —Arrugó el ceño.

—Lo que oyes.

—No puede ser cierto...

Alice leyó a toda velocidad las palabras impresas en el papel. Al toparse con la fecha que había a pie de página, y que se correspondía con la del día en que el tal Jake había firmado el contrato, el estómago se le revolvió y perdió todo el apetito de golpe.

¡Demonios, había firmado un día antes que ella!

—Debe de haber un error —negó contrariada.

La joven se quedó tan consternada que Jake no necesitó preguntarle quién había firmado antes.

—Sí, el error es que lo ha alquilado dos veces. Aunque parece ser que yo llegué el primero —comentó con satisfacción.

—Hablaré con él, tiene que haber un modo de solucionarlo.

—A mí se me ocurren dos. O te marchas a otro lugar o lo compartes conmigo. Yo también tenía la intención de buscar compañero. O compañera. —Sonrió.

El muy majadero estaba disfrutando con la situación, y Alice tensó la mandíbula. Sin embargo, si pretendía solventarla del mejor modo posible,

debía resultar conciliadora y mejor negociadora que él.

—Oye..., disculpa si te he tomado por quien no eres, pero comprenderás que no ha sido el mejor modo de acercarte, asaltándome en el portal de casa y en plena noche...

—No te he asaltado.

Alice discrepaba. Se había colado detrás de ella sin ser invitado, pero se mordió la lengua.

—Vale, no me has asaltado.

—Disculpas aceptadas.

—Y, en cuanto al problema en el que nos ha metido el señor Stevens, yo... Hay muchos apartamentos en alquiler por la zona; si quieres, me presto a buscarte uno con las mismas características... —Sonó desesperada, al tiempo que le devolvía el contrato—. Ya estoy instalada. Me harías una faena si me obligases a marcharme de aquí. He pagado a una mujer para que desatasque las tuberías, lo ha limpiado de arriba abajo y hasta ha comprado un bote de pintura para adecentar las paredes...

—Me parece estupendo, me has ahorrado un montón de trabajo. —Su ironía era exacerbante—. Estoy deseando ver el resultado. Cuando vine estaba hecho un desastre.

—¿No has oído nada de lo que te he dicho?

—Lo he oído, pero no me interesa. No voy a buscarme otro apartamento. Éste me gusta, el precio es el mejor que pude encontrar y está cerca de todos los lugares que frecuento. Voy a quedarme aquí..., es más, venía con la intención de subir mis primeros cacharros. Tengo el coche ahí fuera.

Un nudo de desesperación le apretujó el pecho.

—Correré con los gastos del primer mes de alquiler del piso que escojas si permites que me quede. —No sabía de dónde iba a sacar el dinero, pero ya lo pensaría llegado el momento. A continuación, hizo algo que nunca había hecho con nadie. Le suplicó—: Por favor...

Él la observó con los ojos entornados, intensificando la mirada de un modo que la hizo incomodar. Alice reparó en que los tenía de color azul, de un tono oscuro y profundo, como el de un océano bajo un cielo nublado. No había visto antes esa tonalidad tan fascinante, y recreó en su mente los colores que tendría que utilizar para imitarla. En verdad, tenía unos ojos la mar de bonitos. El chico en su conjunto era bastante guapo y, como ella tendía a plasmar en la

tela de sus lienzos todas las cosas hermosas que veía, a él también lo imaginó en uno. Su fantasía se esfumó en cuanto volvió a abrir la boca.

—¿Por qué no quieres compartirlo?

—¿Contigo?

—Sí, conmigo. ¿Qué problema tienes?

—Que eres un chico.

—¿De verdad? Gracias por la observación, no me había dado cuenta.

—No quiero compartir mi... mi intimidad con un tío. Estaría incómoda todo el rato. Eso es todo.

—¿Qué intimidad? Hay dos habitaciones y yo no paso mucho tiempo en casa...

—Ni aun así.

—Bueno, entonces pondré un anuncio mañana mismo, tal y como pensaba hacer antes de encontrarte aquí. ¿Cuándo crees que podrás desalojar tus bártulos? Me gustaría mudarme dentro de un par de días como máximo.

A Alice se le volvió a tensar la mandíbula. Si no podía convencerlo por las buenas, de nada servía continuar controlando los modales.

—Hace cinco días que me instalé y lo hice de buena fe porque desconocía que ya existía una obligación contractual con otra persona. Con quien debes discutir tus derechos es con el señor Stevens y no conmigo. Denúncialo o haz lo que te dé la gana, pero no voy a abandonar mi casa, y tampoco vas a entrar en ella sin mi consentimiento. ¿Queda claro?

—Hablas como una picapleitos. —Ella lo fulminó con la mirada—. No entiendo un carajo de leyes, pero tengo un papel con una fecha anterior a la tuya y para mí eso es más que suficiente.

Observó con horror cómo sacaba las llaves del bolsillo de su cazadora de piel. El estúpido portero también le había entregado un juego. Menos mal que habían coincidido en el portal, Alice no quería ni imaginarse el susto que se habría llevado si él hubiera entrado en el apartamento estando ella dentro.

—Voy un momento al coche y subo —la informó.

Jake salió y Alice se plantó ante la escalera con ademán desesperado. A través del cristal de la puerta, lo vio abrir la portezuela de su coche. Del asiento de atrás sacó una caja grande de cartón que cargó con ambos brazos. Empujó la puerta entornada con el hombro —el portero no había engrasado los goznes, por lo que nunca se cerraba sola— y entró en el portal.

—¿Aún estás ahí?

—¡Ni se te ocurra! —Se aferró a la barandilla con una mano. La otra la plantó en la pared opuesta.

—Venga, quítate de en medio —le dijo con la voz cansina—. No me obligues a apartarte yo.

—Te prometo que gritaré como lo intentes.

—Pues grita hasta desgañitarte. Me da exactamente igual.

Se aproximó, estaba decidido a subir y ella no podía hacer nada para impedirselo. Por muy injusta que fuera la situación, en el fondo, ese tipo no estaba haciendo otra cosa que ejercer sus derechos. La intrusa era ella. ¡Maldito señor Stevens!

Se apartó de la escalera para dejarlo pasar y subió los escalones pegada a sus talones.

—Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo. Te pagaré los dos primeros meses de alquiler, ¿qué te parece? Sólo un idiota rechazaría mi oferta.

—Soy un idiota.

—Dime cuál es tu precio, todo el mundo tiene uno —insistió.

—¿Así que todo el mundo tiene uno? Pues lo siento por ti, porque acabas de conocer a la única persona que no lo tiene. No estoy en venta, guapa. No me puedes comprar con dinero.

A pesar de que cargaba con una caja de grandes dimensiones, se movía con la agilidad de un leopardo. Y tenía un trasero estupendo. Alice se reprendió por fijarse en esas «cosas», pero es que era lo único que veía mientras ascendía detrás de él.

Ya no quiso seguir arrastrándose; si no quería su dinero, no le ofrecería ni un centavo más. Arreglaría el asunto de otro modo, aunque llevase tiempo, esfuerzo y energías.

Ya en la tercera planta, observó abrumada que metía la llave en la puerta. Entró después de él. Estaba a punto de que le diera un ataque de nervios.

—Espero que no te hayas acomodado en el dormitorio del fondo, es el que escogí cuando vine a ver el apartamento.

Menos mal que ella había elegido el otro, el que estaba situado a mano izquierda. Habría sido capaz de mantener con él un enfrentamiento cuerpo a cuerpo —a pesar de las obvias desigualdades físicas— como se le hubiese ocurrido usurpar su territorio más íntimo.

Jake recorrió el pasillo, empujó la puerta del dormitorio con el pie y entró.

Dejó la caja sobre la cama y se frotó las manos.

—Se nota el cambio.

Miró a su alrededor. Ya no había polvo sobre los muebles ni porquería en el suelo.

Ella estaba en medio del pasillo. Había soltado su bolsa con la cena en la cocina y ahora tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la expresión sulfurada. La miró de arriba abajo. Con la luz más potente del pasillo, se notaba a la legua que era una chica muy refinada y adinerada. La blusa blanca y los pantalones negros eran de marca y llevaba hecha la manicura. Tenía el cabello largo y negro como el carbón, y se apreciaba que era sedoso por el efecto de algún acondicionador de los que no vendían en los supermercados. Las puntas estaban cortadas con milimétrica exactitud y revelaban que pasaba por la peluquería con mucha asiduidad. El maquillaje que usaba era tan discreto que parecía que no llevara, al contrario de las chicas con las que él solía relacionarse, y el perfume que se aplicaba debía de ser caro de cojones. Por no mencionar los brillantes que llevaba en los lóbulos de las orejas. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos azules, transparentes como dos gotas de agua. Casi se atrevía a asegurar que era la chica más guapa que había visto en su vida, aunque su estilo no le iba nada. Era demasiado estirada.

—¿En serio contrataste a una mujer para limpiar cincuenta metros cuadrados? Menuda manera de tirar el dinero.

—No es asunto tuyo en qué me gasto el dinero —respondió con altivez.

—Desde luego. Aunque sorprende que una chica que necesita compartir gastos se gaste la pasta en una mujer de la limpieza. Si hubieses esperado, me habría puesto unos guantes y te habría ayudado a pasar la fregona.

Jake le guiñó un ojo y entró en el salón, que le pareció mucho más luminoso que hacía unos días. La razón era que se había retirado el polvo de los apliques de la lámpara y de las bombillas.

—El televisor es nuevo. —Lo señaló con un movimiento de cabeza.

—El otro sólo funcionaba a manotazos —contestó ella con sequedad—. Éste es mío.

—¿Y qué es aquello? —Señaló su acogedor rincón para pintar junto a la ventana y se aproximó.

A ella se le aceleró el pulso, pero no llegó a tiempo de retirar el lienzo que reposaba sobre el bastidor. Hubo de aguantar que aquel caradura se plantara ante su última creación y se la quedara mirando sin ningún tipo de pudor.

—Es bonito, ¿qué es?

Alice arrancó el lienzo y lo ocultó de sus ojos curiosos.

—No te importa —le espetó—. Ya está bien de husmearlo todo. Has dicho que te mudarías dentro de un par de días, ¿no? Pues te agradecería que te largaras y volvieras para entonces, cuando yo me haya ido.

—¿Sabes una cosa? Que estoy empezando a arrepentirme de haberte propuesto que te quedases aquí conmigo. Menos mal que te has negado rotundamente, porque me pareces un pelín inaguantable. Y eso que sólo te conozco desde hace veinte minutos.

—¿Que yo soy inaguantable? —La joven soltó una carcajada seca, eso sí, muy elegante—. Y tú tienes más cara que espalda. Y ahora, si no te importa, me gustaría cenar tranquila.

—Que sepas que te estoy haciendo un favor. Deberías agradecermelo en lugar de ser tan rancia.

Por muy guapo que fuera, a Alice no le gustó que acercara tanto la cara, así que dio un paso atrás.

—¿Un favor?

—Te permito que te quedes un par de días más en mi casa, pero el miércoles a esta misma hora espero que hayas sacado todos tus trastos de aquí —dijo sin pizca de ironía. Alice había conseguido exasperarlo—. Y ni se te ocurra tocar mis cosas, ¿queda claro?

—Puedes estar muy tranquilo. —Torció el gesto.

—Será esnob —murmuró por lo bajo al tiempo que se encaminaba hacia la salida.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído, que eres una esnob. Buena suerte con tu búsqueda de piso. —No la dejó replicar, abrió la puerta y desapareció. Al momento, volvió a asomar la cabeza—. Por cierto, si quieres puedes pasarme la factura de los gastos de limpieza.

Sus labios se curvaron suavemente y, a continuación, cerró la puerta.

—Majadero —masculló ella entre dientes.

Estaba roja de rabia, notaba que las mejillas le ardían. Hizo unas cuantas inspiraciones para regresar a la calma, aunque le costó lo suyo. Volvió a dejar el lienzo sobre el bastidor y esperó un par de minutos para ir en busca del señor Stevens. La cena podía esperar.

Bajó el primer tramo de escalera a toda velocidad, con las manos en puños

y las uñas clavándosele en la carne. El hombre residía en el segundo izquierda, y ella aporreó la puerta como si pretendiese derribarla. Sabía que estaba dentro, se oía el televisor a todo volumen, pero además de ser un borracho estaba medio sordo y, tras un buen rato de dejarse los nudillos en la madera, no le quedó más remedio que desistir.

Al regresar a casa se fue directa a la ducha. Los nervios y la rabia la habían hecho sudar como si hubiese estado en una sauna.

Metió la cena en el frigorífico, se le había encogido el estómago y no admitía nada sólido, así que se dedicó a telefonar a las chicas con las que había quedado al día siguiente para anular las citas.

Ya en la cama, con un vaso de leche caliente sobre la mesilla de noche que se le iba quedando frío y el ordenador portátil sobre los muslos, realizó unas cuantas búsquedas en internet para encontrar un nuevo piso.

Aquello era una injusticia, y su deformación profesional la impelía a remover cielo y tierra hasta dar con la solución que resolviera el conflicto. Como si tenía que leerse toda la jurisprudencia de todos los tribunales del país. Además, contaba con muchas facilidades para que la asesoraran; lo primero que haría por la mañana temprano sería preguntar a sus compañeros del bufete.

Le costó dormirse, la última vez que consultó el reloj ya eran las dos de la madrugada. Tenía tanta rabia en su interior... Mucho se temía que la justicia estaría de parte del tal Jake y que la metedura de pata del portero quedaría en eso, en una simple anécdota.

Realizar las prácticas universitarias en Madison & Spencer, el prestigioso bufete de uno de los mejores amigos de su padre, no le causaba ninguna emoción. Todo lo contrario. Hacía aumentar su sensación de que no era dueña de su destino, de que la habían traído al mundo únicamente con el propósito de cumplir los designios de Wayne Mathews.

Cada vez que echaba la vista atrás y trataba de recordar una sola decisión que hubiese tomado ella, se topaba con un enorme vacío. Había estudiado leyes por imposición de su padre, se había instalado en Nueva York por el mismo motivo, y estaba segura de que pronto escogería un esposo para ella. Ya se había producido alguna que otra tentativa al presentarle a los hijos de algunos hombres influyentes, aunque no debían de haberle gustado lo suficiente porque no la había presionado con ello. A ella no le habían gustado nada.

Lo único positivo de haberse mudado a Nueva York era la distancia que había interpuesto. La controlaba todos los días con llamadas telefónicas que, por fortuna, no se alargaban demasiado, pero era muchísimo peor residir bajo su yugo. En cierta manera, se sentía un poco liberada, y esa libertad le había permitido tomar la primera decisión importante de su vida.

Había más puntos positivos. La oficina en la que pasaba la mañana sumergida entre expedientes penales —por supuesto, su padre había resuelto que debía dedicarse al derecho penal— era grande y espectacular. Estaba ubicada en la planta trigésimo segunda de uno de los edificios más altos y emblemáticos del distrito financiero de Manhattan. Desde el gran ventanal que ocupaba dos tercios de la pared había unas vistas espléndidas del Empire State Building y del edificio Chrysler. Además, el socio adscrito al departamento penal, el atractivo David Hinkle, era un tipo encantador, aparte de un gran profesional. Su despacho estaba situado en el otro extremo de la oficina, aunque pasaba más tiempo relacionándose con su equipo de abogados júnior que encerrado en él.

Todos allí admiraban su meteórica carrera profesional. Con tan sólo treinta

y cinco años recién cumplidos ya era socio del bufete, y en los tribunales ganaba más pleitos que nadie. Todos aspiraban a ser como él, a hablar como él e incluso a vestir como él. David Hinkle era carisma, clase, y poseía una mente brillante para las leyes. Alice también habría compartido la ambición de sus compañeros de haber sentido el ejercicio de la abogacía como vocacional, pero nada más lejos de la realidad. No quería ser como él, pero sí que deseaba a un hombre como David para ella.

Desde el primer día que puso un pie en el bufete había quedado obnubilada con su atractivo físico y con su personalidad arrolladora, y una de las primeras cosas en las que se había fijado —además de hacerlo en sus fascinantes ojos verdes— había sido en sus manos: no llevaba anillos. Se sintió un poco ridícula al reparar en esos detalles, ¡como si fuera a tener la menor posibilidad de aspirar a un hombre como David Hinkle! Se lo confirmaba el hecho de que él no se fijaba demasiado en ella. La trataba con mucha cordialidad, eso sí, incluso con el transcurso de los días había alargado el cruce de palabras que mantenía con ella cada mañana al llegar al trabajo, pero eso era todo. Ningún indicio de que le llamara la atención. Normal. David se codeaba todos los días con mujeres sofisticadas, experimentadas, independientes y seguras de sí mismas que sabrían utilizar sus armas de seducción a la perfección. Ella, por el contrario, no podía ocultar que él la impresionaba; que a veces se le quedaba el cerebro en blanco cuando se dirigía a ella y le hablaba con esa voz tan profunda.

Alice consideraba que tenía veintitrés años muy maduros, pero la imagen que debía de estar proyectándole a David era poco más que la de una adolescente atolondrada.

Esa mañana estaba especialmente elegante. Vestía un traje en color gris perla, corbata azul cielo y camisa blanca. Siempre afeitado con pulcritud y con el cabello rubio peinado al estilo clásico, repartió saludos a los compañeros mientras se dirigía a su despacho. La sonrisa que le regaló le caldeó las entrañas. Sus respuestas físicas a la atracción que sentía por David eran más evidentes con cada nuevo día.

Habría deseado consultarle el tema del alquiler de su vivienda, habría sido un buen modo de arrancarse de encima la timidez, pero no se atrevía a molestarlo con problemas personales. Además, siempre que tenía preguntas o dudas se las formulaba a Denise Grant, una joven abogada júnior a la que habían designado para que la atendiera. Aprovechó la hora del almuerzo para

consultárselo y, aunque Denise no se había especializado en derecho civil, supo darle una respuesta contundente:

—Puedes denunciarlo si quieres, pero te advierto que perderás el tiempo. Por lo pronto, estarás obligada a abandonar el piso hasta que el juez resuelva el caso, y mucho me temo que lo hará en tu contra. Hay un documento que como medio de prueba tiene mayor validez que la buena fe con la que tú has actuado. Mi consejo es que lo dejes estar y busques otro apartamento. Ahorrarás tiempo y energía.

No era la respuesta que Alice quería oír, así que pasó el resto de la mañana buceando en la jurisprudencia que existía sobre temas de arrendamientos. Pero no halló nada que pudiera utilizar a su favor, y cuando llegó la hora de marcharse a casa lo hizo con una sensación de rabia y derrota que la acompañó durante el resto de la tarde, mientras asistía a sus clases de arte.

Nicole se lo notó, y a la salida le preguntó mientras cruzaban el campus hacia la zona de estacionamiento:

—¿Te sucede algo?

—No, ¿por qué?

—No sé, te noto un poco rara. Siempre veo que atiendes a las explicaciones de los profesores con los cinco sentidos, y esta tarde estabas como... abstraída.

—Estoy bien. —Miró a su compañera y sonrió apenas.

La conocía desde hacía una semana, con el comienzo de las clases. La casualidad quiso que se sentaran juntas en historia del arte y que simpatizaran rápidamente. Habían comparado el plan de estudios en el que se habían matriculado y comprobado con agrado que compartían la mayoría de las asignaturas, así que habían continuado sentándose juntas en las clases en las que coincidían.

En muchos aspectos se veía reflejada en Nicole Adams. Ella era oriunda de Nueva York y también provenía de una familia de clase alta. Su padre era un importante hombre de negocios que había fundado su propia y exitosa empresa de publicidad y su madre era la propietaria de una tienda de ropa de diseño en la Quinta Avenida. Le había contado que, desde que era pequeña, sus padres le habían inculcado que debía estudiar Marketing y Publicidad para hacerse cargo de la empresa familiar en un futuro, y sólo con el propósito de agradarles había completado los cuatro años de carrera. Sin embargo, no era aquello a lo que deseaba dedicarse desde que era una niña, hecho que

confirmó mientras estuvo trabajando en el negocio. Por esa razón, tras un año ocupando un puesto de cierta relevancia en el equipo de su padre, llegó a un acuerdo con él: reduciría su jornada laboral y volvería a matricularse en la universidad para estudiar arte. A ellos no les había quedado otro remedio que aceptar su decisión. «Sé que los he defraudado, pero intentan que no se les note demasiado. Veremos a ver qué opinan cuando tenga mi propia galería de arte y me expanda por todo el país. Pienso abrir muchas, al menos en las ciudades más importantes», le había dicho hacía unos días.

En otros aspectos no podían ser más opuestas. Alice preservaba mucho más su privacidad. Prácticamente, Nicole la había puesto al corriente de su vida en las charlas que mantenían en los descansos, mientras que ella prefería reservarse la mayor parte de sus intimidades. Le había contado lo justo, que había estudiado Derecho en la Universidad de Chicago y que había ido a Nueva York para realizar sus prácticas y estudiar Bellas Artes. No mencionó que lo primero había sido por imposición de su padre y que lo segundo lo estaba haciendo a sus espaldas. Le costaba sincerarse con los extraños sobre la vergüenza y la desdicha que le causaba la relación que mantenía con sus progenitores.

—¿Qué tal con la búsqueda de compañera? ¿Te han llamado muchas chicas? —volvió a preguntarle.

El alumbrado público se encendió y el campus cobró esplendor con los tonos ocres de las farolas. El cabello rojo de Nicole adquiría un matiz cobre profundo cuando caía la noche. Era una chica muy guapa. Sus enormes ojos verdes le recordaban a los de David Hinkle.

—Han llamado algunas, pero... he tenido que cancelar todas las visitas.

—¿Y eso por qué?

Un par de estudiantes de segundo las adelantaron y volvieron la cabeza para observarlas con miradas taimadas. Alice miró para otro lado, la aburrían los niñitos ricos que se creían irresistibles. Nicole, por el contrario, coqueteó. Solía decir que quería «pescar» a un universitario que estudiase Arquitectura, Medicina, Ciencias Políticas o Derecho, y que tuviese una tarjeta Visa sin límites. Ah, y un cochazo deportivo.

En gustos masculinos tampoco coincidían demasiado. Alice se sentía más atraída por hombres mayores que ella, que ya tuvieran la vida resuelta y, puestos a elegir, que se hubiesen hecho a sí mismos. Como David Hinkle.

Se dio cuenta de que sus pensamientos sobre David eran cada vez más

recurrentes.

Los universitarios pasaron de largo y Alice la puso en antecedentes. Le contó todo lo relativo a la visita del tal Jake, desde que la sorprendió en el portal hasta que se marchó, y la furia que mantenía controlada volvió a aflorar.

—Y todo por culpa de ese portero tan incompetente. Lo he consultado esta mañana con una de las abogadas del bufete y me ha desanimado muchísimo. Dice que no tengo opciones y que lo mejor es que lo deje estar. Pero me da tanta rabia... —Llegaron al aparcamiento y se detuvieron junto al Hyundai Veloster de Nicole—. ¡Es injusto que sea yo la que tenga que marcharse!

—Y ese tal Jake..., ¿no busca compañero o compañera de piso?

—Eso dijo, pero ¿qué tiene que ver?

—Pues que podríais compartirlo.

—¿Compartirlo?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

—Porque... porque no quiero tener a un chico como compañero de piso, y menos todavía a uno como él. Me sorprende que lo sugieras.

—Bueno, a mí no me parece tan descabellado. ¿Qué tiene ese chico de singular? Aparte de un morro que se lo pisa, claro —bromeó.

Sabía que Nicole no se tomaba la situación a broma para incomodarla, pero, aun así, a ella no le hizo ninguna gracia. La miró con algo de ceño.

—Que somos del todo opuestos. Dijo que venía de tocar con su grupo por la costa de Jersey, y por su aspecto no creo que tocara música clásica precisamente.

—¿Y qué aspecto tiene?

—Ya sabes, como los que tocan en grupos de música rock. El pelo demasiado largo, los vaqueros hechos trizas, la chupa de cuero...

—Bueno, pero el aspecto físico no tiene nada que ver con que sea o no buena persona.

—¿Tú vivirías con un chico como el que te he descrito?

Nicole se encogió de hombros y se cruzó de brazos. Comenzaba a levantarse algo de aire, que soplaba fresco y húmedo.

—Si no tuviera que renunciar a todas mis comodidades..., no me importaría. —Se refería a la enorme casa que sus padres poseían en Brooklyn Heights, el barrio más elegante y distinguido de Brooklyn, y a todos los lujos que ésta contenía—. Dime, ¿es guapo?

—¿Y eso qué tiene que ver? —La sonrisilla de Nicole le recordó que, a

pesar de que tenían la misma edad, Alice solía tener una visión más adulta de la vida—. No estoy buscando novio, sino alguien que me ayude a sostener los gastos. Que sea guapo me da exactamente igual.

—Así que lo es.

—Sí, lo es, pero insisto en que...

—A ver. Me estás diciendo que el chico es guapo y buena persona. No encuentro impedimento para que lo intentes —la cortó.

—No tengo ni idea de si es buena persona, eso acabas de inventártelo tú. Yo no lo conozco de nada.

—Has dicho que te concedió dos días para hacer la maleta y encontrar otra vivienda. Si hubiese sido un borde, te habría puesto de patitas en la calle en ese mismo instante. —Alice no encontró un argumento para rebatirla—. ¿Por qué no pruebas unos días? Si te va mal, siempre puedes recoger tus cosas y marcharte, pero que te niegues a intentarlo... No sé, yo me arriesgaría. Lo mismo os va genial.

Alice cabeceó al tiempo que buscaba las llaves de su Dodge Avenger en el bolso. Era muy fácil dar consejos desde la barrera, sin implicarse, pero ya le habría gustado ver a Nicole en su situación. Por los comentarios que hacía se notaba a la legua que era clasista. Jamás habría accedido a compartir piso con un chico de una categoría social inferior a la suya. Ni aunque fuera el tipo más guapo del universo, por mucho que ella dijera lo contrario.

—Me marcho a casa, tengo un montón de trabajo que hacer antes de meterme en la cama.

—Sí, yo también. No sabía que era tan duro trabajar y asistir a la universidad al mismo tiempo. —Nicole abrió la portezuela de su coche y arrojó la mochila de cuero en el asiento del acompañante. Hizo lo propio con el pequeño bolso que llevaba colgado del hombro—. Deberíamos divertirnos un poco. Te propongo que el sábado vayamos al SoHo de tiendas. Después podemos comer por allí e incluso acudir a un centro de estética a que nos hagan la manicura. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea fabulosa —accedió con una leve sonrisa.

Había estado tan atareada con el cambio de ciudad, el papeleo de la matrícula y la búsqueda de piso que se había olvidado de los pequeños placeres de la vida, al menos, de aquéllos a los que ella estaba acostumbrada.

* * *

Las horas pasaban volando, el tiempo se agotaba y corría en su contra. Arañaba los pocos minutos libres del día para buscar una nueva residencia, pero no encontraba ninguna que fuera más económica que el viejo apartamento de Sunset Park. Ya había hecho números y no podía pellizcar de la Visa de su padre ni un solo centavo más, a no ser que renunciara a algunos caprichos que para ella eran vitales, tales como la gasolina —no le gustaba usar el transporte público—, la ropa o las visitas al centro de belleza.

Dio un sorbo a su té con leche y continuó leyendo los anuncios que contenía *The Brooklyn Daily Eagle*. Sostenía un bolígrafo en la mano, pero todavía no había marcado ninguno. No encontraba el que se ajustara a sus necesidades y la ansiedad la estaba matando. Se distraía con frecuencia tanto en el bufete como en clase, siempre dándole vueltas a lo mismo. Tenía que resolver aquel asunto a la mayor brevedad antes de que terminara volviéndose loca.

Levantó la cabeza del periódico y observó el ambiente de la cafetería de Sunset Park a la que solía acudir los días en los que las clases finalizaban temprano. Era un lugar tranquilo y cercano a casa, en el que servían el mejor té con leche que hubiese probado jamás y unos *bagels* deliciosos. Tal vez aquella sería la última vez que los probara. Vio a una jovencita reír a carcajadas, tan libre de preocupaciones que sintió envidia, y volvió a prestar atención al periódico. ¡Quería terminar con aquello de una maldita vez!

Siguió leyendo y encontró un anuncio cuyas condiciones podían encajarle, así que lo señaló con un círculo. Pasó a la página siguiente y volvió a levantar la cabeza al oír que un grupo de clientes entraba en el establecimiento. En un principio creyó que se trataba de un puñado de camorristas con ganas de meterse en follones, a juzgar por el aspecto un tanto transgresor que lucían, pero las risas que compartieron con el camarero la sacaron de su error. El curioso grupo tomó asiento en torno a una mesa y Alice los observó con una mirada de soslayo. Eran tres chicos y una chica, la cual reía de forma estridente y a mandíbula batiente, sin tener en consideración que estaba perturbando la paz de las personas que había sentadas a su alrededor.

Si había algo que Alice no soportaba era la falta de educación. Pero ese detalle pasó a un segundo plano cuando reparó en que uno de los chicos, al que no le había podido ver bien la cara hasta que se volvió en su asiento para colgar la chaqueta de cuero en el respaldo de la silla, era Jake.

El Jake de sus pesadillas.

Quiso recoger sus cosas y largarse de allí antes de que él la viera, pero la cafetería era tan pequeña que enseguida se apercibió de su presencia. A él no le desagradó tanto la coincidencia como a ella, o al menos no lo expresaron sus facciones. Sus ojos azules le sonrieron, sus labios murmuraron un saludo, pero Alice hizo un mohín y volvió a centrarse en la labor que la ocupaba. Otro anuncio interesante apareció a la vista y también lo señaló con el bolígrafo. En un par de minutos examinó el resto sin resultados positivos, a la vez que apuraba de un solo trago el tercio que le quedaba del té.

Iba a salir de allí volando, pero él debió de percatarse de cuáles eran sus intenciones, porque se levantó de su silla y apareció junto a su mesa antes de que tuviera tiempo de reaccionar.

Él se aclaró la garganta y Alice alzó la mirada. El mismo rostro atractivo y pendenciero del día anterior la escudriñaba desde las alturas.

—Hola —la saludó—. ¿Puedo acompañarte? —Señaló la silla libre con un movimiento de la cabeza.

—Ya me marchaba —respondió con acritud.

—Seguro que puedes entretenerte cinco minutos. —Jake tomó asiento a su lado y dejó la botella de cerveza que había pedido sobre la mesa—. ¿Cómo va la búsqueda de piso?

—Si has venido a mofarte, ya te puedes estar largando.

—Joder, chica. ¿Siempre estás tan a la defensiva? No he venido a reírme de ti, de hecho, quería invitarte a una cerveza.

—No bebo alcohol.

—Pues a otro té con leche, o a lo que fuera que estuvieses tomando.

—Muy amable, pero no me apetece tomar nada más. —Lo cortó con aspereza—. ¿Qué es lo que quieres?

—Se te ve muy agobiada.

—¿En serio? Está bien que lo comentes, porque tú tienes mucho que ver en ello.

—Me lo figuro, pero no tiene por qué ser así. Lo he estado pensando y, aunque me sigue pareciendo que tienes un carácter bastante complicado, me harías un grato favor si me ahorraras el coñazo de recibir visitas en casa para escoger compañero. Al menos, por lo poco que conozco de ti, sé que eres una chica muy limpia y ordenada.

Alice negó obstinada.

—No voy a compartirlo contigo.

—Y tozuda. También eres muy tozuda.

Se llevó la botella de cerveza a los labios y la observó con una pizca de humor. Alice arrancó la hoja del periódico que le interesaba e hizo ademán de levantarse, pero Jake plantó la mano sobre la de ella para retenerla.

—Permíteme que te cuente lo que te pierdes. —Se lamió los labios y dejó la botella sobre la mesa—. Yo también soy muy limpio y ordenado. Y responsable, pagaré mi parte del alquiler con escrupulosa puntualidad. Además, soy un buen tipo, llevo una vida sana, no tomo drogas y bebo lo justo. Me rodeo de buenas compañías y jamás he dejado a una chica embarazada. Si me lo pides, hasta te daré un masaje en los pies cuando llegues cansada a casa —bromeó. Ella hizo fuerza para desasirse, pero Jake no la dejó—. Sé cocinar y poner lavadoras, y jamás encontrarás mis calcetines sucios tirados por encima del sofá. Como ves, soy un dechado de virtudes. ¿Qué me dices?

—No creo nada de lo que cuentas.

—A propósito de eso, se me ha olvidado comentarte que tampoco soy un mentiroso.

La incomodó que bajara el tono de voz y la taladrara con la mirada. La arrinconaba. La aturdió con su verborrea y con ese encanto natural que no perdía a pesar de la antipatía con que ella lo trataba. Y tampoco recordaba que fuera tan guapo.

—¿Por qué soy la única que se da cuenta de que es una idea descabellada? Jamás funcionaría. Somos tan diferentes como la noche y el día.

—En eso estoy de acuerdo. Tú desentonas en Sunset Park como una monja en un prostíbulo, pero, aun con todo, ¿qué perdemos con arriesgarnos? Si vemos que no nos soportamos el uno al otro, siempre te quedará la opción de marcharte a otro lado.

Lo pensó un segundo, dos a lo sumo, pero continuó pareciéndole una idea espantosa. Para complicar un poco más las cosas, sólo faltaba que su padre se enterara de que estaba conviviendo con un chico. Primero la mataría y luego haría las preguntas.

Se relajó y decidió indagar un poco, por si acaso necesitaba quedarse allí un par de días más en el caso de que la búsqueda se complicase.

—¿A qué te dedicas?

—Justo a lo que estás pensando. Soy el cantante y guitarrista de un grupo de rock.

—¿Y así es como te ganas la vida?

—¿No te parece lo suficientemente digno?

Su silencio la retrató un poco más. Era la típica niñita rica, pija y consentida que se consideraba superior a todo el que no gozaba de su misma posición social.

—Qué imbécil soy. No sé por qué demonios pierdo el tiempo contigo. Eres tú la que está jodida, no yo. Mañana por la mañana quiero que hayas sacado todas tus cosas o, de lo contrario, te las encontrarás amontonadas a los pies de la escalera.

Agarró su cerveza y se puso en pie. Fue Alice quien ahora lo retuvo, rodeándole la muñeca.

—¿Puedes sentarte un momento? —Jake se la quedó mirando y a punto estuvo de mandarla a tomar viento. Al final, accedió al apreciar que la inherente altivez con la que siempre hablaba desaparecía de sus facciones. Volvió a sentarse—. No he querido insinuar que no se trate de un trabajo digno, lamento si te he dado esa impresión. Yo también soy... artista, y algún día me gustaría ganarme la vida con mis cuadros.

Ése debía de ser su modo de pedir disculpas. A Jake le sirvió.

—¿Puedes darme de plazo hasta la noche? Trabajo toda la mañana y por la tarde voy a la universidad, me va a resultar imposible tenerlo todo listo para cuando me has dicho. —Como no cambiara su suerte, se imaginó pasando la noche en un hotel, aunque, ¿qué iba a hacer con el televisor y con la secadora que había comprado? No podía llevarlos consigo, ¡necesitaba un piso!—. Incluso... incluso es posible que necesite algo más de tiempo. El noventa por ciento de las viviendas de la zona que he visto hasta ahora sobrepasan mi presupuesto. Sólo he encontrado dos anuncios que podrían encajarme, pero aún no he contactado con los propietarios.

Era más guapa cuando bajaba la guardia. Tenía una cara tan bonita y unas facciones tan armoniosas y llenas de personalidad que Jake nunca se habría cansado de mirar un rostro así. Aunque cuando abría la boca lo fastidiaba todo.

—Puedes quedarte hasta que encuentre otro compañero. Mañana me pasaré por el campus para colocar el anuncio.

—Gracias.

—De nada. Te daré mi número de teléfono por si...

—No voy a cambiar de opinión.

Él sonrió abiertamente.

—Relájate, no es eso lo que iba a decir. Es más, acabo de convencerme de que no debemos convivir bajo el mismo techo. Quiero darte mi número por si surge algún imprevisto. Podría presentarse alguien en el apartamento cuando yo esté fuera, en cuyo caso necesitarías localizarme. ¿Lo anotas?

Alice sacó su móvil del bolso y grabó su número en la memoria, aunque sabía que no lo necesitaría. Ya podría presentarse una docena de personas como respuesta al anuncio, que no pensaba abrirle la puerta a ninguna.

—¡Jake! —Se oyó una voz femenina desde el fondo del local, la de la chica que lo acompañaba—. ¿Por qué tardas tanto? Te estás perdiendo lo mejor, tío. Ethan nos está contando cómo le fue anoche con las dos chicas que se llevó a casa, y ¡vas a alucinar cuando te enteres! —Se echó a reír. Su risa se mezcló con la del resto de sus compañeros.

—Ahora mismo voy. Os tengo dicho que os reservéis las mejores anécdotas para cuando yo esté presente —repuso sin alzar mucho el tono de voz. Después volvió la atención a Alice, que ya se ponía su chaqueta—. Es Renée, nuestra teclista. Es una buena chica, a pesar de que es muy ahorrativa en modales.

Así que aquellos tres debían de ser sus compañeros de grupo. El simple hecho de imaginar que habría tenido que verlos en el caso de que hubiese aceptado su propuesta le revolvió el estómago, y su determinación a perderlo de vista cuanto antes se reforzó. De hecho, tan pronto como puso un pie en casa continuó la búsqueda por internet, aunque fue igual de infructuosa.

¡Con lo grande que era Brooklyn!

* * *

No tuvo tiempo para comer en condiciones. Ni para darse una ducha. Ni siquiera para cambiarse de ropa. Hubo de emplear sus escasos minutos libres para visitar los dos apartamentos que le habían parecido interesantes.

El primero se encontraba un poco más cerca de la universidad, en Midwood, pero en cuanto plantó un pie en el interior y se topó con aquella oscuridad que ni un día soleado podía disipar supo que no podría vivir en un lugar así. Ella adoraba la luz y amaba los colores, necesitaba ambas cosas para sus creaciones, y no halló ni un solo rincón del apartamento que pudiera convertir en su lugar de trabajo.

Se comió un sándwich en el interior del coche, mientras conducía hacia

Borough Park para ver el segundo apartamento. El propietario ya la esperaba frente a la puerta de un antiguo edificio en cuya planta baja había un restaurante de comida mexicana. Disponía de ascensor, aunque el hombre le indicó que era mejor no utilizarlo porque tendía a bloquearse a pesar de las revisiones periódicas. De todos modos, estaba en un primero, podía subir perfectamente por la escalera. A simple vista le gustó, era luminoso y estaba en buen estado, pero casi se le detuvo el corazón cuando le llegaron los sonidos del restaurante. Ruido de mesas y sillas, de platos, vasos y cubiertos, de las conversaciones de la gente, del teléfono sonando... ¿De qué estaban hechas aquellas paredes? ¿De papel cartón? No existía ninguna insonorización, y a Alice se le destempló el cuerpo. Tampoco podría vivir en un lugar tan ruidoso.

Condujo de regreso a Sunset Park con indicios de sufrir un ataque de ansiedad. Por momentos se preguntaba si no habría asumido demasiadas responsabilidades. Se le pasó por la cabeza arrojar la toalla, volver a instalarse en el maravilloso apartamento de Manhattan, olvidarse de la universidad y dedicarse a las leyes a jornada completa.

Pero fue un pensamiento tan desagradable como efímero. Sabía que, por muy difíciles que se pusieran las cosas, no iba a renunciar a su sueño.

Con la inestimable ayuda de su amiga Renée, Jake pasó la tarde metiendo en cajas sus últimas pertenencias hasta que la vivienda quedó vacía por completo. Aunque no quedó desalojada de recuerdos. Éstos permanecían flotando en cada rincón al que mirara, aunque ya no dolían tanto. De todos modos, estaba deseando dar un portazo a esa puerta y cerrar ese capítulo definitivamente. Una nueva vida aguardaba unas cuantas calles más abajo.

Cuando ya estuvo todo empaquetado y listo para la mudanza, dio una última vuelta por el apartamento por si se había olvidado algo. Renée se sentó sobre la caja más grande para recuperar el aliento.

—Y eso que decías que tenías pocas cosas. Has llenado tres cajas enteras con tus bártulos.

—Ya has visto que casi todo son CD de música.

—¿Sí? Pues deberías haber contratado un camión de mudanzas, porque vamos a pegarnos una paliza para subir todo esto a tu nuevo piso sin ascensor.

—No seas quejica, no pesa tanto. —Al pasar por su lado le revolvió el corto cabello castaño—. Puedo avisar a mi nueva compañera para que nos eche una mano. Está muy agradecida conmigo por dejarla que se quede esta noche, no creo que ponga objeciones —bromeó.

—¿Qué dices? Podría romperse una uña. ¡Menuda tragedia!

Él rio entre dientes al tiempo que abría la caja del cuadro eléctrico y bajaba el diferencial. El zumbido del frigorífico se extinguió.

—En serio, ¿por qué no te vienes con nosotras y te olvidas del apartamento de Sunset Park? Hay espacio suficiente para ti.

—Ya te lo dije, no me apetece vivir con tanto bullicio. Necesito algo más de tranquilidad para componer y tocar. Tus amigas y tú sois demasiado... — iba a decir «histéricas», pero suavizó el calificativo— escandalosas. Y la morenita de las gafas siempre aprovecha la ocasión para pellizcarme el culo. —Tomó asiento en la otra caja y le dio unas palmaditas en el muslo, que llevaba cubierto con unas mallas negras—. Pero gracias por la oferta.

—Desde luego, tu nueva compañera no va a pellizcartelo. ¡Qué tía tan estirada!

—No va a quedarse mucho tiempo. En cuanto aparezca alguien interesante le daré puerta.

—Menos mal.

Renée se quedó mirando el salón ya vacío y la luz que entraba por el ventanal iluminó sus ojos castaños. Jake advirtió que un pinchazo de añoranza prendía en ellos.

—¿No vas a echar de menos este lugar? —preguntó ella—. Porque yo sí... Hemos pasado tan buenos momentos aquí... Tocando, bebiendo, riendo... Veo a Gisele allá donde miro.

—Ya, yo también la veo. Pero es normal, pasamos aquí casi dos años. — Renée se mordió el labio inferior. Era una chica muy risueña, pero cuando hablaba de su amiga los hombros se le desplomaban—. Eh, sólo voy a mudarme unas cuantas calles más abajo, seguiremos pasando buenos momentos. Además, tenemos que inaugurar el apartamento.

—Cierto, pero será sin ella.

—Hace tiempo que ella ya no está.

Renée asintió con lentitud y tamborileó los dedos sobre las rodillas. Dejó de buscar recuerdos a su alrededor.

—Siento mucho que las cosas se torcieran. Era guay cuando estábamos todos juntos.

—Lo era. Pero la vida continúa.

—Sí, la vida continúa.

Hablar de Gisele siempre la entristecía, y a él también. Al fin y al cabo, había sido su chica y la corista del grupo hasta hacía cinco meses.

—¿Cómo está? —le preguntó Jake.

—Luchando por seguir adelante. A su manera, ya sabes.

—Supongo que continúa sin admitir que tiene un grave problema.

—Dice que puede dejarlo cuando ella quiera sin necesidad de volver a ingresar en ninguna clínica. —Soltó un resoplido—. Espero que se dé cuenta de que no puede seguir por ese camino antes de que sea demasiado tarde.

—Yo también lo espero. —Le apretó ligeramente el hombro para animarla.

—Pregunta mucho por ti. Dice que aún te quiere, que siempre te querrá.

Jake dejó escapar un suspiro pesado. Le había dado carpetazo definitivo a esa etapa de su vida y quería distanciarse todo lo posible de ella. Renée no

ayudaba haciéndole llegar esa clase de información.

—Ojalá que todo le vaya bien, pero no hay marcha atrás. No existe ninguna posibilidad de que volvamos a estar juntos. Siempre le tendré cariño, pero ya no estoy enamorado de ella.

—Lo sé.

—Pues venga, ¿nos movemos?

—Sí, no quiero ponerme sentimental. —Puso en pie su menudo cuerpo de un salto—. Pero no creas que voy a ayudarte a colocar todo esto. Dejo las cajas y me piro, que he quedado con Eddie para tomarnos unas cervezas.

—¿Qué tal con ese tío?

—Todavía no lo sé, estamos empezando. —Se encogió de hombros—. Él va un poco rápido, pero ya estoy yo para echar el freno de mano. No quiero cometer los mismos errores de siempre. Los tíos vais todos a por lo mismo, así que me voy a hacer la dura. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien, pero vas a tener que demostrarlo con algo más que con palabras.

—¿Crees que no soy capaz?

Cargaron con las dos primeras cajas y las colocaron en el ascensor.

—¿Cuándo me has oído decir eso?

—Tú también te acuestas con las chicas nada más conocerlas. —Puso ceño.

—Pero si no te estoy cuestionando. —Se echó a reír al tiempo que regresaba a por la tercera caja. Renée agarró su guitarra acústica y se la colgó de la espalda—. Sólo digo que tú y yo somos muy parecidos y que a mí me costaría la vida esperar a tener sexo con una chica que me gustase tanto como a ti te gusta Eddie.

Renée entró en el ascensor. Se hacía la ofendida, aunque no lo estuviese.

—Y ten cuidado con eso —le advirtió él—. Mi Takamine es una de mis posesiones más preciadas.

—Como si no lo supiera —le contestó poniendo los ojos en blanco.

Jake se apoderó de su guitarra eléctrica, se pasó la correa de la funda por el hombro y cerró definitivamente la puerta.

Lo metieron todo en la parte trasera del Chevrolet Silverado de segunda mano y puso rumbo hacia el 402 de la calle Cuarenta y Cinco. Faltaban unos minutos para las ocho de la tarde, así que supuso que su irascible y fugaz compañera estaría allí. Podía imaginar la cara que pondría cuando los viera

aparecer a él y a Renée con las cajas y las guitarras auestas. No quería perderselo por nada del mundo.

El señor Stevens estaba en su lugar de trabajo y, una de dos, o Alice lo había puesto al corriente de lo ocurrido o él mismo se había dado cuenta de su gran metedura de pata, porque se disculpó nada más verlo aparecer.

—Ha fastidiado bien a la pobre chica, intente que no vuelva a ocurrir —le recomendó Jake.

Renée se lo había quedado mirando con un gesto muy curioso y no pudo evitar preguntarle mientras ascendían por la escalera:

—¿Ese tío es el portero? Pues está un poco mamado.

—¿Ahora entiendes el motivo de que haya una chica viviendo en mi apartamento?

Nada más abrir la puerta, se encontró a Alice en medio del pasillo. La angustia se apoderó de sus aristocráticas facciones ante la inminente invasión, y se acentuó un poco más cuando vio asomar a Renée detrás de él. A Jake la escena le causó diversión.

—Hola, ¿qué tal? ¿Puedes apartarte? Vamos a dejar todo esto en mi dormitorio.

Alice se hizo a un lado y cruzó los brazos sobre el pecho. No le quitaba los ojos de encima a Renée. ¡Ni que hubiera visto un fantasma!

—¿Ella también va a quedarse aquí?

—No, guapita de cara... —le contestó la joven—. Yo tengo mi propio apartamento.

—Renée... —la amonestó Jake suavemente por el tono jocoso que había empleado. Luego miró a Alice—. Me ayuda con el traslado, pero si tuviera que quedarse lo haría —le dejó bien claro.

Alice se encerró en su dormitorio y no volvió a inmiscuirse mientras duró la mudanza. Él la oyó moverse por la cocina un rato después de despedir a Renée, mientras colocaba su ropa en el armario empotrado del que disponía la habitación.

Cuando finalizó la tarea se quedó mirando las cajas con gesto de desgana. Estaba hambriento y aquello podía esperar, ya iría colocando el resto de sus cosas poco a poco. Eso sí, emplazó sus dos guitarras en el mejor rincón del cuarto, sobre una antigua otomana con un asiento muy mullido que había junto a la ventana.

Se encontró con Alice en la cocina, metiendo los cacharros de su cena en el

lavavajillas. Jake se apoyó contra el quicio de la puerta y la observó. Su cara era tan inexpresiva que parecía una máscara.

—¿Qué tal los apartamentos que has visto?

Ella negó despacio antes de contestar.

—Un desastre. El primero no tenía luz y el segundo era muy ruidoso.

—¿Entonces...?

—Entonces tendré que abusar un poco más de tu hospitalidad —le respondió sin ninguna emoción, sin mirarlo.

—El anuncio ya está puesto. Mañana se pasarán un par de tipos a verlo — la informó—. Yo no soy tan especial como tú, lo más seguro es que alguno me cuadre, si no ambos.

De repente, Alice soltó la puerta del lavavajillas y se irguió como un resorte liberado. Su inexpresividad se evaporó. Sus ojos y el rictus que se le formó en los labios revelaron una gran desesperación. Tomó aire antes de hablar, luego lo miró.

—Está bien.

—¿Está bien?

—Lo... —se aclaró la garganta y habló a medio gas—: lo intentaremos.

—¿Vivir juntos, te refieres? —Él alzó una ceja. La orgullosa chica tan sólo asintió con un movimiento de la cabeza—. Vaya, vaya... Por lo que veo, te crees que puedes tomar las decisiones cuando a ti te convenga, ¿no?

—No me obligues a suplicártelo. —Su mandíbula se tensó como las cuerdas de una guitarra.

—No te molestes en hacerlo. Te di varias oportunidades y las dejaste pasar. —Se encogió de hombros con desenfado—. Ahora ya es tarde para recular. Yo que tú haría la maleta esta misma noche, por si acaso mañana tienes que dejar libre tu dormitorio.

Jake la dejó con la palabra en la boca y se encaminó hacia el salón. Tomó asiento en el sofá, agarró el móvil y telefoneó a su pizzería favorita para que le llevaran la cena. Después, se apoderó del mando a distancia del televisor y lo encendió.

Ella apareció al cabo de unos segundos. Con lentitud, como si se hubiese quedado sin pilas, se acercó y tomó asiento a su lado. Clavó la mirada en él, pero Jake hizo como si no se diese cuenta.

—Ando un tanto estresada entre el trabajo y los estudios, y reconozco que he estado un poco... irascible. No debería haberlo pagado contigo, pero... No

conozco a mucha más gente en Nueva York. —Él escuchaba impertérrito y Alice detestó tener que rebajarse un poco más—. Sólo te pido que comprendas mi situación y que partamos de cero. —A continuación, alargó el brazo y extendió la mano hacia él—. Me llamo Alice Mathews.

Jake se quedó mirando la delgada mano de la joven y ascendió la vista hacia sus implorantes y cristalinos ojos azules. Decidió estrechársela.

—Jake Mancini. —Tenía la piel muy suave y la palma un poco fría. Le agradó el contacto—. ¿Sabes una cosa, Alice Mathews? Que yo tampoco me creo nada de lo que cuentas. Te disculpas porque estás desesperada, pero en realidad no sientes nada de lo que dices.

—No me conoces, yo nunca digo nada que no sienta —repuso con una leve y estudiada indignación.

Jake sonrió. Estaría bien comprobar hasta dónde era capaz de mantener su orgullo.

—Yo, en tu lugar, no desperdiciaría el tiempo. A las once de la mañana se pasará el primero de los chicos interesados.

Alice apretó los dientes y recuperó su mano de un tirón. Jake cambió de canal, al tiempo que sentía que la atmósfera se tensaba con la rabia que ella acumulaba. Los segundos transcurrieron silenciosos, para Jake vacíos de preocupaciones, pero ella parecía un polvorín a punto de estallar.

No volvió a despegar los labios hasta que se tranquilizó. Cuando habló de nuevo, su voz sonó sin esa altivez tan desagradable.

—Necesito quedarme aquí, Jake. No me quedan... energías para seguir buscando casa y realizar otra mudanza. Apenas tengo horas libres al día, y las pocas de las que dispongo he de emplearlas en mis estudios. Ya he perdido demasiado tiempo y siento que voy un poco retrasada. —Sus explicaciones comenzaron a resultar reales y Jake, finalmente, decidió escucharlas mirándola a los ojos—. Sé que he sido demasiado tajante con este asunto y reconozco que me he dejado llevar por los prejuicios, pero..., ¿quién sabe?, podría funcionar.

—Podría —fue todo cuanto él dijo.

—Si cancelaras las citas me harías un extraordinario favor.

—Te está costando mucho decir todo esto, ¿no?

—Sí —admitió—. Pero te aseguro que es sincero.

—¿Comprendes que ahora soy yo el que no siente el más mínimo interés ni la más remota necesidad de convivir contigo?

—Lo entiendo —asintió—. Si estuviese en tu lugar, pensaría igual.

La observó con una mirada intensa y dilatada que la incomodó hasta los dedos de los pies.

—Bien, lo haremos.

El semblante apocado de la joven cobró energía.

—¿En serio?

—Ya te dije que soy un buen tipo.

—Gracias. Estaba muy angustiada.

—Lo sé.

Alice dejó escapar un suspiro de alivio. Se puso en pie, pero antes de que hiciera ademán de alejarse, Jake la retuvo por la muñeca.

—Con una condición. —Ella entornó los ojos—. Yo elijo qué ver en el televisor.

—Me parece bien. Yo apenas lo veo —accedió Alice servicial, tras haberse imaginado lo peor.

A continuación, se encerró en su dormitorio. Se le habían aflojado los nudos de ansiedad que le oprimían el pecho y el estómago, aunque el nuevo planteamiento que le había dado a su vida la asustaba. Sabía que había cometido una insensatez, pero entre eso y soportar tantas presiones, se decantaba por lo primero.

Despertó varias veces a lo largo de la noche y el primer pensamiento que le acudía a la mente era que había un chico al fondo del pasillo. Un chico con el que se cruzaría todos los días en la cocina, en el baño, en el salón... Un chico tan descarado como guapo que cantaba en una banda de rock.

«Dios mío...»

Por la mañana continuaría con la búsqueda, aprovecharía los tiempos muertos en el bufete para navegar por los distintos portales inmobiliarios de internet. Ahora podía tomarse la tarea con algo más de tranquilidad.

Pero no tuvo la ocasión.

* * *

David Hinkle hizo algo inesperado a primera hora de la mañana. Abrió la puerta de su despacho, clavó su mirada verde esmeralda en ella y la invitó a que entrara.

Todas sus alarmas se pusieron a sonar con estrépito. Lo primero que se le

ocurrió pensar fue que su padre había hablado con David por alguna razón que ella desconocía y que no sería precisamente buena. De su padre siempre esperaba críticas negativas; si tenía algo positivo que decir se lo guardaba para sí.

Atravesó la oficina con una sensación de inminente cataclismo, pero la amable sonrisa que esbozó David nada más verla entrar ahuyentó su mal presentimiento. Y le caldeó el corazón.

—Hola, Alice. Toma asiento, por favor.

Se sentó en una de las cómodas sillas que había para las visitas y aguardó mientras él revolvía papeles y despejaba la mesa.

El mobiliario y los colores que había escogido para decorar su despacho eran tan elegantes como él. Y muy vanguardistas. El moca y el marfil eran los tonos predominantes. Había algún detalle decorativo en rojo que le daba alegría, aunque el color más atrayente de todos era el de sus ojos verdes, que la miraron de frente, amenazándola con detenerle el corazón.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando con nosotros, Alice? ¿Una semana?

—Casi dos.

—Vaya, eso es mucho tiempo. Qué rápido pasan los días. —Sonrió. Ella también lo hizo, aunque la suya fue una sonrisa mucho más forzada. ¡Malditas hormonas!—. Sabrás que tu padre habla conmigo de vez en cuando para interesarse por la labor que desempeñas aquí, y los dos nos hemos puesto de acuerdo en que ya es hora de que tomes un papel más activo en el bufete, así que esta mañana vendrás conmigo. Me acompañarás a los juzgados.

—¿De verdad?

—De verdad. Supongo que te suena el caso del violador de Canarsie. —Alice negó—. No importa, te resultará interesante asistir de público. Hoy hay una nueva sesión del juicio oral.

Por primera vez en su vida, Alice experimentó un tremendo agradecimiento hacia Wayne Mathews, aunque no fuera por los motivos que él habría deseado.

—Será muy interesante acompañarte, desde luego —respondió, demasiado solícita—. ¿Cuándo nos marchamos?

—De aquí a unos veinte minutos. —Consultó su reloj—. Quince.

—De acuerdo. —Arrastró la silla hacia atrás e hizo ademán de levantarse.

Sintió que flotaba de regreso a su mesa y se le formó una sonrisa tonta en los labios, pero debía corregir su conducta inmediatamente antes de que fuera notoria la atracción que sentía por él. No estaba muy versada en el terreno de

los hombres. Sólo había tenido un novio durante la universidad, y tampoco había sido una relación demasiado larga, por lo que se sentía bastante torpe cuando se trataba de relacionarse con un chico que le gustaba.

De ahí que apenas despegara los labios mientras duró el trayecto a los juzgados.

Fueron hasta allí en el coche de David, un impresionante Chrysler 300C que conducía con demasiada desenvoltura —siempre por encima del límite de velocidad—, mientras la ponía en antecedentes del caso de Canarsie. Ella escuchaba con interés, centrada también en empaparse de todos los detalles que captaban sus ojos. Las manos de David sobre el volante, los puños de su impoluta camisa asomando bajo la chaqueta, el perfil concentrado en la conducción... Era un hombre guapo, de una belleza clásica y equilibrada, que imaginó sobre uno de sus lienzos. No pintaba retratos, pero sería un desafío increíble retratarlo a él... Entonces la miró un momento y Alice emergió de su ensoñación.

—¿No me has oído?

—¿Cómo?

—Te he hecho una pregunta.

—Oh, yo... Perdona, es que me he quedado reflexionando acerca de todo lo que acabas de contarme sobre el violador de Canarsie. ¿Cuál era tu pregunta?

David esbozó una sonrisa ladina. Alice supo que no la había creído. Seguro que había puesto cara de boba mientras lo observaba.

—Te preguntaba por tu estancia en Nueva York. ¿Está siendo cómoda?

—Me estoy adaptando bien. Nueva York no es tan diferente de Chicago.

—Tu padre me ha contado que estás aquí sola. Supongo que habrás notado el cambio de vivir en la residencia del campus de Loyola a hacerlo por tu cuenta.

—Me las apaño como puedo. No es tan complicado cuando hay un montón de restaurantes de comida para llevar tan cerca de casa. —Sonrió un poco.

—¿No te gusta la cocina?

—No me disgusta. Es posible que cuando tenga más tiempo libre me dedique a aprender.

Circulaban por la Quinta hacia la avenida Broadway, esquivando el tráfico para reducir los veinte minutos que se tardaba en llegar al palacio de justicia. Dejaron atrás la catedral de San Patricio y Alice se la quedó mirando con los ojos de una artista. ¡Era preciosa! Su estilo neogótico rompía y embellecía el

paisaje urbanita sobre el que se asentaba. Se dio cuenta entonces del poco turismo que estaba haciendo. El sábado convencería a Nicole para que le mostrase los puntos de mayor interés de la ciudad.

—A mí me encanta cocinar —dijo él reanudando el tema—. Preparo unas ensaladas Waldorf riquísimas. ¿Las has probado?

—Las he probado, aunque no sé si estarán tan ricas como las que tú haces. —Las mejillas le hirvieron. Su comentario le pareció una osadía. Se sintió como si acabase de sugerirle que la invitara a probarlas. De haber habido espacio debajo de su asiento, se habría escondido allí—. ¿Por qué tiene ese nombre?

—La inventó el chef del hotel Waldorf. El secreto está en la calidad de los ingredientes. —Tomó la avenida Broadway y entraron en el Bajo Manhattan. Él volvió a observarla, pero Alice no pudo sostenerle la mirada más de dos segundos seguidos—. Te impresiona la ciudad, ¿verdad? No parece que hayas visto demasiado.

—Menos de lo que querría. Estoy muy centrada en las prácticas y no salgo mucho de casa.

—Pues deberías divertirte y salir más. Eres muy joven, estás en la edad de hacerlo. Yo no lo soy tanto y, sin embargo, siempre intento disfrutar de la vida. El trabajo es importante, pero no lo convierto en mi prioridad.

—Trataré de seguir tu ejemplo.

—Hazlo. Dentro de unos años recordarás esta etapa de tu vida como una de las más especiales y siempre querrás volver a ella para revivirla.

Alice se quedó pensando en sus palabras al tiempo que David rodeaba la plaza de Thomas Paine. Le habría gustado confesarle cuál era su situación, le habría venido bien desahogarse con alguien más adulto que ella, que pudiera entenderla e incluso aconsejarla llegado el caso. Pero David hablaba con su padre y ella no podía arriesgarse a otorgarle su confianza.

A través de los árboles desnudos que poblaban parte de la plaza, Alice contempló el majestuoso edificio hexagonal de la corte suprema, de estilo romano clásico, con la amplia escalinata, la masiva columnata corintia que cubría la mayor parte frontal del edificio y el bonito frontón triangular que la coronaba. Sin embargo, en lugar de imaginarse en el interior de sus salas defendiendo a sus clientes ante un juez, caviló sobre las tonalidades que tendría que usar para recrear la esplendorosa fachada.

—Alice, quiero que sepas... —comenzó a decir él al tiempo que buscaba un

lugar donde estacionar el coche— que si tienes cualquier clase de problema mientras dure tu estancia en Nueva York puedes contármelo, por si puedo ayudarte.

Su ofrecimiento la asombró y la emocionó, pero enseguida cayó en la cuenta de que David no hablaba por iniciativa propia, sino que sus palabras tenían el inconfundible sello de Wayne Mathews. Seguro que le había dicho que la vigilase más de cerca, que le prestara atención y que cuidase de ella en la medida de lo posible. De lo contrario, no entendía ese repentino interés en que lo acompañase a los juzgados o en que le contase sus problemas cuando apenas había cruzado con ella unas palabras desde que había llegado al bufete. Se desinfló como un globo, pero no se tragó las ganas de preguntárselo directamente.

—¿Te lo ha pedido mi padre?

—¿Tu padre? —Se hizo el despistado mientras metía la marcha atrás y giraba el volante para aparcar—. Claro que no, ¿qué te hace pensar eso?

—Porque lo conozco perfectamente. Tú, por el contrario, no me conoces de nada, no tienes por qué interesarte por mis problemas, ni siquiera tienes que hacer esto cuando podría hacerlo Denise. —Señaló el edificio—. A no ser que alguien te pida que lo hagas.

—¿Sabes? Creo que vas a ser una buena abogada. —Alice lo dudaba—. Vale, reconozco que algo me ha dicho, pero al final soy yo quien toma sus propias decisiones, y me pareció muy coherente lo que me pedía. Tu padre se preocupa por ti.

—Oh, desde luego que sí.

—Noto un cierto retintín en tus palabras. ¿Puede ser?

Ella sacudió la cabeza y fingió una sonrisa.

—No. Todo está bien.

La experiencia de convivir con un chico tan opuesto a ella y con un estilo de vida tan diferente del suyo no fue tan terrible como se había figurado. De hecho, los primeros días transcurrieron como la seda. Claro que apenas coincidían debido a la incompatibilidad de sus horarios. Alice se pasaba casi todo el día fuera de casa y, cuando regresaba al final de la tarde, él solía marcharse con su guitarra para ensayar con sus compañeros o para tocar en algún bar. Eso era lo que decía, ella nunca le hacía preguntas. A veces lo oía llegar de madrugada, sigiloso como un gato, otras veces caía en un sueño tan profundo que no sabía si él estaba en el apartamento hasta que despertaba por la mañana y veía su chaqueta de cuero, que siempre dejaba colgada en la percha de la entrada.

Jake se mostraba agradable y conversador en todos sus efímeros encontronazos, pero también mordaz, y ella trataba de evitarlo todo cuanto podía. No le apetecía entrar en conversaciones de ningún tipo porque presentía que, en cuanto lo hiciera, discutirían. No obstante, no le quedó más remedio que tratar un tema sobre el que necesitaba contar con su aprobación, así que aprovechó la coincidencia a la hora de comer para planteárselo.

Estaba en la cocina preparándose una ensalada cuando él entró. Seguro que acababa de despertarse, porque tenía el cabello alborotado, el rostro somnoliento y la voz sonó pastosa al darle los buenos días. Se dirigió al frigorífico, sacó su botella de leche y bebió directamente del envase. A ella esa costumbre le parecía una auténtica guarrada, pero era su leche y podía bebérsela como le diera la gana. Mientras pelaba una zanahoria con cuidado de no cortarse un dedo —no había pelado muchas zanahorias en su vida—, él vertió el resto de la leche en un cuenco y lo llenó de cereales. Se sentó a comérselos a la mesa.

—El apartamento está un poco sucio. Voy a telefonar a la señora que vino a limpiarlo la primera vez para que se pase mañana. ¿Te parece bien?

Alice dejó de oír el ruido de la cuchara al chocar con el tazón de cerámica,

pero no se volvió para mirarlo.

—No —contestó Jake con un deje tan inflexible que vaticinaba una inminente discusión—. No necesitas a una mujer de la limpieza para un cuchitril de cincuenta metros cuadrados.

—¿Propones que lo hagamos nosotros? —Trató de conservar la calma.

—Pues claro que sí.

Alice se dio la vuelta y lo encaró. Odiaba cuando él ponía esa expresión que la hacía sentir como si fuera un bicho raro en peligro de extinción.

—Cobra diez dólares la hora. No me digas que no te lo puedes permitir.

—Sí, me lo puedo permitir, pero no voy a emplear ni un solo dólar en pagarle a una persona por una tarea que yo puedo hacer perfectamente. —Levantó las manos y movió los dedos en el aire. Después metió la cuchara en los cereales y se la llevó a la boca. Viendo que ella no replicaba, alzó una ceja y la observó mientras masticaba. Tenía el cuchillo con el que pelaba la zanahoria en la mano y apretaba tan fuerte el mango que los nudillos parecía que fueran a romperle la piel. Ése era el único gesto que evidenciaba lo sulfurada que estaba—. ¿Te parece bien a ti?

Ella negó.

—Esperaba que llegásemos a un acuerdo. Yo nunca... he hecho las tareas del hogar y, la verdad, tampoco tengo ninguna intención de aprender. Además, aunque quisiera hacerlo, no dispongo de tiempo libre entre el trabajo y la universidad.

—En ese caso, la solución más lógica sería que me ocupara yo. Previo pago, claro. Diez dólares la hora me parece un precio bastante razonable. —Ella se quedó blanca, tanto como sus nudillos—. Por cierto, me resulta un poco incómodo charlar contigo si me apuntas todo el tiempo con ese cuchillo de carnicero. No pretenderás usarlo conmigo, ¿verdad?

No le faltaban ganas. ¡Su propuesta era inadmisibile! No iba a permitir por nada del mundo que él tuviera acceso a su dormitorio para sacudir el polvo, barrer el suelo y pasar la fregona. Además, no confiaba en que fuera a realizar esas labores con la pulcritud que ella deseaba. Soltó el cuchillo sobre la tabla de cortar y cerró las manos en puños para controlar la rabia. No olvidaba que él tenía la sartén por el mango y que, si se encaraba, podía invitarla a que abandonara el *hogar*.

—No es la solución —le rebatió—. Si no quieres colaborar en los gastos comunes, entonces lo haré yo sola.

—No le des la vuelta a la tortilla. Estoy dispuesto a colaborar en todos los gastos que sean indispensables, pero no voy a emplear ni un solo centavo en los que sean absurdos. Paga tú a la señora de la limpieza si te apetece, yo no pienso hacerlo. —Se retiró de la frente un mechón de cabello castaño que le caía sobre la ceja—. Y, de paso, puedes pedirle que te enseñe. Estás demasiado crecidita como para que lo único que sepas hacer sea apretar el botón del lavavajillas.

—He estado ocupada formándome. Todavía lo estoy —se defendió, a la vez que le lanzaba una afilada indirecta—. Tengo ambiciones en la vida.

—¿Y eso qué cojones tiene que ver? —Rio entre dientes—. Tener ambiciones no está reñido con saber cómo poner una lavadora.

Él había tenido que enseñarla a hacerlo. El primer día estuvo a punto de mezclar la ropa de color con la blanca.

Alice apretó los labios; Jake sabía que se tragaba algún comentario que le habría costado pasar la noche en un motel. Lo consideraba inferior por no haber ido a la universidad o por tocar en una banda de rock, pero no iba a permitir más indirectas o comentarios descalificadores. Y ella estaba al tanto. Aflojó los humos y relajó la rabia con que lo miraba.

—Yo me ocuparé de pagarle a la señora.

—Como quieras. —Le sonrió.

Ella le dio la espalda y continuó cortando la zanahoria con muy poca habilidad. Jake se hacía muchas preguntas sobre su peculiar compañera, pero no se molestaba en planteárselas porque no creía que fuera a responder a ninguna. ¿Por qué una chica cuyos padres debían de estar forrados estaba residiendo en un cuchitril como aquél? Oyó que la hoja del cuchillo resbalaba sobre la encimera y pensó que se habría cortado un dedo. Ella cuadró los hombros, muy digna, y prosiguió con su labor.

La observó mientras terminaba de tomarse el desayuno.

Los vaqueros de marca que llevaba puestos le sentaban como un guante, como si se los hubiesen fabricado a medida. En un baremo del uno al diez, su trasero era de matrícula de honor. Pero luego abría la boca y hasta su culo dejaba de parecerle tan estupendo.

Era una lástima que no existiera ningún equilibrio entre su belleza y su personalidad.

* * *

Esa primera discusión sobre las tareas domésticas supuso un punto de inflexión en la convivencia. Aquella misma tarde, cuando Alice regresaba a casa de sus clases, una algarabía de voces y de acordes de guitarra penetraba los muros y los techos del viejo edificio y reverberaba en las paredes del portal. No dudó. Sabía que el escándalo provenía del apartamento, ya que el resto de los inquilinos era gente con un estilo de vida muy pacífico.

Hizo unas cuantas inspiraciones, pero subió la escalera con la sangre hirviéndole en las venas. Había hecho planes para el resto de la tarde. Pensaba estudiar un poco y luego sentarse frente al lienzo hasta que se hiciera la hora de la cena. El olor de la pintura le disiparía el estrés, y la paleta de colores iluminaría su futuro, que, en ocasiones, veía tan negro como un túnel sin salida. Cada día se le hacía más costoso acudir al bufete; el único aliciente de pasar la mañana entre leyes y montones de papeles era intercambiar unas cuantas miradas con David. Miradas, sólo eso. No advertía señales de que su interés fuera mutuo.

Pero ahora aquello... No podría dar muchos trazos con la casa invadida por los amigos de Jake. Estaba tan nerviosa que la llave resbaló en la cerradura. Una cosa era transigir en determinados aspectos para lograr una convivencia tranquila y permanecer en el apartamento hasta que encontrara otro mejor, y otra muy distinta era permitir que Jake hiciera lo que le diera la gana cuando le diera la gana.

Logró abrir la puerta y vio a dos chicas cruzando de la cocina al salón con dos cubatas en las manos. Era octubre y no hacía calor, pero llevaban puestos unos vestidos que apenas si cubrían un tercio de sus cuerpos. Allí dentro, las risas, las voces y las guitarras formaban una cacofonía imposible de soportar para cualquiera que no se uniera a la fiesta.

Se plantó ante el umbral del salón y todas las miradas confluyeron en ella, pero no sintió ni un vestigio de vergüenza. Dio un repaso a los invitados de Jake, cinco chicos y dos chicas, una de ellas sentada sobre el regazo de un tipo con la barba demasiado larga y el pelo a la altura de las axilas. Tras la intromisión, ambos prosiguieron enrollándose en el sofá como si no hubiese un mañana. La mesa de café estaba atestada de cubatas y, sobre el televisor, alguien había plantado un cenicero lleno de colillas. El ambiente apestaba a humo de cigarrillos, a alcohol y a colonia femenina barata. La chica que había ayudado a Jake con la mudanza la observaba descaradamente y con un atisbo

de diversión, al tiempo que agitaba el hielo en el vaso y sus pulseras de bisutería tintineaban entre sí. Jake estaba sentado al fondo del salón abrazado a una de sus guitarras. La miraba con interés, como esperando a que ella abriera la boca, como desafiándola a que montara un espectáculo y así tener un motivo de peso para invitarla a largarse. Ella entornó los ojos. No iba a darle ese placer.

Cruzó el salón, abriéndose paso entre toda aquella gente que la miraba sin discreción, y se plantó ante él. Jake alzó la cabeza y Alice fantaseó con la idea de agarrar su guitarra y lanzarla a través de la ventana.

—¿Hasta cuándo va a prolongarse la fiesta? —Habló por lo bajo—. Necesito estudiar, y con tanta gente en casa me va a resultar bastante complicado.

—Se me olvidó decirte que esta tarde iba a invitar a mis colegas porque es el cumpleaños de Renée. Se quedarán un rato más, si no te importa. —Curvó los labios. Alice no creía que se le hubiese olvidado mencionarlo—. Si te apetece, puedes unirse a la fiesta. Te gustará conocer a mis amigos. Algunos son del grupo.

—¿Crees que si vuelvo dentro de una hora ya se habrá ido todo el mundo?

—Bueno... —Miró a su alrededor y se encogió de hombros—. Es posible.

—Bien. Regresaré entonces.

Dio media vuelta y salió de allí sin dejar de mirar al frente. Menos de un minuto después se oyó un portazo que apagó las voces y sumió el salón en un repentino silencio que rompió Luke, el batería del grupo.

—Tu compañera de piso no es muy simpática, que digamos.

—Es un tanto peculiar —admitió Jake.

—¿Peculiar? —Renée alzó una ceja—. Es una maleducada. Ni siquiera ha saludado.

—Es todavía peor de lo que contaste —incidió Luke—. Debe de ser un auténtico coñazo vivir con una tipa así.

—Tiene bastantes inconvenientes, pero también tiene alguna ventaja.

—¿Por ejemplo...? —Luke apuró su cubata y comenzó a servirse otro—. Debe de ser una ventaja alucinante para equilibrar la balanza.

Jake sonrió.

—Venga, no te hagas de rogar —intervino Eddie, el novio de Renée—. ¿Te la has follado? O a lo mejor es que la chupa bien...

Renée le asestó a su novio un codazo en las costillas, por bocazas.

—Se ocupa de pagar a una mujer para que limpie el apartamento. —Jake deslizó los dedos sobre las cuerdas de su Takamine y luego observó a cada uno de sus colegas—. ¿Qué pasa? No pongáis esas caras de capullos, a todos os encantaría no tener que limpiar las pocilgas donde vivís.

—No es que eso esté mal, pero... —Luke meneó la cabeza. La coleta rubia se agitó sobre su espalda— ¿Ya está? ¿Eso es todo? Pues no creo que compense lo que acabo de presenciar.

—A ver, no es que quiera disculparla, tampoco es santa de mi devoción, pero la chica anda bastante agobiada entre el trabajo y los estudios, y supongo que es así de huraña por ese motivo.

—Siempre has sido un buen samaritano, Jake —comentó Jason con retintín, aprovechando un momento en que su novia se acicalaba el pelo y habían interrumpido los besos.

—Me apuesto las pelotas a que dentro de tres días estarás sirviéndole el desayuno en la cama —le advirtió Luke—. Vamos, hombre, ¿qué te impide invitarla a que se busque otro sitio?

Jake hizo como que pensaba una respuesta.

—Me cedió la propiedad del mando a distancia de la tele. —Sonrió.

Luke se lo quedó mirando al tiempo que meneaba la cabeza. Mostraba esa mirada tan suspicaz que tanto le tocaba las narices. De todos los allí presentes, Luke era quien mejor lo conocía. Habían coincidido en la escuela primaria, cuando Jake lanzó el balón de fútbol en el patio de la escuela y golpeó a un despistado Luke en toda la cabeza, y no se habían separado desde entonces. A lo largo de todos esos años habían compartido cientos de experiencias, la pasión por la música y alguna que otra chica. Se conocían tan bien que entre ellos no hacían falta las palabras para saber lo que estaba pensando el otro. Aunque ahora se estaba equivocando de cabo a rabo si suponía que ella le gustaba.

—Alice es más estirada que una estaca, pero ella hace su vida y yo hago la mía. No nos molestamos. La mayor parte del día tengo la sensación de que vivo solo. Es más silenciosa que un gato. —Por inercia, sus dedos continuaron moviéndose sobre las cuerdas de la guitarra, improvisando una melodía. Nada le impedía librarse de ella. Se había ganado a pulso todos los méritos para que no se adoleciera de su situación. Sin embargo, cuando a veces la miraba a los ojos lograba ver un poco más allá de su gélida superficie y descubría que había alguien mucho más cálido allí dentro. No podía compartir sus

impresiones con el resto, se habrían partido el culo de la risa—. Además, no tengo por qué daros tantas explicaciones, capullos.

La fiesta continuó durante un buen rato y ya no volvió a hablarse de ese tema. Cuando el alcohol desapareció, despidió a sus amigos, retiró los vasos vacíos de la mesa y regresó junto a su guitarra. Cogió el papel en el que había apuntado sus notas sobre la nueva canción que estaba componiendo y prosiguió trabajando en ella. No supo calcular el tiempo que había transcurrido desde que todos se marcharon hasta que oyó la llave girando en la puerta.

Ella no asomó la nariz, Jake la oyó trastear en su dormitorio mientras él tarareaba la letra todavía provisional. Tampoco despegó los labios cuando entró en la cocina. Vio que dejaba una bolsa sobre la encimera, de cuyo interior sacó un *tupperware* que contenía algo de color verde. Se sentó a la mesa, de espaldas a él, y el aroma a verduras no tardó en llegarle a la nariz.

Jake también estaba hambriento.

Dejó la guitarra a un lado, rodeó el cuerpo de Alice y metió la pizza que había sobrado la noche anterior en el microondas.

En la cocina se respiraba tanta tensión que el aire parecía más denso.

Mientras esperaba a que se calentase, la observó de medio lado y reparó en que tenía el cabello un poco húmedo.

—¿Está lloviendo?

—Ha empezado hace un momento —contestó seria.

—No me había dado cuenta... —El microondas pitó y Jake retiró la pizza—. No deberías haberte marchado. No hacíamos tanto ruido.

—Las paredes son de papel cartón. No puedo pintar a menos que esté todo en silencio.

—En ese caso, deberías haber buscado un piso para ti sola. Cuando convives con alguien tienes que aguantar sus rollos, y la otra persona, los tuyos.

—O podría haber tenido la suerte de topar con alguien más afín a mí.

—Sin ánimo de ofenderte, eso te habría llevado mucho más tiempo que encontrar otro piso por menos de doscientos pavos al mes.

—Pues a mí no me parece muy normal que los amigos vengan a casa para enrollarse delante del resto. Por Dios, ¡pero si estaban a punto de arrancarse la ropa!

—¿Jason y Theresa? —Sonrió—. Salen juntos desde hace un par de

semanas. Su relación está en plena efervescencia.

—¿Y eso les impide guardar las formas incluso delante de los desconocidos? Por favor, ni que fueran animales.

Estuvo a punto de decirle que era una mojigata y una remilgada, hecho que ya suponía, pero suavizó el comentario porque no le apetecía enzarzarse con ella en más controversias.

—Eres un pelín exagerada. Sólo se magreaban un poco.

Alice puso una mueca de asco.

—Oye, sé que alquilaste antes que yo esta casa y que me estás haciendo un favor al permitir que me quede aquí, hecho que te agradezco, pero... me parece que lo más justo sería que llegásemos a ciertos acuerdos sobre la convivencia.

Él plantó la humeante pizza sobre la mesa y se sentó a su lado. Era la primera vez en todos esos días que cenaban juntos. Le resultó incómodo, extraño, incluso inadecuado, pero no podía levantarse y marcharse al salón porque estaban manteniendo una conversación que era de suma importancia para ella.

—Adelante, ¿a qué acuerdos quieres llegar? —Se llevó la pizza a la boca y le dio un buen bocado.

—Pues... sé que no puedo prohibirte que invites a tus amigos a casa, pero sabes perfectamente que tengo que estudiar y que sólo puedo hacerlo por las tardes porque estoy muy ocupada durante el resto del día. Necesito que el apartamento esté en silencio cuando regreso de la universidad.

—¿Sabías que hay una biblioteca pública a menos de dos manzanas de aquí? Te gustará, dentro no se oye ni una mosca.

No lo sabía. Lo que la sorprendía era que lo supiera él.

—También pinto, Jake. Y eso no es algo que pueda hacer en ninguna biblioteca.

Él se limpió los labios con una servilleta de papel y esperó a tragarse el succulento bocado antes de contestarle.

—¿Cuánto tiempo hace que vivimos juntos?

—Seis días. —Aunque Alice tenía la sensación de que habían sido muchos más.

—Y en esos seis días, ¿cuántas veces mis amigos han impedido que estudies o que pintes tus cuadros?

—Sólo una vez —respondió con seriedad.

—Vale. ¿Y puedes recordar el motivo por el que los he invitado?

A Alice no le gustaba que le hablase con tanta condescendencia. Se sintió como si se estuviese riendo de ella.

—Hay una cafetería enorme a dos manzanas de aquí. Dentro se puede armar todo el jaleo que quieras. —Le devolvió la pelota.

Jake tensó la mandíbula y su mirada dejó de ser amistosa. Alice relajó los hombros y se desprendió de su soberbia. Echar pulsos con él era un comportamiento estúpido que no iba a beneficiarla en nada. Removió las verduras con el tenedor y se esforzó en ser conciliadora.

—Lo que has querido decir es que invitar a tus amigos no será la tónica habitual, ¿no?

—Si no estuvieras tan concentrada en discutir conmigo y en sacar las uñas cada vez que hablamos, te habrías dado cuenta de que eso es lo que he querido decir. Por si no te has percatado, yo también tengo un trabajo que me tomo mucho más en serio de lo que piensas. Compongo todas las tardes antes de marcharme a tocar, de lunes a domingo, con muy pocas excepciones, pero si un día me apetece invitar a mis amigos y montar una fiesta, ten por seguro que lo haré porque estoy en mi casa y porque no tengo que darle explicaciones a nadie. ¿Algún otro acuerdo al que quieras llegar?

—Supongo que no —contestó con sequedad.

—Perfecto.

Jake atacó nuevamente su pizza y Alice intentó terminarse las verduras, que no cesaba de pasar por la garganta con pequeños tragos de agua.

—Tú no me conoces —le dijo ella al cabo de un minuto silencioso e incómodo—. Hay muchas más personas afines a mí de lo que crees.

—Tú no te dejas conocer, Alice.

—Soy reservada, no aireo mis intimidades con cualquiera.

—Tu actitud no tiene que ver con ser reservada. Tienes prejuicios.

—Claro que no —replicó.

—Desde luego que sí —aseguró él—. Aunque imagino que tú no tienes la culpa, que se deberá a la educación que has recibido.

Tuvo la certeza de que había tocado una tecla muy sensible porque hasta le cambió el color de la cara. Las mejillas se le pusieron pálidas. Parecía como si acabase de aquejarla un terrible dolor de estómago.

—Mi educación ha sido excelente.

—Pues no lo has demostrado hace un rato.

—Estoy muy agobiada, ¿vale? Tengo cientos de cosas que hacer y no

consigo sacar ni un minuto libre. Discúlpame ante tus amigos si no he sido todo lo educada que requería la situación.

Jake lo dejó estar, no quería que cogiera su plato y se largara antes de indagar un poco más.

—¿En qué trabajas?

Alice removió las verduras con desgana.

—Me licencié en Derecho por la Universidad Loyola Chicago, y estoy realizando mis prácticas jurídicas en un bufete de Manhattan.

—Así que eres de Chicago. —Alice asintió—. ¿Y qué es a lo que en realidad quieres dedicarte? ¿A las leyes o a la pintura? Me llama la atención que estés estudiando una segunda carrera cuando prácticamente acabas de terminar la primera.

Alice debía reconocer que sus preguntas no la incomodaban, que no le importaba contestarlas. A lo mejor se debía al tono de interés con que le hablaba, o a la mirada pacificadora, o a que se sentía tan sola e incomprensida que necesitaba sacar al exterior un poco de lo que ocultaba. Aunque fuera con él.

—Siempre quise estudiar Bellas Artes. Pintar es... mi gran pasión, aunque es mucho más difícil abrirse camino como pintora que como letrada.

—Bueno. Todo es proponérselo. Yo no fui a la universidad, cuando terminé secundaria mi padre me empleó en el taller de carpintería donde él trabajaba. Me pasaba allí encerrado diez horas al día y no podía dedicarle tiempo a mi música. Ganaba un buen salario, pero sentía que me estaba... asfixiando. Ésa no era la clase de vida con la que siempre había soñado, así que decidí dejarlo. Tengo veinticinco años, era ahora o nunca. —Bebió un trago de agua y descubrió al dejar el vaso sobre la mesa que había despertado su interés. Eso sí, ella procuraba que no se le notase mucho—. Sé que soy bueno, así que voy a continuar llamando a todas las puertas hasta que alguien escuche mis composiciones. Si sale mal, si no puedo sostenerme con mi música, siempre puedo regresar a mi anterior empleo.

Alice posó la mirada en su plato. Ni en un millón de años habría imaginado que tendría algo en común con Jake Mancini. Algo tan importante como luchar por un sueño.

—Imagino que esas puertas a las que llamas son las de las discográficas.

—Tengo varias maquetas aguardando en los despachos de los directivos de un montón de discográficas de Nueva York. Es complicado que se tomen un

momento para escucharlas cuando no te conoce nadie, pero de vez en cuando me paso por allí para recordarles que están cogiendo polvo en sus cajones.

—Siempre he pensado que manejar la fama debe de ser complicadísimo.

—Bueno, yo no quiero ser famoso. No estoy interesado en convertirme en un ídolo de fans —bromeó.

—Pensaba que querías grabar un disco.

—Quiero componer y producir discos, pero no quiero ser el que asome la cara en la carátula de los álbumes. No me interesa ser cantante profesional. Con tocar cada noche en pequeños clubes mis aspiraciones como cantante de un grupo de rock están más que satisfechas. —Terminó de comerse la pizza y se levantó para abrir el frigorífico—. Aunque, ¿sabes qué es lo que desearía conseguir por encima de todo?

—No tengo ni idea.

—Ser el propietario de mi propia sala de conciertos.

—Bueno, ése no es un sueño tan difícil de conseguir, ¿no?

—Hace falta mucha pasta para montar un negocio así. Los alquileres en Nueva York están por las nubes, y no hablemos de comprar una propiedad. —Abrió el cajón donde guardaba la fruta y rebuscó en el interior—. Pintas muy bien.

Alice lo observó por la espalda. Él sacó una manzana, apoyó la cadera en la encimera y le dio un bocado.

—¿Cómo sabes que pinto bien si no has visto ninguno de mis cuadros?

—Vi uno el día que nos conocimos. —Alice recordó la poca gracia que le había hecho que se acercara al bastidor y viera su pintura—. No estaba terminado, pero el boceto era muy bueno. ¿Tienes pensado moverlos por las galerías de arte?

—Quizá en un futuro, cuando haya perfeccionado mi técnica. De momento he de continuar formándome.

Jake se dio cuenta de que a ella se le hacía la boca agua con la visión de la jugosa manzana. La había comprado él. Una parte del frigorífico era suya y la otra de Alice, y nunca cogían nada que no fuera suyo, pero él no tenía ningún problema en compartir sus alimentos con ella.

—¿Quieres una?

—Gracias —asintió—. He salido a comprar, pero la tienda ya estaba cerrada.

Jake se la lanzó y ella la atrapó entre sus delicadas manos. El gesto de la

manzana fue simbólico, como si acabasen de firmar una pequeña tregua. No se había equivocado: si se escarbaba un poco en ella se encontraban detalles que resultaban prometedores y que rompían esa imagen tan fría y calculada que proyectaba a los demás.

Se quedó flipando cuando Alice colocó la manzana sobre un plato y procedió a cortarla por la mitad valiéndose de un cuchillo y un tenedor. Luego prosiguió troceándola y empleó el tenedor para llevarse los pequeños trozos a la boca. Jake no hizo ningún comentario jocoso al respecto, pero si iban a continuar siendo compañeros de piso, ya se encargaría él de enseñarle que uno de los pequeños placeres de la vida era comerse una manzana a bocados.

Ya era el segundo sábado consecutivo que salía de compras con Nicole Adams por el SoHo, aunque tenía especial cuidado con sus gastos, no fuera a ser que despertara las sospechas de su padre. Se suponía que podía pellizcar de la Visa hasta mil dólares al mes, quinientos para pagar el alquiler del apartamento de Manhattan y otros quinientos para sus gastos personales, pero con el nuevo planteamiento que le había dado a su estancia en Nueva York, una vez que satisfacía los doscientos dólares del apartamento de Brooklyn y los quinientos mensuales de su matrícula —el centro le había permitido fraccionar los pagos del primer año en diez mensualidades—, sólo le quedaban trescientos dólares para alimentarse, vestirse, comprar todo el material para sus estudios y echar gasolina al coche.

Nicole sabía que provenía de una familia muy pudiente, por eso le extrañaba que tan sólo se hubiese gastado unos pocos dólares en cada ocasión que salían, mientras que ella iba acumulando bolsas de sus tiendas favoritas: Guess, Bloomingdale's, Prada, Atrium..., no se dejaba ninguna en el tintero. Alice había tenido que inventarse un pretexto para justificar su absentismo de la moda, ya que todavía no tenía la confianza necesaria para contarle la verdad.

—Hace un par de meses mi padre se enfadó mucho conmigo por gastar casi dos mil dólares en un solo día. Desde entonces tiene limitados los movimientos de mi Visa.

—Vaya faena. Yo me volvería loca si mis padres hicieran eso.

—Es duro, sobre todo cuando tu amiga arrasa en todas las tiendas delante de tus narices —le dijo con humor mientras recorrían la carismática Lafayette en dirección a La Colombe.

—Ten, te la regalo. —Nicole le tendió la bolsa de Anna Sui—. Sé que te ha encantado esta camiseta. Yo ya tengo una muy similar.

—Te ha costado casi ochenta dólares...

—Calderilla.

—No, no puedo aceptarla. —Intentó devolvérsela, pero Nicole apartó la bolsa.

—No seas tonta. Tómatelo como un obsequio por haber aguantado toda la mañana a mi lado. Sé que me vuelvo loca cuando salgo de compras.

Alice curvó los labios.

—Gracias.

Entraron en La Colombe y tomaron un capuchino acompañado de un delicioso croissant de almendras mientras charlaban sobre los profesores y las asignaturas que compartían. La conversación fue derivando hacia otros temas y Nicole se adentró en el terreno de los chicos. Le relató vivencias sobre sus relaciones con el sexo opuesto y le dijo que tenía muchas ganas de volver a enamorarse. Alice volvió a sentirse en desventaja en ese terreno. En comparación con los tres chicos con los que había salido Nicole, los cinco meses que ella había pasado al lado de Jeffrey le parecieron una ridiculez. Por no mencionar la escasa intensidad con la que había vivido su relación. Fue un alivio que Nicole no se mostrara sorprendida, le daba un poco de vergüenza hablar sobre su pobre experiencia con los chicos.

El ambiente sofisticado de La Colombe, con sus deliciosos aromas y la calidad de sus sabores, la relajó tanto que compartió confesiones con ella. Sin apenas darse cuenta, se sorprendió hablándole de David Hinkle.

—¿Y quién es él?

—Es el socio adscrito al departamento penal. Yo suelo tratar con una abogada júnior, pero el despacho de David está justo enfrente. Además..., desde hace unos días voy con él a los juzgados cuando tiene que comparecer en algún juicio público. Es un hombre... interesantísimo. —Se sonrojó al expresar en voz alta lo que pensaba de él y Nicole esbozó una sonrisa. Sus ojos verdes la miraban con afilado interés, animándola a que prosiguiera hablando—. Es muy atractivo. Tiene el pelo rubio y los ojos verdes, como los tuyos. Y es tan inteligente...

—Parece que estás enganchada.

No le quedó más remedio que reconocerlo. No era capaz de quitarle importancia a lo que sentía.

—Cuando suena el despertador nunca pienso en lo que esa mañana voy a aprender en el bufete. En lo único que pienso es en verlo, en si tendré la oportunidad de charlar con él, en si ese día iremos juntos a los tribunales.

—¿Y es recíproco?

Alice dudó, pero luego comenzó a negar.

—Es muy agradable conmigo, se preocupa por mí. Pero supongo que sólo lo hace por deferencia a mi padre.

—Si es socio del bufete, imagino que no será un chaval. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y cinco.

—Vaya... —susurró con fascinación—. Bueno, doce años de diferencia no son tantos.

—¿Alguna vez te has sentido atraída por un hombre mayor que tú?

Nicole hizo memoria.

—No, nunca me ha pasado. Los amigos de mi padre no se parecen en nada a la descripción que has hecho de David —aseguró con un deje de humor—. Supongo que no estará casado ni tendrá una relación seria.

—No está casado, y tampoco creo que tenga nada serio con nadie. En el bufete se habla de todo y de todos, ya sabes, y lo único que se comenta de él es que tiene relaciones esporádicas. Supongo que no ha encontrado a la mujer de su vida.

—Qué romántico lo pintas.

—Bueno, no todos los hombres guapos y de éxito tienen que ser unos mujeriegos.

—Tú lo has dicho, todos no. Según dice mi madre, la mayoría sí.

—No creo que David sea así.

—¿Y qué harás si se te insinúa?

—Eso no va a ocurrir —negó.

—Te daré un consejo por si sucede. —Se inclinó sobre la mesa para acortar las distancias y que nadie pudiera oírlo—. Deja el sentimentalismo a un lado y disfruta de la aventura. Un hombre así debe de estar muy curtido en el sexo. ¿Te imaginas todo lo que podría enseñarte? —Su voz chispeó.

Alice se puso colorada hasta la raíz del cabello y estuvo a punto de arrojarle la servilleta a la cara. Nicole se echó a reír y ella apagó su sofoco bebiendo varios sorbos de su capuchino.

—Oye, ¿y qué tal sigue la convivencia con tu compañero? ¿Ya no se han producido más contratiempos?

Hacía unos días, Alice le había contado lo de la fiesta de cumpleaños que Jake había montado en el apartamento, aunque había suavizado los detalles de

su enojo, pues la conversación que después habían mantenido en la cocina la había tranquilizado bastante.

—Todo está en calma. No nos hemos visto mucho estos días porque nuestros horarios son incompatibles, así que he podido dedicarme a pintar y a estudiar sin que nadie me moleste.

—¿Lo has oído cantar? —Alice asintió—. ¿Y canta bien?

—Tiene una voz con mucha personalidad. Sí, canta bien —admitió.

—¿Y cómo son sus canciones?

—Algunas hablan sobre temas sociales y otras son bastante... románticas, aunque no empalagosas. La verdad es que sus letras son buenas y con la guitarra acústica la melodía es bonita. Imagino que cuando las toque en directo con sus compañeros del grupo cambiarán y todo sonará estruendoso.

—¿Y si lo comprobamos?

—¿Cómo dices?

—Podríamos aventurarnos e ir a uno de sus conciertos.

—No, ni hablar. No pienso ir a ver a Jake.

—¿Por qué no?

—Porque no me interesa.

—Podría ser divertido. A mí me apetece mucho hacer algo diferente. —Nicole reanudó la degustación del riquísimo croissant mientras Alice la observaba con las cejas arqueadas—. Podríamos aprovechar la ocasión para enfundarnos unos vaqueros bien ajustados y colocarnos unas chupas de cuero. Tengo dos pares de botas con hebillas y tacones de diez centímetros que no me he puesto nunca. Usas el mismo número de calzado que yo. Te sentarán de maravilla para completar el atuendo. ¿Qué piensas?

—Que eres alérgica a las almendras y que estás sufriendo un *shock* anafiláctico.

—Eres una aguafiestas —refunfuñó Nicole—. Bueno, si no quieres que vayamos a uno de sus conciertos, al menos podrías invitarme a tu casa cuando él esté. Tengo curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Por conocerlo. Nunca me he relacionado con alguien que no sea... de mi mismo rollo, ya sabes. Me llama la atención. Podría ser una estrella de rock en ciernes. A lo mejor tienes a un futuro Jon Bon Jovi en tu casa.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, todo puede suceder, y yo quiero tener algo interesante

que contarles a mis nietos.

Alice no lo pudo remediar y se echó a reír. Luego mordisqueó su croissant.

—Estoy pensando que, si ocurriera eso que dices, yo no saldría muy bien parada cuando escribiese sus memorias, aunque lo mismo ni se molestaría en mencionarme —dijo con humor—. Y eso no sería lo peor de todo, porque mi padre acabaría por enterarse de que... —Frenó demasiado tarde, a Nicole no le había pasado por alto la alusión a su progenitor.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Bueno, él no sabe que estoy compartiendo piso con un chico.

—¿Y eso es grave?

—Digamos que... se enfadaría bastante.

Enfadarse era un eufemismo. Wayne Mathews sería capaz de desheredarla como llegase a enterarse.

—Fascinante.

—¿Te parece fascinante que mi padre lo descubra?

—No, claro que no. Fascinante es que te atrevas a contravenir sus reglas. Por lo poco que me has contado de él, he sacado la conclusión de que tienes un padre muy dictatorial. De los de la vieja escuela, vaya.

Alice cabeceó. De lo último que quería hablar era de él. Notaba que los nervios le oprimían el pecho cuando su padre acudía a sus pensamientos.

David Hinkle atravesó la puerta de La Colombe y a Alice se le detuvo el corazón. Iba acompañado de un señor mayor que, por el parecido físico que guardaba con él, bien podría tratarse de su padre. Esa mañana había dejado colgados sus trajes en el armario y vestía ropas de sport. Aun así, no se desprendía de esa elegancia tan inherente a él, como si fuera su segunda piel. Nicole movió una mano frente a sus ojos para devolverla a la realidad, pero a ella le costó despegar los ojos de ese hombre tan imponente que escudriñaba el local en busca de una mesa libre. Sus miradas confluyeron y el corazón volvió a funcionarle, ahora agitado por las emociones.

«Controla, Alice.»

Pero no controlaba en absoluto. Cruzó las piernas y balanceó el pie izquierdo tan rápido que chocó con la pata de la silla de Nicole.

—David acaba de entrar. Viene hacia aquí —murmuró.

—¿En serio? —Abrió unos ojos como platos. Aquello también le parecía fascinante.

David llegó a la mesa, portando una sonrisa de agrado, y Alice hizo

ademán de levantarse.

—Oh, no, no te levantes. —Él acopló la mano sobre su hombro y saludó con su inherente cordialidad. Alice hizo las oportunas presentaciones. Su pie chocó esta vez con la pantorrilla de Nicole—. Qué sorpresa encontrarte en La Colombe. Precisamente, estaba pensando en ti.

—¿Ah..., sí?

—Le hablé a mi sobrina pequeña sobre tu cuadro de la casita en el árbol y se ha empeñado en que lo quiere. Incluso ya le ha buscado un hueco en la pared para colgarlo. Le dije que primero tenía que hablarlo contigo, pero me temo que no es negociable. Tiene cinco años y es más cabezota que una mula, así que dime que está a la venta o nos hará la vida imposible durante los próximos... diez años por lo menos.

—Pero... si ni siquiera lo ha visto.

—Eso es lo de menos. La fascinan las casas en las copas de los árboles y lo quiere a toda costa. Y yo le dije que se lo conseguiría.

La emoción que experimentó fue incontenible. Apenas pudo seguir sentada en la silla. ¡Su primera venta! Y el comprador era el hombre que le alteraba las pulsaciones cada vez que aparecía en su campo de visión. Recibió una patada por debajo de la mesa, la cual agradeció, ya que se había quedado mirando a David como una tonta.

—Está a la venta —asintió. Notó que los ojos se le humedecían. Tal vez no volviese a vender otro cuadro en su vida, pero eso no le restó importancia a ese momento—. ¿Para cuándo lo quieres?

—¿Puedes tenerlo para el lunes?

—Claro.

—Perfecto. Piensa un precio y pasado mañana te relleno un cheque. —Alice sintió los dedos firmes de David presionando su hombro y un delicioso relampagueo le recorrió la piel—. No os entretengo más. Que disfrutéis del sábado por la mañana, señoritas.

David se alejó hacia el fondo del local para reunirse con el señor mayor, que lo esperaba sentado a una mesa, pero su esencia se quedó allí anclada, envolviéndola como un manto.

—Así que le has enseñado hasta tus cuadros. ¡Eso no me lo habías dicho!

—Tengo fotografías en el móvil. Hace unos días me habló de su sobrina y le enseñé la pintura. Lo hice porque me apetecía contarle lo que hago en mi tiempo libre, pero no esperaba que fuera a tomárselo tan en serio. Resulta que

es un aficionado al arte. —Seguro que, si hubiese llegado a contarle que la pintura no era sólo una afición, él habría sabido guardar el secreto. No obstante, la había detenido el miedo a que, en cualquier conversación con su padre, a David pudiera escapársele lo que su hija hacía a sus espaldas. De repente, se puso tensa—. ¿Qué precio crees que debería ponerle? No tengo ni idea, no esperaba vender ninguno.

Nicole alargó una mano sobre la mesa y apretó la suya.

—Enhorabuena. Te he dicho mil veces que eres increíble, que pintas con el corazón. Te recuerdo que, cuando abra mi galería de arte, tendrás un hueco en ella para exponer tu obra. —La mano de Alice vibraba de excitación y Nicole se la apretó—. Creo que doscientos dólares sería un precio adecuado.

—¿Doscientos? ¿No te parece demasiado abusivo? No soy una profesional.

—Que tus cuadros todavía no estén expuestos al público no significa que no lo seas, no te infravalores. Ese tío tiene un montón de dinero y tú seguro que empleaste mucho tiempo en pintar esa casita en el árbol. Pedir doscientos dólares es razonable.

Nicole empleaba un tono tan profesional y consecuente cuando hablaba de negocios que Alice accedió a dejarse aconsejar por ella. Se perdió en sus reflexiones mientras removía el capuchino con la cucharilla. Esa misma tarde iría a la tienda de suministros de bellas artes y compraría un papel bonito para el embalaje, uno que impresionara a una niña de cinco años. ¡Por fin comenzaban a sucederle cosas buenas!

—Y cambiando de tema... —Nicole se aclaró la garganta y se inclinó sobre la mesa, como si fuera a revelarle un secreto—. No has exagerado en cuanto a él. ¡No me extraña que te hayas quedado prendada! Ahora bien, a ese tío le gustas.

—¿Qué? —Esbozó una sonrisa meliflua.

—Y sabe muy bien que te tiene en el bote. Menuda cara de tontorrón se te ha puesto mientras hablabas con él.

—¿Se ha notado mucho?

—Bastante, deberías controlar eso.

—Lo intento, pero es que... no esperaba encontrarlo aquí. Me ha pillado desprevenida.

—Ah, y otra cosa más. Ten cuidado porque es un tiburón. He conocido a muchos en el entorno laboral de la empresa de mi padre, aunque no tan guapos como éste, desde luego, y por eso tengo un olfato muy fino para detectar

cuándo uno anda cerca. No esperes un anillo de brillantes y un «te quiero». Pero si lo que buscas es disfrutar de una aventura sexual sin ataduras, entonces es tu hombre. —Le guiñó un ojo.

—¿Tantas conclusiones en apenas tres minutos de conversación? —inquirió escéptica.

—Y me han sobrado dos.

En su opinión, Nicole se estaba pasando de lista. No ponía en duda que estuviese mucho más curtida en la vida que ella, que se había pasado la suya encerrada en colegios privados y en su habitación de la universidad, sin apenas relación con el exterior, pero que juzgara a las personas por su apariencia, sin conocerlas, le parecía un acto de soberbia. Claro que... ella había hecho lo propio con Jake Mancini. Se mordió la comisura de los labios, no muy orgullosa con la conclusión a la que acababa de llegar.

* * *

Habían llegado a un acuerdo para no molestarse mutuamente cuando los dos pasaban más tiempo en casa, lo cual sólo solía suceder los fines de semana. Ella pintaba en el salón, donde había mucha más luz que en su dormitorio, y Jake componía en su cuarto, pues no necesitaba de elementos ambientales para concentrarse en su música.

Desde hacía varios días trabajaba en una nueva melodía que ya estaba casi terminada, a falta de hallar los acordes deseados para el puente. Llevaba toda la tarde del sábado empeñado en encontrarlos, y no pensaba levantarse de la silla hasta que le sangrasen los dedos. Tenía tantas ganas de tocar esa canción en directo... Sonaba magnífica, y la letra era de las mejores que había escrito nunca. Pero ese maldito puente se le resistía.

Oyó el timbre de la puerta y, como no esperaba a nadie, imaginó que se trataría de Alice, que había olvidado llevarse las llaves. Hacía un rato se había marchado a la tienda donde compraba los suministros para sus pinturas. Dejó la guitarra sobre la cama, junto a las anotaciones, y se puso en pie. Odiaba las interrupciones cuando se hallaba inmerso en uno de esos momentos de máxima inspiración. Abrió la puerta refunfuñando, pero las palabras quedaron congeladas en sus labios al toparse con Gisele al otro lado de la puerta.

Era la última persona que esperaba encontrar allí.

Sus labios pálidos esbozaron una sonrisa inquieta que no fue correspondida por Jake. Estaba demasiado impactado y sería un verdadero hipócrita si fingía que se alegraba de verla.

—Gisele, ¿qué estás haciendo aquí?

—Necesitaba verte. Pensé... pensé que tú también te alegrarías de verme. Han pasado cinco meses. —Se retorció las manos nerviosa—. Vamos, no me mires así. Estoy limpia, Jake. Todo ha quedado atrás. ¿Me dejas entrar?

Él supuso que Renée le había dicho dónde podía encontrarlo. No era un secreto, no tenía por qué ocultarle su paradero a nadie, pero al verla allí habría deseado advertir a Renée de que no quería que ella fuera a visitarlo.

—Sé lo que estás pensando. Renée no quería decírmelo porque creía que era mejor para los dos que no nos viéramos durante un buen tiempo, pero se lo sonsaqué. Le prometí que no vendría, pero ¿qué hay de malo? —Se encogió de hombros e inspiró todo el aire que pudieron retener sus pulmones, que no fue mucho, estaba demasiado delgada. A continuación lo dejó escapar en un suspiro tembloroso—. ¿No vas a invitarme a ver tu nueva casa?

—Gisele..., Renée tenía razón. No es buena idea, no deberías estar aquí.

—Hace cinco meses que no nos vemos y han cambiado muchas cosas desde entonces. Sólo quiero... charlar contigo tranquilamente, como amigos, es todo lo que deseo. La última vez que hablamos no fue... agradable para ninguno de los dos.

Esbozó otra sonrisa, tan forzada como la primera. Las comisuras de sus labios temblaron. Ella se esforzaba en convencerlo de que el cambio era real, pero Jake no lo creía. Aun así, asintió sin mucho convencimiento y se retiró de la puerta para dejarla pasar. La invitó a que entrara en el salón, pero no le ofreció un asiento. Su relación estaba zanjada y no quería dar pie a que ella se hiciese falsas ilusiones.

Le habría gustado decirle que tenía buen aspecto, pero habría mentido. Tenía la tez macilenta, había sombras moradas bajo sus ojos y el cabello rubio había perdido todo el brillo de antaño. Gisele no le era indiferente a pesar de la ruptura, le dolía ver cómo había caído en ese pozo sin fondo al que la habían empujado las drogas y el alcohol.

—¿Cómo estás? —Le preguntó.

—Bien..., ¡estoy genial! —Asintió con la cabeza para darle énfasis a su respuesta—. Como te he dicho, estoy completamente limpia. Esa etapa de mi vida ya ha quedado atrás.

—Me alegra oírlo —le dijo.

—¿No me crees? —Enarcó las cejas y se le formaron arrugas prematuras en la frente.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas. Conozco esa expresión. —Le señaló la cara con el dedo —. Nunca has confiado en mí.

—Gisele... —Meneó la cabeza.

—¿Por qué? —insistió.

—Lo sabes muy bien, así que no tenemos que hablar de esto.

—Siempre sacas a colación esa etapa de mi vida, pero ¿y antes? Antes de mi pequeño tropiezo jamás te mentí ni me... ni me apropié de lo que no era mío. ¡Todo el mundo tiene derecho a equivocarse!

—Francamente, Gisele, apenas puedo recordar cómo fue esa época — contestó tajante.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Tan insignificante fui para ti?

Jake suspiró hondo. Necesitaba mantener la cabeza fría para manejar esa situación, aunque se hacía difícil cuando ella estaba tan poco dispuesta a cooperar.

—¿Cuántas veces hemos tenido esta conversación?

—No me importa el pasado, me importa el presente —refutó.

Se inclinó un poco hacia ella. El olor a ginebra de su aliento se hizo más notable.

—No existe ningún presente entre nosotros, Gisele. —Le habló claro y despacio, silabeando cada palabra para que se le metiera en la cabeza de una vez por todas. A ella se le enturbiaron los ojos. Sabía que estaba a punto de perder los estribos, así que trató de tranquilizar las aguas antes de que la discusión se le escapase de las manos. Se irguió para recuperar la distancia entre ambos y relajó el tono—. Quizá en el futuro podamos ser amigos, cuando el daño que nos hemos hecho desaparezca, pero ahora es imposible. Lo siento. Debes irte a casa.

Jake se encaminó hacia la puerta para invitarla a que se marchara, pero las delgadas piernas de Gisele se habían quedado clavadas como estacas en el suelo del salón. Apretaba tanto los labios que los había hecho desaparecer, y su mirada inquieta comenzó a moverse por la estancia hasta detenerla en un detalle que le llamó la atención.

—¿Desde cuándo pintas cuadros? —Señaló con la barbilla el bastidor que

estaba de cara a la ventana.

—No es mío.

—¿Vives con alguien? Renée no me dijo nada.

—Así es.

—¿Puedo verlo?

—No, no puedes.

Hizo caso omiso y se acercó al ventanal. Jake se precipitó hacia ella y la asió por la débil muñeca antes de que se asomara para ver el lienzo. El impulso la hizo retroceder y chocó con la pata trasera del bastidor, desplazándolo unos centímetros.

—Márchate a casa.

—¿Por qué? —Agitó la cabeza, los ojos se le humedecieron—. ¿Por qué me recibes con tanta frialdad? Te he amado con toda mi alma, ¡todavía te amo! Y tú me echas de tu casa... ¿Estás con otra chica? ¿Es eso?

—No, no es eso, pero estaría en todo mi derecho. —Tiró de su mano, ella se resistió. No le gustaba nada el cariz que estaba tomando ese desafortunado reencuentro. En los últimos meses antes de que le pusiera punto final a esa relación tan destructiva, las peleas habían sido monumentales, sumamente hirientes, y él no estaba dispuesto a que toda aquella mierda volviera a entrar en su vida. No deseaba ser cruel, pero no le quedaba más remedio que recordarle que su ruptura era irreversible—. Tienes que irte ahora, y no quiero que vuelvas por aquí a menos que sea cierto que tus adicciones han quedado atrás.

—¡Yo no soy ninguna adicta!

—¿Ah, no? Desde aquí me llega el olor a ginebra de tu aliento y reconozco el resto de los síntomas. Admite de una vez por todas que no has tenido un *pequeño tropiezo*, sino que tienes un jodido problema con las drogas y el alcohol. Debes buscar la ayuda de un profesional.

—¡No tengo ningún problema! ¡Sólo me he tomado una puñetera copita! ¿Qué hay de malo? —le espetó furiosa. Dio un violento tirón de mano para desasirse de su amarre—. Tú también te las tomas y nadie te cuestiona.

Era como hablar con un muro de cemento, las palabras rebotaban en ella, y Jake comenzó a perder la calma.

—¡Vete!

A ella volvió a cambiarle el humor. Pasó de la histeria a la serenidad en menos de un segundo.

—Puedo ver en tus ojos que me sigues amando, Jake. Dame otra oportunidad y te juro que enmendaré todos mis errores, por favor —le suplicó.

—Te amé, pero ya no.

—¡Mientes! —chilló.

Jake apretó la mandíbula y respiró hondo para controlar los nervios. Se obligó a recordar que no podía perder la calma, que no estaba tratando con una persona que estuviera en el pleno dominio de sus facultades mentales. Había bebido y, seguramente, había mezclado el alcohol con otra clase de sustancias. Como siempre.

Iba a decirle algo cuando las llaves de su compañera de piso giraron en la cerradura de la puerta.

Cuando Alice asomó en el umbral el silencio se hizo sepulcral, tan denso que podía palpase. Iba abrazada a una bolsa de papel cartón con el logotipo de la tienda de Colette estampado al frente. Su expresión se volvió seria y contenida. Enseguida entendió que acababa de colarse en el epicentro de una tormenta.

—Yo... —señaló con el pulgar por encima de su hombro— voy a mi cuarto.

Los gritos de Gisele le impidieron dar un solo paso.

—¿Cómo has tenido la desfachatez de acusarme a mí de mentirosa cuando tú no sólo estás enrollado con otra tía, sino que además convives con ella? ¡Eres un desgraciado!

Cargó con todas sus fuerzas contra él, golpeándole el pecho con los puños. No tenía mucha fuerza física, así que el dolor fue soportable. Jake no hizo nada por sacarla de su error; su estado mental de ofuscación era tal que tampoco habría servido de nada.

Su exnovia dirigió una mirada de desprecio a Alice. Él creyó que arremetería contra ella y por eso se preparó para impedírselo, pero no lo hizo. Con los ojos vidriosos y la cara enrojecida, Gisele se precipitó hacia la salida como un ciclón, arrasando con todo lo que encontró en su camino. Su huesudo hombro golpeó la bolsa de Alice, arrancándosela de las manos, y todos los materiales de pintura quedaron desparramados por el suelo. Gisele trastabilló y se agarró al perchero que había junto a la entrada para guardar el equilibrio. Éste también se desplomó.

Luego se esfumó escaleras abajo.

La escena que acababa de contemplar, así como las palabras que había oído, dejaron a Alice sin poder reaccionar. Se quedó mirando la puerta abierta, el perchero volcado y su material de trabajo desperdigado por el suelo. Y luego lo miró a él, aunque de soslayo, sólo para familiarizarse con su estado de ánimo.

Era pésimo.

Alice se aclaró la garganta y se agachó para recoger sus productos recién comprados, que volvió a colocar en la bolsa. Sin mediar palabra, Jake saltó para sortear los pinceles, las espátulas, la nueva paleta de colores, la tenaza para tensar la tela y la decena de tubos de pintura al óleo, y cerró la puerta de entrada sin mucha delicadeza. Luego volvió a poner en posición vertical el perchero y, por último, le echó una mano. Juntos terminaron de recoger todo el desastre, en silencio, envueltos en una tensión bastante incómoda.

—Si se ha estropeado algo, dímelo y te lo pagaré.

—Creo que todo está en perfecto estado.

Se pusieron en pie.

—Siento que te hayas visto involucrada sin comerlo ni beberlo.

Jake pasó a la cocina y se sirvió un vaso de agua de la botella que guardaba en el frigorífico. Ella aprovechó la ocasión para observarlo. Los nubarrones de la tormenta todavía se cernían sobre él. No tenía ni idea de quién era esa chica, pero, por lo poco que había presenciado, era muy celosa. No creía que fuera su novia porque, de ser así, ya la habría visto antes por el apartamento o lo habría oído a él nombrarla. Lo más seguro era que se tratase de algún rollo pasajero.

¡Un rollo pasajero muy intenso, a juzgar por el numerito que había montado!

Su curiosidad era tremenda, pero no tanto como para iniciar un acercamiento con Jake y preguntarle al respecto. Se lo veía fastidiado, pero no eran amigos ni iban a serlo nunca, ni siquiera se caían bien. Ella no iba a inmiscuirse en sus intimidades y él tampoco lo haría en las suyas.

Entró en el salón y acudió junto al bastidor con la idea de reponer los materiales que se habían agotado. Se dio cuenta al instante de que no estaba exactamente en su sitio. Ella era muy meticulosa con los detalles, y el ángulo que formaba con la ventana había variado, no era el mismo, estaba un poco desplazado hacia la derecha.

Apretó la mandíbula.

Alice dejó la bolsa sobre la mesa y regresó a la cocina. Él se había servido un segundo vaso de agua que ahora bebía a sorbos más pequeños.

—Has tocado el bastidor. No está en la misma posición en que lo dejé.

Jake enarcó las cejas.

—No lo he tocado. Ni siquiera me he acercado a él. —La acusación que refulgía en sus ojos azules comenzó a indignarlo—. ¿Así que no me crees?

—No, claro que no te creo, porque sé cómo dejo mis cosas cuando me

marcho y espero encontrármelas de la misma forma cuando regreso. Hicimos un trato, yo no husmearía en esa libreta con las letras de tus canciones que te vas dejando por todos lados y tú no meterías las narices en mis lienzos. Cotillear en las cosas de los demás es una falta de respeto enorme.

Jake soltó una risa cansina que apagó con otro sorbo de agua. Luego dejó el vaso en el fregadero y se volvió para encararla.

—He impedido que ella lo viera, eso es lo que ha sucedido —le aclaró punzante—. Tus cuadros me importan una mierda, Alice. Podrías dejarlos en mi dormitorio y no sentiría la más mínima curiosidad por verlos. Y ahora, si me disculpas, tengo mejores cosas que hacer que discutir con una niña como tú.

—Pero ¿quién te has creído que eres para hablarme así? —Alice lo siguió hasta su dormitorio. Estaba muy sulfurada—. No vuelvas a llamarme «niñata».

—Y tú no vuelvas a dirigirte a mí con tanta prepotencia. ¿Te crees que eres el ombligo del mundo? Acabo de enfrentarme a una situación muy desagradable y tú no tienes otra cosa que hacer que venirme con esa gilipollez del bastidor. —Señaló el umbral con un movimiento de la cabeza—. Cierra la puerta al salir.

—No es ninguna gilipollez. Si no lo has mirado, de acuerdo, te pido disculpas por haberte ofendido, pero no pretendas hacerme creer que una discusión con tu ligue de una noche es más importante que respetar la intimidad de los demás.

Jake dejó caer el mástil de la guitarra sobre la cama y le lanzó una mirada tan ominosa que Alice estuvo a punto de retroceder. Se acercó con lentitud a ella.

—Esa chica a la que te has referido como ligue de una noche es mi exnovia, con la que he pasado dos años de mi vida y a la que he querido mucho más de lo que tú puedas llegar a concebir. Pero es toxicómana y alcohólica, ¿sabes lo que es eso? Imagino que no tienes ni puta idea de los problemas reales a los que se enfrenta la gente común porque eres una niña de papá a la que se le han dado todo hecho en la vida. —Llegó a su altura y apretó la mano en torno al pomo de la puerta—. No te atrevas a juzgarme otra vez sólo porque tengo el pelo largo, llevo agujeros en los vaqueros y me gano la vida tocando con mi grupo, ¿queda claro? —Alice lo miraba sin parpadear, sin dar señales de cómo calaban en ella sus palabras—. Tienes una última oportunidad antes de

salir cagando leches de esta casa, así que aprovéchala. Y ahora apártate de ahí si no quieres que se te quede la cara aplastada contra la puerta.

Alice dio unos cuantos pasos hacia atrás y Jake soltó un portazo que hizo vibrar el marco. Un pedacito de yeso se desprendió de la pared y fue a parar a sus pies. Se lo quedó mirando durante largo rato, reflexionando acerca de todo lo que él acababa de decirle. Por primera vez desde que lo conocía, esa nueva discusión no le hizo hervir la sangre. No sentía impulsos de aporrear la puerta y enfrentarse a él haciendo uso de toda su artillería pesada. No notaba la necesidad de ser ella la que tuviera la última palabra.

Lo dejó estar y regresó al salón con la intención de pintar hasta que la luz se agotara. Pero le costó concentrarse en el boceto. La inspiración que la había acompañado a primera hora de la tarde, antes de que tuviera que marcharse a la tienda de suministros, se había evaporado tras la discusión con Jake.

No quería tener emociones hacia él, ni buenas ni malas. Sólo quería que le fuese indiferente, lo mismo que el viejo jarrón que decoraba uno de los rincones del salón. Sin embargo, no era así. Sus desacertadas palabras le habían hecho daño, no deliberadamente, pero eso daba igual. Se había dejado llevar por sus prejuicios y había metido la pata hasta el fondo. Había frivolidado sobre un asunto muy delicado. Se avergonzaba de sus palabras y sabía que tenía que hacer algo para remediar su conducta. Por suerte o por desgracia, tenía un código moral bastante estricto.

Se debatió durante largo rato entre el orgullo y el deber. Él también le había dicho cosas horribles, no cesaba de oír la palabra *niñata* resonando en su cabeza. ¿Qué sabía él de su vida? No tenía ni idea.

Dejó que los minutos corrieran mientras daba distraídas pinceladas al lienzo, al tiempo que la luz iba menguando.

Oyó que Jake hablaba con alguien por el teléfono móvil, aunque no entendió ni una sola palabra de lo que decía, y más tarde le llegaron los acordes de la nueva melodía en la que trabajaba, aunque se interrumpía tanto que Alice imaginó que no era ella la única que no se centraba. Al cabo de un rato, como cada día un poco antes de las ocho de la tarde, él salió de su dormitorio con la guitarra enfundada colgando de su hombro por la correa. Ni siquiera la miró. Pasó de largo, abandonó el apartamento y ella soltó el pincel sobre el frasco de trementina.

Unas cuantas horas más tarde, cuando ya dormía, el sonido de la llave en la

cerradura de la puerta de entrada la despertó. Entreabrió los ojos a la oscuridad de su dormitorio y oyó los pasos sigilosos de su compañero. Siempre era cuidadoso cuando llegaba a casa de madrugada, que era la mayor parte de los días; de hecho, casi nunca se despertaba. Oyó unos suaves murmullos femeninos y cómo él le indicaba a su acompañante que bajara todavía más el tono. Los pasos se alejaron y la puerta de su cuarto se cerró.

Que ella supiera, era la segunda vez que llevaba a una chica a casa. No podía objetar nada porque él estaba en todo su derecho a hacerlo y porque siempre era silencioso cuando se divertía (de lo contrario, habría explotado como un polvorín). Sin embargo, esa noche ni él ni su compañera lo fueron, y Alice tuvo que oír todos esos murmullos de éxtasis que la crisparon y la alejaron del sueño. Cansada de que no cesaran, los amortiguó encendiendo la radio de su despertador, y se pasó los siguientes minutos pensando en las palabras que utilizaría para expresarle su desagrado. Hablar de sexo le daba una vergüenza terrible, más todavía si tenía que hacerlo con un chico, pero no estaba dispuesta a que aquello se repitiera. ¡De ninguna manera!

No logró volver a dormirse hasta que la chica se marchó y el apartamento quedó de nuevo sumido en el silencio.

* * *

Después de desayunar, se marchó a dar un paseo por Sunset Park. Era un domingo soleado, aunque la sensación era engañosa. El viento que soplaba desde la bahía de Hudson era más fresco y húmedo que en días anteriores. Recibió una llamada de su padre cuando regresaba al apartamento. Fue tan escueta como de costumbre. Se interesó una vez más por el modo en que empleaba el tiempo durante los fines de semana y ella le contestó —también, una vez más— con las palabras que él quería oír: «Sí, papá. Dedico el fin de semana a estudiar todos los expedientes que David Hinkle me presta». Que se los prestaba era cierto, pero los lunes Alice se los devolvía sin haberlos abierto siquiera.

No había más conversación que ésa. A su padre le importaba un pimiento cómo se encontraba anímicamente, si se había adaptado bien a la gran ciudad o no, si en casa se la echaba de menos o si tenían ganas de verla. Esas conversaciones sólo las mantenía con su hermana Erin, a la que adoraba por encima de todo. La echaba tanto de menos... Estaba deseando que pudiera

escaparse de Chicago para que fuera a visitarla. Todavía no le había contado nada acerca de que había quebrantado todas las estrictas normas de Wayne Mathews. Era un tema tan delicado que prefería tratarlo en persona.

Cuando regresó al apartamento, su compañero ya se había levantado de la cama. Nada más abrir la puerta le llegó la fragancia masculina a gel de ducha. Estaba realizando tareas de carpintería en el comedor. El estante inferior del mueble se había descolgado hacía un par de días y lo estaba volviendo a colocar en su sitio. Por el modo de emplear el martillo, se notaba que se había dedicado a la carpintería.

La imagen la descolocó un poco. Lo encontró muy atractivo con los mechones de cabello húmedo cayéndole sobre la frente y con el bíceps contrayéndose a cada golpe de martillo. Ya se había dado cuenta de que Jake estaba en muy buena forma física. No sólo era guapo y alto, su complexión era fuerte y atlética. Durante unos segundos probó a imaginárselo con el pelo más corto, afeitado por completo y vestido de otro modo. Y el resultado la impactó.

Alice se aclaró la garganta y volvió a poner los pies en la tierra. Primero le agradeció el trabajo que estaba realizando, él apenas hizo un gesto con la cabeza, y luego se internó en el tema que tan avergonzada la hacía sentir.

—Anoche te oí llegar.

—¿Ah, sí? Pues lo siento, intenté no hacer ruido —contestó sin mirarla.

—Francamente, no creo que lo intentaras. Ni tú ni la chica que trajiste a casa. —Durante un efímero segundo, el martillo se detuvo en el aire y sus labios se torcieron en una mueca indefinible. No dijo nada y prosiguió golpeando los soportes—. No critico que traigas chicas, puedes hacer lo que quieras, lo que me molestó fue que no mostraseis un poco más de... respeto por el resto de las personas que viven en esta casa. Se os oía a la perfección.

—¿Teniendo sexo, te refieres?

—Exacto.

Él le lanzó una mirada directa y Alice sintió arder las mejillas.

—También procuramos ser comedidos mientras nos lo montábamos, pero a veces... —meneó la cabeza con cierta sorna—, a veces es imposible contenerse, ya sabes. —Ella ni pestañeó—. ¿O no lo sabes?

—Eso no te importa.

—Tienes razón, no me importa.

Él volvió a sus quehaceres y los potentes martillazos vibraron en el aire.

Había demasiados frentes abiertos entre ambos en aquel momento, y temía que si continuaba presionándolo podía terminar con la puerta abierta y su maleta aguardándola en el rellano de la escalera.

Relajó la actitud.

—Me harías un grato favor si la próxima vez intentaras ser un poco más comedido. Sólo te pido eso.

Jake detestaba que le dijera la mayoría de las cosas como si las estuviese leyendo directamente de uno de sus manuales de Derecho. Sin pasión, sin espontaneidad; su cerebro parecía estar programado. Quería ser siempre tan correcta que no parecía real, y para colmo esperaba a que la fricción entre los dos alcanzase el grado superlativo para soltarle alguna de sus pullitas desde la frialdad que la caracterizaba. Habían tenido un desencuentro bastante desagradable la tarde anterior y ahora actuaba como si nada sucediera.

De mal humor, Jake soltó el martillo y se la quedó mirando con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Sabes una cosa? —Ella negó impertérrita—. Acabo de llegar a una conclusión muy interesante que explica por qué eres tan jodidamente estirada y remilgada.

—Yo no te he descalificado. —Tensó el tono.

—Ser tan soberbia es mucho peor que entrar en descalificativos. —La miró con los ojos entornados y, a continuación, su voz adquirió un tono más grave—. Mi conclusión es que estás mal follada o que no te han follado nunca. Eres una amargada para ser tan joven, así que deberías reflexionar sobre ello.

Jake presenció cómo el rubor de sus mejillas se encendía un poco más. Sus ojos se volvieron más azules mientras la ira restallaba en ellos.

—Y tú eres la persona más grosera, maleducada y... —se cortó, pero él la animó a que lo insultase de verdad, agitando las manos en el aire— detestable que he conocido en toda mi vida.

—Eso está mucho mejor. Felicidades.

—¡Y un insensible! —le espetó.

—¿Que yo soy un insensible? —Soltó una carcajada muy poco humorística—. Eso es muy gracioso proviniendo de ti.

—No puedo aguantar más esta situación. Lo he intentado por todos los medios, pero... ¡es imposible! —Movié los brazos en el aire. Hasta sus aspavientos resultaban calculados y elegantes—. No entiendo cómo se me ocurrió pensar que la convivencia contigo podría funcionar. Prefiero dormir

debajo de un puente a permanecer bajo el mismo techo que tú una sola noche más.

Alice se dirigió al bastidor, que en aquellos momentos no soportaba ningún lienzo, y comenzó a desmontarlo invadida por un acceso de rabia que no le permitía pensar.

—No te olvides de entregarme tu juego de llaves antes de salir por la puerta —dijo él con serenidad, en cierto modo satisfecho de haber provocado una reacción real.

Luego regresó a su labor mientras ella realizaba ruidosas maniobras para plegar el caballete de madera. Sonaba como si alguna pieza se hubiese atascado y, de repente, oyó un gran estruendo a su espalda, seguido de un gruñido de frustración. Jake miró por encima de su hombro. El bastidor estaba en el suelo, y Alice observaba el desastre con la respiración agitada y los hombros desplomados.

Se apoderó de un último soporte para fijar el estante, pero, antes de soltar el primer martillazo, unas palabras que no esperaba brotaron de los labios de su compañera:

—Lo... lo siento.

Él tardó en responder y ni siquiera se volvió.

—¿Qué es lo que sientes?

—Lo desacertados que fueron mis comentarios de ayer.

La respiración excitada de Alice acompañó al silencio que llegó después.

Él aguardó a que ampliara ese intento de disculpa, pero no sucedió nada. Si al menos le hubiese transmitido que lo decía de corazón..., pero no podía haber más frialdad y distancia en sus palabras.

—¿Ya no te apetece pasar la noche debajo de un puente?

—Estoy hablando en serio.

—Yo también. Y no creo que te arrepientas de nada de lo que soltaste ayer por la boca. De lo contrario, habrías hablado mucho antes conmigo en lugar de montar otro numerito.

—Voy a marcharme de todas formas, no tendría por qué disculparme contigo si no lo sintiese de verdad. ¿Puedes mirarme a la cara?

Jake se hizo el remolón, pero finalmente se volvió al tiempo que expelía el aire con lentitud. Se cruzó de brazos, con el mango del martillo todavía colgando de la mano, y la observó sin ninguna esperanza de que fuera a interesarle lo que pretendía decirle.

Alice jugueteó con el perno del caballete que sostenía entre los dedos. Hacía un momento él le había hablado en términos tan vulgares que le costaba disculparse, pero intentó pasarlo por alto, ya que Jake se había expresado en ese lenguaje deliberadamente, para hacerle daño. Podía entender que quisiera hacérselo.

—Sé que ayer metí la pata hasta el fondo y, aunque no lo parezca, me siento bastante mal por ello. Yo no suelo ser así, siempre soy educada con todo el mundo y jamás le he faltado a nadie al respeto. —Movi6 la cabeza en un gesto inseguro y 6l se dio cuenta de que empezaba a haber cierta concordancia entre sus palabras y sus emociones reales—. Mis disculpas son sinceras. Ayer no pude dar ni una sola pincelada durante el resto de la tarde debido a la frivolidad con la que trat6 ese asunto tan delicado. De verdad que no pretendía ofenderte ni herir tus sentimientos.

—¿Por qu6 ahora?

—Pues... —Se mordió el labio inferior—. Me cuesta mucho llegar a ti.

—Te cuesta porque actúas con la gente dejándote guiar sólo por las apariencias. Hay que conocer un poco más a las personas antes de juzgarlas tan a la ligera. Te sorprenderías de los descubrimientos que harías.

Alice no podía llevarle la contraria en ese punto. Ya fuera por la educación que había recibido o porque ese rasgo de su personalidad estaba grabado en sus genes —esperaba que se tratase de lo primero—, tenía una clara inclinación a rechazar a todo aquel que, en apariencia, no pertenecía a su misma condición social. Por tanto, era una clasista. Nunca se lo había cuestionado, ya que era la primera vez que salía del círculo social de sus padres. La idea le desagradó mucho, sobre todo porque no quería parecerse a ninguno de sus progenitores, en especial, no quería tener nada en común con su padre. Respiró hondo y relajó todavía más la postura.

—Supongo que... tienes razón.

—La tengo —aseguró 6l.

No iba a abrirse con Jake, pero asintió y aceptó su consejo con toda la humildad que pudo reunir. A él se le suavizaron un poco los rasgos y a ella se le relajaron los nervios. Después de todo, no era tan difícil reconocer sus errores ante él. Debería haber empezado por ahí en lugar de atacarlo con el tema de los ruidos que había hecho durante la noche.

—Acepto tus disculpas, Alice. Yo también te las pido por haberte llamado «niñata».

Ella curvó un poco los labios.

—Gracias. —A continuación, se aclaró la garganta—. ¿Podríamos... —señaló el sofá— sentarnos un momento?

Jake pareció pensarlo, o simplemente es que lo pilló desprevenido. Hizo girar el martillo en el aire antes de dejarlo sobre la estantería del mueble y se sentó a su lado. Ella ladeó el cuerpo, pero se retiró unos centímetros en cuanto su rodilla rozó las largas piernas del joven.

Volvió a aclararse la garganta y decidió compartir una experiencia con él.

—En la universidad conocí a una chica que también estudiaba Derecho. Se llamaba Kate y su habitación estaba al fondo del pasillo de la residencia de estudiantes. Nos hicimos amigas. Era de una familia de clase social alta. Su madre era jueza, su padre era un hombre de negocios muy influyente y su novio acababa de graduarse en Ciencias Políticas. Cuando los veía a todos juntos pensaba que no podía existir una familia más feliz. —Jake la escuchaba con atención, con la mirada directa. Le gustaba que fuese tan atento—. Pero conforme la fui conociendo averigüé que se sentía muy desgraciada. Hablábamos mucho pero nunca supe la razón de su desdicha, creo que ni siquiera ella misma la sabía. Lo único que la hacía feliz era la botella de vodka que escondía debajo de la cama, las drogas que ocultaba bajo la funda del colchón y las fiestas que se celebraban en el campus. Y ésa fue su vida de estudiante hasta que una noche acudieron los servicios de urgencias y se la llevaron al hospital. No volvió a la universidad. Su problema se destapó y sus padres la internaron en un centro privado para tratar sus adicciones. Kate estuvo a punto de morir por una sobredosis de heroína. —Alice tomó aire y lo soltó despacio—. Durante aquellos dos años viví situaciones muy desagradables. Era mi amiga y la quería, pero me sentía impotente porque no sabía de qué manera podía ayudarla. Sé que las consecuencias de las drogas son desastrosas en quien las consume y también en quienes rodean al enfermo,

así que entiendo la gravedad de la situación a la que te enfrentaste ayer. Me avergüenzo del comportamiento que tuve.

Jake le brindó una mirada amable.

—Así que no has vivido entre algodones.

Alice cabeceó.

—Sólo a tiempo parcial. —Su amago de broma hizo sonreír a Jake—. El dinero no siempre da la felicidad, ni te hace inmune al sufrimiento. Sólo te da estabilidad monetaria —explicó.

Ella era consciente de que sus acciones y su manera de replicar podían dar a entender que sus padres la habían protegido en exceso y que había pasado toda su vida metida en una especie de urna de cristal. En muchos aspectos aquello era cierto, aunque ella no lo había hecho por comodidad, sino por imposición. Nunca había tenido opción de rebelarse. Excepto ahora.

Jake la observaba sin decir nada, como atraído por la inflexión pesarosa con la que había sonado su voz, y Alice tuvo la sensación de que quería conocer todos los detalles, de que tenía un interés real en que se abriera a él. Se aclaró la garganta y se miró la punta de los zapatos. Había hablado demasiado y empezaba a sentirse incómoda.

—Los dos estuvimos muy desacertados. Yo también dije cosas que habría preferido no decir.

—Bueno..., supongo que me lo merecía. —Pensó en dar por zanjada la conversación, pero sus intenciones no coincidieron con las palabras que brotaron de sus labios—. ¿Ya estás mejor después de lo que sucedió ayer?

—Sí, mucho mejor. —La luz del ventanal incidía en los ojos de Jake, que parecieron oscurecerse de repente hasta volverse casi negros, y eso que eran muy azules—. Esa impotencia de la que antes hablabas es la peor de las emociones que haya sentido nunca. Es complicado tratar con una persona enferma que no quiere reconocer que lo está y que no permite que nadie la ayude.

—A veces hace falta caer hasta lo más hondo para volver a tomar impulso.

Él quedó sumido en esa reflexión, con la que se mostró de acuerdo, y ella mandó órdenes a su cerebro para ponerse en pie, pero su corazón —o lo que fuera— había empatizado con Jake y sus músculos se negaron a obedecer.

—¿Cómo está ahora tu amiga? ¿Sigues en contacto con ella? —le preguntó él.

—Sí, seguimos en contacto. Kate está bien. Superó sus adicciones, regresó

a la universidad, cambió de novio y, afortunadamente, dejó esa etapa atrás.

—No sé si de aquí a un tiempo podré decir lo mismo de Gisele. —Sonó desalentado—. Conozco a mucha gente que ha caído en el mundo de las drogas, pero nadie ha demostrado un comportamiento tan autodestructivo como ella.

—¿Tenía problemas serios?

—No más serios que los de la gran mayoría.

—En el caso de Kate, sus problemas comenzaron cuando sus padres le metieron en el cerebro que debía casarse con el hijo de uno de los socios del padre, y como ella tenía un carácter muy débil y no deseaba contradecirlos, se dejó llevar, hasta que la situación se le escapó de las manos.

—¿Todavía existen padres que eligen la pareja de sus hijos? —Arqueó las cejas.

—No es lo común, pero existen.

Jake soltó un silbido.

—Gisele comenzó a tocar fondo a raíz del divorcio de sus padres. La afectó de tal manera que cayó en una depresión, pero en lugar de buscar ayuda profesional comenzó a relacionarse con gente que no le convenía y que, en vez de ayudarla, le hicieron más daño todavía. Me decía que salir con sus nuevas amistades le iba bien, que tenía que dejarla respirar, y eso fue lo que hice. Aguanté mucho más de lo que te puedas imaginar porque sentía que era mi deber ayudarla a reconducir su vida, al igual que habría hecho por un amigo, pero hay ciertos límites que nunca se deben traspasar.

—¿Qué... hizo?

—Estuvo a punto de vender mi Takamine, mi guitarra acústica —le aclaró al ver que no comprendía—. Le di alcance en la casa de empeños y ése fue el final. Con aquel acto terminó de destruir la escasa confianza que todavía tenía en ella. Mis sentimientos de pareja tampoco resistieron. —Movié la cabeza con pesadumbre—. Ella prefirió escoger ese mundo de mierda, aunque se arriesgase a perderlo todo. Como así sucedió.

—¿Hace mucho que lo dejasteis?

—Cinco meses. Aunque en esencia lo dejamos mucho tiempo antes. —Jake se apoyó en el respaldo del sofá y se frotó la frente con la yema de los dedos—. No había vuelto a verla ni a hablar con ella en todo ese tiempo. La ruptura fue definitiva, por eso no esperaba que se presentase aquí. Renée me ha dicho

que se encuentra peor, que pasó tres o cuatro días en paradero desconocido. Sé que no puedo hacer nada por ella, pero aun así es difícil apartarse del todo.

Se quedó en silencio mientras le llegaba la comprensión de Alice. Nunca se había sentido tan cómodo hablando de esa etapa de su vida. Era muy extraño que se sintiese tan bien contándoselo a ella. ¡Precisamente a ella! Se habían dicho de todo, su compañera de piso estaba a punto de hacer la maleta para abandonar el apartamento porque no podían soportarse y, sin embargo, le estaba relatando el episodio más turbio de su vida como si fuera una amiga de confianza. Y ella lo escuchaba como si él fuera lo mismo para ella.

Alice entendía sus dilemas, y como todas las palabras que pudiera decirle sonarían manidas, le transmitió su comprensión apoyando la mano en su antebrazo. Sostuvo su mirada profunda mientras hacía una ligera presión con los dedos. La animosidad con que se habían tratado hacía un rato se había esfumado por completo y ahora fluctuaba entre ambos una turbadora corriente de armonía que la puso un poco nerviosa.

De repente, él dio un giro inquietante a la conversación.

—Quiero saber algo de ti; ¿por qué no estás viviendo en un apartamento lujoso en Manhattan o en Brooklyn Heights? Tu familia es pudiente, me sorprende que no puedas permitirte nada mejor que esto.

Alice no tenía una contestación fácil a esa pregunta y tampoco quería inventar ninguna, así que tomó la salida más rápida.

—Es una larga historia.

Él no esperaba que le diera otra respuesta, aunque ya empezaba a figurarse que no todo era de color de rosa en la vida de su compañera. Asintió sin más y ella se levantó del sofá.

Alice observó el bastidor que todavía permanecía tirado en el suelo. Se agachó para recogerlo y cargó con él hacia su dormitorio.

Desde el comedor, Jake la oyó abrir y cerrar puertas, correr muebles y descorrer cremalleras. Estaba recogiendo sus cosas para marcharse y, aunque tal vez ése habría sido el mejor de los finales, algo lo impeló a inmiscuirse entre ella y su mudanza.

La puerta estaba abierta y Jake se quedó en el umbral, con el brazo apoyado en el marco. Alice estaba de espaldas y descolgaba un vestido del armario empotrado para colocarlo en la maleta abierta que yacía sobre la cama. Dio un pequeño respingo cuando se volvió y lo encontró allí apostado.

—Así que te marchas.

—Sí, pasaré la noche en algún hotel y volveré a llamar a los propietarios de los pisos que estuve visitando. Con suerte, alguno de los dos estará libre.

—¿Te refieres al apartamento que no tenía luz y al otro que era tan ruidoso?

—Eran los únicos que se ajustaban a mi presupuesto. —Dobló el vestido y lo dejó caer en el interior de la maleta—. Seguro que si los veo una segunda vez no me parecerán tan horribles.

Jake continuó observándola. Ahora había abierto el cajón superior de la cómoda y comenzó a sacar los jerséis de punto.

—Esto es ridículo.

—¿Qué es ridículo? —preguntó ella.

—Esta escena. Acabamos de demostrar que somos capaces de entendernos cuando bajamos la guardia.

—No soporto más enfrentamientos.

—Hemos hablado y lo hemos solucionado, ¿no? No tiene por qué haberlos. —Ella ni asintió ni negó—. ¿Cuántas veces mis ruidos te han despertado en mitad de la noche?

—Ninguna.

—Anoche estaba muy jodido. No es una excusa, pero es la verdad. —Los movimientos de Alice se ralentizaron—. Puedes irte si piensas que es lo mejor para ti, pero si mi opinión te sirve de algo, yo no quiero que te vayas.

Tamborileó los dedos sobre el marco de la puerta y, a continuación, desapareció de su vista. Ella se quedó haciendo hueco en la maleta para acoplar el conjunto de suéteres. La tarea le llevó un rato, no porque tuviera algún problema con el espacio, sino porque las palabras que él acababa de decirle la habían descentrado.

Los acontecimientos habían dado un giro inesperado tras esa conversación tan íntima y personal, y Alice no sabía explicar cómo se sentía al respecto. Lo que sí sabía era que Jake era mucho más que la imagen rebelde, transgresora y descarada que se había forjado de él.

Dejó las manos quietas sobre sus prendas y se llenó los pulmones de aire. Miró a su alrededor y no se imaginó en otro lugar. La luz que recibía esa vivienda resaltaba en cien matices distintos cada color, y en el silencio encontraba la mejor compañía para dar rienda suelta a su creatividad. Un silencio que sólo era interrumpido cuando sonaban los acordes de su guitarra. Acordes melódicos que le acariciaban los oídos.

Esta vez fue ella la que apareció en el umbral de su dormitorio. Jake estaba

sentado a los pies de la cama, concentrado en las notas que sus dedos hacían brotar de las cuerdas. La música cesó al levantar él la cabeza. A Alice le llegó la complicidad de su mirada, como si ya supiese lo que iba a decirle antes de expresarlo.

—Quiero intentarlo de nuevo.

Él asintió.

—Me alegra que hayas tomado esa decisión. —Le regaló una sonrisa amable. Jake tenía una sonrisa increíble, amplia y convincente. No era su tipo, pero sabía que muchas chicas también la considerarían sexy—. Por cierto, aquello que he dicho antes sobre tus cuadros era mentira. Siempre que dejas el bastidor en el comedor tengo que hacer un esfuerzo increíble por no acercarme y echar un vistazo. Pero no lo haré, te doy mi palabra.

Fue la primera vez en su trato con él que Alice aguantó una espontánea carcajada.

* * *

Anne era una niña adorable. Durante el rato que pasaron los tres juntos en Panera Bread —a la pequeña le encantaban los croissants de chocolate de ese establecimiento—, el corazón se le llenó de una sensación tierna y cálida, como si fuera un trozo de mantequilla que se derretía a fuego lento. En el momento en que abrió el envoltorio del cuadro y sus ojos verdes se toparon con la casita en el árbol, su entusiasmo sin límite casi hizo llorar a Alice de emoción. David tuvo que colocar el cuadro sobre una silla mientras se prolongó la merienda para que su sobrina pudiera mirarlo todo el tiempo.

Alice nunca había tratado con niños, y la dulce compañía de Anne se le hizo demasiado breve. Con su alegre verborrea le estuvo hablando con pelos y señales acerca de su gran colección de cuentos y sobre la casa en el árbol que su padre le estaba construyendo con ayuda de su tío David en el roble que había frente a su casa de campo.

Además, Alice descubrió en él una nueva faceta que acentuó sus crecientes sentimientos románticos. Estaba loco por su sobrina y Anne estaba loca por él. Algún día sería un padre estupendo y seguro que un marido ejemplar. Ella nunca se había planteado el futuro en esos términos. No tenía un buen concepto de la familia porque el único ejemplo que conocía era el suyo, pero pasar la

tarde con David y con Anne hizo que sus arraigadas convicciones se tambalearan.

Se marcharon de Panera Bread y se encaminaron hacia el coche de David. Él depositó el cuadro con mucho cuidado en el maletero, aunque Anne había insistido en llevarlo consigo, y luego acomodó a la niña en la silla de seguridad del asiento trasero. Alice había metido las manos en los bolsillos de su abrigo y los observaba desde la acera, pero cuando David cerró las puertas traseras para insonorizar los oídos de su sobrina, se acercó a ella y le dijo:

—Llevamos a Anne a casa y nos tomamos algo tú y yo, ¿qué te parece?

Le pareció que se perdería en el interior de sus ojos verdes y que jamás volvería a encontrar el camino de salida. Y no le importó saltarse toda una tarde de clases si la alternativa era pasarla con él.

Anne residía en un antiguo edificio situado en el cruce de la Treinta y Tres con la Quinta Avenida, junto al Empire State Building. Supuestamente, Alice vivía muy cerca de allí, en la avenida Madison, en el apartamento que su padre había alquilado para ella cerca de la biblioteca Pierpont Morgan para que estuviese próxima a los libros de leyes. De hecho, para no levantar sospechas, había tenido que quedar con David a los pies del edificio cuando se empeñó en ir a recogerla.

Cada día se sentía un poco más cómoda a su lado, pero todavía era muy pronto para pensar en abrirse con él y contarle lo que estaba sucediendo en su vida. La lealtad de David para con su padre seguro que era mucho más fuerte que la amistad que estaba surgiendo entre ellos.

Mientras se quedaba en el interior del coche para que David acompañase a Anne a su casa, pensó en si esa relación que mantenían podía definirse tan sólo en términos de amistad. Empezaba a resultar obvio que la atracción que sentía por él era recíproca y que existía un coqueteo sutil entre los dos que estaba presente en el tono de las voces, en las miradas y en las sonrisas. Estaba claro que el interés de David no sólo era amistoso.

Suspiró y se mordió los labios. ¡Sentía un revoltijo de nervios en el estómago!

Él se reunió con ella al cabo de unos diez minutos. Antes de decidir a qué lugar dirigirse, sacó la chequera del bolsillo interior de su abrigo y le extendió un cheque al portador. Cuando Alice vio la cifra trató de devolvérselo.

—Te dije doscientos dólares, no trescientos.

—Lo sé, pero quiero ser justo y pagarte su precio.

—Pero no creo que ése sea su precio. No puedo aceptarlo, es demasiado.

—Algún día, ese cuadro costará una fortuna. —Arrancó el motor y se incorporó al tráfico denso bajo la expectante mirada de Alice—. Y yo he pagado una miseria por él.

—No tienes que ser tan adulator, aunque te lo agradezco.

—No soy adulator, y tampoco soy un experto en arte, pero me interesa lo suficiente como para distinguir cuándo estoy ante una obra de calidad y cuándo no.

Alice curvó las comisuras y quedó eclipsada en la mirada penetrante de él. Sintió que le subía el color a las mejillas y que la sangre se le aceleraba en las venas. Nunca un hombre la había mirado de ese modo, claro que ella nunca había tratado con hombres como David, sólo con chicos universitarios que no tenían ni idea de cómo seducir a una mujer. Su mirada unas veces la acariciaba y otras la absorbía, en ocasiones ambas cosas. Y podía hacer lo mismo con su voz, como sucedió esa tarde mientras tomaban un cóctel en The Penrose.

El nerviosismo del inicio se vio paliado con el cóctel especialidad de la casa, el Old Pal Spencer, que Alice hubo de beberse a pequeños sorbos para que no le quemase el estómago. Rara vez bebía alcohol, y mucho menos un día de diario, pero estando junto a David se olvidaba de todas sus normas.

En aquel local agradable de suelos de cerámica y techos de madera donde sonaba música jazz, hablaron de todo un poco y se estableció una intimidad entre ellos que el entorno laboral en el que siempre se relacionaban no habría permitido. Él se adentró en detalles de su vida privada, de su trabajo, de su familia y de su deseo de encontrar a una mujer con la que compartir su vida. En ese punto, Alice se turbó al leer en sus ojos que la consideraba una posible candidata. Al parecer, a él le encantaba su timidez porque sonreía cada vez que la dejaba sin palabras.

Ella también le habló de su familia —sin entrar en detalles de la verdadera relación que mantenía con sus padres—, de los años de universidad y de Jeffrey, el chico universitario con el que había salido durante algún tiempo. Si comparaba su vida amorosa con la de él, incluso si la comparaba con la de otras chicas de su edad, Alice se sentía como si todavía llevase pañales, así que no le resultó muy cómodo charlar sobre ese tema.

Poco antes de que las copas quedasen vacías, Alice se notaba la mente muy espesa por el alcohol y por los sentimientos románticos que ya eran

irrefrenables. Aun así, recordó que debía advertirlo de un asunto que la preocupaba.

—David, respecto al cuadro de la casita en el árbol..., preferiría que no le mencionases ese tema a mi padre en vuestras conversaciones.

Él se mostró contrariado.

—¿Por qué razón?

—Pues... él piensa que mi afición por la pintura puede robarle tiempo a mi formación como abogada penalista, así que le oculto que pinto cuadros. Ya conoces a mi padre y lo estricto que es en según qué temas. —Se encogió de hombros, como si aceptara a Wayne Mathews tal y como era—. Si se entera de que incluso te he vendido uno... —resopló—, me echará una buena reprimenda.

—Wayne nunca cambiará, ¿verdad? —Sonrió—. Resistente como el tronco de un árbol centenario. Ni siquiera los años ablandarán un poco ese carácter suyo tan endiablado.

A pesar de que las palabras eran duras, la inflexión de su voz dejaba bien claro que lo admiraba. Alice estaba convencida de que si hubiese sido hijo suyo no habría hablado en esos términos.

—Todo lo contrario —respondió muy seria.

David colocó la mano sobre la suya y la reconfortó con un ligero apretón.

—No te preocupes, no le diré nada, tu secreto está a salvo. Es más, seguro que estás de acuerdo conmigo en que no hay que mencionarle que estamos conociéndonos fuera del horario laboral.

—Tengo la sensación de que eso no se lo tomaría mal.

—Pues yo tengo la sensación de que acudiría cargado con una escopeta —dijo con humor.

Alice cabeceó mientras acariciaba la base de la copa con los dedos.

—Mi padre te consideraría un buen... partido. —Se violentó nada más decirlo y se puso roja como un tomate—. No estoy queriendo decir que tú y yo... Sólo digo que en el caso de que... Bueno, ya sabes.

Su torpeza la avergonzó tanto que se cubrió la cara con una mano y cerró los ojos con fuerza. La risa de David le llegó a los oídos acrecentando su azoramiento.

—Eres un encanto, Alice, pero deja de taparte esa preciosa cara. —Ella retiró la mano y quedó anclada en la mirada persuasiva de sus ojos verdes—.

La hija de Wayne Mathews sí que es un buen partido. —Sonrió—. Estoy muy a gusto contigo.

—Yo también.

Apuraron las bebidas en ese nuevo clima de confianza. Después, David alzó el brazo para atraer la mirada del camarero. Pagó con un billete de veinte dólares y la ayudó a colocarse el abrigo mientras el camarero regresaba con el cambio. De camino a la salida, Alice sintió que levitaba, ¡se sentía tan feliz que tenía ganas de gritar! El alcohol ayudaba a que su estado fuera pletórico, pero mucho más las expectativas de tener una relación amorosa con David.

Deseó que la besara mientras se despedían frente al edificio de la avenida Madison. Imaginó que el beso sería mágico, sublime, tan deslumbrante como los millares de luces que perfilaban los rascacielos colindantes, pero David se contuvo a pesar de que los dos se morían de ganas. Sus acciones consiguieron que él le gustase todavía más. Si hubiese sido un tiburón como había asegurado Nicole, la habría besado y después le habría sugerido que lo invitase a subir a casa. En lugar de eso, la besó en la mejilla, cerca de la comisura de los labios, y le arregló la bufanda para que el viento de la noche no le llegase a la piel.

—Buenas noches, Alice, que descanses. Mañana nos espera una larga y tensa sesión en los tribunales.

A ella no se le hacían largas porque se pasaba todo el tiempo admirando cómo se desenvolvía él frente a los magistrados, con los sentimientos románticos a flor de piel, pero no le dio esa respuesta porque no quería pasarse de patética. Intentó adoptar un aire profesional y le dijo que estaba deseando continuar aprendiendo de él. Lo cual no era del todo cierto.

Condujo de vuelta a casa flotando entre nubes de algodón, aunque nada más aterrizar en su destartado apartamento de Sunset Park volvió a poner los pies en la tierra. Armada de resignación, entró en la cocina para prepararse la cena —ensalada de arándanos que le había sobrado de la noche anterior— y su mirada se topó con una nota que Jake había pegado en la puerta del frigorífico.

He dejado una ración de mascarpone con galleta y mermelada para ti. Ya me contarás si te gusta.

Y Alice sonrió.

Desde que habían hablado el domingo por la tarde, su relación se había

suavizado bastante. Entre otras cosas, él le contó que su postre favorito era el mascarpone con galletas y mermelada, que ella no había probado nunca.

Y ahí estaba, todo un detalle por su parte que Alice pensaba agradecerle tan pronto como apareciese por casa.

Y lo mejor era que estaba para chuparse los dedos.

Perder las clases del lunes por la tarde supuso que tuviera que apretar mucho más su agenda de la semana y que no le quedase más remedio que echar horas extras en casa para ponerse al día en los estudios. Hubo de robarle minutos al cuadro que estaba pintando y también acortó los paseos que solía dar para despejarse antes de salir a comprar la cena, y no porque los apuntes de una tarde fueran extensísimos, sino porque le costaba concentrarse en el estudio.

Tenía la mente en otro sitio. Muy lejos de allí. Concretamente, en los momentos que pasaba con David.

Ese viernes por la mañana, cuando regresaban al bufete desde los juzgados, él le había propuesto salir a cenar el sábado por la noche y ella le había dicho que sí antes incluso de que terminara la frase. Después ya no había podido pensar en otra cosa.

Untó el pincel en el color verde de la paleta y dio forma a las hojas de los árboles, tratando de que reflejaran movimiento, pero su mente repasaba todo lo que debía hacer el sábado por la mañana. Tenía que salir de compras; apenas había renovado su vestuario desde que había llegado a Nueva York y la ocasión requería que estuviese lo más guapa posible. Si le daba tiempo también quería pasarse por la peluquería de la que siempre le hablaba Nicole, donde utilizaban esos productos que te dejaban el pelo más suave que la seda. Y tampoco le vendría mal hacerse la manicura. ¡Demasiadas cosas para tan sólo una mañana!

Con tanta excitación, su concentración era pésima y las hojas parecían inertes. Los verdes le estaban quedando espantosos.

Llamaron a la puerta y Jake salió de su cuarto para atender la visita. Antes de oír la voz de Lorna, la señora de la limpieza a la que había contratado para que se pasara por casa dos veces por semana, ya suponía que era ella.

La sorprendió que se pusieran a hablar en el umbral cuando apenas se habían visto desde que la mujer les prestaba sus servicios, y mucho más aún

que tardase tanto tiempo en entrar. Luego la puerta se cerró y Jake apareció solo con un gesto de satisfacción que activó todas las alarmas de Alice.

—Acabo de despedirla —la informó.

—¿Qué?

Horrorizada, dio un salto del taburete y echó a correr hacia la puerta, pero él le dio alcance antes de que consiguiera abrirla, interponiéndose en medio.

—Alice, deja que se marche. Te estás gastando el dinero tontamente.

—Yo decido en qué me gasto mi dinero. —Lo fulminó con la mirada y lo apartó de su camino, pero cuando se asomó a la escalera ya no había ni rastro de Lorna, sólo le llegó el sonido quejumbroso de la radio de la portería—. Voy a matarte —masculló entre dientes—. ¿Sabes lo mucho que me costó encontrarla?

—No la necesitas.

—¡Desde luego que sí!

Entró en tromba, con la idea de llamarla por teléfono para que diera media vuelta de inmediato. Jake se mantuvo pegado a ella mientras se apoderaba de su móvil.

—Lo haremos los dos juntos. Te vendrá bien aprender unas nociones básicas de supervivencia, quién sabe si puedes necesitarlo en un futuro.

—Ya te digo que no, que no voy a necesitarlo en un futuro. —Su dedo se movía veloz sobre la agenda de teléfonos.

—Alice, ayer vi cómo te peleabas con la lista de la compra y cómo tuviste que prescindir de varios artículos porque no te llegaba el dinero.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Lo miró con ceño.

—Porque te dejaste la nota encima de la mesa de la cocina, aunque más que una nota parecía una tesis doctoral.

Ella era muy metódica en todas las tareas que acometía, incluso cuando redactaba la lista de la compra. Solía llenar el papel de anotaciones sobre cada artículo, así como del presupuesto del que disponía. Junto a la tabla de patés, la loción corporal de almendras para después de la ducha y el ambientador de vainilla que utilizaba en su dormitorio, había apuntado que no podía comprarlos porque superaban los gastos que podía afrontar esa semana.

La avergonzó que él la hubiese leído, ya que la lista de la compra era algo muy personal para ella, pero frenó el deseo de reprochárselo con dureza, pues la culpa había sido suya por olvidarla en cualquier sitio. No quería más disputas, y menos ahora que habían comenzado a entenderse.

Tomó aire y siguió con el plan de localizar a Lorna.

—¿Sabes cuántos dólares podrías ahorrar a la semana si limpiásemos nosotros? Cuarenta dólares. Suficiente para que no tengas que escatimar en leche de almendras para la piel y en... ¿qué era lo otro? No lo recuerdo. Bueno, da igual, podrías embadurnarte en esa leche que huele tan bien. Siempre dejas el baño impregnado en ese olor que dan ganas de... —Pensó dos veces lo que iba a decir para no escandalizarla. Acercó la boca a su oreja para meterle su discurso en la sesera—. Quiero que el baño siga oliendo igual.

Su voz era persuasiva, como una nota de música cautivante que hechizaba los sentidos. Alice sintió que se le erizaba el vello de la nuca y que perdía la concentración. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué reaccionaba así? Estaba tan cerca de ella que prefirió no mirarlo a los ojos, porque de haberlo hecho habría quedado prendada en ese azul tan fascinante e inimitable.

Cerró un momento los párpados, luego soltó el móvil sobre su cama y se retiró unos pasos, buscando un clima más relajante.

—De acuerdo.

—¿En serio? ¿Te he convencido tan rápido? —Ella se encogió de hombros y él sonrió. Con cada nuevo día, la sonrisa de Jake le parecía más atractiva, o quizá era que ahora se fijaba más en ella que antes—. Tengo una hora libre antes de marcharme, ¿qué te parece si cogemos los productos de limpieza y le pegamos un buen repaso a la casa?

Alice resopló. Le parecía una idea horrible, pero ella también quería continuar usando su magnífica leche de almendras.

Jake puso algo de música para que la tarea fuera más amena —rock, por supuesto—, aunque Alice decidió el volumen —bajo, desde luego—, y se repartieron las tareas por decisión consensuada. Ella se ocupó de limpiar el polvo de toda la casa y él se dedicó a barrer y a fregar el suelo. En cuanto al baño y la cocina, tuvieron que lanzar una moneda al aire, ya que a ninguno le apetecía meter las manos en el inodoro. Jake salió ganando y Alice no paró de mascullar entre dientes mientras se colocaba un par de guantes que le llegaban hasta los codos.

—No pongas esa cara como si estuvieras oliendo una..., ya sabes. —Se echó a reír con ganas.

—¿Una *mierda*, quieres decir?

—Exactamente. —Le agradó que fuera capaz de pronunciar una palabra malsonante. No recordaba haberle oído ninguna desde que la conocía—. No es

el fin del mundo, la próxima vez yo asumiré tus funciones y tú las mías.

Ella respondió a su guasa con tono incisivo.

—Eso me consuela bastante.

Entró en el baño. No sabía por dónde empezar. Si sus padres la vieran de esa guisa pondrían el grito en el cielo. Le preguntarían si no le daba vergüenza haberse convertido en alguien tan mediocre. Ellos siempre habían tenido sirvientas, ninguno de los dos sabía lo que era coger un cepillo para barrer y habían educado a sus dos hijas con sus mismos ideales, como si hacer las tareas del hogar fuese algo deshonroso.

Sin embargo, ella no se sintió denigrada mientras repasaba el lavabo y miraba su imagen en el espejo. Tampoco podía decir que le gustase lo que estaba haciendo, seguro que a pocas personas les gustaba, pero sí que experimentó ese alivio que la invadía cada vez que contravenía las rígidas reglas de sus padres.

Después de todo, no fue una experiencia tan terrible.

Aunque sí que fue terrible descubrir que Jake la había estado observando desde la puerta mientras ella estaba inclinada sobre la bañera, con las nalgas en pompa.

Se retiró el cabello de la cara, se aclaró la garganta y soltó los utensilios que había estado utilizado dentro del cubo. Ya había finalizado.

—¿Qué haces ahí plantado? ¿Inspeccionas mi trabajo?

—No, sólo contemplaba las vistas. —Y, por su manera de mirarla, Alice supo que «las vistas» le habían gustado. Su halago la violentó, no lo esperaba de él—. Después de ver los resultados, tengo que decir que limpias bastante mejor que yo, eres muy meticulosa. Ni siquiera Lorna le sacaba tanto brillo a la grifería.

—Siempre me esfuerzo en hacer lo mejor posible todo lo que me propongo.

Estaba radiante. El ajeteo había soltado de la goma con que se sujetaba el cabello algunos mechones negros, que ahora enmarcaban su rostro, y tenía las mejillas sonrosadas, aunque creía que el rubor se lo había provocado él mismo.

Que no había atracción entre ambos era evidente. A ella debían de gustarle los típicos niños ricos con estudios universitarios que conducían descapotables y llevaban un Rolex original en la muñeca, y a él le sucedía todo lo contrario, le llamaban más la atención las chicas sencillas y transparentes. Sin embargo, él no había podido dejar de admirar lo perfectas

que eran sus nalgas mientras permaneció inclinada, y ella había reaccionado a su escrutinio con una timidez impropia, teniendo en cuenta que él no le gustaba nada en absoluto.

—Estoy esperando a que me agradezcas que todavía conservas tus diez dólares.

Alice se volvió hacia él y comenzó a quitarse los guantes de látex.

—Lo haré si me invitas a una tarrina de mascarpone. Ayer terminé mi última ración y hoy no he podido salir a comprar.

Él sonrió con agrado. El próximo paso sería obligarla a comer pizza sin utilizar cuchillo y tenedor.

Mientras tomaban el postre en la cocina, Alice se interesó por su trabajo y él le estuvo contando que tocaban casi todas las noches en una sala de conciertos diferente, pero que casi siempre solían moverse por Brooklyn, Queens y la costa de Jersey. Tenían tres meses de actuaciones programadas y en los siguientes cerrarían muchas más.

—No somos el típico grupo que versiona los temas de los demás, tocamos nuestras propias canciones y el público que viene a vernos disfruta con ellas. Muchos se las saben de memoria porque ya nos han visto tocar en otras ocasiones. —Apuró los restos de mascarpone con la cucharilla y la chupó hasta que quedó limpia—. No nos falta trabajo, aunque económicamente hablando estamos en modo supervivencia.

—¿Tienes representante?

—No, ni lo quiero. Ya se han acercado a mí unos cuantos tipos para embaucarme, pero prefiero ser mi propio jefe y controlar todo el proceso, desde que escribo una canción hasta que la toco delante del público.

—Pero los representantes son buenos negociadores, podría conseguirte más fechas, mejores salas de conciertos, más dinero...

—¿Qué te hace pensar que yo no soy un buen negociador?

Le mostró esa media sonrisa pendenciera con la que seguro que derretía un montón de corazones. Luego él consultó su reloj de pulsera y se puso de inmediato en pie. Era hora de marcharse. Ella lo observó mientras arrojaba la tarrina de plástico vacía al cubo de la basura y metía la cuchara en el lavavajillas. La verdad era que sí, era buen negociador. Se había apoderado del mando del televisor y la había convencido para que limpiase el apartamento. ¿Qué sería lo siguiente?

—Por cierto. —Se metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros

desgastados y sacó algo parecido a unas entradas que dejó sobre la mesa, frente a los ojos de Alice—. Entradas gratis para el próximo viernes en el BAMcafé, está en Fort Green, en el edificio de la Academia de Música de Brooklyn. El dueño de la sala nos ha dado unas cuantas, y he pensado que a lo mejor te apetece vernos tocar en directo, podrías pasártelo bien. Puedes invitar a quien quieras.

Alice se las quedó mirando mientras buscaba una respuesta que no hiriera sus sentimientos, pues no pensaba ir a un concierto de rock. No era que la música de ese estilo le desagradara, de hecho, había canciones que le encantaban; lo que su mente rechazaba profundamente era el ambiente de ese tipo de eventos. En la universidad había ido a un concierto de rock de un grupo local y le había tocado estar rodeada de varios chicos que iban colocados de marihuana hasta las cejas y que la incomodaron todo el rato. No guardaba muy buen recuerdo.

—Si no voy muy retrasada con el trabajo, tal vez... vaya.

—Bien, estupendo. —Se hizo evidente en la expresión de Jake que no creía que acudiera—. Otra cosa más. Se me ha olvidado comentarte que pasado mañana vendrán a cenar mis padres, aprovechando que es mi día libre.

Alice arrugó la frente.

—¿A cenar?

—Preferían venir a comer, pero a esa hora yo tengo otros planes.

—Oh, pues... Vale, no hay ningún problema. Te dejaré el apartamento libre.

Jake colocó las manos sobre las caderas y la observó mientras ella continuaba saboreando el postre.

—No tienes que irte a ningún sitio. —Ella levantó la cara de la tarrina y lo miró sin comprender—. Mis padres quieren conocerte, cuentan con que cenes con nosotros.

—¿Y por qué quieren conocerme? —Se le desencajó la expresión—. No somos pareja, ni somos amigos, sólo soy... tu compañera de piso.

—Eso mismo fue lo que yo les dije, pero no convencí a mi madre. —Se encogió de hombros—. No te preocupes, son muy buenas personas y no te harán preguntas indiscretas. Como mucho, Maggie querrá sonsacarnos si nos gustamos y si existe alguna posibilidad de que termine llamándote «hija».

—¿Qué? —El mascarpone se le hizo un nudo en el estómago.

—Está empeñada en que le dé nietos antes de los treinta y se emociona cuando conoce a una posible candidata. Pero no es seguro que vayas a

gustarle, así que no te preocupes.

Hizo ademán de abandonar la cocina, pero Alice se puso en pie de un salto con tanto ímpetu que estuvo a punto de volcar la silla.

—Un momento, ¿piensas que voy a acceder a cenar con vosotros con esa tarjeta de presentación que acabas de hacer de tu madre?

Alice lo miraba horrorizada, y Jake no pudo aguantar por más tiempo la carcajada que se le había ido formando en la garganta conforme observaba sus reacciones. Se echó a reír con ganas y ella le propinó un manotazo en el hombro al entender que le había tomado el pelo. Se sintió como una tonta. Ya debería haber pillado su sentido del humor en lugar de tomarse todo cuanto decía al pie de la letra.

—Eres un idiota.

—Y tú, demasiado ingenua en algunas cosas.

¿Podía una persona llamar a otra «ingenua» y que sonara bien? ¿Como si fuera un halago? Pues Jake acababa de hacerlo.

* * *

—Con ese vestido lo vas a tener comiendo de la palma de tu mano mucho antes de que pidáis los postres.

Ésa fue la opinión de Nicole cuando la vio salir del probador de Madewell con el vestido de color burdeos amoldándose a las delgadas líneas de su cuerpo. Alice se miró en el espejo y le encantó lo sofisticada y elegante que la hacía parecer. Aunque tenía un corte juvenil, también le otorgaba el toque de madurez justo que andaba buscando. Quería estar a la altura de David, quería hacer desaparecer esos doce años de diferencia que se dejaban notar en algunos aspectos.

Se puso de lado para admirar la suave caída que la tela formaba en la espalda.

—¿Tú crees? —preguntó.

—Y tanto que sí. Lo vas a dejar con la boca abierta. Es más, creo que te invitará a tomar los postres en su casa.

—No digas eso, me pongo nerviosa sólo de pensarlo.

—¿Es que no te lo has planteado?

—Sí, claro, pero... Es demasiado pronto para subir a casa de nadie, ésta es nuestra primera cita.

—La segunda —la corrigió.

—La otra no cuenta. Quedamos para entregarle el cuadro a su sobrina.

—Pero luego estuvisteis tomando una copa los dos solos y casi hubo una despedida con beso. —Como el ambiente de la tienda era muy íntimo y estaban solas en ese momento, Nicole decidió indagar un poco más sobre el modo en que Alice se relacionaba con el sexo opuesto. No habían hablado mucho del tema porque Alice no solía dar pie a que compartiesen confidencias de esa índole. Era una chica muy hermética. Ella, por el contrario, sí le había contado detalles sobre las relaciones que había tenido y sobre cómo las concebía—. ¿Cuándo deja de ser pronto para ti?

—¿A qué te refieres exactamente?

—A tener relaciones sexuales.

Alice se violentó y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie las estaba escuchando.

—Pues... —Vaciló. No le gustaba hablar de sexo—. Cuando confías en la otra persona, cuando sabes que la relación va en serio...

—En ese caso..., no te ilusiones mucho con tu abogado, no creo que comparta la misma opinión que tú.

—Bueno, si de verdad le intereso tendrá que respetarlo.

Se quedó pensando en ello. No podía negar que se le hubiera pasado por la cabeza dejar a un lado sus principios y que fueran sus emociones las que la guiaran en su relación con él. Lo que sentía era suficiente para dar ese paso, ¿no? Tenía mariposas en el estómago, le aumentaba la frecuencia cardíaca cada vez que él estaba cerca y siempre ansiaba que llegara cada mañana para volver a verlo. Si le contaba todos esos síntomas a Nicole diría que se estaba enamorando. ¿Lo estaba haciendo? Tuvo la necesidad de defenderlo.

—Creo que David es diferente conmigo que con otras mujeres. Me da a entender que le gusto de verdad y que quiere hacer las cosas despacio y bien. Si sólo buscara lo que tú dices, el lunes pasado habría ido al grano. Pero ni siquiera me besó...

Nicole quedó dubitativa, con las cejas pelirrojas arqueadas y la mirada perdida en la caída de su vestido de color burdeos.

—Bueno, ojalá tengas razón.

Alice asintió. Estaba segura de que la tenía.

Dio una vuelta más frente al espejo y se decidió al fin.

—Me encanta este vestido, es el que más me gusta de todos los que me he

probado. No voy a buscar más.

Al cabo de unos minutos, abandonó el probador de Madewell. Estaba muy contenta. Tenía el vestido ideal para pasar una noche ideal de principios de noviembre junto al hombre más atractivo, inteligente y caballeroso que había conocido en su vida. Desde que se había levantado de la cama por la mañana temprano, contaba los minutos para que llegase la hora de la cita.

—Se te ha caído algo —señaló Nicole.

Alice se volvió y vio las entradas que le había regalado Jake en el suelo del probador. Se acercó para recogerlas. Se las había guardado en el bolsillo trasero de los pantalones y había olvidado que estaban ahí. Debían de habersele caído mientras se cambiaba de ropa.

—¿Son entradas para algún espectáculo?

—Sí, para un concierto —contestó como si tal cosa.

Hacía unos cuantos días Nicole le había propuesto que fueran a ver a Jake, así que se las guardó con rapidez mientras se dirigían a la caja registradora con la esperanza de que su amiga no hiciera más preguntas.

—¿Para qué concierto? —Nicole entornó los ojos—. ¿Qué guardas ahí que no quieres enseñarme?

—No voy a ir, así que no insistas.

—¿Adónde?

Se las entregó con desgana y Nicole leyó los datos en voz alta. Su voz adquirió un matiz entusiasta que hizo resoplar a Alice.

—¿De dónde las has sacado? ¿Te las ha dado él?

—Sí, me las ha dado él.

—¡Tenemos que ir!

—Acabo de decirte que no cuentes conmigo. No voy a pasar mi viernes por la noche metida en una sala ruidosa rodeada de un montón de gente bebida y colocada.

—Vaya, tu experiencia con los conciertos en directo no ha sido muy buena, ¿verdad? Yo no he estado en muchos, pero no recuerdo eso que nombras. De hecho, me lo he pasado bastante bien.

Se pusieron a la cola. La amable dependienta rubia que las había atendido hacía un rato cobraba ahora a una clienta que había hecho acopio de ropa como para pasar tres inviernos.

—¿De verdad no quieres ir? —insistió Nicole.

—De verdad.

—Entonces no te importará si me las quedo.

—Oh, claro, puedes quedártelas.

—Genial. Encontraré a alguien a quien le apetezca acompañarme.

Alice esbozó una sonrisa que le salió forzada, como si unos dedos invisibles hubieran tirado de las comisuras de sus labios. Mientras aguardaba a que la clienta que tenía delante introdujera su tarjeta de crédito en el datáfono, se quedó rumiando la razón por la que estaba molesta. ¿Qué más le daba a ella si Nicole acudía a ver a Jake? Debería importarle un pimiento, pero, por alguna razón que se le escapaba, no era así.

* * *

Su compañera de piso no cesaba de ir de un lado a otro. Se metía en el baño, después echaba a correr hacia su dormitorio, luego volvía a encerrarse en el baño... Y cada vez que la veía cruzar por delante de sus narices distinguía un nuevo cambio físico en ella. Primero se rizó las puntas del cabello con las planchas que guardaba en el armario del lavabo, luego se colocó unos pendientes que a su paso lanzaron destellos bajo la luz dorada de la lámpara que había en el pasillo y, más tarde, pasó envuelta en una nube de perfume caro que se expandió por todo el comedor. Él se encontraba allí, tratando de darle forma a una melodía que había acudido a su cabeza hacía unas horas, mientras regresaba a casa en su viejo Chevy desde Brownsville tras una copiosa comida con los propietarios de una sala de conciertos que estaba en venta. La comida había sido gratis y de calidad, pero las negociaciones habían sido un fiasco.

¿Quinientos mil dólares por cincuenta metros cuadrados en Brownsville? Le había faltado poco para mandarlos al carajo.

Devolvió la atención a Alice y al punzante sonido que los zapatos de tacón que acababa de ponerse arrancaron al suelo de su dormitorio. Luego abrió la puerta y otra vez se encerró en el baño, pero la visión que tuvo de ella al pasar por delante de él lo dejó sin respiración, como si acabara de tener una alucinación. Se dijo que tenía que verla un poco más de cerca, así que dejó la libreta a un lado y se levantó del sofá. Cuando se acercaba a la cocina, ella volvió a salir y estuvieron a punto de chocar en mitad del pasillo por las prisas con que se movía de un lugar a otro.

La belleza de Alice no había sido ninguna alucinación. Estaba tan bonita y

radiante que las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—¿Por qué me miras así?

Se sintió absorbida por una mirada que se movía sobre ella sin reparos y que apreciaba cada detalle que veía. La inquietó, pero no la molestó. Si Jake la observaba como si estuviese contemplando la puesta de sol más hermosa que hubiese visto en su vida, no quería ni imaginar cómo reaccionaría David.

—¿Cómo voy a mirarte de otra forma? —Ella se mordió los labios, que acababa de pintarse, con gesto tímido, intentando enmascarar el agrado que le produjo su cumplido—. Estás increíble, preciosa. ¿Quién es el afortunado?

—¿Por qué presupones que hay un afortunado?

—Llevas dos horas arreglándote, aunque tampoco es que necesites tanto tiempo, la verdad. Y no te habrías puesto ese vestido tan elegante y tan... condenadamente seductor para salir con tus amigas de fiesta. El tío se va a quedar muerto. ¿Quién es?

No tenía por qué negarlo. Tampoco tenía por qué entrar en detalles con Jake, pero lo hizo.

—Es el socio adscrito al departamento penal del bufete donde realizo las prácticas.

A él no le pasó por alto que los ojos le brillaron al nombrarlo y que su expresión se volvía ensoñadora, como atrapada en sentimientos amorosos.

—Vaya, sí que apuntas alto. Pensé que saldrías con algún universitario.

Alice ignoró su ironía y lo rodeó para entrar en su dormitorio. No cerró la puerta y Jake la siguió hasta el umbral.

—Así que te gustan los tíos maduritos, porque me figuro que siendo socio de un bufete de abogados no será ningún niño.

—David tiene treinta y cinco años, no es tan mayor.

—Cuanto tú tengas cuarenta, él tendrá cincuenta y dos. Entonces te lo parecerá.

—Claro que no.

—Conque has pensado en ello, ¿eh? —comentó burlón al tiempo que se cruzaba de brazos.

—¿Pensar en qué?

—En que estarás con él dentro de diecisiete años. —Entornó los ojos—. Así que no se trata sólo de una cita, sino que vas en serio con el *socio adscrito al departamento penal*.

La referencia a David sonó demasiado grandilocuente en su voz. La estaba

pinchando, pero lo hacía con ese aire encantador que a ella la ablandaba, con el que incluso le había sacado alguna que otra sonrisa en los últimos días. Comenzó a meter los brazos en las mangas del abrigo y se sacó el pelo por fuera.

—Yo siempre me tomo muy en serio todo lo que hago.

—Es una pena —comentó Jake para sí, sin intención de que ella lo oyese.

—¿Qué has dicho?

—Que espero que te vaya muy bien con tu cita. —A continuación, la señaló con el dedo a modo de advertencia, recuperando el sentido del humor—. Pero no vuelvas a casa más tarde que yo.

Él la hacía sentir especial, como si fuera la princesa de un cuento de hadas. La recogió en la entrada del edificio donde supuestamente residía y le abrió la puerta del coche, no sin antes admirarla como ella había deseado, como si se tratase de un diamante de valor incalculable.

Si él se proponía impresionarla, lo hizo, ya que había reservado mesa en uno de los restaurantes más caros y lujosos de Manhattan. El Per Se. No le preguntó cómo había conseguido una mesa con tan poca antelación. Una vez, su padre intentó reservar un mes antes de la fecha de su aniversario de boda y ya estaba todo ocupado. El ambiente le encantó nada más poner un pie en el interior. Era íntimo y sereno, y desde la mesa en que los acomodaron se contemplaban unas vistas increíbles de la plaza de Columbus Circle y del suroeste de Central Park.

Se dejaron llevar por la cocina propia, la más moderna. El Per Se era reconocido por la influencia francesa en todos sus platos, que también se dejó notar en el menú que el camarero les sugirió: la degustación vegetal y el chuletón de buey asado, un imprescindible del lugar.

La velada estuvo marcada por la atmósfera seductora que David impuso desde que tomaron asiento y en la que Alice se dejó envolver sin cortapisas. Para cuando comenzaron a tomar los postres, la necesidad de que la besara era tan perentoria y notable que David lo hizo unos minutos después, junto a los saltos de agua teñidos de oro que rodeaban la fuente principal de Columbus Circle. Fue un beso lento, pausado, tan sabroso como los platos con los que se habían deleitado en el Per Se. Un beso que despertó un sentimiento tan punzante y amoroso que ella no dudó cuando él la invitó a tomar una copa en su casa en lugar de hacerlo en cualquiera de los clubes nocturnos de la zona.

David no vivía lejos de allí. Era el propietario de un espectacular apartamento de cien metros cuadrados en la calle Setenta y Dos, muy cerca del edificio Dakota.

Alice tuvo sentimientos encontrados cuando fue plenamente consciente de

que la privacidad era absoluta. Por un lado, quería estar allí con él. Deseaba perderse de nuevo en sus besos, abandonarse a sus caricias y sentirse protegida entre sus brazos; pero temía que los besos y las caricias pudieran desembocar en algo más. Le apetecía muchísimo hacer el amor con David, pero... todavía era demasiado pronto. ¿O no?

«Deja de darle tantas vueltas. Sabrás lo que tienes que hacer llegado el momento.»

Él comenzó a ponerse cómodo. Se quitó la chaqueta y los zapatos y se desabrochó un par de botones de la camisa. La invitó a que hiciera lo mismo y Alice se despojó de sus zapatos de tacón, que desde hacía rato le estaban machacando los pies. Luego él se dispuso a servir un par de copas de vino blanco que sacó del mueble bar que había en un rincón del salón mientras ella se acercaba a la ventana para contemplar las vistas. Taxis amarillos, vehículos, luces, gente caminando por la calle... Dio un respingo cuando él colocó una mano en su hombro y le ofreció la copa.

—Vamos a relajarnos —susurró en su oído.

Se acomodaron en el sofá, tan cerca el uno del otro que David jugó con su cabello mientras charlaban y bebían el vino a sorbos.

—Estás nerviosa —le dijo al cabo de unos minutos.

—No, qué va, es que... Bueno, sí, un poco —admitió.

Él sonrió con lentitud y la penetró con esa mirada verde que le ofuscaba el cerebro. Sintió sus dedos moviéndose con delicadeza por su clavícula y luego los desplazó hacia su copa, que le quitó de la mano para dejar ambas sobre la mesa de café.

David se acercó y la besó, recuperando el dulzor con que la había besado hacía un rato. Él sabía a gloria y sus sentidos se aguzaron, captando tantas maravillosas sutilezas que sintió el corazón a punto de estallar de emoción. Luego él profundizó el beso. Le introdujo la lengua en la boca y el dulzor fue reemplazado por un contacto fogoso e invasivo que les descontroló la respiración. Sus caricias sedosas se volvieron más exigentes, más desinhibidas, y colocó la palma de la mano en su seno, ejerciendo un movimiento circular y demasiado apresurado para su gusto.

Alice se separó de él y le sonrió con gesto tímido.

—Vamos un poco más despacio, ¿vale?

—Esto es despacio, Alice —contestó con pasión en la voz, metiendo los dedos bajo el escote de su vestido. Ella se puso tensa cuando los introdujo

bajo el sujetador y alcanzó el pezón, pero trató de relajarse porque no estaba sucediendo nada que ella no quisiese que sucediera, ¿verdad?—. Eres tan apetitosa...

«¿Apetitosa?»

Le rechinó que utilizara ese adjetivo, pues la hizo sentir como si fuese un trozo de ese chuletón de buey que habían tomado para la cena. David hizo rodar el pezón entre las yemas al tiempo que regresaba a su boca. La besó con aspereza y se fue dejando caer sobre ella. Alice buscó un resquicio para respirar.

—Si esto es despacio para ti, necesito que... que vayas más despacio todavía.

Le bajó el vestido, retiró la tela del sujetador y succionó un pezón. Sus manos comenzaron a acariciarle las caderas y una protuberancia dura se aplastó contra su muslo.

Alice cerró los ojos, las pestañas le temblaron.

«Siente placer, tienes que sentir placer. Desconecta el cerebro y déjate llevar. Se trata de David, ¡de David Hinkle! Has fantaseado con este momento desde que lo conociste.»

Pero su cuerpo estaba reaccionado de un modo extraño. Ya no respondía a sus besos según lo esperado, ni a sus caricias, ni a la presión que su hombría ejercía sobre ella. Apoyó las manos sobre sus hombros y le indicó que se apartara.

—David, quítate de encima, necesito... necesito un poco de aire.

Los ojos de él asomaron frente a los suyos y Alice vio el reflejo de un deseo primitivo que le encogió el estómago.

—¿Qué te sucede? Llevamos deseando que pase esto desde que nos presentaron. —Le acarició el pelo, pero el gesto no la relajó—. Nos deseamos.

Hundió la boca en su cuello y le lamió la piel. Alice debería haber muerto de gozo al notar su lengua jugueteando en aquella zona tan sensible, pero sólo sintió reparos y mucha vergüenza cuando se acomodó sobre ella y le hizo sentir la envergadura de su pene enhiesto, que se le clavó en el vientre.

—David, para. No estoy cómoda.

—¿Prefieres que nos lo montemos en la cama? —Introdujo la mano bajo la tela del vestido y le acarició el muslo—. Qué suave eres, hacía tiempo que no tenía sexo con una chica tan joven. Qué delicia, Alice.

La cabeza comenzó a darle vueltas, como si estuviera subida en un tiovivo descontrolado. Él volvió a presionar contra sus hombros con mucha más fuerza que antes.

—Apártate, David —le espetó—. No vamos a tener sexo.

—Pero ¿qué dices? ¿Juegas a hacerte la estrecha? —Su sonrisa lasciva le provocó cierto temor—. Juguemos, pues. ¿Te han comido alguna vez el coño, Alice? Me muero por enterrar mi lengua en él.

—¡Esto no es ningún juego!

Lo empujó todavía más fuerte y consiguió quitárselo de encima, pero antes de que le diera tiempo a saltar del sofá, él la aferró por la muñeca y tiró de ella. Alice estuvo a punto de caer encima.

—Si es un juego, déjalo ya, está perdiendo toda la gracia —le advirtió él.

—No lo es, estoy hablando totalmente en serio. —Dio un tirón de su mano y se colocó el sujetador y el vestido en su sitio—. No te he acompañado a tu casa para tener sexo. Yo no soy esa clase de chica.

—¿Ahora vas a hacerte la mojigata, cuando llevas buscándome desde que plantaste los pies en el bufete?

Con ese tono hiriente terminó de caerse del pedestal en el que ella lo había colocado.

—Será mejor que me marche a casa.

Apurada, con los nervios de punta, se dirigió al perchero de la entrada para recuperar su abrigo y el bolso. Oyó sus pasos sobre el parquet, acercándose a ella.

—Tú no te vas a ningún lado. —Con aspereza, la sostuvo por el antebrazo e impidió que agarrara el abrigo—. ¿De qué cojones va todo esto? Llevas más de un mes calentándome a diario, echándome miraditas y poniéndote cada día más guapa sólo para impresionarme. Llevas escrito en la cara que quieres follar conmigo, ¿y ahora me montas este numerito? —Con mirada airada, comenzó a arrinconarla contra la pared. A ella se le aceleró el corazón—. He accedido a salir contigo porque te has vendido como una mujer, pero te estás comportando como una auténtica niña. ¿Te crees que me he gastado más de trescientos dólares en la cena sólo para que juguemos a las casitas?

Alice dio un respingo cuando sus talones chocaron con el rodapié. Quiso escapar, pero él la encerró, colocando las manos sobre la pared. Levantó la cabeza y, a pesar de su confusión, lo miró a los ojos con la barbilla erguida. El

miedo ante los derroteros que estaba tomando la situación activó todas sus alarmas.

—Pensaba que eras de otra manera.

—¿De qué manera? ¿De ésta, tal vez? —Aproximó la pelvis y se apretó contra ella, provocándole un profundo asco. Retiró la cara cuando él intentó besarla. Su lengua le lamió la oreja—. ¿O de esta otra? —Metió las manos bajo la falda del vestido y fue enrollando la tela a medida que le acariciaba los muslos—. Relájate, pequeña Mathews, vas a sentir entre tus piernas lo que es un hombre de verdad.

Alice se sirvió del torrente de adrenalina que le fluía por las venas para propinarle un fuerte rodillazo en la entrepierna que lo obligó a doblarse sobre sí mismo y a boquear como un pez. No supo de dónde le salieron las agallas para espetarle:

—Acabas de sentir lo que es una mujer de verdad.

—¡Hija de puta! —masculló a media voz.

Mientras su cara se volvía de color carmesí y sus ojos lagrimeaban de dolor, Alice se apresuró. Agarró el abrigo y el bolso y salió corriendo del apartamento. Se dio cuenta de que no llevaba los zapatos cuando entró en el ascensor, pero ni loca daría media vuelta para recogerlos.

Su mayor temor era que la persiguiera hasta la calle mientras corría en dirección a Central Park para encontrar un taxi. Miró por encima de su hombro en repetidas ocasiones, pero no lo vio salir del edificio. Cuando llegó a la avenida del Oeste estaba sin aliento y tenía los pies magullados y doloridos. El corazón sólo se le tranquilizó cuando se subió a un taxi y fue dejando atrás la calle Setenta y Dos.

Cerró los ojos e hizo unas temblorosas inspiraciones. Tenía unas ganas horribles de echarse a llorar. Se sentía humillada, sucia, asqueada, ridícula y estúpida. Especialmente estúpida.

Llegó a casa pasadas las dos de la madrugada. Fue un alivio que Jake todavía no hubiese llegado, no quería que nadie la viese en ese estado. Como una autómatas, se fue directa a la ducha para arrancarse las huellas de David. Se frotó con una esponja hasta que se le puso la piel roja y luego se lavó los dientes dos veces seguidas. Al mirarse al espejo se dio cuenta de que todavía había miedo en sus ojos, y entonces rompió a llorar.

* * *

Entraron en el apartamento hablando en susurros para no despertar a su compañera, aunque, al parecer, ella no estaba durmiendo. Jake se llevó un dedo a los labios para indicarle a Bonnie que guardara silencio y entonces oyó con claridad los sollozos ahogados de Alice. Contrariado, se quedó mirando la puerta de su dormitorio sin saber muy bien cómo actuar mientras Bonnie le hacía cosquillas en el cuello con la punta de la lengua.

—¿Alice? ¿Te encuentras bien?

No obtuvo ninguna respuesta, sólo el sonido de un llanto contenido.

—Déjala, habrá tenido una mala noche.

Bonnie tiró de su brazo para que la siguiera hacia el fondo del pasillo, donde estaba su dormitorio, pero él no dio ni un solo paso. Se quedó plantado frente a la puerta, intranquilo por esas lágrimas inconsolables. Era la primera vez que la oía llorar, ni siquiera en sus momentos más angustiosos —y habían sido unos cuantos, sobre todo cuando andaba tan estresada buscando otro apartamento— se había venido abajo. Era una chica fuerte, así que debía de sucederle algo serio. Y él quería saberlo. Acercó los labios a la puerta.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras?

—¡Estoy bien, Jake! —habló al fin, con la voz quebrada—. Déjame en paz, por favor.

—¿Has oído? —Bonnie abandonó el tono susurrante—. Dice que la dejes en paz, así que sigamos con lo nuestro.

Jake continuó resistiéndose a los tirones que la chica le daba del brazo. Sus ojos azul oscuro comenzaban a sulfurarse. No tardó en decidir lo que debía hacer. Era incapaz de encerrarse con Bonnie en su cuarto mientras Alice lloraba amargamente en el suyo.

¿Y si era algo grave?

—Tienes que irte a casa. —Con resolución, metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó un billete de diez dólares—. Ten, esto es para el taxi.

—¿Qué dices? ¡No estarás hablando en serio!

—Claro que estoy hablando en serio; ¿ves que sonría? —La joven resopló indignada—. Ya te llamaré.

—¿Que me llamarás? Conozco a los de tu clase y tú nunca llamas, tío.

Jake abrió la puerta para despedirla. Ella agarró el billete y se lo guardó en el bolsillo de su chupa de cuero.

—¿Sabes lo que te digo? Que tú te lo pierdes, seguro que no eres tan bueno

en la cama como dicen.

—Eso es algo que ya nunca sabrás —contestó con la misma impertinencia.

Cerró la puerta. Algún día tendría que dejar de relacionarse con chicas como Bonnie. Incluso el sexo ya no era tan emocionante, porque cuando regresaba a su lado de la cama lo único que deseaba era que la chica desapareciera.

Devolvió la atención a su compañera.

—Alice, voy a entrar.

—Ni se te ocurra. Vete a dormir, estoy bien.

Hizo caso omiso y abrió la puerta. La habitación estaba en penumbra, pero la luz del pasillo despejó los rincones de las sombras e incidió sobre la cama, en la que ella estaba sentada. Se hallaba recostada sobre los almohadones que se apilaban en el cabecero y sostenía una caja de pañuelos de papel sobre el regazo. Había un montón de ellos arrugados a su lado.

La luz exterior fue suficiente para observar que tenía los ojos hinchados y la nariz roja como un tomate, aunque ella escondió la cara de su vista.

—No te he dado permiso para que entres. Lárgate.

—Sólo quiero asegurarme de que todo está bien.

—Todo está bien.

—Pues a mí me parece que no.

Alice no podía soportar que nadie la viera en ese estado, en especial Jake. Él no era la persona en la que hallar consuelo. Habían limado asperezas, pero eso no significaba que estuviese dispuesta a contarle sus intimidades.

Salió de la cama, se calzó las zapatillas y se dirigió hacia la cocina para servirse un vaso de agua. Jake la siguió hasta allí.

—El tío no era el caballero de la brillante armadura que esperabas, ¿es eso?

No había ningún tono de mofa en el comentario, más bien, un matiz compasivo que la hirió aún más. Alice negó con la cabeza mientras se llevaba el vaso a los labios.

Jake se fijó en que temblaba mientras bebía pequeños sorbos de agua. Además de hinchados y vidriosos, sus ojos tenían la mirada perdida, incluso temerosa. Tuvo la sensación de que había algo más que unos sentimientos románticos que se habían ido al garete. Se descolgó la guitarra de la espalda y la dejó sobre la mesa de la cocina al tiempo que ella sofocaba un nuevo

sollozo contra la palma de la mano. Intentaba reponerse, pero no encontraba la manera.

—Dime qué te sucede. —Se acercó y le quitó el vaso de las manos para que no terminara cayéndosele al suelo—. ¿Qué ha ocurrido en tu cita?

—Nada —insistió.

—Entonces ¿por qué estás tan destrozada? —Se colocó enfrente y buscó una mirada que ella esquivó—. Aquí hay algo más que un corazón roto.

—Vete a la cama, es tarde.

Alice entró en el comedor y se internó en la oscuridad. Él la siguió hasta allí y encendió la luz. Se había sentado en el sofá. Tenía el cuerpo inclinado hacia delante y la cara enterrada entre las palmas de las manos. Su preocupación fue en aumento.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo.

—No puedo —negó contra las manos.

Por más que intentaba sobreponerse, no lo lograba. Notó que Jake se sentaba a su lado porque el asiento del sofá se hundió. Nunca lo habría esperado, pero en cuanto sintió su mano deslizándose sobre su espalda la invadió una especie de alivio y su presencia se volvió reconfortante. Su voz también lo fue.

—¿Es algo íntimo? —Ella asintió—. Me marcharía a mi cuarto y te dejaría tranquila si pensase que es una tontería, pero creo que no lo es. Estás temblando. —Notaba su respiración trémula en la palma de la mano—. Y tienes miedo, lo he visto antes. ¿Te ha hecho algo ese tío?

—No, no me ha hecho nada, pero... —Apretó los labios mientras se enjugaba las lágrimas con los dedos.

—¿Pero...?

—Pero lo ha intentado.

—¿Qué es lo que ha intentado?

—Pues... sobrepasarse.

—¿Quieres decir que el abogado penalista ha tratado de forzarte a mantener relaciones sexuales con él?

Alice tomó aire y lo devolvió al exterior en forma de un suspiro tembloroso.

—Sí.

Jake detuvo sus caricias. No podía dar crédito a lo que acababa de oír. De todo lo que Alice podría haberle contado, aquello era lo último que esperaba.

Su preocupación adquirió una nueva dimensión.

—¿Te ha hecho... daño?

—No. —Cabeceó—. He conseguido escapar.

—¿Que has conseguido escapar? —La repulsión lo golpeó como si lo atizaran con un mazo y la sangre comenzó a hervirle—. Qué hijo de puta. ¿Dónde está él ahora?

—En su casa, supongo.

—Bien, pues vamos ahora mismo a la policía. —Se puso en pie, pero ella no hizo ademán de estar de acuerdo con su iniciativa—. ¿No quieres denunciar a ese cabrón?

—Sería perder el tiempo, Jake. ¿De qué voy a denunciarlo? Todo ha quedado en un intento.

Sacó un pañuelo de papel del bolsillo de su pijama y se sonó la nariz. Él estaba de pie, frente a ella, con los músculos tan tensos como las cuerdas de su guitarra. Agradecía su sincero interés, pero su modo de demostrárselo no era el que necesitaba en esos momentos.

Su confesión le parecía tan espantosa, repulsiva y deplorable que se le hacía difícil mantener la cabeza fría. Sin embargo, se dio cuenta de que no estaba siendo empático. En aquellos momentos, Alice no necesitaba un salvador, sólo un poco de consuelo.

Se arrodilló frente a ella, le cogió las manos y la observó con dulzura.

—Siento que te haya sucedido esto, Alice. Lo siento de veras.

Y esa muestra de cariño hizo que brotaran más lágrimas. Jake se acercó lo suficiente para rodearla entre sus brazos. Durante algunos segundos, ella permaneció tiesa como una estaca, sorprendida por ese acercamiento entre los dos, pero poco a poco se fue dejando llevar por lo agradable que le resultaba el contacto con Jake. Mientras la reconfortaba con sus caricias, se aferró a él con una necesidad inexplicable, como si, de repente, se hubiese convertido en el remedio a todos sus males. Era extraño experimentar tanto alivio en sus brazos, con la mejilla pegada a su cabello y el pecho soldado al suyo. Jamás lo habría esperado.

Cuando estuvo algo más calmada, Jake se retiró para mirarla a los ojos. Seguían hinchados, pero ya no derramaban más lágrimas. Estaba despeinada y no se había secado del todo el cabello porque todavía lo tenía un poco húmedo. Se lo retiró de las mejillas y continuó mirándola con esa comprensión que tanta falta le hacía.

—¿Un poco mejor?

—Un poco —musitó—. Soy una imbécil.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Nicole me dijo que David era un tiburón y que tuviera cuidado con él, pero no le di ningún valor a su advertencia.

—¿Un tiburón? ¿En qué sentido?

—Sale con muchas mujeres y nunca se compromete con ninguna. No sé por qué demonios pensé que yo podría ser diferente. —Arrugó el pañuelo contra la palma—. Aunque una cosa es salir con mujeres y otra muy distinta es sobrepasarse con ellas.

—¿Y tú cómo ibas a saberlo? No eres ninguna imbécil.

—Te prometo que no le he dado ninguna señal de que yo quisiera... —Se alteró—. De que quisiera tener sexo con él.

—Ya lo sé, Alice. No hace falta que me lo digas.

Un destello de rabia prendió en sus preciosos ojos azules, que ya enfocaban la mirada.

—Sólo he respondido a sus besos, pero no a... a todo lo demás. Le he dicho que se detuviera, se lo he dicho muy en serio, pero él... él ha insistido. Si no hubiese conseguido marcharme... —Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal. Jake le frotó los brazos—. No puedo dejar de pensar en eso.

—Lo entiendo, pero no ha sucedido. Estás aquí conmigo, a salvo, el cabrón no se ha salido con la suya.

—Debe de estar furioso. Le he propinado un rodillazo en... en la entrepierna.

A Jake se le curvaron los labios.

—Muy bien hecho.

—¿Cómo iba a... a imaginarlo?

—De ningún modo.

Alice tragó saliva y se aclaró la garganta.

—¿Qué voy a hacer ahora? El lunes debo volver al bufete, y lo último que deseo es tener que verle la cara.

—Mándalos a la mierda y busca otro bufete en el que realizar tus prácticas. Eres una chica muy inteligente, seguro que te recibirán con las puertas abiertas en un montón de sitios.

—No puedo hacer eso. El accionista mayoritario del bufete es Anthony Spencer y es amigo de mi padre, estudiaron juntos en la universidad. Es por

eso por lo que estoy realizando mis prácticas allí.

—Pues pide que te cambien de departamento.

—Ha de ser en el departamento penal.

A él le llamó la atención su gesto de resignación.

—¿Por qué tengo la sensación de que no lo decides tú?

Que tardase en contestar le bastó a Jake para tener todavía más claro que no era oro todo lo que relucía en su vida. Se puso en pie y volvió a tomar asiento a su lado.

—Temo que David le diga algo a mi padre —contestó Alice al fin—. Ellos dos mantienen conversaciones regulares para que lo ponga al corriente de mis progresos.

—Te ha agredido sexualmente. ¿Por qué iba a decirle nada?

—Supongo que para defenderse de mi versión. Podría convencer a mi padre de que todo es una invención mía, de que he ido detrás de él y, como se ha negado a tener algo conmigo, me he inventado esta historia para fastidiarlo. Qué sé yo. —Se frotó la sien. Se le estaba despertando un molesto dolor de cabeza.

—¿Y tu padre lo creería a él antes que a ti? —Arrugó la frente.

—No lo sé. —Pero sí lo sabía. Sin duda creería a David antes que a ella. Su padre medía la credibilidad de las personas basándose en su sexo, en su poder adquisitivo y en su clase social. Normalmente, por ese orden. Si eras mujer y encima eras su hija, tenías todas las de perder. No obstante, no iba a compartir esa información con Jake, no iba a adentrarse en lo espinosa que era su relación con su padre. No se sentía capaz de cruzar ese límite con nadie—. De todos modos, no pienso contarle nada a mi familia. Yo me he metido en esto y debo resolverlo sola.

—Y ese desgraciado tampoco lo hará, estoy seguro. Si tu padre y el socio mayoritario son tan amigos, a él no le conviene airear trapos sucios que puedan perjudicar su imagen de cara a la galería. En todo caso, esperará a que tú muevas ficha.

Alice se quedó pensando en la conversación que había tenido con David el lunes en The Penrose, mientras tomaban un cóctel. Él le había dicho que no quería que su padre se enterase de que estaban conociéndose fuera del horario laboral, así que era posible que Jake tuviese razón. Entonces pensó en sus cuadros, en que ella también le había pedido silencio al respecto, y sintió un

nudo en la boca del estómago. Como a David se le ocurriese mencionarle aquello... Un molesto sudor frío le empapó la espalda.

Sus cuadros eran el motor de su vida.

La angustia que le provocó ese nuevo pensamiento hizo que el oxígeno del comedor se apelmazara, volviéndose irrespirable.

—Ojalá tengas razón, porque como no sea así...

—¿Qué sucederá?

—Pues que mi padre... no sabe que pinto cuadros.

—¿Tu padre no sabe que pintas? —Ella negó—. Entonces ¿tampoco sabe que estás yendo a la universidad y que estudias arte?

—No, no lo sabe.

—¿Por qué no?

Alice se mordió la cara interna de la mejilla. No debería haberlo dicho, pensaba mantenerlo en secreto y no desvelárselo a nadie, ni siquiera a Nicole, pero Jake la estaba apoyando tanto y ella se sentía tan a gusto y tan agradecida que la mente le había jugado una mala pasada.

Se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos, luego se retiró el pelo hacia atrás y negó con gesto nervioso.

—No puedo hablar de eso.

Jake respetó que no quisiese hacerlo. Entendió que acababa de toparse con un gran dilema emocional que le provocaba mucha ansiedad.

Le agarró la mano y le dio un firme apretón.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo. Si necesitas que te respalde ante tus padres, lo haré encantado, y si ese capullo vuelve a pasarse de la raya quiero que me lo digas. Conmigo no se pondrá tan chulo.

Alice curvó levemente los labios, haciéndole saber que agradecía su apoyo, aunque no podía contar con él en ninguno de los casos. Era más que evidente que intimidaría a David. Jake era más alto y más atlético —y, contra todo pronóstico, también era mejor persona—, pero no iba a involucrarlo en aquel terrible incidente de ninguna de las maneras. Y en cuanto al respaldo que le ofrecía de cara a sus padres... Para Wayne Mathews, alguien como Jake Mancini carecía de toda la credibilidad del mundo.

—Ahora deberías irte a la cama y descansar un poco. Mañana verás las cosas de otra manera.

—Sí, tengo la cabeza embotada.

Jake se levantó del sofá y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

Tuvo un nuevo gesto de cariño hacia ella mientras abandonaban el salón. Le frotó la espalda y le dijo que todo iba a salir bien. Alice no sabía si eso sería así, pero agradeció oírsele decir.

Antes de que cada uno se encerrase en su dormitorio, Alice recordó un detalle bastante revelador sobre la clase de persona que era Jake. No tenía pensado mencionarlo, primero porque le daba vergüenza y, segundo, porque la abrumaba el interés que ella había despertado en él, pero no pudo evitar agradecerse.

—Siento haberte agitado la fiesta —se disculpó, desde el umbral de su habitación.

Él se volvió.

—¿Qué fiesta? —Cayó enseguida y se encogió de hombros con desenfado—. No te preocupes, sólo era una desconocida que se ha acercado a mí nada más finalizar el concierto. No era nadie importante.

—Lo he supuesto, pero aun así..., gracias.

—De todos modos, habría actuado igual aunque Bonnie hubiese sido alguien especial.

Sus contundentes palabras quedaron flotando en el aire mientras se observaban en silencio. Ella, con esa timidez que la abordaba a veces. Él, con absoluta seguridad. Alice fue la primera en desaparecer tras la puerta de su dormitorio.

Se había equivocado por completo.

Jake había resultado ser la persona ideal en la que encontrar consuelo.

* * *

Algunas horas después, el sonido estridente del portero automático chirrió desde la entrada y la arrancó de sus pesadillas. Se despertó aturdida, con la boca seca y las pulsaciones frenéticas. Había estado soñando con David. Imágenes turbias pero escalofrantes todavía soltaban fogonazos en su cabeza.

Con las manos aferradas a las mantas, parpadeó para quitarse de encima el sopor del sueño. La casa se hallaba en silencio y oscura como una tumba. No estaba segura de si el timbre había sonado en sus pesadillas o si era real. Sólo eran las seis de la madrugada, así que era poco probable que alguien estuviese molestando a esas horas tan intempestivas.

Entonces volvió a sonar con mayor insistencia.

Soltó un jadeo ahogado.

Oyó a Jake en el pasillo, blasfemando por lo bajo mientras daba pasos torpes en dirección a la puerta de entrada. Se le puso el corazón a mil como respuesta a una sensación espeluznante. Visceral. Una corazonada tan fría y viscosa como el sudor que le empapó la espalda.

Salió de la cama de un salto y se precipitó al exterior. Como Jake estaba a punto de agarrar el interfono, Alice se abalanzó hacia él para arrebatárselo de las manos y contestar en su lugar.

Con gesto todavía adormilado, él se la quedó mirando sin comprender.

—¿Quién es? —preguntó Alice a media voz.

—Abre la puerta. Tenemos que hablar.

Era la voz de David Hinkle.

El corazón le latía a un ritmo desaforado, único síntoma de que todavía estaba viva.

¿Cómo la había encontrado?

No sólo su presencia le provocó un pánico atroz. En mayor medida se lo ocasionaron las consecuencias de que hubiese descubierto su gran secreto. Se puso a temblar de manera incontrolable y colgó el interfono de golpe, como queriendo hacerlo añicos para impedir que volviese a sonar.

—¿Qué ocurre? ¿Quién cojones se atreve a molestar un domingo a estas horas? —Su falta de respuesta, unida a ese nerviosismo incontrolable y a que su piel palidecía por segundos, contestaron por ella—. ¿Se trata de ese tío? ¿Es él?

Alice asintió, incapaz de articular palabra.

—¿Quiere subir a casa? ¿Eso es lo que quiere ese hijo de puta? Pues vamos a invitarlo.

Jake fue a apretar el botón que abría la puerta del portal, pero ella apartó su mano de un manotazo.

—¡No! —gritó—. Él no puede saber que tú también vives aquí.

—¿Y eso por qué?

—No puede y ya está.

—¿No puede y ya está? —replicó.

Alice no podía enfrentarse también a Jake en aquellos instantes, así que tomó aire e intentó relajarse, pero sentía que el oxígeno se estaba esfumando y que las paredes del recibidor se estrechaban.

—Esperaremos a que se marche, no haremos nada —decidió.

Se produjo otro vibrante chirrido que retumbó en el silencio del edificio. El perro de la vecina de la segunda planta se puso a ladrar, armando un buen escándalo.

—A mí se me ocurre algo mejor. —En el ceño se le marcaron suaves arrugas gestuales y sus modales de chico de barrio se acentuaron—. Dejas que

suba y tenemos una conversación él y yo.

Alice negó nerviosa.

—Entonces llamaremos a la policía para que se lleve de aquí a ese tarado hijo de puta. Va a despertar a todo el vecindario.

—¡No! —Se opuso—. Deja que piense, dame sólo un minuto.

Y es que ninguna de las alternativas que Jake acababa de plantear era factible. Si David descubría que convivía con un chico, le faltaría tiempo para contárselo a su padre y ése sería el fin de su estancia en Nueva York. Sería el fin de muchas cosas en su vida. Y en cuanto a involucrar a la policía en aquello también era impensable, ya que acarrearía las mismas desastrosas consecuencias. No le quedaba otro remedio que manejar ese tema del modo más prudente posible, sin hacer ruido, porque como llegase a oídos de Wayne Mathews...

Logró dominar el pánico creciente y su mente funcionó de nuevo con aparente normalidad.

—Necesito que... que te escondas ahora mismo en tu cuarto. Él no puede encontrarte aquí, Jake.

—¿Vas a dejarlo subir y enfrentarte a él tú sola? Estás lista si piensas que voy a permitirlo.

—No me hará nada, tú estarás al otro lado de la puerta.

—Voy a quedarme aquí.

Su terquedad y el tercer pitido del timbre terminaron por desatarle los nervios.

—Y yo te pido que me obedezcas, ¡maldita sea! —gritó.

Se la quedó mirando. Tenía la respiración acelerada. Él la había visto enfadada muchas veces desde que la conocía, pero era la primera vez que la veía tan exaltada, tan fuera de sus casillas. No tenía ni idea del motivo por el que había ocultado que tenía un compañero de piso, si era porque se avergonzaba de él, para evitar los posibles celos de ese abogado de pacotilla o por otra razón igual de endeble, pero para ella era importante, se comportaba casi como si fuera una cuestión de vida o muerte. Jake no tuvo más remedio que respetar su voluntad.

Asintió despacio, pero, aunque accedió a encerrarse en su dormitorio, no lo hizo sin objeciones. Alzó un dedo cerca de su cara.

—A la más mínima señal de que se pasa un pelo contigo, tendrá que vérselas conmigo.

Esperó a que ella confirmara con un movimiento de la barbilla, entonces dio media vuelta y se dirigió a su cuarto.

Alice tragó saliva, sorprendida por el empeño que ponía en ayudarla. No creía que fuera a suceder nada que requiriera de su intervención, pero, aun así, la tranquilizaba bastante que él estuviese allí. Suspiró, se armó de valor y apretó el botón que abría la puerta del edificio.

Se le secó la boca mientras oía el sonido que producían las suelas de sus zapatos caros en cada peldaño de la escalera. Cuando llegó ante el umbral de su puerta, el asco casi le impidió mirarlo a la cara. Su alma era tan oscura y siniestra que ya no podía hallar ningún atractivo en él. Sus ojos ahora le parecían fríos, como dos cubitos de hielo que lanzaban esquirlas al mirarla. No lo invitó a entrar, no quería que Jake oyera nada de lo que hablara con él, así que salió y entornó la puerta a su espalda. Estaba decidida a tragarse sus miedos y a plantarle cara.

—¿Qué quieres? —le espetó.

—No deberías recibirme de ese modo tan poco amigable, ahora que estoy al tanto de todas las mentiras que me has contado.

—No te concierne.

—¿Tampoco le concierne a tu padre? —Una hiriente ironía revistió su tono interrogante—. ¿Qué pensará el señor Mathews si se entera de que te has desprendido del apartamento de Manhattan para venirte a vivir a este... —puso cara de asco— edificio ruinoso de Sunset Park? Te prometo que estoy intrigadísimo. ¿Puedo entrar?

—No.

—Si te preocupa que vuelva a ponerte las manos encima, puedes estar bien tranquila. Tienes cuerpo de mujer, pero no eres más que una cría, y a mí no me interesa follarme a una niña.

«Desgraciado. Bien que lo intentaste.»

—¿Cómo me has encontrado?

Él torció los labios en un gesto de autosuficiencia.

—Ha sido bastante sencillo. Primero fui a buscarte al edificio de la avenida Madison, pero las chicas que están viviendo allí me contaron que dejaste el apartamento a los pocos días de llegar a Nueva York, así que improvisé. ¿Acostumbras a dejar encendido el GPS de tu móvil?

Solía utilizarlo en sus desplazamientos porque Nueva York y Brooklyn eran inmensos y todavía no se movía con fluidez. Se le había pasado apagarlo una

vez que había llegado a casa, estaba tan alterada... La recorrió un escalofrío. Conocía lo suficiente sobre las nuevas tecnologías como para saber que David había rastreado su teléfono con alguno de esos programas ilegales que circulaban por internet. Así era como la había localizado.

Entornó los ojos y lo miró con repugnancia.

—Eso que has hecho es ilegal.

—¿Me lo dices a mí? Soy abogado penalista, cariño. Pero incluso los abogados nos permitimos ciertas licencias.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que lleguemos a un acuerdo.

Con las manos metidas en los bolsillos, él se balanceó sobre los talones. Ofrecía un aspecto de tipo seguro de sí mismo con ese abrigo de seiscientos dólares y el semblante pétreo. Pero la palabra *acuerdo* sonaba a que no confiaba poder manejar la situación a la que habían llegado sin su cooperación.

Tras vencer el deseo de cerrarle la puerta en las narices, sucumbió a la curiosidad.

—¿Qué acuerdo?

—Verás, mi teléfono no ha sonado desde que te marchaste, eso significa que has estado calladita y no has hablado con tu padre, ¿es así?

—Es así —respondió con cautela.

—Bien, buena chica. —Las comisuras de sus delgados labios trazaron un esbozo de sonrisa—. Si tú cierras la boca y no le mencionas a tu padre nada de lo que tu cabecita ha imaginado que ha sucedido esta noche en mi apartamento, yo cerraré la mía y no se me escapará en ninguna de nuestras conversaciones que su querida niña está viviendo en estas circunstancias tan deplorables. Ah, y tampoco se me escapará que pintas cuadros a sus espaldas. —Alzó las cejas rubias—. ¿Te parece bien?

Alice se mordió el labio, al tiempo que la invadía un glorioso alivio. David no conocía a Wayne Mathews tan bien como ella, de lo contrario, no habría perdido ni un segundo en coger el teléfono para ponerlo en antecedentes. David no tenía ni idea de que a ojos de su padre su reputación y su trabajo en el bufete habrían salido intactos y de que habría sido ella la que habría pagado las consecuencias.

«¡Alice, no vuelvas a inventarte más historietas y céntrate en el trabajo!»
Eso habría sido lo más suave que le habría dicho.

Contuvo el alivio que se empeñaba en reflejarse en la cara y fingió que pensaba una respuesta.

—Está bien —aceptó—. Pero no pienso volver a ir a los juzgados contigo, y tampoco quiero que nos reunamos en privado en tu despacho. Denise Grant es una buena abogada penalista y deseo estar bajo su responsabilidad a partir de ahora. Eso forma parte del trato.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros.

—Y otra cosa más. No te permito que vuelvas a decir que mi *cabecita* ha imaginado nada. Has intentado forzarme a mantener relaciones sexuales contigo, eso es lo que ha pasado y lo sabes bien.

David se la quedó mirando con ojos fulminantes y, a continuación, soltó una humillante carcajada. Se acercó a ella de un modo que volvió a alterarle las pulsaciones. Pudo notar los latidos en las sienes.

—Yo no necesito forzar a ninguna mujer para echar un polvo con ella —susurró—. Lo has imaginado.

Le colocó una mano en la cintura y Alice se revolvió como una serpiente.

—¡Ni se te ocurra volver a tocarme!

—Pobre infeliz. —Chasqueó la lengua—. ¿Qué esperabas? ¿Que te prometiera amor eterno? ¿De verdad te consideras tan especial?

—Tú hiciste que me sintiera así.

—Oh, por favor —dijo con gesto teatral—. Soy un tío simpático y agradable, lo soy con todo el mundo —matizó—. De hecho, soy tan amable que te mentí cuando dije que tus cuadros eran poco menos que obras de arte. No valen ni un centavo, ¿sabes? Son un burdo intento de reflejar la realidad, sin arte, sin técnica y sin pasión. No me extraña que no quieras que tu padre se entere de que pintas, porque si viera esa basura le daría un infarto.

Nada podía dolerle más que oír a una persona arremeter contra sus cuadros. Ella se dejaba el alma en cada creación, así que las críticas destructivas le dolían como si le clavasen agujas en el corazón. De todos modos, proviniendo de él, sabía que no debía otorgarle credibilidad.

—Quiero que te marches ahora mismo de mi casa.

—¿O qué? ¿Volverás a golpearme en las pelotas? —Acercó los ojos a los suyos. Alice apretó los labios y dio un paso atrás. Los talones chocaron con la puerta y se entreabrió un poco mientras él la sondeaba con una mirada hiriente—. Lo único que quería era follarme a la hija de Wayne Mathews. Nada más. Me daba morbo pensar que la hija tendría tantas agallas como su padre, pero

tú no estás hecha de la misma pasta que él. No eres más que una niñita cursi y boba que todavía anda en pañales.

—Prefiero ser una niñita cursi y boba a un abogado penalista de dudosa reputación.

Esa descripción le sentó como un tiro. David apretó la mandíbula tan fuerte que se le marcó una vena en la sien. No pestañeó. Se la quedó mirando como si quisiese fulminarla. Al rechazarlo había herido su amor propio y por eso no cesaba de humillarla, pero ella también sabía defenderse. Además, el miedo que le tenía se había evaporado conforme oía sus insultos. Ahora le hervía la sangre. Aunque él lo negase, mucha gente cercana a su padre le decía que había heredado su carácter fuerte, no así su hermana Erin, que era toda dulzura, y quizá esas personas tuvieran razón, porque a duras penas estaba resistiendo el impulso de cruzarle la cara de una bofetada. No lo hacía porque no quería empeorar las cosas, pero quedarse con las ganas estaba teniendo en ella el mismo efecto que beber un trago de ácido.

David alzó un dedo contra su cara.

—No te pases ni un pelo con lo que dices, ¿me oyes?

—No te pases tú tampoco. —Su tono amenazante no la amedrentó.

—Te crees muy lista, ¿verdad? Pues te diré una cosa: no hagas que me arrepienta del acuerdo al que hemos llegado.

—A los dos nos interesa respetarlo.

«No fuerces más la maquinaria, Alice. Es un sociópata. Cállate y deja que se marche.»

—Eres una zorra.

A continuación, hizo algo que Alice no esperaba. Se abalanzó sobre ella, la agarró por la nuca y aplastó su boca contra la suya. Le frotó un seno. No fue un beso ni una caricia sexual, sólo fue un acto de dominio, de control, una humillación más, una manera de hacerle notar que estaba por encima de ella. Alice se revolvió con rabia, con asco, y se retiró de los labios el sabor de su boca mientras le gritaba que se largara. Él respondió con una sonrisa burlesca que se le congeló en la cara cuando los dos oyeron cómo se acercaban los apresurados pasos de una tercera persona.

Jake abrió la puerta entornada de un violento tirón y se encaró a un atónito David, que se lo quedó mirando como si se tratase de una alucinación. Jake lo agarró por las solapas de su abrigo caro y lo exterminó con una mirada hosca

y amenazante. Horrorizada, Alice notó que su vida se hacía añicos en ese preciso momento.

—¡Jake! Pero ¿qué estás haciendo?

Trató de interponerse entre los dos y tiró de él para que lo soltara, pero tenía bien agarrada a su presa. David se había quedado perplejo. Ni en un millón de años esperaba que en el apartamento hubiese un hombre, y mucho menos que saltase sobre él.

—¿A que ya no te sientes tan machito, eh, desgraciado? —Lo aplastó contra la pared y David puso un gesto de dolor—. Como vuelvas a ponerle una mano encima, te machacaré los dedos uno a uno y, cuando termine, no te servirán ni para hacerte una paja, ¿me oyes?

—¡Jake! ¡Suéltalo! —Ella siguió tirando de su brazo, pero lo tenía muy bien agarrado.

—No sabes con quién estás hablando, chaval.

—Con un pedazo de escoria. ¿Te crees que me intimida un picapleitos de mierda como tú?

—Debería, capullo.

Jake lo aferró un poco más fuerte por las solapas del abrigo, pero ese tipo era tan flemático que no hizo ademán de defenderse.

Alice estaba asustada. La situación se había descontrolado por completo y tenía miedo de que acabase en tragedia.

—Jake, ¡te pido que lo sueltes ahora mismo!

El perro de la vecina del segundo continuaba ladrando como un loco, y también se oyeron murmullos más abajo. Como alguien llamase a la policía estaba perdida. David observaba a Jake con una mirada retadora, chulesca, y él lo aniquilaba con la suya. A ella le daba vueltas la cabeza.

—¡Jake!

Por fin, él cedió un poco a sus gritos y fue aflojando las manos sobre el cuello de David hasta que lo soltó. La tensión se palpaba en el ambiente. Alice estaba segura de que podían oírse sus latidos retumbando en el rellano de la escalera.

—Vaya con la mosquita muerta —murmuró David, al tiempo que se colocaba correctamente el cuello del abrigo que Jake le había arrugado—. No sólo me has mentado sobre dónde resides, sino que además estás liada con un tío al que parece que hayas conocido en un concierto de rock; ¡esto es

tremendo! —exclamó—. Si el viejo Wayne llegase a enterarse... —miró a Jake de arriba abajo y torció el gesto con evidente repudio— le daría un infarto.

—No tengo ningún lío con nadie. Él es sólo un amigo. Además, Wayne no va a enterarse de nada. Hemos llegado a un acuerdo. —Intentó que no le temblase la voz—. Márchate ya, por favor.

—Primero tendrás que decirle a tu amiguito, tu amante o tu guardaespaldas, lo que quiera que sea, que se aparte de mi camino; está obstaculizando la escalera.

Alice le dirigió a Jake una mirada apremiante y él se hizo a un lado.

—Más te vale no volver a acercarte a ella —le advirtió Jake por última vez.

Arrogante, sin perder el orgullo, David comenzó a bajar los escalones, aunque hacia la mitad del tramo se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Nos vemos el lunes, preciosa. Y recuerda portarte bien a partir de ahora. Mis argumentos son mucho más sólidos e irrefutables que los tuyos. No lo olvides.

Él desapareció, el perro del segundo piso y los murmullos de los vecinos se silenciaron y los dos volvieron al interior del apartamento. Alice cerró la puerta y apoyó la espalda en la madera aglomerada. Se llevó las manos a la frente y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos.

Jake fue a tocarla, pretendía aliviarla con un gesto reconfortante, pero ella alzó la mano para detenerlo.

—¡Ni se te ocurra tocarme!

Puso los brazos en jarra y esperó con impaciencia a que ella quisiese desahogarse. Estaba lívida de rabia, a punto de explotar.

—¿Por qué has tenido que entrometerte? ¿Por qué demonios no has respetado nada de lo que te he dicho?

—¿Porque ese tío se te ha abalanzado encima? ¿Tal vez por eso? —Lo indignó que cuestionara su intervención—. ¡No tengo horchata en las venas!

—Cuando te digo que te mantengas al margen de mis asuntos, ¿cuál es la maldita palabra que no entiendes?

Alice dio un paso al frente, estaba exasperada, y lo encaró con la barbilla bien erguida. Jake se cernió sobre ella y batalló con su mirada airada. No entendía una mierda de nada de lo que estaba pasando.

—Hay muchas cosas de ti que no comprendo porque no te da la gana de explicármelas.

—Desde luego que no me da la gana, ¡yo no tengo que explicarte nada! No somos amigos, sólo eres mi compañero de piso.

—Hasta los compañeros de piso se echan una mano si lo precisan, ¿sabes?

—Pues yo no necesito que me eches ninguna. ¡Podía manejarlo yo sola!

—A mí no me lo ha parecido.

Cada vez más sulfurada, se retiró de la puerta y se metió en la cocina. Cogió un vaso y lo llenó de agua. Había infusiones de tila por algún sitio, aunque ya las había probado otras veces y no le servían de nada cuando estaba tan ansiosa. Se bebió el agua de un trago y luego pasó por al lado de Jake como un ciclón con la intención de encerrarse en su dormitorio para dar la charla por finalizada, pero él le aferró la muñeca para impedirle que desapareciera.

—Así que tu círculo más cercano cree que vives en Manhattan... ¿Por qué le ocultas a todo el mundo que estás residiendo en Sunset Park? ¿Eres una espía de la CIA o algo así?

—No te permito que bromees con eso.

—No estoy bromeando —le respondió muy serio—. ¿Qué ocultas?

—No es asunto tuyo.

—Ese capullo ha llamado a la puerta de mi casa a las seis de la madrugada y ha interrumpido el sueño cojonudo que estaba teniendo, por tanto sí que es asunto mío.

—Suéltame, Jake —le ordenó.

—Lo primero que se me ha pasado por la cabeza es que te avergonzabas de mí y que por eso me has pedido que me quedara en mi habitación, pero se trata de algo mucho más importante que esa gilipollez de las clases sociales, ¿verdad? Dijiste que pintas cuadros y que vas a la Universidad de Brooklyn a espaldas de tu padre, y ese tío ha dicho que te deshiciste del apartamento de Manhattan para venir a vivir aquí, también sin su consentimiento. —Alice lo miraba con rabia, con la cara encendida. Él sentía cierta satisfacción al encajar por fin todas las piezas del puzle que no le cuadraban. Acababa de resolver cuál era el misterio de la chica adinerada que tenía que prescindir de muchos productos de su lista de la compra para llegar a fin de mes—. No podías compaginar los gastos de un apartamento tan caro con los de la universidad.

—¿Y tú quién te crees que eres para juzgarme?

—No te estoy juzgando, joder. ¡Sólo intento comprenderte! Por si no te has

dado cuenta, estoy de tu parte.

Su mensaje le llegó del modo en que él pretendía. Al menos durante un instante, apreció una señal de vulnerabilidad en ella, en la forma en que le temblaron las pestañas y en la manera en que se le derrumbaron los hombros; pero se esfumó tan rápido como había aparecido e incrustó en él una mirada aniquiladora.

Dio un tirón de su muñeca y él aflojó los dedos para permitir que se soltase.

—Déjame en paz, te lo digo muy en serio. En lo sucesivo, ocúpate de tus asuntos y no interfieras en los míos. ¿Queda claro?

—Sí, ahora todo está más claro que el agua. —Jake apoyó una mano en el quicio de la puerta antes de que ella la cerrase de un golpe. Tuvo que hablarle a la madera—. Pero no te prometo nada, no soy un buen ejemplo en eso de acatar las órdenes de los demás. Y tú das demasiadas.

Tuvo un sueño intermitente y agitado en el que David y Wayne fueron los protagonistas de sus pesadillas. Se despertó varias veces durante el transcurso de la noche con el estómago tan revuelto que pensaba que tendría que saltar de la cama para vomitar. Sus preocupaciones eran tan abrumadoras que se sentía débil, sin fuerzas. Por momentos se le pasaba por la cabeza abandonarlo todo y seguir las instrucciones de su padre al pie de la letra, pero ese pensamiento le provocaba una amargura muy profunda y unas ganas terribles de llorar. Su vida dependía de la decisión que había tomado a espaldas de todo el mundo y, si renunciaba a su sueño, ¿qué sería de ella?

A media mañana se sintió capaz de solventar el oscuro temporal que se cernía sobre su cabeza. Para animarse, decidió pasar el día en Central Park.

Un sol tímido de invierno reinaba en el cielo y hacía que el paseo resultara agradable a pesar del frío. Se hizo con un mapa en uno de los puntos de información y decidió visitar el castillo Belvedere y el famoso estanque de tortugas que se hallaba a sus pies. También dio una vuelta por la famosa terraza Bethesda y la emblemática fuente que aparecía en tantas y tantas películas. Se comió un bocadillo sentada en sus escalones y observó los espectáculos de los artistas callejeros que solían congregarse por esa zona.

A media tarde se sentía mucho más fuerte. Pasar el día al aire libre y rodeada de extraños que iban y venían había renovado sus energías. Pensó en llamar a Erin para contarle todo lo que le había sucedido en las últimas horas, pero su hermana se preocuparía tanto que sería capaz de coger el primer avión desde Chicago, levantando así las sospechas en sus padres. Era mejor tratar ese tema en persona, a ser posible con la cabeza fría. No quedaba mucho tiempo para Acción de Gracias, así que decidió que se lo contaría todo cuando regresase a casa para esa fecha.

De camino a Brooklyn pensó en la cena con los padres de Jake. No habían vuelto a mencionar el tema, en realidad, no lo había visto desde que le cerró la puerta en las narices. Estaba muy cabreada con él y se le hacía cuesta arriba

colocarse una máscara de simpatía mientras durase la visita de sus padres. Pero le había dado su palabra, ella siempre trataba de cumplir sus promesas, así que no le quedaba más remedio que hacer de tripas corazón.

Ojalá se marchasen pronto.

No se había hecho una imagen de cómo serían los padres de Jake, pero, desde luego, no esperaba que fuesen tan sociables. El padre se llamaba Bruce y era un señor muy chistoso del que Jake lo había heredado todo, hasta el modo en que agarraba la botella de cerveza. Maggie era un encanto. La trató con un cariño especial desde que cruzó el umbral de la puerta de entrada, como si fuese una más de la familia. Se lo pusieron fácil, así que Alice no tuvo que hacer excesivos esfuerzos por enmascarar su verdadero estado de ánimo ni su enfado con Jake. Estuvo muy entretenida.

Él y su padre se acomodaron en el comedor, pero no se pusieron a ver deportes en el televisor como ella habría esperado, sino que su compañero cogió su Takamine y tocó para Bruce la melodía de la última canción que había compuesto. Pensó que tenía un padre muy enrollado. Seguro que no le había hecho gracia que su hijo abandonara el taller de carpintería, pero, aun así, lo apoyaba en el camino que había emprendido para ganarse la vida.

No pudo evitar hacer comparaciones entre Bruce y Wayne, aunque era mejor no hacerlas para no caer en la depresión más absoluta. Y en cuanto a Maggie, era tan diferente de su madre que parecían provenir de dos planetas distintos.

—¿Quieres ayudarme a preparar la cena, Alice?

—Pues... la verdad es que no sé cocinar —se disculpó.

—Oh, no importa. Serás mi ayudante, prepararé algo muy sencillo.

—De acuerdo. —Sonrió.

Maggie había llevado en una cesta algunas patatas y una bandeja de filetes de ternera, dando por hecho que en el apartamento no tendrían otra cosa más que comida basura. Y no se equivocaba: la nevera estaba llena de las pizzas, las bandejas de comida rápida y los postres de mascarpone de Jake.

—Por cierto, qué limpio y ordenado está todo —comentó la mujer de camino a la cocina. Alice dio por sentado que la limpieza y el orden habían brillado por su ausencia en los anteriores pisos en los que había vivido su hijo —. Cuéntame, ¿cómo está siendo la convivencia con Jake? ¿Te está poniendo las cosas difíciles? Parecéis tan diferentes...

—Al principio nos costó un poco adaptarnos, pero... ya empezamos a

entendernos mejor.

«Hasta que mete las narices donde no le concierne...»

—Dale tiempo. Lleva un estilo de vida un poco desordenado, pero es un chico excepcional. —Colocó la cesta sobre la encimera con ademán jubiloso y comenzó a sacar las patatas—. Cuando Jake me dijo que estaba compartiendo piso otra vez, reconozco que me eché a temblar. No ha tenido muy buena suerte en la elección de sus compañeros o compañeras. Pero al verte me he relajado de golpe. Tengo la impresión de que tú también eres una buena chica, Alice, y yo rara vez me equivoco con las personas. Además, Jake nos ha hablado muy bien de ti.

—¿En serio? —Arqueó las cejas y Maggie sonrió.

—Totalmente cierto.

Prefirió no saber qué era lo que les había contado, pero la sorprendió bastante que fuera favorable. Seguro que si le preguntaban ahora no sería tan considerado.

Ella tampoco.

—¿Te animas a pelar estas patatas? He traído un pelador para que te sea más cómodo.

—Claro.

Maggie se lo tendió y Alice se quedó mirando el artefacto con curiosidad, buscando la manera de darle uso sin que resultase demasiado obvio a ojos de Maggie que no tenía ni idea de cómo manejarlo. La mujer esbozó una sonrisa serena y le indicó cómo hacerlo. Era mucho más sencillo de lo que habría esperado y, aunque fue un poco torpe al principio, enseguida se hizo con él.

—Jake me ha dicho que eres abogada y que también estás estudiando arte en la universidad. ¡Es impresionante! Me imagino que no será sencillo compaginarlo todo.

—Es complicado, sobre todo por la escasez de tiempo, pero cuando algo te gusta tanto como a mí pintar resulta más fácil organizarse.

—Me llamó mucho la atención cuando Jake me contó que pintabas, ya que de joven yo también quería estudiar arte.

—¿En serio?

—Sí. Solía pasarme mucho por el Metropolitano, el museo de Brooklyn, el MoMA... Bueno, todavía los visito a menudo.

—Son impresionantes.

Animada por la conversación, habló con Maggie de sus visitas a los

museos mientras la mujer colocaba los filetes en la sartén.

—¿Qué tipo de cuadros pintas?

—Un poco de todo, aunque en el último año me he inclinado por el realismo contemporáneo. Es la técnica con la que más disfruto. Me apasiona el hecho de capturar la esencia de las cosas tal y como son, aunque dándoles mi visión más personal, claro —le explicó con entusiasmo—. ¿Y qué sucedió para que no estudiase arte? Estudiases —rectificó, pues Maggie le había pedido que la tutease.

—Que conocí a Bruce y me quedé embarazada de Jake. No teníamos mucho dinero, así que hubimos de emplearlo en formar una familia. Pero no me arrepiento de nada, es la mejor decisión que he tomado. Tengo una familia maravillosa a la que adoro. —Los filetes chisporrotearon sobre el aceite y Maggie les dio la vuelta—. Unos cuantos años después, cuando el taller de Bruce comenzó a despuntar, me compró un torno de alfarero y kilos de arcilla, y empecé a crear un montón de cacharros de cerámica. Me salieron algunos compradores, tiendecitas pequeñas de artesanía, así que he cumplido mi sueño de alguna manera. ¡Oh, lo había olvidado! —Se retiró de la sartén y le tendió a Alice la espumadera—. Cuida de que no se quemem. Ahora mismo vuelvo.

Al rato regresó a la cocina con un pequeño objeto envuelto en papel celofán.

—Esto es para ti.

Lo inesperado del detalle la emocionó tanto que retiró el papel con una gran sonrisa en los labios. Le encantó lo que descubrió debajo del envoltorio. Se trataba de una jarra de cerámica hecha por Maggie, en la que había representado el puente de Brooklyn. Su nombre estaba escrito con el mismo tono de azul con el que había pintado el río Hudson. Era muy bonita, una auténtica obra de arte que le robó las palabras.

—Es... ¡preciosa! —La hizo girar para contemplarla desde todos los ángulos—. No deberías haberte molestado, yo...

—No ha sido ninguna molestia, cariño. Celebro que te guste.

—Me encanta. Muchísimas gracias, Maggie.

La voz le salió directamente del corazón y la mujer tuvo un gesto entrañable con ella. Le dio un beso en la mejilla antes de volver a sus quehaceres.

Algunos minutos después, durante la cena en el comedor, Alice se quedó pensando en los regalos que había recibido de sus padres a lo largo de los años y no recordó ninguno que la hubiese emocionado de verdad. La mayor

parte de las veces, por su cumpleaños le inyectaban dinero en su cuenta corriente, pero nunca la habían obsequiado con algo que le llegase al corazón. El Dodge Avenger había sido un buen regalo de graduación, pero el modo frío y distante en que su padre le había entregado las llaves le había restado toda la emoción.

Y ahora, mientras cenaban en armonía, mientras en la mesa rezumaba el cariño, el respeto y la jovialidad entre la familia Mancini, sus carencias de afecto se hicieron tan presentes y asfixiantes que no estaba segura de si sería capaz de aguantar el tipo durante el resto de la velada. Incluso su enfado con Jake se mitigó.

Después de la cena, charlaron un rato mientras tomaban el postre y luego retiraron la mesa entre los cuatro. Sobre las diez decidieron marcharse a casa.

—No os entretenemos más. Gracias por la cena, chicos, lo hemos pasado muy bien —comentó Maggie de camino a la puerta—. Y cuida de Alice, Jake, no le des problemas.

—No te preocupes, mamá, ella sabe cuidarse sola.

Alice captó la indirecta y respondió al comentario con una mueca de autosuficiencia. De todos modos, Bruce le dio un consejo.

—Tú continúa manteniéndote así de firme, no bajas la guardia teniendo en casa a este gamberro.

—Mi esposo habla con propiedad, de joven era exactamente igual que Jake.

—¿Qué insinúas, cariño? Todavía soy joven.

—Eso es verdad, tendrías que ver cómo se desmadra cuando vamos a ver tocar a Jake y a su grupo.

Las risas vibraron en el rellano de la escalera.

—Ha sido un placer enorme conoceros —les dijo Alice—. Yo también lo he pasado muy bien.

—Lo repetiremos. —Maggie movió los dedos en el aire—. Buenas noches, chicos.

Jake cerró la puerta. Las voces de sus padres quedaron amortiguadas al otro lado y, con su marcha, las sonrisas de despedida se les quedaron congeladas en el rostro. Fue como accionar un interruptor que volvió a encender el distanciamiento entre ambos.

Cada uno fue hacia un lado, él se metió en su cuarto y ella se quedó en medio del pasillo, reflexionando, sin saber muy bien qué paso dar a

continuación.

No había cambiado de idea respecto a él. Había sido irrespetuoso y entrometido; y, por si fuera poco, y aunque David se mereciera un buen puñetazo en toda la cara, había estado a punto de agredirlo. No podía aplaudir de ninguna de las maneras un comportamiento violento. Por otro lado, no podía negar que su integridad y ese afán por protegerla no le gustasen. Cuanto más pensaba en que casi se había partido la cara con otro tío sólo por defenderla, más se le ablandaba el corazón, aunque fuera un acto deleznable.

Estaba hecha un lío. ¡No sabía cómo encajar emociones tan contradictorias!

Pensó que le debía una disculpa, ¡otra vez!, pero justo en el momento en que encaminó sus pasos hacia el dormitorio de Jake, él salió.

Se quedaron mirando, plantados en medio del pasillo. Ese intercambio silencioso de miradas fue bastante revelador, ambos tenían cosas que decirse, y cuando despegaron los labios lo hicieron al unísono.

—Yo...

—Quería...

Sonrieron. Alice bajó la mirada con súbita timidez y tomó aire.

—Perdona por gritarte anoche. Los acontecimientos me desbordaron.

—Perdona por no quedarme encerrado en mi cuarto, aunque si volviera a verte en peligro actuaría de la misma manera.

—Lo sé.

Jake apoyó el hombro en el quicio de la puerta y ella dio un paso perezoso al frente.

—Soy una persona reservada, Jake, no me gusta airear mis asuntos personales con nadie.

—Me he dado cuenta.

—Ahora ya sabes que tengo problemas familiares. Estoy atravesando una situación muy complicada que todavía podría complicarse más porque ahora David está implicado en ella. —Hablaba con suavidad y él asentía a cada una de sus palabras—. Siento no ser esa compañera de piso enrollada que a ti te gustaría.

—Bueno, tienes otras cualidades.

Le agradó mucho que pensase de ese modo.

—Mi actitud no va a cambiar. Así es como soy.

—No te pido que cambies, Alice, pero si hubiese sabido que podía empeorar tu situación familiar si me dejaba ver, yo...

—Habrías actuado igual —aseguró ella.

Jake ladeó la comisura de los labios.

—Desde luego que sí.

—Debo darte las gracias por salir en mi defensa.

—No tienes que hacerlo.

—Sí, sí que debo, porque fui muy desagradecida.

—Eso es verdad.

El clima de armonía se llevó todas las rencillas pendientes y ella lo vio de otro modo, como si acabase de quitarse una venda de los ojos. Jake le caía bien, sentía que se entendían, notaba que salía fortalecida cada vez que hablaban, al margen del tema que tocaran. Había pensado muchas veces que sería un infierno convivir con él, pero ahora no lo cambiaría por ninguna chica. Le gustaba vivir con Jake. Le gustaba él. Sentir así era un poco desconcertante, sobre todo porque con el paso de los días notaba que su atractivo la intimidaba un poco más. Como ahora, que tenía los penetrantes ojos azules socavando los suyos, inquietándola, sacando a la superficie esa timidez que le enardecía las mejillas.

Jake sabía que Alice necesitaba un abrazo, pero ella era demasiado tozuda para admitirlo. Lo habría rechazado y se habría vuelto a esconder en su caparazón. Cuando estuviese preparada, le daría todos los abrazos que, al parecer, no le habían dado nunca, a excepción de esa hermana a la que nombraba con frecuencia. Durante la cena con sus padres se había dado cuenta de que a ella la acosaba la tristeza, de que los lazos de afecto y las reuniones familiares formaban parte de sus carencias. Alice ya no era la chica fría y altiva a la que había conocido semanas atrás, aunque necesitaba más tiempo para dejar de alzar muros a su alrededor. Y él no podía evitarlo; a pesar de que le había mostrado su peor cara, los misterios que ocultaba lo atraían como un imán. Y lo que no ocultaba, también.

¿Había dicho que ella no era su tipo?

Pues tenía que rectificar. Mientras la observaba allí plantada en medio del pasillo, con las defensas bajas y ese rubor que le teñía las mejillas, no podía parecerle más guapa, más encantadora y más sexy.

Alice se aclaró la garganta.

—Tu familia es estupenda.

—Lo sé. He tenido mucha suerte. ¿Pensaste que serían de otra manera?

—Bueno, un poco.

—¿Ah, sí?

—Lo primero que he pensado nada más conocerlos ha sido que eras adoptado.

—Me estás tomando el pelo. —Ella se echó a reír. Su risa también era encantadora—. Cuando quieres eres muy graciosa, ¿sabes?

—Lo sé.

Entre risas, pasaron al comedor y Alice recuperó su móvil. Le había enseñado a Maggie algunas fotografías de sus cuadros y, aunque todos le habían parecido maravillosos, en especial le había gustado uno que había pintado hacía unos años: un velero navegando en el lago Michigan bajo un cielo que atardecía. Pretendía regalárselo en cuanto tuviera la ocasión. Sería un gesto de gratitud por lo bien que se habían portado con ella y por el trato tan cariñoso que había recibido por parte de los dos.

Jake se dejó caer sobre el sofá y se la quedó mirando.

—¿Vemos una peli? —Agarró el mando a distancia.

—Creo que me voy a la cama, mañana será un día muy largo.

Durante la visita de los padres de Jake había estado tan entretenida que no había pensado en David ni en que tendría que volver a verlo al día siguiente, pero ahora que se acercaba la hora de irse a dormir la inquietud volvió a instalarse en sus pensamientos.

—Mañana por la mañana estaré por Manhattan visitando algunas inmobiliarias. Si las cosas se ponen feas o si se produce algún incidente desagradable, ya sabes, estaré atento al móvil.

Ella asintió levemente.

—Gracias, Jake.

* * *

—¿En serio te parece necesario que nos vistamos así? —le preguntó a Nicole.

—Por supuesto, tenemos que ir arregladas para la ocasión. Si vas a un concierto de rock, tienes que ponerte un atuendo adecuado. Desentonaríamos un poco con un vestido de Prada, ¿no crees?

—Tampoco tienes que irte a ese extremo —refunfuñó, al tiempo que se calzaba las botas con hebillas y tacones de diez centímetros.

Ella nunca había llevado tacones tan altos, anchos y sólidos como rocas, y

mucho menos adornados con tachuelas y hebillas. Se puso en pie para comprobar cómo se manejaba subida en esos andamios y Nicole se echó a reír.

—Me las quitaré ahora mismo.

—¡Ni se te ocurra! Estás genial, Alice. Mírate en el espejo si no me crees.

—No me siento yo.

—Eso no es malo. De vez en cuando, a mí me encanta dejar de ser yo.

Hizo caso a Nicole y se acercó al enorme espejo que había junto al todavía más enorme vestidor de su dormitorio.

Y el espejo le devolvió una imagen impactante con la que, *a priori*, no se sintió nada cómoda. Sin embargo, cuanto más se miraba y más la animaba Nicole con sus comentarios chispeantes, más a gusto se fue encontrando con su aspecto. Vaqueros muy ceñidos, un sencillo top negro que Nicole había sacado del fondo de algún cajón, las llamativas botas y la chupa de cuero que también le había prestado. Lo que menos le gustaba eran las botas toscas, aunque la gente no solía mirarte los pies.

Nicole se acercó a ella y le rodeó el cuello con un pañuelo de color verde militar. Ella llevaba otro igual, pero de color púrpura.

—Ahora estamos perfectas.

—Demasiado color en los labios. —Torció el gesto.

—El color es perfecto. —Le dio un empujoncito en el hombro—. Marchémonos antes de que aparezcan mis padres y nos vean con estas pintas.

Desde Brooklyn Heights hasta Fort Greene, donde se hallaba la sala BAMcafé, no había más de diez minutos en coche, aunque se encontraron con las típicas retenciones de tráfico de un viernes por la noche. Alice condujo su Dodge Avenger y fue siguiendo las instrucciones de Nicole. No volvería a encender el GPS de su móvil en lo que le quedaba de vida.

Hacía frío, y caminaron hacia el edificio de la Academia de Música con los hombros encogidos y envueltas en nubes de vapor. La sala BAMcafé estaba integrada en el edificio, concretamente en la primera planta, por encima del vestíbulo. En la entrada se toparon con bastante gente joven que era indudable que se dirigían al mismo sitio que ellas.

Conforme atravesaban el vestíbulo, Alice iba sintiéndose más nerviosa e insegura. Se fijó en todos los jóvenes —y algunos no tan jóvenes— que seguían su mismo camino hacia la sala BAMcafé y se preguntó si desentonaría en aquel ambiente tan bohemio, si la gente se daría cuenta de que se sentía

como si estuviese utilizando un disfraz. Nicole iba a su lado y se había mimetizado a la perfección.

Sin lugar a dudas, su recorrido en la vida era mucho mayor que el de ella, aunque tuviesen la misma edad.

Entraron en la sala. A excepción de los focos blancos que iluminaban el sector donde se hallaba el escenario, el resto estaba un tanto oscuro. El bar se hallaba a la derecha. Pequeños puntos de luz de color azul incidían sobre la lustrosa barra y las caras de los camareros. Parecían espectros que se movían de un lado a otro mientras servían a un público cada vez más numeroso. Ésa era la primera parada de todo el mundo antes de tomar posiciones para disfrutar de la música. La sala comenzó a oler a alcohol casi al instante de entrar allí.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Nicole.

—Lo que tomes para ti estará bien.

—Vale, pues colócate cerca del escenario mientras yo me acerco a la barra.

—No quiero estar cerca del escenario.

—Pues yo sí, y como las entradas son mías, soy yo quien decide dónde nos ponemos. —Se encogió de hombros con diversión.

—Antes de ser tuyas fueron mías —le recordó.

—Pues no haberte desprendido de ellas. Ahora nos vemos.

Alice se acercó al escenario, donde los bafles sonarían tan fuerte que se quedarían medio sordas. Jake no tardaría ni dos segundos en verla. No era que le importara que la viese, en ningún momento le había contado que le había regalado a Nicole las entradas y que luego había decidido recuperar la suya, pero es que estando así de cerca daría la sensación de que se moría de ganas de verlo tocar, y eso no era cierto.

Bueno, ¿y qué más daba? Tenía que dejar de hacer eso, de darle tanta importancia a lo que pensasen los demás de ella. En especial, Jake.

Miró a su alrededor. La gente era mucho más normal de lo que se había imaginado. Si le hubieran preguntado por el grupo de chicos que estaba a su lado no habría sabido decir si tenían un Porsche aparcado en la puerta o un viejo Chevrolet Silverado como el de Jake.

¿Dónde había pasado los últimos diez años de su vida? Ah, sí, primero encerrada en el colegio privado en el que había estudiado secundaria y más tarde en su habitación de la Universidad Loyola.

Y también había estado encerrada en su exagerado sentimiento de

responsabilidad y en sus rígidas convicciones sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Los chicos que había al lado le sonrieron y ella curvó los labios para devolverles la sonrisa, aunque enseguida miró hacia otro lado. Entonces vio a otro espectro azulado que se movía cerca de la barra, aunque no era un camarero, sino una chica escuálida y atiborrada de maquillaje que parecía un poco perdida. Desapareció de su vista entre la gente y, aunque trató de buscarla con la mirada, ya no la encontró. Se quedó pensando en que su cara le resultaba familiar. Estaba segura de que la había visto antes.

Nicole acudió a su lado y le tendió un vaso largo y cilíndrico que contenía un líquido amarillo.

—¿Qué es?

—No tengo ni idea. Es lo que estaba pidiendo todo el mundo.

Con el primer trago, arrugó la nariz. Ella tampoco sabía lo que era, pero debía de tratarse de algo fuerte, ya que hizo que le ardieran la garganta y el estómago. Sin embargo, dejaba un regusto agradable en la boca, así que no iba a desperdiciarlo.

—Tengo ganas de verlo. Me has hablado tanto de él que mi expectación está por las nubes. Además, después de lo último que me contaste todavía me cae mejor, ¡y eso que no lo conozco!

Hacía unos días, y aunque hablar del tema le producía una vergüenza terrible, ya que no había sabido intuir de qué palo iba David, le había confesado a Nicole que su cita del sábado por la noche había sido un auténtico desastre y que no le había quedado más remedio que huir de su piso porque las cosas se habían puesto muy feas. También le habló de la posterior visita de David a su apartamento —omitió el tema del GPS porque Nicole no tenía ni idea de que con anterioridad al apartamento de Sunset Park había residido en el que le había buscado su padre— y de la intervención de Jake cuando David volvió a pasarse de la raya.

A Nicole le había parecido fascinante, como si hubiese sido ella la destinataria de esa reacción tan protectora de Jake. La misma expresión de éxtasis se le puso ahora cuando las luces ambientales se apagaron, se encendieron los focos del escenario y Jake apareció con su guitarra seguido de los otros tres integrantes del grupo.

Los reconocía a todos. A la chica bajita y morena que se colocó detrás de los teclados, la que la había llamado «guapita de cara» el día que ayudó a Jake con la mudanza; el chico de la coleta rubia que estaba sentado al lado de Jake el día que decidió celebrar una fiesta de cumpleaños en casa, y que ahora se colocó detrás de la batería; y al que se comía a su novia a besos en el sofá y que ni siquiera se inmutó cuando ella apareció para intentar aguarles la fiesta. Este último era el bajista.

¿Qué impresión se llevarían al verla allí?

Nicole le apretó el brazo.

—¡Jake es guapísimo!

Dio igual que hablara casi a gritos porque, tras tres golpes de baqueta, la potente música comenzó a sonar, tragándose las voces de los asistentes.

Desde luego que Jake era guapo, y esa posición de superioridad que le otorgaba el escenario, con los juegos de luces siguiendo sus movimientos y la seguridad tan aplastante que mostraba, acentuaba aún más su atractivo físico y su personalidad. A los cinco segundos de comenzar a sonar la música, todo el mundo cantaba con él. Se sabían de memoria las letras de todos los temas que fueron tocando, parecían fieles seguidores que iban a verlos tocar en sus giras por todas las salas de Nueva York, y Jake premiaba esa efervescencia y el apoyo que le brindaban con innumerables sonrisas, haciéndolos corear las canciones y logrando que se implicasen al cien por cien.

Incluida ella.

Alice conocía la mayor parte del repertorio porque lo había escuchado al cantarlo en casa, pero en directo sonaba todavía mejor. Pronto se sorprendió cantando con el resto de la gente, aunque se cortaba un poco cada vez que Jake la miraba. Y la miraba mucho. Hasta parecía estar cantándole a ella en determinados momentos.

Reconocía que había ido sin muchas expectativas. Pensó que se limitarían a tocar sin mucha gracia y que el público tampoco sería tan entusiasta, pero se

había equivocado por completo. Si no lo hubiese visto, no lo habría creído, pero Jake tenía el carisma de las grandes estrellas de rock. Tocaba bien la guitarra, su voz grave sonaba potente, afinada y llena de matices, y sus compañeros también estuvieron geniales y compenetrados. El grupo se comportaba como si estuvieran celebrando una gran fiesta sobre el escenario.

Al rato de comenzar, Alice estaba tan integrada en el ambiente festivo que ya no se preocupó de que él la viera disfrutar tanto o más que el resto.

Tocaron durante una hora, pero a ella se le hizo mucho más corto. De hecho, tuvo que mirar su reloj de pulsera cuando el grupo se despidió, porque no se creía que el tiempo hubiese volado de esa forma. El público rompió en aplausos, a los que Alice se unió, y los vítores se sucedieron hasta que las luces ambientales volvieron a encenderse.

—Ha sido fantástico, ¡son muy buenos! —gritó Nicole por encima del estruendo.

—Ha estado muy bien —asintió.

Le encantaba haberse equivocado.

—Vamos a la barra antes de que se ponga hasta arriba, ¡se me ha quedado la garganta seca!

—¿No es un poco tarde? A lo mejor deberíamos marcharnos a casa...

—Mañana es sábado, podemos quedarnos en la cama hasta que queramos. Además, supongo que Jake se dejará asomar por aquí, ¿no? Me lo tienes que presentar.

—¿Y tiene que ser esta noche? Estará muy ocupado saludando a sus conocidos; si quieres que te lo presente puedes pasarte por casa cuando te apetezca.

—No seas aguafiestas. Seguro que eras la primera en irte de todas las fiestas de la universidad.

—En realidad, no iba a muchas.

—¿Por qué será que no me sorprende? Anda, vamos.

El dueño del local subió un momento al escenario para anunciar que al cabo de media hora tocaría el siguiente grupo, y la gente se fue dispersando. Algunos fueron abandonando la sala y otros se quedaron para continuar disfrutando de la noche.

Concluido el concierto, a Alice comenzó a molestarle la oscuridad, el ruido y, sobre todo, los empujones de la gente para conseguir más alcohol. Nicole se

hizo con un par de refrescos que se tomaron en un rincón, retiradas del bullicio.

Jake y sus compañeros no tardaron mucho en aparecer. Alice vio asomar su cabeza a través de la masa de personas que se aglutinaba frente a la barra. Pronto se encontró cercado por un grupo de chicas que lo besaron en las mejillas, lo manosearon por todos lados y se hicieron selfis con él. Alice se preguntó cuál de ellas sería la que acabaría en su cama esa noche.

Se dio cuenta de que ese pensamiento no le causaba indiferencia, pero ¿por qué?

Ah, claro. Porque no quería oír más grititos de éxtasis.

Al cabo de unos minutos, Jake la vio y se acercó con rapidez antes de que alguien volviera a entretenerlo. Estaba pletórico y mucho más cercano de lo que solía mostrarse, ya que la saludó pasándole el brazo por la cintura y dándole un cariñoso apretón.

—Te has divertido, ¿verdad? No te atrevas a negarlo porque te he estado vigilando. Aunque al principio me ha costado un poco reconocerte con este aspecto tan... —se separó lo suficiente para mirarla de arriba abajo. Ella se puso roja como un tomate, aunque como estaba oscuro seguro que no se apreció— diferente.

Volvió a pasarle el brazo por la cintura y ella alzó la cabeza para mirarlo. A excepción de aquella noche en que la abrazó para consolarla, nunca habían estado tan cerca; hasta le llegó su calor a través de la camiseta negra que llevaba puesta. Y fue agradable.

—Vale, lo admito —dijo arrastrando las palabras—. Lo he pasado muy bien y habéis estado estupendos. Tú en especial.

—¡Vaya! —Se llevó una mano al corazón con gesto teatral—. Menudo halago.

—Sí, menos mal que cambió de opinión y recuperó la entrada que le regalaste —intervino Nicole—. Me llamo Nicole Adams. Encantada de conocerte, Jake.

—Lo mismo digo.

Se besaron en la mejilla y Alice fulminó a su amiga con la mirada. ¿Por qué había tenido que decir aquello? ¿Era necesario? Pretendía hacerse la graciosa, pero acababa de asestarle un golpe bajo. Tras la presentación, Jake se la quedó mirando con una ceja alzada, con ironía, como diciendo: «¿En serio hiciste eso, Alice? ¿Por qué será que no me sorprende?». ».

Nicole monopolizó la conversación. Habló con Jake sobre su música, sobre su trayectoria artística, y no escatimó en halagos. Él también le hizo preguntas acerca de sus estudios de arte y sus planes de futuro, aunque a Alice le dio la impresión de que sólo era cordial, de que el interés que Nicole mostraba en él no era recíproco. Al menos, en lo personal, porque en lo sexual... Ahí no lo tenía tan claro. Su amiga se lo comía con su mirada verde y felina, y su coqueteo se hacía más evidente conforme transcurrían los minutos. Intentó descifrar si Jake también la encontraba sexualmente atractiva. Le pareció que sí. Nicole era una chica muy guapa.

Le espantó pensar que podría ser ella la joven con la que terminara en su dormitorio esa noche.

«No, ni hablar. Eso sí que no pienso aguantarlo. ¡De ninguna de las maneras!»

Si querían tener sexo, que se largaran a un hotel. Pero incluso esa alternativa le causaba una extraña desazón. No comprendía sus emociones.

Luke, el batería del grupo, se acercó a ellos con dos cubatas en las manos. Uno se lo tendió a Jake y el otro se lo quedó él. El chico fue bastante agradable con ella, a pesar de que el primer contacto que habían tenido en su apartamento había dejado mucho que desear, pero todavía fue más agradable con Nicole, en la que centró toda la atención. Ella también fue simpática con Luke y se pusieron a hablar entre ellos, aunque no perdió de vista su objetivo y continuó lanzando miradas de soslayo a Jake.

—Tu amiga es muy extrovertida —comentó Jake.

—Sí, ella es... sociable con todo el mundo.

—Así que te deshiciste de las entradas.

—Sí, me deshice de ellas. Pero aquí estoy.

—¿Y cómo es que decidiste recuperarlas, eh?

Alice entornó los ojos y alzó un dedo.

—¿Estás buscando más halagos?

—Sólo si los sientes.

—Soy orgullosa y cabezota, ya me conoces. —Se encogió de hombros—. Hace una semana no habría venido, pero... las cosas han cambiado un poco entre nosotros y decidí que me apetecía verte cantar con tu grupo.

—Me alegro. Me ha hecho mucha ilusión que vinieras, ¿sabes? —Ella se mordió la comisura—. ¿De dónde has sacado esa ropa?

Envueltos en la escasa luz azulada, la mirada de Jake se volvió más

penetrante. Alice nunca había sentido que la mirase con especial interés, pero ahora sí lo notó, y eso la puso nerviosa.

—Sólo los vaqueros son míos, Nicole me ha prestado el resto. Ya sabes que yo nunca me visto de esta forma.

—Pues te sienta muy bien.

—Gracias. —Sonrió con timidez.

Él hizo chocar los vasos y bebieron un trago sin despegar la mirada del otro.

—¿Qué tal el día? ¿Ha vuelto a importunarte ese cretino?

—Ha estado en la misma línea de esta semana: «Alice, haz fotocopias»; «Alice, tráeme un café»; «Alice, haz esto; Alice, haz lo otro...». Si fuera su sirvienta no recibiría tantas instrucciones. —Resopló, estaba asqueada, y se ponía enferma sólo de pensar que tendría que aguantarlo hasta el mes de junio —. Pero son sólo impertinencias, prefiero hacer lo que me pide a tener cualquier disputa con él.

—Pero qué hijo de puta... Si te pasas toda la mañana sirviéndole, ¿cuándo se supone que haces tu trabajo?

—No es toda la mañana, sólo de vez en cuando —mintió, pues era muy a menudo—. Me da tiempo a hacer todo lo demás.

Ella no le había contado que había estudiado leyes por imposición de su padre y que le importaba un pimiento el trabajo. Lo único que deseaba era estar centrada en sus estudios de arte y que su relación con David no empeorara. Su acuerdo debía permanecer intacto hasta que ella se marchase de Nueva York.

Tenía muchas ganas de perderlo de vista, aunque su regreso al bufete después del fatídico fin de semana había sido mucho menos trágico de lo que se había figurado. No hubo más insinuaciones sexuales y no la obligó a ir con él a los juzgados, pero tampoco la dejó tranquila. El día anterior le había pedido que fuera a recoger su chaqueta a una tintorería que se encontraba a cuatro manzanas del bufete, y el martes le ordenó que fuera hasta el aeropuerto JFK para recibir a un cliente cuyo vuelo estaba a punto de aterrizar. Aquello era del todo innecesario, el cliente no necesitaba a nadie que lo acompañase hasta el bufete, pero como David quería fastidiarla no le quedó más remedio que hacerlo si quería estar de buenas con él.

Cuando David le había dicho que sus argumentos para destrozarla eran mucho más sólidos e irrefutables que los de ella, sólo había intentado

vacilarle. Pero, sin saberlo, tenía razón. Seguía convencida de que a ella su padre nunca la creería.

—La cuarta canción me ha gustado mucho —dijo cambiando de tema.

—¿Sólo la cuarta?

—Todas en general y la cuarta en especial. La letra es muy buena. — Hablaba del turbio mundo de las drogas y de cómo una chica consigue salir de él y dejarlo todo atrás. Había visto a su amiga Kate reflejada en cada párrafo de esa canción, y seguro que él la había escrito pensando en su exnovia—. Oye, Jake, dijiste que te gustaba más el tema de la composición y la producción que la faceta de cantante, pero..., en mi humilde opinión, creo que tienes potencial para ser las tres cosas.

—Y eso es lo que hago.

—Me refiero a fuera de estas salas tan pequeñas, a que alguna discográfica te pida que grabes un disco.

—No es lo que ando buscando. Ya te dije que no quiero ser un ídolo de fans —bromeó.

—Pues, para no querer serlo, en la sala tienes unas cuantas admiradoras. Creo que ese grupito de ahí está esperando a que me des puerta para acercarse a ti.

Jake miró por encima de su hombro, hacia el lugar donde Alice había señalado con la barbilla. Un grupo de seis o siete chicas aguardaban sonrientes con los móviles en la mano para hacerse fotos con él. Una de ellas dio saltitos de alegría al acaparar por fin su atención. Jake devolvió la suya a Alice.

—Esas chicas de ahí vienen a vernos a todas las salas en las que tocamos. Son un encanto, pero no me imagino cómo sería mi vida si la escasa fama que tengo ahora se multiplicase por mil. No creo que llevara bien el tema de perder mi privacidad. —Alice lo entendía, aunque le chocaba que dedicándose a la música no quisiera la fama—. Por cierto, ¿te quedas conmigo y disfrutamos juntos del próximo concierto? Son muy buenos, aunque no tanto como nosotros. —Le guiñó un ojo.

—Yo... no puedo, se haría muy tarde para regresar a casa.

—¿Y qué? ¿Acaso tienes algo que hacer mañana?

—No, pero...

Le colocó un dedo en los labios para silenciarla.

—Relájate un poco. Deja de pensar en horarios y en responsabilidades.

Disfruta del momento.

—Pero no he venido sola, es probable que Nicole...

Alice sorprendió a su amiga con la vista enfocada en Jake mientras asentía a todo lo que le decía Luke.

—Es probable que quiera quedarse —aseguró él.

—Creo que le gustas.

—Algo he notado.

—Ni se te ocurra, Jake —le advirtió, apuntándolo con el dedo.

—Ni se me ocurra, ¿qué?

Una sonrisa pendenciera asomó a sus atractivos labios. Sabía muy bien a qué se refería, aunque Alice no tuvo ningún problema en recordárselo para dejárselo bien claro.

—No vas a llevarte a Nicole a casa —dijo muy seria.

Él soltó una ronca carcajada y a ella se le tensó el ceño.

—No se repetiría lo de la última vez. En esta ocasión sería muy silencioso, te lo prometo.

—¡Me da exactamente igual! Si quieres pasar la noche con ella, te vas a un hotel. —La aspereza con que habló sólo consiguió que su sonrisa se ensanchara—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Tú.

—Pues no estoy intentando ser graciosa.

—A ver si entiendes una cosa.

Jake la agarró de los dedos y tiró de ella hasta que sus labios quedaron pegados a su oreja.

—No me gusta tu amiga. No es mi tipo.

Entonces la miró a los ojos, con ese encanto tan especial al que ya no era inmune, y deseó soltarle un empujón por haberse burlado de ella.

—Te encanta tomarme el pelo.

—Te pones muy guapa cuando te enfadas.

Alice se mordió la comisura del labio.

—Eres un idiota.

—Y tú una celosilla.

—¿Celosa, yo? —Arqueó las cejas y se rio como si jamás hubiese oído un disparate más grande—. Menuda tontería.

—¿Seguro? —la incitó, con una mirada demorada que comenzó a violentarla.

—Vete a la porra, Jake.

Él rio entre dientes mientras Alice daba un paso atrás para recuperar su espacio vital. También recuperó sus dedos, que ahora hormigueaban. Igual que su oreja desde que había notado sus labios pegados en ella.

Pero ¿qué le estaba pasando?

Esas sensaciones tan extrañamente placenteras se sesgaron de raíz cuando la chica escuálida volvió a aparecer en su campo de visión. Estaba lejos, en el otro extremo de la sala, y se movía como un fantasma entre la gente, con la mirada clavada en ella. Alice tuvo una visión. Sus materiales de pintura rodando por el suelo mientras la chica de la mirada perdida y desesperada salía a trompicones del apartamento.

Era la exnovia de Jake y estaba allí.

Se preguntó si él la habría visto, si sabía que había acudido al concierto.

¿Debía decírselo? Con el carácter que la joven tenía, pensó que lo más prudente era avisarlo de su presencia. Si se le ocurría montar otro número, lo mejor era que él estuviese al tanto.

—Jake, no sé si sabes que tu ex se encuentra en la sala.

El humor de sus ojos se esfumó.

—La he visto hace un rato.

Eso fue todo lo que dijo sobre el tema. Además, las luces ambientales volvieron a apagarse y el siguiente grupo apareció en el escenario.

—Ya no tienes más remedio que quedarte.

Jake le tendió la mano y ella la cogió sin reticencias. Se abrieron paso entre la gente para escoger un lugar desde donde se contemplase bien el espectáculo. Durante el recorrido, ella buscó a la chica con la mirada, pero al igual que había sucedido la primera vez, ya no volvió a verla. Como si se hubiese evaporado.

Nicole se las ingenió para colocarse al lado de Jake y volvió a darle conversación mientras el grupo de cuatro chicos tomaba posiciones. La primera canción que tocaron le bastó a Alice para darle la razón a Jake. Ellos eran mucho más profesionales, las canciones eran mejores y mantenían un contacto mucho más cercano con el público.

No obstante, se lo estaba pasando bien y no se arrepintió de haberse quedado.

Hacia la mitad del concierto se formó un gran revuelo en la sala. El dueño del BAMcafé irrumpió en el escenario con la cara desencajada y se colocó

junto al cantante. La música se detuvo y la luz volvió a iluminar el recinto. El hombre se acercó al micrófono para anunciar que había sucedido un hecho terrible en los baños públicos, que la policía estaba allí y que pedía a todos los asistentes que fueran abandonando las instalaciones sin causar alboroto. Por último, lamentó tener que interrumpir de ese modo el espectáculo y los emplazó a que acudieran al día siguiente.

—¿Qué demonios habrá pasado? —se preguntó Jake.

—Algo muy grave para pedirnos que desalojemos la sala —comentó Luke.

La policía hizo acto de presencia y dio instrucciones a la gente para que abandonase el local civilizadamente por una de las dos salidas habilitadas. Mientras circulaban de manera ordenada, se oían especulaciones de todo tipo por todos lados, desde que tal vez se tratase de una amenaza de bomba hasta que alguien hubiese muerto en los baños públicos. Y, de repente, una sensación alarmante se adueñó de Jake, haciendo que se detuviera en seco. Vio al gerente del local bajar por la escalerilla anexa al escenario y se salió de la cola para preguntarle.

—¿Qué ha pasado, Jim?

—Una calamidad. —El hombre se pasó la mano por la frente para retirarse el sudor que se la perlaba. Estaba más blanco que el papel—. Una chica ha decidido colocarse en mis baños y se ha pasado de rosca. Se la ha encontrado una amiga. Está muerta.

Y las alarmas se pusieron a sonar con tanta estridencia que hasta notó los pitidos en los oídos.

—¿Qué pasa, Jake? —preguntó Luke a su espalda.

Él negó despacio, como queriendo quitarse ese pensamiento tan turbador y espeluznante de la cabeza, pero entonces apareció Renée, mucho más pálida que el dueño del local, con los ojos arrasados por las lágrimas y una expresión de pánico congelada en la cara.

Y Jake supo que su mayor temor acababa de hacerse realidad. Que la chica que estaba en los baños era Gisele.

Después, los acontecimientos fueron sucediéndose a cámara lenta, como *flashes* de un sueño distorsionado del que deseaba despertar cuanto antes. Salvo que aquello no era un sueño. La policía les permitió quedarse en el recinto hasta que llegase la familia de Gisele y hasta que el juez se personase para proceder al levantamiento del cadáver. Renée estaba rota de dolor, Luke contenía sus propias lágrimas para consolar a Renée, Theresa, la novia de

Jason, hizo lo propio con su chico, que estaba totalmente abatido, y Jake estaba en *shock*, con los sentidos tan bloqueados que no habría sentido el pinchazo de cien alfileres.

Alice andaba cerca. Nicole se había marchado con el resto, pero ella había decidido quedarse allí después de que Jake les transmitiera la fatídica noticia. La policía se lo permitió cuando ella les dijo: «Él es mi amigo y necesita mi apoyo».

En circunstancias normales, el interés de Alice en darle soporte moral lo habría hecho sonreír, pero en ese momento no dio luz a esos minutos fríos y oscuros que se eternizaban.

Jake habló con la policía para que lo dejaran asomarse a los aseos, necesitaba ver a Gisele por sí mismo para romper esa burbuja de irrealidad en la que se sentía atrapado, pero los agentes no se lo permitieron.

—No insistas, Jake —le decía una inconsolable Renée—. Pensaba que ya no se pinchaba, que había dejado la heroína de lado, pero... No quieras verla así, es una imagen horrible. Ojalá no hubiera sido yo la que la ha descubierto.

Luke volvió a abrazarla y Jake se pasó las manos por el pelo, dejándolas ancladas en la nuca. Dio vueltas por el local mientras observaba impotente a los agentes de policía y oía la sirena de la ambulancia cada vez más cerca. Después llegó el juez de instrucción y un poco más tarde aparecieron los padres de Gisele. Estaban destrozados, y se le hizo muy duro abrazar a la madre, que se iba desmoronando por momentos. Él siempre le había caído muy bien a la señora Harper, la mujer pensaba que era una buena influencia para su hija y lamentó mucho que la relación se rompiera.

La psicóloga de la policía se llevó a los padres a un rincón para hablar con ellos y Jake regresó junto a sus compañeros, aunque no fue capaz de darle voz a esa rabia feroz que lo iba consumiendo.

Alice apoyó la mano en su hombro y se lo apretó con suavidad. Eso fue todo lo que hizo y eso fue todo lo que él necesitó que hiciera. No quería oír manidas palabras de consuelo. Nada podía aliviar esa emoción tan asfixiante que le apretaba los pulmones.

Una vez realizadas todas las pesquisas policiales y judiciales, los agentes procedieron a llevarse el cuerpo de Gisele. La sacaron de los baños públicos tumbada en una camilla, envuelta en una funda negra, y se la llevaron directa al depósito de cadáveres, donde seguramente le practicarían la autopsia.

Luego ya no hubo nada más que hacer allí.

* * *

Se despertó con un terrible dolor de cabeza, fruto de la tensión y de la falta de sueño. Se había pasado las horas pendiente de la llegada de Jake a casa, pero él no había ido allí en toda la noche. Suponía que se había quedado con sus compañeros.

Fue a darse una ducha para despejarse. Había sido muy duro ser testigo del sufrimiento de tantas personas, en especial del de Jake, aunque en ningún momento él se había permitido exteriorizarlo. Al principio había reprimido sus emociones, como si las bloquease, pero conforme transcurrían los minutos Alice se había dado cuenta de que su expresión se endurecía y de que sus ojos contenían mucha ira. Ella no había interferido en sus emociones, se había limitado a acompañarlo en aquellos momentos tan difíciles, pero le había preocupado que él no mostrase la misma tristeza y aflicción que el resto de sus compañeros.

Suspiró mientras se enjabonaba. Tenía ganas de verlo para comprobar cómo se encontraba.

Se acordó de que su coche estaba en Brooklyn Heights. Le había dejado las llaves a Nicole para que regresara a su casa y ahora tenía que ir hasta allí para recogerlo. Alice había vuelto en taxi a Sunset Park cuando se marcharon del BAMcafé pasadas las dos de la madrugada.

Salió de la ducha y se vistió. No desayunó, tenía el estómago un poco revuelto por los acontecimientos de la noche anterior. No había conocido a Gisele, sólo era una extraña con la que se había cruzado unos minutos de su vida, pero no podía olvidarse de esos ojos aterrorizados, ni de esa imagen tan deteriorada y llevada al límite.

No podía olvidarse de que Gisele la había mirado minutos antes de fallecer.

Recogió su coche y pasó la mañana charlando con Nicole acerca de los infortunios de la noche anterior. También hablaron sobre el concierto y sobre Jake. A Nicole la había deslumbrado, le parecía el chico más interesante, guapo, carismático y divertido que había conocido en su vida. Y tenía toda la intención de verlo de nuevo.

—Sin Luke merodeando, si puede ser. Es simpático, pero me pareció un poco pesado.

Alice no recibió el mensaje con mucho agrado. Ya había llegado a una conclusión sobre el motivo por el que no le gustaba que Nicole se hubiese fijado en Jake. Y, por supuesto, no tenía nada que ver con los celos. Lo que sucedía era que no quería que su vida universitaria se viese mezclada con la cotidianeidad de sus días en Sunset Park. Eran dos realidades completamente distintas y pretendía que continuasen siéndolo. Sólo se trataba de eso.

Llegó a casa hacia el mediodía. Seguía sin haber ni rastro de él. Comió unas verduras del día anterior, puso el lavavajillas, vio los noticiarios de la tele, se adormiló con la película que emitieron a continuación e incluso pintó durante un rato hasta que se dio cuenta de que daba pinceladas sin orden ni concierto. No estaba centrada. Eran las cinco de la tarde, llovía a cántaros y Jake seguía sin aparecer.

Empezaba a preocuparse de verdad.

A las seis agarró el móvil y lo llamó. Necesitaba saber cómo se encontraba y dónde estaba, pero él no contestó a ninguna de sus llamadas. Tenía el móvil apagado. No tenía el teléfono de ninguno de sus amigos y tampoco el de sus padres. Tal vez podría encontrar alguna pista en su dormitorio...

«No, no voy a violar su intimidad.»

Pero, al rato, su ansiedad se hizo más fuerte que su moralidad.

Se dirigió a su cuarto y, acompañada de un hondo sentimiento de vergüenza, comenzó a remover el interior de los cajones de la mesilla de noche y los del armario. No encontró nada relevante hasta que abrió el último cajón del aparador y se topó con una libreta en la que había direcciones y algunos teléfonos apuntados, como una lista de seguridad por si su móvil sufría algún percance. No esperaba que fuera un chico tan precavido. Vio el de sus padres y estuvo a punto de teclearlo, pero entonces recordó lo que Jake le había dicho de que nunca les contaba sus problemas a ellos para no preocuparlos, y descartó la idea. Encontró los números de sus compañeros de grupo. El de Luke estaba apagado y, aunque el de Jason daba señal, no respondió a la llamada. No le quedó otra opción que telefonar a Renée.

La teclista del grupo contestó con la voz abatida, aunque en cuanto supo con quién hablaba el tono se le tensó y dejó fluir la antipatía que le tenía. Muy parca en detalles, le contó que habían estado un rato todos juntos después de marcharse del BAMcafé y que sobre las tres de la madrugada Jake había decidido marcharse solo.

—Si tiene el teléfono apagado es que no quiere que nadie lo moleste. Lo

conozco bien y necesita su espacio, por eso yo no lo he llamado. No le gusta que lo atosiguen.

—Lo entiendo. Sólo deseo saber cómo se encuentra. Es extraño que todavía no haya regresado a casa.

—Hecho un asco, ¿cómo quieres que se encuentre? Anoche perdimos a una persona muy importante para todos, ¿sabes? —Se le quebró la voz y se tomó un momento para respirar y volver a la carga—. Jake no quiere hablar con nadie en estos momentos. Él es así. Apenas ha despegado los labios con nosotros, que somos sus amigos, así que menos querrá hacerlo contigo.

—A lo mejor le vendría bien charlar con alguien que no esté emocionalmente implicado... Si tan sólo pudieras decirme si suele frecuentar algún lugar cuando se siente triste... —Sabía que debía andarse con pies de plomo, ya que Renée era una bomba emocional que podía estallar en cualquier momento, sobre todo con ella, que no era santa de su devoción—. Si Jake no quiere hablar, lo respetaré y me olvidaré del tema.

—No. Es una mala idea.

—Sé que no te caigo bien, pero tenemos algo en común: las dos nos preocupamos por él. Déjame intentarlo, por favor.

Renée volvió a suspirar larga y pesadamente. Al final, le pesó mucho más el cariño que le tenía a Jake que su animosidad hacia ella.

—Cuando está mal suele acudir a un bar llamado Buzz, que está en Fulton Ferry. Pero yo no te he dicho nada.

Tras aparcar el coche en las inmediaciones del parque Empire Fulton Ferry, abrió el paraguas y caminó en el atardecer lluvioso hacia el bar Buzz, que estaba bajo el puente de Brooklyn. Nunca había paseado por aquella zona de Nueva York, a pesar de que era retratada en cientos de películas por sus increíbles vistas panorámicas, pero había buscado el establecimiento en internet. Pronto localizó su estructura en forma de carpa de colores blanco y rojo.

A pesar de que el parque era uno de los lugares más concurridos por los neoyorquinos y los turistas, esa tarde no había demasiada gente por las inmediaciones. Llovía y hacía frío, no era un día propicio para realizar actividades al aire libre.

Conforme se acercaba al Buzz, recorrió con la mirada el interior a través de los grandes ventanales de la carpa, pero no vio a Jake. Se desalentó, pensó que lo mismo Renée le había tomado el pelo.

Cerró el paraguas y entró.

Había muy poquita clientela, así que le resultó fácil acercarse al camarero con pintas de surfista que había detrás de la barra. A lo mejor conocía a Jake, o quizá lo hubiese visto en las últimas horas. Le preguntó al respecto.

—Sí, conozco a Jake, es cliente habitual y ha tocado con su grupo en el Buzz unas cuantas veces. Hace un rato que se ha marchado, casi ha terminado con nuestros suministros de Mountain Dew.

Jake tenía latas de ese refresco en casa, que tomaba para combatir la resaca cuando se pasaba de la raya con el alcohol. Por lo visto, se había pasado la noche bebiendo.

—¿Sabes adónde ha ido después?

—He ido a sacar la basura y lo he visto meterse en el Carrusel de Jane. No sé si continuará allí. —El chico, que no debía de tener más de veinte años, limpió la barra con una bayeta húmeda—. ¿Está bien Jake? Parecía un poco decaído.

—Sí, está bien. —No pensaba darles detalles a desconocidos—. ¿Dónde está exactamente el Carrusel de Jane?

—Al salir a la derecha, al otro lado del puente.

Alice le dio las gracias y abandonó el establecimiento. Volvió a abrir el paraguas y se encaminó hacia el carrusel con la esperanza de encontrarlo allí. Al pasar bajo el puente de Brooklyn vio la gran urna de cristal que resguardaba el precioso y antiguo carrusel de madera de las inclemencias atmosféricas. Recordó que lo había visto antes en algunas fotografías y también había leído en algún sitio que se había construido a principios del siglo pasado y que tenía casi cincuenta caballos. Le recordaba al carrusel en miniatura que le había regalado su abuela por su sexto cumpleaños y que su padre le había quitado porque se pasaba las horas ensimismada viendo cómo giraban los caballos en lugar de hacer los deberes. Ahora debía de estar en alguna parte del desván de la casa familiar. Pensó que le gustaría recuperarlo.

La melodía del carrusel se hizo más vibrante conforme se acercaba y el fragor de la lluvia sobre la superficie de cristal quedó amortiguado. Subió los escalones y pasó al interior, donde se estaba mucho más caliente que fuera. Inspeccionó el lugar. Había varios niños en compañía de sus madres y algunos adolescentes disfrutando de la atracción. La estructura giraba y Alice quedó fascinada con el despliegue de espejos y bombillas de colores. Se imaginó recreando cada pequeño detalle en un lienzo.

Asomó la cabeza entre los bonitos caballos tallados en madera para buscar a Jake y lo vio al fondo. Estaba de pie, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora de cuero, la mirada perdida en el vacío y la espalda apoyada en la superficie de una bonita calesa. Él no la vio.

Alice se dirigió al encargado de poner en funcionamiento el carrusel y del cobro de las entradas.

—Disculpe. —El hombre, con el pelo ensortijado y los ojos pequeños como los de un pájaro, alzó la vista de una revista que estaba leyendo para prestarle atención—. ¿Sería tan amable de decirme desde cuándo lleva subido en el carrusel aquel chico de allí?

El hombre alargó el cuello y asomó la cabeza.

—Ha pagado con un billete de veinte dólares, así que aún le quedan unas cuantas vueltas. ¿Quieres una entrada?

Alice asintió y compró un par, aunque tuvo que esperar unos pocos minutos a que el viaje actual finalizase. Jake estaba tan abstraído en sus pensamientos

que cada vez que pasaba por delante de ella no se daba cuenta de que estaba allí. El carrusel fue perdiendo fuerza hasta detenerse y Alice subió a la plataforma. Se abrió paso entre los caballos hacia la calesa de Jake, que se había detenido frente al río Este. El paisaje era espectacular. La lluvia no mermaba el brillo de un Manhattan que ya empezaba a iluminarse.

Se colocó a su lado, la calesa era lo bastante grande para que los dos pudiesen utilizarla de apoyo, y observó las tonalidades de grises que aceraban el cielo y las aguas revueltas del río.

—La lluvia no apaga la belleza de las vistas, ¿verdad?

Jake abandonó sus pensamientos y se la quedó mirando. Enseguida se le frunció el ceño, señal evidente de que no consideraba su presencia allí como agradable.

—¿Qué estás haciendo aquí, Alice? ¿Quién te ha dicho...? Ha sido alguno de los chicos, ¿no?

—No voy a decírtelo. —Abandonó la contemplación de la lluvia y se fijó en él. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño y la ropa que llevaba puesta el día anterior estaba arrugada y manchada. Su pelo estaba revuelto, la barba desaliñada y un poco más crecida. No tenía buen aspecto, esperaba que moralmente se encontrase un poco mejor—. ¿Cómo estás?

—No sé cómo responder a esa pregunta, Alice.

—Pues... con sinceridad.

—Agradezco que te intereses por mí, pero ahora quiero estar solo.

Apreció un nuevo detalle en él, y fue el hematoma que decoraba su pómulo izquierdo por encima de la línea de la barba.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Que me metí en una pelea que no me concernía y alguien estampó su puño contra ella. —Sonrió entre dientes, como si fuera divertido—. Aunque no me preguntes nada más porque no lo recuerdo. Creo que fue en un bareto de Williamsburg, o quizá en Greenpoint. ¿Qué más da?

Tal y como Alice había supuesto cuando el camarero del Buzz le habló de los Mountain Dew que se había tomado, se había pasado la noche emborrachándose y metiéndose en peleas. Aun así, no parecía que la descarga de adrenalina le hubiese servido para librarse de la rabia, que todavía se apreciaba en sus facciones.

—¿Has dormido algo?

—Un par de horas en el coche.

—Te he estado llamando por teléfono. Estaba un poco preocupada.

—Has llamado a mis amigos, te has plantado aquí, y ¿dices que sólo estás un poco preocupada?

La observó con ojos chistosos, aunque no pretendía resultar gracioso, más bien provocador. Alice lo dejó pasar. Entonces sonó una campana a sus espaldas y la plataforma se movió. Con lentitud y suavidad, comenzó a girar de nuevo.

—Cuando era pequeña mi abuela me regaló un bonito carrusel que se parecía mucho a éste. Recuerdo que cuando había problemas en casa o mi padre se enfadaba conmigo, me encerraba en mi cuarto y le daba cuerda una y otra vez. Me quedaba embobada viendo girar a los caballos y se me quedaba la mente en blanco. Los problemas desaparecían hasta que la maquinaria se detenía. —Metió las manos en los bolsillos, estaban heladas, y buscó la atención de Jake—. Que bebas hasta emborracharte, que te metas en peleas y que apagues el móvil para que nadie pueda ponerse en contacto contigo no va a cambiar nada de lo que sucedió anoche.

—Pero te hace sentir mejor.

—Hablar con las personas que te quieren o se preocupan por ti, también. —Él volvió a reír entre dientes, como si le resultase chistoso que ella se incluyera en uno de los dos grupos—. Te vendría bien sacar al exterior tus emociones. Te lo dice alguien que se angustia mucho porque siempre tiende a reprimirlas.

—Tú no lo entiendes, Alice. Hablar de esto no va a servir de nada. Es demasiado... doloroso.

Vio que sus líneas de expresión se marcaban y también descubrió que sus pensamientos lo torturaban, mucho más que afligirlo o entristecerlo. Entendió cómo se sentía exactamente, y era mucho peor de lo que había imaginado. La culpabilidad era una de las emociones más dañinas y, sin duda alguna, él estaba atascado en ella.

—Tú no tienes la culpa de lo que sucedió anoche, Jake —le aseguró.

—Podría haberlo evitado.

—¿En serio piensas eso? No eres responsable de las decisiones que toman los demás.

—La vi, Alice, la vi entre el público y me di cuenta de que estaba mal, pero me quedé de brazos cruzados.

—Llevaba mucho tiempo sintiéndose mal.

—Si me hubiese acercado, si hubiese hablado con ella... —Apretó la mandíbula y también las manos, que tenía apoyadas sobre la calesa—. Podría haberlo evitado.

—No habrías podido, Jake. Si no lo hubiera hecho anoche, lo habría hecho en otro momento. Tendrías que haber estado las veinticuatro horas del día encima de ella para impedirlo y, aun así, habría buscado la forma.

—Lo habría arreglado, la habría tranquilizado, estoy seguro. —Cabeceó.

—¿Cuántas veces intentaste arreglarlo sin conseguirlo?

—Anoche era distinto, ¡anoche quería morir!

—¿Y tú cómo ibas a saberlo?

—Eso es, Alice, no pude saberlo porque la ignoré.

Suspiró. No iba a ser fácil sacarlo de su error. Jake era muy proclive a implicarse al cien por cien con las personas que le importaban, y ésa era una cualidad maravillosa, pero la estaba llevando al extremo y eso no era bueno. Debía hacerle entender que él no era responsable de los actos de los demás.

—Gisele estaba al límite y rechazó la ayuda de todo el mundo que la quería, incluida la de los profesionales. Sólo ella podía salvarse a sí misma. —Él inclinó la cabeza, la barbilla casi le tocó el pecho. Alice colocó la mano sobre su puño tenso—. Su madre te dio un fuerte abrazo, oí cómo os agradecía a ti y a Renée lo que habíais luchado por sacar a su hija de ese mundo tan terrible... Todos saben que la apoyaste al máximo durante el tiempo que ella te lo permitió. Tienes que quedarte con eso. Tú no tienes la culpa de nada.

Notó que el puño se le aflojaba y que los hombros abandonaban esa postura tan rígida. Alice enlazó los dedos con los de él, que ya estaban laxos, y lo observó desde esa emoción tan cálida y pura que últimamente la invadía cuando estaba a su lado.

Jake alzó la cabeza, el puente de Brooklyn pasó ante sus ojos. Los tenía más enrojecidos que antes, como si reprimiera las lágrimas. Estaba segura de que lloraba por dentro y le concedió ese momento de intimidad volviendo la atención al paisaje, sin romper el contacto de sus manos.

Y siguieron girando, sumidos en un silencio cómodo y reconfortante que habló mucho más que todas las palabras que pudieran decirse.

Al cabo de unos minutos, abandonaron el Carrusel de Jane y regresaron a la lluvia, aunque el temporal había amainado bastante. Alice abrió el paraguas y trató de que Jake también se refugiase debajo de él, pero lo rechazó.

—Te vas a empapar.

—Sólo es un poco de lluvia. Además, está parando. ¿Dónde has dejado tu coche?

—A un par de calles de aquí. En aquella dirección. —Señaló con un dedo.

—Te acompañaré.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Me quedaré un rato más por aquí.

—Entonces me quedaré contigo —dijo resuelta, con el paraguas inclinado hacia atrás para poder verle la cara.

—No hace falta, Alice, estoy bien.

Ella sabía que mentía, estaba lejos de encontrarse bien, aunque sí mucho mejor que antes de que charlaran. Ya no tenía esa mirada abstraída y llena de cólera, sólo había tristeza. Como debía ser.

—Aun así —resolvió ella—. ¿Damos un paseo en aquella dirección? No conozco esta parte de Nueva York y es una de las más bonitas.

—Has escogido el peor día para hacer turismo, ¿no crees?

—Bueno, sólo es un poco de lluvia. —Sonrió al emularlo.

Jake se quedó abstraído en esa sonrisa tan bonita y le agradeció con la mirada que quisiera quedarse con él. Estaba hecho polvo, eso no podía cambiarlo nadie, pero desde que ella había aparecido en el carrusel, el punzante sentimiento de culpabilidad había dejado de machacarlo tan fuerte y tan duro.

¿Qué demonios estaba pasándole con Alice?

Hasta hacía bien poco, esa chica morena de ojos azules que tenía mal carácter y que casi siempre se mostraba altiva y orgullosa le parecía insufrible, un grano en el culo; sin embargo, esa misma chica era la que acababa de decirle las palabras que nadie había acertado a transmitirle, las que él necesitaba oír, la chica que sabía cómo se sentía sin necesidad de que él hubiera tenido que explicárselo. Y ya no se mostraba altiva ni orgullosa, sino todo lo contrario. Ahora le hablaba con suavidad, aunque sin perder la firmeza. Lo miraba con dulzura, e incluso se atrevería a decir que con cariño. Sus sonrisas ya no eran forzadas, sino amplias y genuinas, y cuando él la tocaba...

Cuando él la tocaba ella se estremecía. Lo había notado la noche anterior, durante el concierto en el BAMcafé.

Alice se había transformado en una mujer encantadora, en la persona con la que más le apetecía pasar el tiempo, incluso por encima de sus amigos y de su

familia; y, a menos que fuera la mejor actriz del planeta, juraría que a ella le sucedía lo mismo.

Por tanto, cuando se preguntaba qué le estaba sucediendo, la respuesta era muy sencilla: Alice le gustaba cada vez más. Había pasado de considerarla una chica bonita e insustancial a parecerle una mujer preciosa y llena de vida con la que podía hablar sobre cualquier tema. Ella lo hacía vibrar. Cuando se tocaban, incluso siendo contactos efímeros e inocentes, la electricidad fluía entre ellos hasta el punto de que casi se podía oír cómo chisporroteaba.

Había imaginado en más de una ocasión cómo sería besarla.

Jake agitó la cabeza y agradeció que la llovizna le refrescara la cara, con la esperanza de que también le despejara la mente. Había demasiadas emociones dando vueltas en ella. No se había propuesto continuar hablando de Gisele, pero mientras emprendían un lento paseo entre los setos que embellecían el parque bajo el puente de Brooklyn se sorprendió hablando de cómo había sido su relación con ella, desde los mejores hasta los peores momentos. Le contó que se la había presentado Renée.

—Estábamos buscando a una corista para el grupo, y como Gisele tenía una voz muy bonita decidimos contratarla.

Pero su voz no había sido lo único que lo había fascinado de ella, y no tardaron mucho tiempo en irse a vivir juntos.

—Precisamente, lo que me enamoró de ella fueron sus ganas de vivir —le dijo.

Y luego había llegado el divorcio de sus padres, el descenso a los infiernos, las peleas, el desamor, la salida del grupo y de su vida cuando la situación se volvió insostenible.

—Yo también coqueteé con las drogas hace un montón de años. Fue por diversión y porque me hacían sentir que ya no era un chaval, sino un tío maduro que tomaba sus propias decisiones. Pero sólo era un gilipollas. He visto demasiadas veces lo que le hacen a la gente y ahora las odio con todas mis fuerzas.

Alice lo escuchaba con el paraguas ladeado para poder mirarlo a la cara. Se sentía especial y valiosa porque se estaba abriendo a ella, porque le hablaba de cosas que no parecía haber compartido con nadie antes y porque él tenía muy en cuenta todas sus opiniones. Y conforme ahondaba en sus emociones y les ponía voz, más resaltaba de él lo cercano, lo comprometido y honrado que era. Jake tenía una personalidad sumamente acusada y atrayente.

Era duro como una piedra cuando debía serlo, pero también tenía un alma sensible, como demostraba su capacidad para crear melodías tan bonitas. Esa dualidad le parecía fascinante. La cautivaba.

Y era tan atractivo...

Sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal, y no se debía al frío porque paseaban entre los setos, que los resguardaban del viento. Fue una reacción de miedo, visceral, que durante algunos segundos sacudió los cimientos de todos sus principios y convicciones, haciéndole ver que no eran tan sólidos como ella pensaba. Apartó esa reacción tan desconcertante. No era el momento de ser práctica, ni realista, ni nada que se le pareciese. Sólo quería dejarse llevar por todo lo bueno que Jake le hacía sentir.

—Te has puesto muy seria. Te estoy deprimiendo con mi tema de conversación, ¿verdad? No soy muy buena compañía en estos momentos.

—No, claro que no —se apresuró a aclararle—. Es que... Perdona por haber sido tan borde, tan desagradecida y tan engreída a veces.

—¿A qué viene eso ahora? —Él sonrió un poco.

—Pues... —Dudó. Le costaba mucho expresar en voz alta todo lo malo que guardaba por dentro, pero el tono confidencial de la conversación la ayudó a vencer el temor a resultar vulnerable a ojos de los demás—. La mochila que llevo a cuestas está cargada de piedras tan grandes y pesadas como esas de ahí. —Señaló las rocas que se aglutinaban en la orilla del río Este, en ese punto en que el lecho era poco profundo y se formaba una pequeña cala a la que habían bautizado como Pebble Beach, «playa de guijarros»—. La relación con mis padres es un auténtico desastre. Jamás me han demostrado ni una pizca de afecto, ni a mí ni a mi hermana. Estudié leyes por imposición de mi padre, estoy haciendo las prácticas en el bufete Madison & Spencer porque él así lo ha querido, y no tiene ni idea de que me he matriculado en la Universidad de Brooklyn para estudiar arte. Me mataría si se enterase de que dejé el piso de Manhattan para poder pagar con su dinero la matrícula, los materiales y el apartamento de Sunset Park, que además comparto con un chico que se gana la vida con su grupo de rock. —Paró para tomar aire porque lo había soltado todo de carrerilla—. Wayne Mathews es la persona más fría, calculadora, soberbia, autoritaria y materialista que existe sobre la faz de la tierra. Y mi madre es un cero a la izquierda. Está supeditada a él, sólo se preocupa de acudir al salón de belleza y a las reuniones con sus amigas del club social.

Su diálogo tenía un matiz tan desesperado que Jake ralentizó los pasos.

Sonaba como si acabase de caer la última gota que derramaba el vaso de todo lo que le parecía soportable.

Ya no llovía, aunque Alice no se había dado cuenta. Él apartó el paraguas a un lado y despejó su rostro de las sombras azuladas de la tela impermeable. Con cariño y comprensión, observó su expresión torturada y la necesidad incontenible de seguir sacando al exterior todo lo que había estado guardando bajo llave durante tanto tiempo.

—Mi abuela paterna enviudó cuando era joven, así que, en cuanto mi madre se quedó embarazada de Erin, le pidieron que se mudara a nuestra casa para que les echara una mano con nuestra crianza en lugar de contratar a una extraña. Pero Ava no sólo ayudó, sino que además se convirtió en nuestra verdadera madre. Era ella la que se ocupaba de cuidarnos cuando enfermábamos, la que nos llevaba al parque después de hacer los deberes, la que nos leía un cuento por las noches y la que nos recogía cada día a la salida del colegio. Pero Ava enfermó cuando yo tenía nueve años y falleció unos meses después. Y nuestra maravillosa infancia se desmoronó como un castillo de naipes. —Hizo una pausa y comenzó a plegar el paraguas. Habían pasado muchos años, pero el recuerdo de su abuela todavía la emocionaba. Jake le apretó con suavidad el hombro y le insufló el valor que necesitaba para proseguir—. Entonces nuestros padres tomaron la decisión de internarnos en un colegio privado. Con la excusa de que la educación era superior y que nos prepararían mucho mejor para ser buenas profesionales de cara al futuro, se lavaron las manos, se quitaron los dos problemas de encima y así pudieron seguir dedicándose a sus negocios y a sus reuniones de ocio en el club social. Sólo íbamos a casa los fines de semana. A mi padre no le veíamos el pelo más que en las comidas y cuando tenía que regañarnos por cualquier tontería que él consideraba importante. Se pasaba el tiempo encerrado en su despacho. Y mi madre..., bueno, ella nos obligaba a acompañarla a las reuniones soporíferas con sus amigas. Imagínate a una niña de once años y a otra de nueve soportando esas conversaciones tan frívolas sobre moda, belleza o los restaurantes que solían frecuentar. A veces protestábamos, y mi madre nos reñía y nos decía que la sacábamos de quicio, que la avergonzábamos con nuestro comportamiento y que estaba deseando que llegase el lunes para que volviéramos al colegio. —Jake resopló. Le resultaba inconcebible que unos padres pudiesen tratar así a sus hijos. A ella también, por eso se emocionaba cuando se encontraba con la situación contraria, como había sucedido la noche

en que sus padres fueron a cenar a casa—. Los años han ido pasando y jamás ha habido una muestra de afecto por parte de ninguno de los dos. Mi padre sólo se ha relacionado con nosotras para exigirnos que nuestra educación académica sea más que sobresaliente para poder presumir delante de sus amigos *importantes*, y mi madre únicamente se ha preocupado de que no nos olvidemos nunca de nuestra cita semanal con la esteticista. —Alice hizo un gesto de resignación en el que también había mucho dolor acumulado—. Sé que no debería excusarme en la educación que he recibido para justificar que a veces sea tan... estirada y tan fría, porque mi hermana ha vivido las mismas experiencias que yo y, en cambio, ella es pura bondad y corazón. Soy consciente de que a veces he mirado a determinadas personas por encima del hombro y eso me horroriza porque no quiero parecerme a ninguno de los dos. ¡No quiero convertirme en eso!

—Tú no eres así.

—En ocasiones he sido así, Jake. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Sólo es una máscara que te pones cuando te sientes insegura y vulnerable, pero la verdadera Alice... la verdadera Alice es una mujer increíble.

Su mirada se volvió tan íntima y penetrante que ella no fue capaz de sostenérsela. Notó que se le aceleraba la sangre y desvió la atención hacia el sendero por el que paseaban. Observó los pequeños charcos que se habían formado sobre el pavimento y que ahora eran dorados bajo la luz de las farolas.

Él tenía más cosas que decirle.

—Al poco de conocerte ya me di cuenta de que no eras tan insoportable como tratabas de aparentar. Por eso me resistía a agarrar yo mismo tus maletas para que abandonaras de una condenada vez mi casa.

Su lenguaje hizo que las comisuras de sus labios se arquearan un poco.

—Yo creía que aguantabas porque te cedí la propiedad del mando a distancia.

—Aparte de eso —bromeó.

Ella soltó una risita perezosa y Jake esbozó una sonrisa lenta. Les vino bien bromear un poco para aligerar tanta carga emocional, aunque enseguida volvieron a sumirse en ese clima denso y sofocante.

—Antes has dicho que tu padre te mataría si llegase a enterarse de todo lo que estás haciendo a sus espaldas. ¿Qué pasaría realmente?

Alice suspiró. Le entró el pánico.

—No quiero ni pensarlo.

—¿Tan grave sería? —Ella asintió—. ¿Te haría regresar a Chicago?

—Eso no sería un castigo para él.

—Eres mayor de edad, no puede forzarte a hacer nada que tú no quieras. Puede renegar de ti, incluso desheredarte, pero no se me ocurre nada más grave que eso.

—Tú no conoces a Wayne Mathews. Cuando no se cumple su voluntad, se convierte en la persona más despiadada que puedas imaginar.

—Lo retratas como a un monstruo.

—Puede llegar a serlo.

—Me parece inconcebible.

—Lo entiendo. Hay que conocerlo para creérselo.

Jake le agarró la mano, que estaba fría como el hielo. Enlazó los dedos y se la llevó a los labios para darle un beso en el dorso. Alice notó el cosquilleo de sus labios calientes y de su barba incipiente, y se sintió muy azorada por el intenso placer que le despertó esa muestra de cariño. Luego él dejó caer los brazos, pero no le soltó la mano.

Volvieron a pasar frente al Carrusel de Jane y se internaron en el paseo entarimado del parque Empire Fulton Ferry. Tras la lluvia, los olores del ozono y de la hierba húmeda se habían potenciado, y era agradable respirarlos. Además, el viento se había quietado, por lo que el paseo resultaba mucho más placentero. Las aguas del río Este estaban en calma y se habían teñido del intenso azul petróleo del cielo. Ya era prácticamente de noche y Manhattan brillaba al otro lado de la orilla.

Se detuvieron junto a la barandilla y contemplaron el inmenso escaparate de belleza que se extendía ante ellos.

—Nunca he estado en Chicago, pero dicen que también es una ciudad increíble.

—Sí que lo es —aseguró ella—. De camino al planetario Adler se observan unas vistas preciosas del perfil de Chicago.

Jake la miró en silencio. La expresión de Alice estaba en calma, y él también notaba un repentino y reconfortante sosiego. Era tan guapa que parecía irreal. Su belleza era clásica, aristocrática, sus facciones guardaban tanta armonía y equilibrio que debían de rayar la perfección. Con lentitud, como hechizado por ella, le acarició la mejilla con el dorso de los dedos y, aunque

notó que se violentaba, prosiguió recorriéndole la suave línea de la mandíbula. Después pasó un brazo alrededor de su cintura y su delgado cuerpo se tensó como las cuerdas de su Takamine. Contempló su perfil, sus rasgos ya no expresaban la serenidad de antes, pero no le pidió que se apartase. Él también estaba nervioso, lo cual era totalmente nuevo y desconcertante.

Jamás, nunca, ni siquiera cuando conoció a Gisele, se había sentido tan inseguro con una chica. Ni tampoco tan emocionado.

Se acercó un poco más a ella y removió su cabello fragante y oscuro como la noche con la punta de la nariz, por encima de la oreja, y luego acercó los labios a su sien.

—Jake...

El débil murmullo de su nombre sonó trémulo y temeroso, pero no se alejó de él. Él deslizó los labios por su mejilla caliente por el rubor y colocó los dedos en su barbilla para alzarle la cabeza. Sus ojos azules incluso expresaban más temor que el tono en que había pronunciado su nombre, pero tampoco se retiró cuando la besó. Una sacudida de emoción se llevó todo lo malo de las últimas horas mientras apesaba con suavidad aquellos labios tan tersos y bonitos.

Alice se quedó bloqueada, inmóvil, hasta se olvidó de algo tan sencillo como el hecho de respirar. Sin embargo, por debajo de su turbación, notó que las sensaciones eran maravillosas. El contacto de sus labios suaves y cálidos le resultó embriagador, y la firmeza con que sus manos se ajustaron a su cintura le transmitió una seguridad que no había conocido jamás.

La besaba de un modo tan dulce, tan delicado...

Sintió mucho miedo y, en menos de un segundo, éste se convirtió en pánico. Se separó antes de que le arrebataran al beso esa cualidad tan inocente y etérea.

—No, Jake.

Alice agachó la cabeza y tomó aire para calmarse. Se le había acelerado el corazón. Bombeaba tan fuerte que notó los latidos en las sienas.

—¿Por qué no? —Acercó la boca a su frente. Él también respiraba agitado, aunque no de miedo, sólo de emoción.

—Porque esto no tiene ningún sentido.

—No le busques sentido a todo, ¿quieres?

—Me refiero a que... —Dio un paso atrás—. Ahora mismo somos vulnerables, pero no debemos confundir nuestros sentimientos.

—Yo no estoy confundiendo nada de nada. Ni tú tampoco.

—Claro que sí. —Le agarró las muñecas para retirar las manos de su cintura—. Somos amigos. Sólo amigos.

—Los amigos no sienten la necesidad de besarse del modo en que nosotros acabamos de hacerlo.

—Yo no... no he sentido esa necesidad —negó obstinada, incapaz de mirarlo a la cara. Se había puesto tan nerviosa que hasta tartamudeaba—. Vamos a olvidar esto, ¿vale? No ha ocurrido. No ha tenido lugar.

—¿Quieres tranquilizarte? ¿Por qué estás tan exaltada?

—Quiero marcharme a casa.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa? ¿Se trata de tu padre? Él está a más de mil kilómetros de aquí.

—No es eso.

—Entonces ¿qué es? —Alice agitó la cabeza, pero fue incapaz de formular una respuesta. Su silencio, unido a esa reacción tan desmesurada de rechazo, terminó por herir sus sentimientos—. ¿No estoy a la altura de tus expectativas?

—No digas tonterías.

Pero a él no le parecían tonterías.

—¿Es por el pelo largo, por la chupa, por los vaqueros rotos? ¿Es por cómo me gano la vida? —Ella negaba todo lo que le decía, pero sus ojos expresaban otra cosa—. ¿Es porque no tengo una carrera universitaria ni un trabajo en el que tenga que vestirme todos los días con traje y corbata y sentarme tras la aburrida mesa de un despacho? ¿Es porque siempre tendré que hacer malabarismos para llegar a fin de mes?

—Estás siendo muy hiriente, ¿sabes? —le dijo con dolor en la voz.

—Entonces niega todo lo que acabo de decir. Dime, simplemente, que no sientes nada por mí. Dime que no te atraigo, que no te ruborizas cuando te toco o te miro, dime que no te encoges cada vez que te hablo cerca del oído... Convénceme de que no has sentido un revoltijo de emociones cuando nos hemos besado —expuso presionándola.

Se sintió acorralada. No podía pensar, no le salían las palabras, sólo quería marcharse de allí a toda prisa. Se estaba obcecando tanto que tomó el camino más fácil.

—Así es.

—Así es, ¿qué?

—No siento nada por ti excepto... cariño —Habló a medio gas, pero se dio

cuenta de que, si pretendía resultar convincente, tenía que ser más rotunda—. Sólo cariño.

A Jake se le fue apagando la determinación conforme sus palabras hacían mella en él. Su rostro se transformó en la viva imagen de la decepción.

—Puedes irte cuando quieras.

—No te lo tomes así, por favor, no tiene nada que ver con tu aspecto ni con tu estatus social.

—Sigue repitiéndotelo. A lo mejor terminas por creerlo.

Jake le dio la espalda, colocó los antebrazos sobre la barandilla del paseo y esperó a oír sus pasos alejándose de allí, hecho que no tardó en suceder. Sonaron rápidos, como si huyera, y él agradeció que se marchara. Se quedó mirando el suave oleaje del río, que se veía dorado bajo la incidencia de las farolas, al tiempo que notaba cómo la rabia volvía a acosarlo. Se había apresurado demasiado al suponer que los prejuicios de Alice habían ido desapareciendo con el tiempo, pero ahora se daba cuenta de que no se había producido ningún cambio en ella. Seguía siendo una esnob, seguían importándole las apariencias por encima de todo lo demás.

Bueno, con unos padres como los que había descrito, ¿qué podía esperar?

Dio un golpe tan fuerte a la barandilla que vibró a lo largo de todo el paseo.

Nicole estaba yendo a casi todos los conciertos que Jake y su grupo estaban dando por los diferentes locales de Brooklyn. Decía que le encantaba su música y la puesta en escena, y que se lo pasaba en grande con cada actuación. Aunque era obvio que lo que más le gustaba del conjunto era Jake.

Se pasó toda la semana hablando de él, de su simpatía, de sus conversaciones después de cada concierto, de las cosas que tenían en común, de lo guapo y de lo sexy que era... De las ganas que tenía de pasar un rato a solas con él, sin el bullicio de la sala. Alice asentía sin intervenir demasiado en su soliloquio. Cuando hablaba de Jake, lo único que le apetecía era cerrarle la boca y precintársela con cinta aislante.

El viernes por la tarde, cuando cruzaban el campus en dirección al área de aparcamiento tras la última clase de la semana, Nicole fue un poco más lejos.

—¿Tú crees que le gusto o que sólo le caigo bien? Porque llevo toda la semana detrás de él y todavía no he conseguido que me proponga vernos en un lugar diferente.

—No lo sé, Nicole, no tengo ni idea.

—¿Podrías tantearlo un poco?

—Pues... —Cabeceó. El tema de conversación le provocaba ansiedad, por lo que estaba deseando llegar a su coche para perder a Nicole de vista. Seguro que ella también tenía prisa por llegar a casa, cambiarse de ropa y salir corriendo hacia la sala en la que fuera a tocar esa noche—. No coincidimos mucho y, cuando lo hacemos, tampoco es que hablemos demasiado.

—Ya me he dado cuenta de que estáis algo tensos el uno con el otro. ¿Os pasa algo?

—Tonterías relativas a la convivencia. —No quería contarle lo que había ocurrido el fin de semana anterior, primero porque no habría sabido cómo explicar el estado de confusión en el que estaba atrapada desde entonces y, segundo, porque a Nicole le gustaba Jake. No iba a ser ella quien la desilusionase—. Toma tú la iniciativa, proponle quedar a solas.

—¿Yo? —Enarcó las cejas pelirrojas como si acabara de soltar el mayor disparate que había oído en toda su vida—. Mírame bien. ¿Tengo aspecto de ir por ahí pidiendo citas a los chicos?

—Bueno, las tendencias están cambiando.

—Pues no pienso amoldarme a esa tendencia.

Se detuvieron junto al Dodge Avenger de Alice.

—¿Vas a acudir a la celebración? —Nicole se colocó las gafas de sol de Dolce & Gabbana sobre la cabeza, ya no había mucha luz de la que protegerse.

—¿A qué celebración?

—A la del grupo. Resulta que mañana cumplen cinco años juntos y harán una fiesta en la sala en la que tocan para festejarlo. ¿Jake no te ha dicho nada?

Alice accionó el mando a distancia para desbloquear las puertas del coche. La información le sentó como si le arrojaran un jarro de agua fría sobre la cabeza. No le parecía justo ser la última en enterarse de algo tan importante, y además por terceras personas. ¡Por Nicole!

—No, no sabía nada —repuso a media voz—. Tengo un poco de prisa, quiero llegar a la tienda de manualidades antes de que cierren. Ya hablaremos, ¿vale?

* * *

Se entretuvo en la tienda más de la cuenta porque Colette tenía mucha clientela esa tarde, pero cuando llegó a casa Jake aún no se había marchado. Estaba en su cuarto, con la puerta entornada, tocando de forma enérgica la guitarra. Aunque, más que tocarla, parecía maltratarla.

Desde lo que había ocurrido en Fulton Ferry no sabía muy bien cómo acercarse a él. Era como si un gran muro se hubiese interpuesto entre los dos, mucho más alto y resistente que el que los separaba al principio de la convivencia. Y cada día los alejaba un poco más. No quería estar de ese modo con Jake, echaba de menos las conversaciones y la complicidad que tenían últimamente, pero no sabía qué hacer o qué decir para que todo volviese a ser como antes.

Se sentía responsable del distanciamiento. Había reaccionado como una paranoica por un simple beso y encima lo había vuelto a ofender, pero es que... es que no había sido un simple beso. Quizá sí en la forma, pero no en el contenido.

Suspiró. Estaba desorientada, necesitaba que llegara Acción de Gracias para marcharse a Chicago y hablar con Erin. Necesitaba a su hermana. Ella le daría una perspectiva clara de ese rompecabezas mental que la asediaba día y noche.

Y es que estaba siendo una semana larga y tortuosa.

Todo era un desastre. Su trabajo en Madison & Spencer se había convertido en una auténtica pérdida de tiempo y en una humillación continua, ya que se pasaba dos tercios de la jornada ocupándose de los recados de David Hinkle. Las clases de la tarde eran su mejor método de desconexión, pero en la mayoría de ellas coincidía con Nicole y ella no paraba de nombrar a Jake. Pintar cuando su estado emocional era tan caótico tampoco le servía para distraerse de sus preocupaciones, y ni siquiera descansaba cuando dormía porque tenía pesadillas en las que abría la puerta de casa y se encontraba a su padre al otro lado del umbral.

Dejó la bolsa con los materiales sobre la cama y se quitó el abrigo. Los acordes continuaban siendo vigorosos. Jake se había pasado toda la semana tocando melodías tristes, afines a su estado de ánimo, así que quizá el cambio en el sonido significaba que ya se estaba sobreponiendo al fallecimiento de Gisele.

También se sentía mal por no haber sido capaz de apoyarlo al máximo durante esos días tan duros. Después del funeral, que había tenido lugar el lunes anterior en la iglesia Baptista de la calle Cuarenta y Cuatro, Alice le había preguntado si le apetecía hablar con ella sobre cómo se sentía, pero él debía de haber pensado que sólo se lo decía para quedar bien. Y no habían vuelto a hablar del tema.

Se dirigió a la cocina para dejar sobre la mesa la ensalada de verduras que había comprado de camino a casa. Se disponía a sentarse para cenar cuando los acordes cesaron. Al poco lo oyó moverse por detrás. Alice lo miró de soslayo mientras él llenaba un vaso de agua. Parecía satisfecho.

—Esa canción que estabas tocando... es nueva, ¿no? No la había oído antes.

—No era una canción, sólo se trataba de un puente.

—Oh, bueno... No conozco la terminología musical. —Abrió la tapa del envase y lo dejó a un lado—. Sonaba bien.

—Gracias, Alice.

Así terminaban la mayoría de los intentos por darle conversación, con contestaciones parcas por parte de Jake. Se sentía frustrada. Se quedó en

silencio mientras daba tiempo a que las verduras se enfriasen un poco. Quería mencionar el tema de la celebración del aniversario, pero otro asunto se interpuso al observar que el agua de su vaso se agitaba cada vez que colocaba los antebrazos sobre la mesa.

—Esta mesa me pone de los nervios. La he movido un poco hacia la derecha, pero continúa cojeando, así que no es un desnivel del suelo. A lo mejor deberías echarle un vistazo a las patas, tú que entiendes de carpintería...

Sin mediar palabra, con un gesto entre la ironía y la resignación, Jake cogió el rollo de papel de cocina que había sobre la encimera y cortó un buen pedazo con las manos. Bajo la atónita mirada de Alice, lo fue doblando hasta formar un pequeño calzo. Luego se agachó, agarró la pata que cojeaba y metió el papel de cocina debajo. Zarandeó la mesa para probar la firmeza y luego dio un par de golpes sobre la superficie.

—Listo, ya no cojea nada.

¿Se estaba riendo de ella?

—Eso también podría haberlo hecho yo.

—Pues haberlo hecho —le contestó con parsimonia—. Me marcho; ¿puedes apagar la lavadora por mí cuando acabe el ciclo? —Ella asintió—. Gracias.

Salió de la cocina y, como ya no volvería a verlo hasta la tarde del día siguiente, Alice se levantó de la silla y lo siguió hasta su dormitorio. No podía quedarse con la duda planeando sobre su cabeza durante tantas horas. Necesitaba preguntarle, y por eso asomó la cabeza. Él ya se había puesto su inseparable chupa de cuero y ahora se estaba colocando la correa de su preciada Takamine sobre el hombro.

Nicole no se excedía en sus comentarios. Ella también opinaba que Jake era exageradamente atractivo. Su aspecto desaliñado había sido una de las cosas que más la había echado para atrás cuando lo conoció, de hecho, lo había confundido con un maleante en su primer encuentro en el portal del edificio, pero ahora ya no lo veía con esos ojos. Ahora la atraía su estética. Le encantaba su cabello largo y despeinado, y que no se afeitara durante días. Le gustaban sus camisetas, incluso aquéllas en las que había diseños de calaveras, y hasta su colección de vaqueros destrozados. Pero todavía le llamaba más la atención el cuerpo esbelto y fibroso que se escondía debajo.

Sintió un pinchazo de añoranza, y también el impulso de cambiarse de ropa para unirse al público que esa noche disfrutaría del concierto. Pero no lo hizo,

se quedó allí quieta, mirándolo. Sus ideales estaban sufriendo un gran reajuste, pero el temor a mostrarse impulsiva permanecía intacto. Se centró en el motivo por el que lo había seguido hasta el dormitorio.

—Nicole me ha dicho que mañana es el aniversario del grupo. Cinco años. No lo sabía.

—¿No te lo había dicho? —Puso ceño y luego se encogió de hombros—. Se me olvidaría mencionarlo. Se lo he comentado a tanta gente que ya he perdido la cuenta.

Alice esperó a que le dijera lo de la fiesta que habían planeado, pero Jake pasó por su lado y se encaminó hacia la puerta de entrada sin mostrar intención de comentarlo.

—¿No vais a hacer nada especial para... celebrarlo?

—Después del concierto de mañana tomaremos unas copas en la misma sala, nada más. Si quieres ir, estás invitada.

Ella asintió sin esconder su tristeza y él se limitó a salir y a cerrar la puerta.

Y eso fue todo.

* * *

La indiferencia con que Jake la trataba comenzó a hacerle mella y a menoscabar su estado de ánimo. Se pasaba todo el día malhumorada, e incluso empezaba a apreciarse en el cuadro que estaba pintando en esos momentos. Había empezado siendo un bonito paisaje primaveral del parque Grant de Chicago, pero se estaba convirtiendo en otro donde los azules oscuros y los grises comenzaron a gobernar el cielo, donde incluso utilizó un matizador para apagar el brillante colorido de las flores y de los setos que había plasmado en un principio. Poco a poco, estaba tomando el aspecto de un paisaje invernal, incluso tormentoso, aunque la verdadera tormenta se produjo en su interior el martes por la tarde.

Regresaba del trabajo en el bufete y, como el aparcamiento estaba tan solicitado, estacionó el coche en el primer hueco que encontró cerca de casa, junto a la fachada de la cafetería a la que iba de vez en cuando para saborear el té con leche y los mejores *bagels* que había probado nunca.

Agarró su cartera de piel y se apeó, y al rodear el coche los vio a través de los grandes ventanales de la cafetería. Compartían la misma mesa y estaban

sentados el uno enfrente del otro, charlando animados. Había dos tazas de café y dos platos que ya estaban vacíos.

Alice se quedó paralizada en medio de la acera con la mirada puesta en ellos, ajena al hecho de que estaba obstaculizando el paso de los transeúntes que caminaban en una y otra dirección. Se le pasaron un montón de cosas por la cabeza mientras los contemplaba y experimentó un sinfín de emociones, aunque el sentimiento predominante era el de la traición. Con motivos o sin ellos, sintió que ambos le estaban siendo desleales. Creyó que le estaban ocultando que habían comenzado una relación, y su paranoia fue creciendo como la espuma hasta que Jake se dio cuenta de que estaba plantada al otro lado del cristal.

Él se la quedó mirando con expresión amable y movió los dedos en el aire a modo de saludo, gesto al que ella no pudo responder porque su sistema nervioso se había detenido. Cuando Nicole se percató de que estaba allí, le sonrió abiertamente y movió la mano para invitarla a entrar, pero su amor propio se lo impidió. Esbozó una sonrisa concisa, fingida, y señaló su reloj de pulsera para indicarles que no podía entretenerse.

Y se marchó deprisa de allí.

Caminó con la cabeza agachada, la vista perdida y los pies volando sobre el manto de hojas caducas que habían caído de los árboles durante la mañana. Y sintió un nudo en la garganta que le impidió tragar saliva y un dolor sordo en el pecho que le estrangulaba el corazón. Mientras subía la escalera hacia el tercer piso, notó que las fuerzas le flaqueaban, que su mente se había colapsado y que el único camino que se abría ante ella era el del abandono. Por un momento, sólo por un momento, deseó hacer la maleta y regresar a Chicago.

Cuando se sentía así trataba de aferrarse con uñas y dientes a su objetivo. Quería ser pintora. Por encima de todo, deseaba poder ganarse la vida con sus cuadros y el único modo de conseguirlo era aquél. Lo demás era secundario. Tenía que serlo. Aunque doliese.

Nicole sólo acudió a la última clase. Se había saltado el resto porque debía de haber pasado toda la tarde con Jake. Alice pensó en que era muy probable que hubiesen subido a casa en su ausencia para... para tener sexo.

La idea le resultaba espantosa e inconcebible.

Cuando Nicole se sentó a su lado, ella la miró y buscó indicios delatores en su rostro de lo que se suponía que había estado haciendo. Mejillas

sonrosadas, tez y ojos más luminosos... Vio todo eso y sintió un profundo asco.

—¿Por qué no has querido entrar en la cafetería?

Alice no se preocupó de sonar más seria de lo habitual.

—Tenía muchas cosas que hacer antes de venir aquí.

El profesor Waterston entró en el aula y Nicole se abstuvo de seguir hablando en su presencia. Al experto en pintura contemporánea le gustaba que sus alumnos estuvieran en silencio una vez que entraba por la puerta.

Más tarde, cuando terminó la clase, Alice volvió a utilizar la excusa de que tenía prisa para librarse de la compañía de Nicole. No le apetecía entretenerse en charlar con ella como hacían la mayoría de los días. No quería oír nada de lo que habían hecho durante la tarde, aunque sabía que antes o después acabaría por enterarse. Probablemente, antes de que terminase el día. Ahora deseaba dar una vuelta en coche por los distritos de Midwood, Flatbush y Kensington por si veía algún letrero nuevo de algún piso en alquiler. Estaba tan obcecada en los últimos acontecimientos que quería largarse del apartamento de Sunset Park cuanto antes.

—¡Alice! —exclamó Nicole a su espalda. Al cabo de unos segundos la tenía al lado, jadeando por la carrera que se había dado desde la salida del edificio hasta la mitad de los jardines del campus por los que Alice caminaba—. ¿Qué te pasa? Vas como una moto a todas partes.

—Ya te lo he dicho, tengo cosas que hacer y no puedo entretenerme.

—Siempre tienes cosas que hacer, me da la sensación de que me estás evitando.

—No digas tonterías.

Pero Alice no aflojó el paso. Se lo estaba poniendo muy difícil a Nicole, que esa tarde se había puesto unos tacones altísimos. Y también un conjunto muy sexy, por supuesto.

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Pues llevas una semana muy rara para no pasarte nada. Estás muy seria, apenas hablas conmigo, siempre tienes algo que hacer... —Nicole le agarró el brazo por encima del codo—. ¡Detente, por favor! No puedo seguir tu ritmo. —Alice por fin se detuvo, pero miró hacia otro lado, como si se avergonzase de mirarla a la cara—. ¿Estás enfadada porque no te había contado que hoy había quedado con Jake?

—Habría sido un detalle por vuestra parte que me lo hubierais comentado,

sí. —Apretó la mandíbula y la miró con dureza—. Tú eres mi amiga y Jake también lo es, además de que convivo con él. Se me hace raro que os veáis a escondidas, como si tuvierais algo que ocultar.

—Que no te lo hayamos dicho no significa que nos veamos a escondidas —puntualizó—. Además, llevas una semana con un comportamiento muy extraño. Cada vez que te he nombrado a Jake has reaccionado con indiferencia o como si acabara de soltarte una bofetada, sin término medio. —Agitó la pelirroja cabellera y cruzó los brazos sobre el pecho—. Empiezo a pensar que él te gusta y que lo que te sucede es que estás celosa.

Alice arrugó la frente y luego le dedicó una sonrisa sarcástica.

—Me marchó. Esta conversación es ridícula.

Nicole volvió a ponerse a su lado y siguió su misma trayectoria.

—Con todas las críticas que has hecho sobre él era difícil imaginar que te gustase.

—Eso lo estás suponiendo tú.

—No es una suposición, está más claro que el agua. No sé cómo no me he dado cuenta antes. ¿Desde cuándo? Imagino que fue después de lo de David Hinkle, ¿no?

—Más suposiciones —replicó con sequedad.

El camino hacia el aparcamiento se le estaba haciendo más largo que nunca, pero por fin vislumbró su coche y aceleró el paso.

—Bueno, tú sabrás por qué no quieres reconocerlo, pero a mí me parece estupendo. Así tengo el camino mucho más despejado, libre de obstáculos, ahora que por fin empezamos a vernos fuera de las salas de conciertos. Y lo hemos pasado muy bien, por cierto.

El tono mordaz de sus palabras proyectó una imagen de Nicole que hasta ahora no conocía. Fría e incitadora, como si le divirtiera competir con ella y Jake sólo se tratase de un trofeo. Y no le gustó. Le desagradó profundamente que acabase de hablar así. Por otro lado, se alegró de haber mantenido cierta distancia con ella desde el día en que la había conocido. Su sexto sentido le había advertido de que Nicole no era una persona en la que pudiera confiar al cien por cien. Menos mal que no había llegado a contarle la verdadera relación que mantenía con su familia, ni del piso en Manhattan, ni de que estaba actuando a espaldas de su padre. Visto lo visto, Nicole podía ser la clase de persona que utilizaría esa información en su contra llegado el momento.

—No voy a seguir hablando de esto, ni ahora ni después —concluyó al tiempo que apretaba el botón del mando automático que desbloqueaba las puertas de su coche.

Dejó plantada a Nicole y sacó el vehículo del aparcamiento universitario. Se miró un momento en el espejo retrovisor. Tenía los ojos incendiados y estaba pensando y actuando de un modo irracional, impropio por completo de ella. Necesitaba tranquilizarse y poner un poco de orden en su cabeza.

«¿Qué demonios te pasa?»

Puso la radio y buscó música que la relajase. No era que fuera muy amante de la música clásica, pero encontró una sinfonía que le agradó y que al rato de escucharla le atemperó los nervios. Abandonó la idea de pasearse por Brooklyn en busca de un piso de alquiler y condujo directa a casa. No iba a renunciar a su apartamento de Sunset Park sólo porque su amiga pija estuviese liándose en su propia casa con su compañero de piso, con Jake, con su amigo, con el chico que la había besado en los labios el sábado por la noche. Ese que había asegurado sentir «un revoltijo de emociones en el estómago» después de besarla. El mismo que le había dicho que no le gustaba su amiga Nicole.

¿Habría sido todo mentira?

De ser así iba a descubrirlo en breve, ya que regresaba a casa dispuesta a ponerle los puntos sobre las íes.

Sin embargo, cuando entró en el portal se encontró con que Jake ya se marchaba, como si se olierá que iban a tener un enfrentamiento y quisiese evitarlo yéndose un poco antes de su hora habitual.

—¿Podemos hablar cinco minutos, Jake?

«Relájate, que no note que estás tan cabreada o se largará y te dejará aquí plantada.»

Desde que la conocía, Alice se había mostrado temperamental, pero la tempestad que se estaba fraguando en sus ojos azules en aquel preciso momento no tenía precedentes. No podía imaginar de qué quería hablarle.

Jake miró su reloj de pulsera. Había quedado con sus compañeros para ensayar la nueva canción que había terminado de componer con la intención de incorporarla al *set list* de esa noche, si es que les daba tiempo a que sonara impecable.

—Cinco minutos. Los chicos me esperan.

Ella señaló la escalera del portal con la cabeza.

—¿Podemos subir?

—No puedo perder tanto tiempo.

—El señor Stevens está ahí —masculló ella por lo bajo—. No me apetece que se entere de nuestra conversación.

—Está más sordo que una tapia y medio ebrio, no nos oye. ¿Qué quieres decirme?

Alice cargó el peso del cuerpo sobre la otra pierna y dejó escapar un suspiro de frustración. Pensó en dejarlo para después, ya que el portero estaba demasiado cerca —ella pensaba que tenía el oído mucho más fino de lo que pretendía hacer creer y, en cuanto al alcohol, tenía mucho más aguante que la mayoría—, pero entonces le pareció oler el perfume de Nicole flotando todavía en el ambiente y la presencia del señor Stevens pasó a darle exactamente igual.

Fue al grano. No había otra manera de tratar ese asunto.

—Puedes traer a casa a todas las chicas que te dé la gana siempre que hagáis vuestras cosas de forma civilizada, pero a Nicole no, ¿entiendes? Creo que te dejé bien claro que no iba a tolerar que te lo montases con mi amiga en nuestra casa —susurró furiosa, encendiéndose conforme hablaba como si fuese una mecha a la que acabasen de arrimarle una cerilla—. He sido todo lo flexible que podía ser respecto a un montón de cosas de la convivencia, pero te aseguro que no pienso transigir con esto. La próxima vez que queráis estar juntos os vais a un motel, a vuestro coche o a donde os dé la gana, pero en casa ni hablar, ¿queda claro? —Alzó el dedo índice y lo señaló—. ¡Y no volveré a repetírtelo!

Jake la observaba como si el tema no fuera con él, y esa impasibilidad se fue convirtiendo en una mueca de engreimiento que la crispó todavía más.

—¿Ya has terminado? ¿O tienes algo más que reprocharme?

—Sólo quiero tu palabra.

—¿Sólo quieres eso? Vale, creo que puedo hacerlo. Te doy mi palabra de que no tendré sexo con Nicole en casa. ¿Satisfecha?

—No me hables con condescendencia.

—Joder, Alice, qué difícil es complacerte. ¿No querías mi palabra? —Volvió las palmas hacia arriba y se encogió de hombros—. Pues ya la tienes.

—Es muy fácil complacerme, ¿sabes? Lo que no es fácil es que tú te tomes en serio las reglas para tener una convivencia pacífica.

—¿Ya estamos con las reglas? Hacía tiempo que no utilizabas esa palabra. —Además, volvía a comportarse como la chica sabionda y pedante del

principio, aunque eso no se lo dijo porque no quería enfurecerla todavía más —. Eres pura contradicción, Alice.

—¿Pura contradicción? —inquirió con desconcierto—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que no aprovechas las oportunidades que se te presentan y tampoco dejas que otros lo hagan. —Su respuesta la hizo callar y Alice apartó la mirada de él, algo que solía hacer cuando no quería enfrentarse a las palabras certeras del contrario. La tormenta de sus ojos se suavizó, pero sus mejillas, por el contrario, se ruborizaron—. Y ahora, si has terminado, tengo algo de prisa.

La mecha que la incendiaba se había apagado y, lentamente, Alice dejó caer los hombros. De un modo implícito, Jake había despejado las pocas dudas que le quedaban. Sí que habían subido al apartamento y sí que se habían acostado juntos. Se mordió los labios, no tenía nada más que decir. Es más, quería que se largara para que no pudiese ver lo abatida que se sentía.

Él pasó por su lado, despacio, y ella se quedó mirando el vacío que se abría bajo la escalera. Oyó la puerta a su espalda.

—A propósito, Alice. Tengo un favor que pedirte.

Ella se volvió y lo miró.

—Verás, mañana a primera hora de la tarde tengo que entrevistarme con el propietario de un local en Staten Island. Vamos a hablar de negocios. El tipo ha confeccionado un contrato modelo de compraventa y me gustaría que alguien que entienda más que yo de leyes me acompañase. Hay mucho desaprensivo en el negocio inmobiliario y no quiero que me la jueguen. —Tamborileó los dedos sobre el canto de la puerta. No era capaz de adivinar lo que ella respondería, parecía como si la hubiesen desenchufado—. Sé que tienes clases, así que entenderé que no puedas acompañarme.

—Lo haré —respondió de repente, con mucho convencimiento—. Iré contigo.

—Vale. —Le encantó su predisposición y se lo agradeció con una sonrisa sincera—. Como tú estarás en Manhattan, he pensado en ir hasta allí y coger juntos el ferri. ¿Te parece bien?

—Sí. —Asintió con la cabeza.

—Luego te llamaré para concretar.

Jake se marchó y Alice se quedó mirando la puerta del portal, aunque con la mente en otro lado. Ya no se sentía tan abatida. La voz rasposa del señor

Stevens la sacó de sus pensamientos.

—Menudo ataque de celos, señorita. —Se carcajeó.

¿Así que no oía? Bueno, hasta un sordo podría haberlos oído, porque habían hablado en un tono bastante alto, la verdad.

Alice pasó por delante del garito del portero y lo miró con ceño.

—Métase en sus asuntos, señor Stevens.

Se encontraron en Whitehall a la una y media del mediodía. La terminal del ferri estaba llena de turistas y de personas que iban y venían de Staten Island a Manhattan por motivos de trabajo principalmente.

—¿Has viajado en ferri hasta Staten Island alguna vez? —le preguntó Jake mientras hacían cola para subir a la embarcación.

—No, nunca.

—Te gustará. Las vistas son espectaculares.

Ascendieron hasta la segunda planta del ferri, ya que, según Jake, cuanto más alto subieran más disfrutarían de la panorámica. Se situaron junto a la barandilla de proa y contemplaron la bahía de Hudson antes de zarpar. El cielo estaba salpicado de nubes grisáceas que de vez en cuando cubrían el sol, pero que fuese un día nublado y ventoso no le restó belleza al escaparate que se extendía frente a ambos.

Zarparon y Jake le fue indicando los lugares de interés: la isla Ellis y la Estatua de la Libertad a la derecha, la isla del Gobernador a la izquierda, el perfil de Staten Island y su noria gigante a lo lejos, la costa de Jersey y la de Brooklyn flanqueando la bahía... Ella escuchó sus explicaciones mientras observaba ensimismada cada pequeño detalle. Desde los ojos de una turista más, el paseo resultó maravilloso, pero desde la perspectiva de la artista que llevaba dentro fue un placer exquisito para los sentidos.

Incluso se olvidó de los últimos acontecimientos, de las tiranteces, de las rencillas y de los... ¿celos? No, no eran celos, por mucho que los demás se empeñasen. Sólo era razonar los hechos con un poco de sensatez. Sólo eso.

Se sentía a gusto por un montón de motivos diferentes. Porque la media hora de viaje le llenó el alma de luz. Porque, a pesar de sus recientes diferencias, Jake había contado con ella para que lo ayudase a realizar algo importante para él. Porque estar a su lado, hombro con hombro, con los brazos rozándose sobre aquella barandilla anaranjada, le expandió el corazón y

comenzó a ver una gama entera de colores donde antes sólo existían tonalidades de grises.

Jake apreció un sutil cambio en su actitud. Estaba más relajada de lo que había estado durante la última semana y media. Notó que volvía a estar receptiva con él, que no apartaba la mano cuando los dorsos se rozaban, que no bajaba la vista ni miraba hacia otra parte cuando él se embelesaba en su rostro, sino que se la mantenía y parecía como si... como si ella también se embelesase en el suyo.

Aunque cuando se le escapaba alguna sonrisa, inmediatamente después, se escondía en su caparazón, donde seguía luchando con sus conflictos personales, fueran éstos los que fuesen.

Llegando a su destino, Alice le preguntó por ese viaje.

—¿Por qué un local en Staten Island?

—El terreno aquí es más barato y podría permitirme comprar uno, aunque me hipotecase hasta las cejas. En Brooklyn o Manhattan es casi imposible. Tendría que regresar al negocio de mi padre y trabajar diez años ininterrumpidos como mínimo para poder pagar el precio que se pide. Y no estoy dispuesto a esperar tanto tiempo. Ni a trabajar otra vez de carpintero.

—Entiendo.

Atracaron en la terminal de St. George y fueron caminando al restaurante Beso, especializado en comida española. Jake había quedado allí con el dueño del local, un tipo bajito y delgado que llevaba la gruesa cabellera oscura y rizada recogida con una goma en la nuca. Tenía la mirada oscura y sagaz, sonreía abiertamente y daba fuertes apretones de manos como para transmitir que era un tipo de confianza. La primera impresión para Alice fue buena, ahora faltaba que demostrase que era un tipo legal cuando sacase los papeles de la cartera de piel que llevaba colgando de la mano.

Era la primera vez que Alice comía en un restaurante de comida española, y se dijo que tenía que regresar a Beso o acudir a cualquier otro para comer paella de nuevo. El plato le supo delicioso, al igual que a Jake, que también era la primera vez que lo probaba. Durante la comida, el propietario del local, que se llamaba William James, monopolizó la conversación hablándoles de su familia. Les contó que llevaba casado quince años con su esposa, a la que amaba como el primer día, que tenía dos hijos maravillosos de diez y ocho años y que un tercero venía de camino.

—Me recordáis a Julie y a mí cuando teníamos vuestra edad. Nosotros

tampoco éramos de hacernos muchos arreglitos en público, pero se nos notaba en la cara que no podíamos vivir el uno sin el otro.

Alice estuvo a punto de atragantarse con la última cucharada de paella. Miró a Jake y él también la miró a ella con expresión chistosa. Alice intentó corregir al hombre:

—Nosotros no...

—Nosotros tampoco lo concebimos —dijo Jake inmiscuyéndose.

A continuación, elevó la mano y le frotó con cariño la espalda. Ella se quedó inmóvil como una estatua, pero acertó a curvar los labios.

¿Por qué habría dicho eso?

Durante los postres trataron los negocios que tenían entre manos. El señor James colocó el borrador del contrato sobre la mesa y lo fue leyendo en voz alta. Alice desempolvó todos sus conocimientos sobre derecho civil y le sacó punta hasta a la última de las cláusulas. A Jake le encantó verla tan involucrada en el tema y cómo discutía con James para que cambiase todo aquello que le parecía abusivo. Para no gustarle las leyes, tenía mucho desparpajo y defendía lo que consideraba que era correcto con argumentos sólidos e irrefutables. A Jake incluso le dio la impresión de que estaba siendo demasiado inflexible respecto a algunos puntos, no quería que William se echase atrás.

Para su gran alivio, el hombre no lo hizo. Accedió a modificar el noventa por ciento de las exigencias de Alice, incluida una rebaja en el precio de tres mil dólares, puesto que los baños tendrían que ser reformados, pero no transigió con el diez por ciento restante, a pesar de que ella fue tozuda. Cuando vio peligrar el trato, Jake intercedió para evitarlo y le dijo al señor James que estaba bien así, que modificase lo que acababan de pactar y que le mandase el contrato final a su dirección de correo electrónico.

—Podría haberlo convencido para que también cambiase la décima cláusula —susurró Alice por lo bajo, aprovechando el momento en que abandonaban el restaurante y se dirigían a la puerta con William abriendo el paso.

—Lo sé, pero estabas presionándolo demasiado y no quería que se echase atrás. Además, era una nimiedad. Está bien así.

—Ciento cuarenta y siete mil dólares es un precio razonable por un local de noventa metros cuadrados, teniendo en cuenta que no está habilitado. Con los tres mil que vas a ahorrarte podrás reestructurar los baños.

—Eso sí que no me lo esperaba. —Jake le sonrió—. Gracias.

—De nada.

Fueron al local en venta dando un paseo. Estaba en la avenida Hamilton, a menos de cinco minutos de camino. La ubicación era ideal, ya que estaba muy cerca del puerto en el que embarcaban y desembarcaban miles de turistas y de residentes a diario. Jake ya había tenido ocasión de verlo en su anterior reunión con William, pero le apetecía volver a verlo ahora que casi se había convertido en el nuevo propietario. Además, también quería enseñárselo a Alice y que le diera su opinión. Le importaba lo que pensase ella, incluso más de lo que opinaran sus colegas, y no sólo porque Alice entendiera más de negocios.

No sabía en qué momento ella se había convertido en alguien tan significativo.

Y a Alice le encantó. Expresó su parecer en voz alta. Le gustó la distribución, la luz, la estructura, la calidad de los materiales, y hasta coincidió con él en el lugar donde deberían ir el escenario y la barra de bar.

Jake estrechó la mano de William James calurosamente y concertaron otra reunión para formalizar todo el papeleo. Cuando se despidieron y se marcharon del local, él estaba eufórico. Tenía grandes planes y los compartió con ella mientras regresaban a la terminal del ferri. Había mucho trabajo que realizar antes de que su sueño más ambicioso se hiciera real, tendría que contratar a albañiles, a fontaneros, a pintores..., pero ya había dado el paso más importante y estaba muy satisfecho con la elección. Lo demás iría llegando, no tenía prisa, quería sacarle a la sala el mayor partido posible.

Subieron por la escalerilla del ferri hacia la segunda planta. Eran las cuatro y media de la tarde y, como no era la hora de mayor afluencia de pasajeros, gozaron de cierta intimidad en un rincón de la proa, con el perfil de Manhattan a lo lejos. El sol estaba bajo y las nubes habían volado hacia el oeste. Ya no eran tan plumizas como hacía un rato, se habían esparcido y aligerado y ahora absorbían los espléndidos colores del atardecer. Dorados, violeta, rosáceos y anaranjados que se reflejaban en las aguas tranquilas de la bahía y acariciaban los perfiles de los rascacielos.

Alice se sentía tan bien que deseó que el viaje de vuelta fuera eterno. No quería regresar a lo cotidiano, a su horrible trabajo en el bufete, al pequeño apartamento de Sunset Park, a las peleas con Jake, a los encuentros con una Nicole que le había mostrado su peor cara... No quería quedarse a solas con el

caos, no quería volver a lo de antes; pero en cuanto el ferri zarpó y las distancias con todo aquello de lo que quería alejarse fueron disminuyendo, la desazón volvió a asediarla.

Jake y Nicole se habían acostado juntos. Quizá volverían a hacerlo.

Mientras observaba el remolino de olas que formaba el casco del barco en su avance, las palabras salieron solas.

—Dijiste que Nicole no te gustaba, o quizá es que yo lo entendí mal. Creo recordar que tus palabras exactas fueron: «No me gusta tu amiga. No es mi tipo».

Notó que Jake la miraba, aunque ella continuó absorta en el oleaje.

—Y no me gusta.

—¿Ah, no? —Arqueó las cejas y le dirigió una mirada interrogante, cargada de rechazo—. ¿Y por qué te acuestas con chicas que no te gustan? ¿Qué tiene eso de divertido o de especial? A mí personalmente me daría un asco tremendo hacerlo con un tipo que no me gustase nada. —Jake dejó que hablase, se ponía muy guapa cuando se sulfuraba, y esa tarde estaba muy atractiva, bañada en el halo de luz dorada—. ¿Lo hiciste porque no había otra chica a mano? ¿O es que estás tan necesitado que te da igual una que otra? La verdad, no lo entiendo. No entiendo que te tomes el sexo tan a la ligera.

Él agitó la cabeza y no escondió que sus palabras le hicieron gracia. Ella torció el gesto.

—No me acuesto con chicas que no me gustan, Alice, eso te lo has inventado tú.

—¿Qué quieres decir?

—Que Nicole y yo no hemos tenido sexo.

Su confesión causó un gran impacto en ella, que se quedó con la boca abierta. Los ojos se le alegraron, se le cubrieron de un brillo especial, pero como ella tendía a sacarle punta a todo, el alivio fue efímero.

—Pero tú mismo dijiste... —Vaciló.

—¿Qué dije?

—Te hice prometer que no tendrías sexo con ella en casa.

—Y eso hice.

—Pero diste a entender que ya lo habías tenido.

—Yo no di a entender nada, tú sacaste tus propias conclusiones.

—Pero tú no lo negaste.

—¿Acaso me preguntaste? Apareciste con la metralleta cargada, lanzando

acusaciones e imponiendo reglas. Estabas tan convencida de que nos lo habíamos montado que no te molestaste en aclararlo, así que me pareció una pérdida de tiempo y de energía sacarte de tu error.

Alice se quedó pensativa. Él tenía razón. La tarde en que se habían cruzado en el portal del edificio estaba tan obcecada que había soltado toda su artillería pesada contra él. Lo había convertido en culpable basándose en pruebas circunstanciales y ni siquiera le había concedido el derecho a defenderse. Menuda abogada de pacotilla que sería en el futuro, seguro que mandaría a la cárcel a un montón de inocentes.

Entonces reparó en Nicole.

—Pero ella...

—¿Qué ocurre con ella?

—Nicole me dijo que lo habíais pasado muy bien.

—Y lo pasamos bien.

—Dejó entrever que os habíais acostado juntos.

—¿Ah, sí? —Arqueó las cejas, su expresión se volvió chistosa—. Pues no sucedió, a menos que me diera un golpe en la cabeza y perdiera el conocimiento, claro. —Deslizó los antebrazos por la barandilla y cargó el peso en ellos. Sus ojos quedaron a la misma altura—. El día que nos viste juntos era el cumpleaños de su padre. La noche antes había venido a vernos tocar en Flatlands y charlamos un rato. Me preguntó si podía ayudarla a escoger una guitarra acústica para regalársela a su padre, ya que ella no entendía nada de guitarras, así que quedamos al día siguiente. La llevé a un par de tiendas, la ayudé a escoger una y luego tomamos un café. Al cabo de un rato yo me marché a casa y ella... creo que dijo que iba a acudir a la última clase de la tarde, no lo recuerdo muy bien. Y eso fue todo.

¿En serio? ¿Eso había sido todo?

Estaba tan avergonzada que no podía ni mirarlo a la cara. Se mordió los labios y dirigió la atención hacia Brooklyn mientras una explosión de alivio le inundaba el pecho.

—Lo siento —se disculpó. Pero como una disculpa sin contacto visual no sonaba sincera, volvió la cabeza y se lo dijo mirándolo a los ojos—: Lamento haberte hablado así el otro día, se me fue un poco... la cabeza.

—¿Y eso por qué, Alice?

—¿Por qué se me fue la cabeza? —Él asintió—. Ya sabes lo mucho que me incordia que...

—No, no me vengas con esa gilipollez de que te molesta que nos enrollemos en casa porque es un argumento ridículo. —Se puso serio por primera vez en ese día y le habló bien claro. Esperaba que ella también fuese clara con él de una vez por todas—. Salvo aquella noche en la que hice un poco de ruido porque me importaba una mierda si te despertabas o no, nunca, jamás podrás decir que no he sido discreto y respetuoso contigo.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces...? —Alice no respondió—. ¿Crees que tu amiga Nicole se merece a alguien mejor que yo o, por el contrario, te fastidia que ella no tenga tantos prejuicios como tú? ¿Qué demonios es?

La presión que ejercieron sus palabras la sofocaron tanto que se bloqueó. Agitó la cabeza. Su lado cobarde ya no quería que el viaje fuese eterno, sino que deseaba llegar cuanto antes a la terminal de Whitehall.

—No lo sé.

—¿No lo sabes o prefieres no saberlo?

—No me hagas tantas preguntas —le suplicó ofuscada.

—Te haré las que sean necesarias para que te expreses con claridad de una vez por todas.

—Yo... ¡tengo miedo! —explotó.

—¿De qué tienes miedo, Alice?

—De ti, de mí, de mi entorno... De todo, Jake.

—Mírame.

Su voz fue una nota grave y cautivadora que le erizó la piel. Alice obedeció y Jake la observó con tanto cariño y comprensión que a ella se le entibió el corazón. Se miraron sin decir nada y se examinaron el uno al otro. Sus manos se rozaron por encima de la barandilla anaranjada mientras un silencio palpitante y emocionante los aislaba de todo lo que los rodeaba.

Alice lo había intentado, había puesto todo su empeño en ver sólo grises cuando estaba con él, pero ya no podía más, ya no quería negar que su alma se llenaba de una inmensa gama de colores cuando Jake andaba cerca.

Sin embargo, alcanzar esa felicidad no era fácil, suponía luchar contra tantos obstáculos que se moría de miedo sólo de pensarlo.

—Cuéntame qué te pasa. —Él templó la voz.

—Estoy muy agobiada.

—¿Por qué estás tan agobiada? —Le acarició el dorso de la mano con los nudillos—. Compártelo conmigo. Ábrete a mí.

—Es que...

Se llenó los pulmones de aire y le tembló la barbilla al soltarlo. Recorrió aquella cara tan atractiva y masculina con una mirada intensa y angustiada. Deseó acariciarlo, grabarse en la yema de los dedos cada rasgo, que se le inundase el corazón de ese sentimiento tan nuevo y profundo. Tan maravilloso y alocado. Vio el reflejo de sus propias emociones en los ojos de Jake y no le quedó ninguna duda de que eran tan intensas y vibrantes como las suyas.

—Esto es lo mejor que nos ha pasado nunca. Los dos lo sabemos, Alice.

Ella cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza, como negando el eco de las palabras que acababa de oír. Aunque fue en vano.

—Mi padre jamás lo...

Se le formó un nudo en la garganta que estranguló sus palabras. Quiso volver la cara para que Jake no viera que los ojos se le habían humedecido, pero él se lo impidió, sujetándole la barbilla con la mano.

—Me importa un carajo lo que piense tu padre sobre nosotros. Lo único que me interesa es lo que pienses tú. —Deslizó los dedos por la elegante línea de su mandíbula, era como tocar seda. Tan suave, tan hermosa, tan valiente y tan llena de vida, pero a la vez tan perdida, con todos esos miedos que no sabía cómo vencer. Con esa mirada atormentada y necesitada. Necesitada de él. Él también se sentía un poco desconcertado ante la magnitud de las emociones que estaban saliendo a flote; pero, al mismo tiempo, no podía sentirse más afortunado—. Y sé qué es, Alice. Sé qué es lo que piensas.

—Pues si lo sabes..., entonces... asegúrame que no será un error.

—No será un error.

Y su inmenso mar de dudas se hizo un poco más pequeño ante la contundencia con la que él se expresó.

Alice soltó la barandilla y se abrazó a Jake sin atemperar el ímpetu de sus emociones. Le pasó los brazos alrededor de los hombros, pegó la mejilla a la suya y tembló como una hoja vapuleada por el viento. Él se irguió y la estrechó bien fuerte, no iba a permitir que se le escapase otra vez. Enterró la nariz en su cabello, se llenó los pulmones con su olor y sonrió contra su oreja porque no podía sentirse más feliz.

—Valdrá la pena, no será un error —le repitió Jake—. Estoy convencido.

En su debido momento, ella se separó y ya no mostró ningún reparo en abrirse a él. Le sostuvo la mirada, dejó volar sus sentimientos, absorbió los de Jake y se contagió de su seguridad. Alice curvó los labios al tiempo que

colocaba las manos a ambos lados de su cara. El viento agitó los cabellos castaños de Jake sobre las puntas de sus dedos y cuando le miró la boca el corazón se le embolsó con una anticipada excitación.

Se puso de puntillas y lo besó. Recordaba la textura de sus labios, muchas veces a lo largo de los últimos días había rememorado ese primer beso bajo el puente de Brooklyn, pero el recuerdo no tenía nada que ver con la realidad. La realidad era infinitamente mejor. Lo besó con dulzura, con suavidad, pero también con premura y necesidad. Jake jugueteó con sus labios, los apretó y los soltó con el mismo candor que recibía de ella. Cuando los acarició con la punta de la lengua, Alice los entreabrió para que le incendiara el corazón.

Y se les incendió. A los dos.

Enredaron las lenguas, se mordisquearon la boca, se exploraron el uno al otro sin que ninguno mostrase signos de saciarse. Se besaron de mil maneras distintas mientras ella revolvía sus cabellos y él la sostenía por la nuca, asegurándose de que no se escapara.

Pero ella no iba a escaparse. Su respuesta era tan calurosa que el frío invernal se disipó en la cubierta. Estaban envueltos en una nube de calor, en una burbuja de dicha que crecía y crecía por momentos.

El aviso de que estaban llegando a la terminal consiguió frenarlos. Jake le selló los labios con una ferviente cadena de besos y luego contempló su rostro arrebolado sin soltarla. Quitarse los lastres le había sentado muy bien. Estaba más guapa que nunca y sus ojos brillaban como dos lagos azules bajo un cielo de verano. Le ordenó los cabellos negros que el viento despeinaba, mientras los pasajeros se ponían en movimiento para abandonar el ferri.

—¿Sabes una cosa? —Ella negó con lentitud—. Creo que podría enamorarme como un loco de ti.

Alice se mordió los labios para ocultar esa sonrisa tímida que a él lo enloquecía, aunque también fue en vano.

—Creo que yo también.

* * *

Al cabo de unos pocos minutos, cruzaron la terminal de Whitehall con las manos unidas, disfrutando de lo excitante y novedoso de la nueva situación. Abandonaron las instalaciones y Jake la acompañó hasta su coche, que ella había estacionado en las inmediaciones.

Les costó separarse. Por mucho que quisiera, Alice no podía saltarse todas las clases de la tarde porque la acosarían los sentimientos de culpabilidad. Ya había faltado a dos, y en lo que durara el viaje a Midwood faltaría a la tercera, así que al menos debía presentarse a las dos últimas, que además eran las más importantes del día.

—¿Estarás en casa cuando vuelva? —le preguntó.

—Hoy tengo que salir un poco antes —repuso Jake, muy a su pesar.

Ella se mostró desilusionada. Él también. Alice le encantaba, era única, hasta su nombre sonaba a pura melodía. Le abrochó el último botón del abrigo con gesto cariñoso y luego le cogió la cara entre las manos para saborear su boca una vez más. Se comieron a besos en medio de la calle, junto al coche de Alice.

Ella era tan discreta que jamás habría hecho algo así, pero él sacaba su lado más desinhibido, y Alice estaba encantada con esa nueva faceta suya. Así que lo besó sin reparos ni recatos, sin importarle que hubiera un montón de gente a su alrededor; podría haber habido una multitud y habría seguido besándolo con el mismo loco deseo.

—Creo que... deberíamos parar. —Ella sonrió con la voz ahogada—. A este ritmo, ni siquiera llegaré a la última clase.

—No quiero dejarte ir.

—Ni yo quiero irme.

Jake le rozó la punta de la nariz con la suya.

—Esta noche volvemos a tocar en el BAMcafé, si quieres ir después de tus clases...

—Iría, pero... ¿no sería mejor que primero pusieras a tus amigos en antecedentes? Es que... me resulta un poco violento llegar y ser el centro de atención, me mirarán de arriba abajo y...

—Eh —la acalló—, cuando te conozcan de verdad, les encantarás.

—¿A Renée también?

—A Renée a la que más. Es muy bruta, pero también es buena chica. Y, aun en el hipotético caso de que no les gustases, también me traería sin cuidado, ¿sabes? —Ella le estampó un sonoro beso en los labios. La fascinaba que Jake fuese intenso tanto en sus palabras como en sus hechos—. Les hablaré de la nueva situación si eso te hace sentir más cómoda —accedió—. ¿Me esperarás despierta? No me entretendré, en cuanto termine el concierto saldré volando para casa.

Tenía las manos colocadas en sus costados y notó que se ponía un poco tensa.

—No va a pasar nada que tú no quieras —le aclaró.

—Sí, lo sé. —Agitó la cabeza—. Intentaré mantenerme despierta.

—Vale.

Con una mirada intensa, él le recorrió la cara una vez más, como si fueran a separarse durante meses y quisiera memorizar cada rasgo para no olvidarse de lo guapa que era. Tenía los labios hinchados de tantos besos, y apreció una erosión superficial en la barbilla que acarició con la yema del dedo.

—¿Yo te he hecho esto? —Ella asintió un poco azorada—. ¿Te duele?

—No, no me duele.

—Me afeitaré de todas formas.

—Eso estaría bien. —Sonrió.

Luego la dejó ir.

* * *

Alice no intentó quedarse despierta. Sobre las doce sintió sueño y se fue directamente a la cama, aunque estaba tan activada que no logró dormirse de inmediato. Incluso oyó regresar a Jake, silencioso como un gato, y seguro que también decepcionado cuando se encontró con que todas las luces estaban apagadas y la puerta de su dormitorio cerrada. Pensó en lo sencillo que sería salir de la cama y buscarlo. Se moría de ganas de tocarlo, de olerlo, de abrazarlo y darle un beso de buenas noches, de volver a girar en ese excitante torbellino de emociones, pero le daba miedo que éstas pudieran irsele de las manos. Jake era un chico muy sexual y, de momento, ella no estaba preparada para dar más pasos.

Los días siguientes fueron increíbles. Cuando estaban juntos era como si no existiese más realidad que la que compartían. Ella se centraba en él, él se centraba en ella, y la burbuja seguía haciéndose más y más grande. Charlaban sobre un montón de cosas, se reían, muchas veces a carcajadas, y Alice descubrió de sí misma que poseía una faceta dulce, cariñosa y alegre. Todo gracias a Jake.

Sus preocupaciones habían quedado relegadas a un segundo plano. Ahora sólo se interesaba por el presente, por vivir cada momento a su lado como si fuese el último. Desterró a su padre de sus pensamientos y lo confinó al último

lugar de la lista de sus problemas. Lo que estaba sintiendo por Jake era mucho más fuerte que el miedo a que Wayne Mathews se enterase de todo.

Sin embargo, seguía sin esperarlo por las noches. Aunque no tuviese sueño, se encerraba en su dormitorio y aguardaba despierta a que él llegara a casa. Le gustaba oírlo llegar. Cuando él estaba allí se sentía protegida y feliz.

Solía fantasear antes de dormirse. No era de piedra y su cuerpo se incendiaba como una antorcha cada vez que se besaban y se tocaban, pero de momento se conformaba con sus fantasías porque no quería precipitarse. Todo llegaría cuando tuviese que llegar, y él estaba ofreciéndole todo el espacio que necesitaba.

Jake era una joya masculina de las que no se encontraban tan fácilmente.

A la cuarta noche de su aventura en común, Alice se despertó al sentir que alguien le estaba arrebatando algo de las manos. Entreabrió los ojos y vio a Jake, que se había apoderado del mando a distancia para apagar el televisor.

Se había quedado dormida en el sofá mientras veía una película aburrida.

—¿Qué hora es? —murmuró somnolienta al tiempo que se incorporaba y se frotaba los ojos con las yemas de los dedos.

—La una de la madrugada, deberías estar en la cama desde hace un buen rato. Mañana no podrás levantarte.

Jake la cogió de las muñecas y la ayudó a ponerse en pie. Le dio un beso en los labios y luego la abrazó porque se moría de ganas de sentir su cuerpo, de amoldar el suyo a aquellas curvas tan sensuales y delicadas.

—¿Qué tal las clases?

—Largas, aunque interesantes. —Sonrió perezosamente—. ¿Qué tal el concierto?

—Increíble, pero no tanto como el de anoche. Verte entre el público es como recibir un chute de adrenalina.

Jake le dio un suave mordisco en el cuello y ella soltó una risita. Había ido a verlo la noche anterior porque tocaba cerca de casa y así no tendría que trasnochar demasiado.

—Estás muerta de sueño.

Se agachó para pasar el brazo por detrás de sus piernas y la alzó en el aire. Alice le rodeó los hombros para no caerse.

—No es necesario que me lleves a la cama en volandas. —Sonrió.

—Me gusta hacerlo. Además, no pesas nada.

—He engordado un kilo en los últimos días gracias a los postres de

mascarpone.

—¿Y adónde ha ido a parar ese kilo? Yo no lo noto por ningún lado — bromeó al tiempo que la palpaba.

—Se me ha ido a las nalgas.

—¿En serio? —La miró con picardía—. Entonces mañana iré al supermercado sin falta, creo que se nos están acabando.

Ella se echó a reír y él giró a la derecha para llevarla a su dormitorio. Alice lo miró con ese sentimiento tan punzante que le atravesaba el corazón y, con una suave caricia, le retiró el cabello de la frente.

—Te has equivocado de dirección. La cama en la que quiero pasar la noche está a la izquierda.

Tras la agradable sorpresa inicial, Jake no perdió ni un segundo.

Alice se arrebujó bajo la manta de Jake. Llevaba puesto un pijama grueso porque la casa se enfriaba mucho por las noches después de que apagase la calefacción. La verdad era que no la encendían demasiadas horas, ya que ninguno de los dos pasaba mucho tiempo allí, y de paso así ahorran algo de dinero en gas.

Él, por el contrario, no era tan friolero. Siempre dormía en bóxer y con una camiseta vieja de manga corta. Verlo desnudarse a los pies de la cama fue un espectáculo que no quiso perderse. Músculos largos y fibrosos, sin un gramo de grasa, y un suave vello castaño cubriéndole los pectorales.

Ya sabía que tenía un físico increíble, pero era la primera vez que lo contemplaba con tan poca ropa.

Jake se puso la camiseta y acudió a la cama. Se había dado cuenta de que ella lo observaba con deseo, pero sus expectativas en cuanto a que hicieran el amor esa noche no eran muy altas. Él no estaba acostumbrado a ir tan despacio, todas las chicas a las que había conocido habían querido tener sexo en el primer encuentro. Con Alice no había podido ir más allá de caricias íntimas sobre la ropa, porque cuando había intentado dar un paso más ella se había replegado. Estaba dando por hecho que la nefasta experiencia que había vivido en el piso de ese cretino la había traumatizado, hasta la noche anterior. Ella le había explicado que David no tenía nada que ver, que sólo era una cuestión de educación.

Y aunque Jake se moría de ganas de hacerle amor, aunque había momentos en que necesitaba darse una ducha fría para calmar ese dolor de genitales tan desesperante, hasta eso le gustaba de ella.

La abrazó, buscó su boca en la oscuridad y se besaron. A Alice se le pasó el sueño; los besos de Jake le avivaban los sentidos, sobre todo cuando eran tan fogosos como aquéllos. Le encantó tocarlo, deslizar las manos bajo la tela de la camiseta y palpar su piel y sus músculos calientes.

La manta comenzó a estorbarles al cabo de unos minutos y él terminó por

echarla hacia atrás. Había apagado la luz al meterse en la cama, pero el reflejo plateado de las farolas de la calle incidía sobre ellos a través de la ventana. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad pudo entrever su rostro, dulce y radiante, con una expresión de entrega que no había visto antes. Metió la mano bajo la chaqueta del pijama y tocó la tersa piel de su vientre. Cada caricia era emocionante, nueva e impactante, estar con ella era como descubrir el sexo por primera vez. Ella le recorría los labios con la lengua y Jake ascendió por su abdomen, llegó a sus costillas y continuó subiendo hasta que las yemas tocaron el nacimiento de sus pechos. Se detuvo ahí, pero como no hubo indicios por parte de Alice de que le molestase, trepó por el turgente montículo desnudo hasta abarcarlo por completo.

Ella dejó escapar un suspiro sensual contra su boca y el amasó con ternura el seno. Luego apesó el pezón y lo hizo rodar entre las yemas de los dedos.

—Quiero verte, Alice.

Ella accedió con un tímido movimiento de la cabeza.

Se incorporó lo suficiente para quitarse la chaqueta del pijama y se mostró desnuda ante él. La falta de luz evitó que se abochornase, aunque sintió un calor tremendo estallándole en la cara cuando él le cogió los senos para ahuecarlos con las manos. Se recostó y un hormigueo electrizante le recorrió la piel al recibir las caricias de su boca. Jake trazó círculos ardientes con la lengua sobre sus areolas y le mordisqueó con suavidad los pezones mientras deslizaba los dedos por sus costados. Un dulce placer la embargaba, y cerró los ojos para concentrarse en disfrutarlo. Lo que estaba sintiendo era maravilloso, y colocó una mano sobre la cabeza de Jake para enredar los dedos en su cabello. Se le escapó un suave gemido de éxtasis y él acercó la boca a la suya.

—Eres tan hermosa, Alice... —La besó con pasión—. ¿Cómo te sientes?

—Me siento muy bien —murmuró con la voz sedosa.

Jake recorrió con los dedos la satinada piel de su abdomen y se detuvo en su ombligo.

—¿Y ahora?

—Bien —repitió.

Fue descendiendo con lentitud por su vientre, sin dejar de mirarla a los ojos para poder interpretar sus emociones. Se topó con la cinturilla del pantalón del pijama y metió los dedos por debajo hasta llegar al elástico de

sus bragas. A Alice se le tensaron los rasgos y Jake se detuvo en ese punto mientras la besaba en el cuello.

—Relájate, cariño, recuerda que no va a pasar nada que tú no quieras. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —musitó.

—Entonces, confía en mí.

—Confío.

—Bien.

Con una lentitud casi desesperante, llegó a su pubis y se recreó en lo emocionante que resultaba descubrir a una mujer de ese modo tan tierno y especial, sin prisas, deleitándose con cada caricia, tomándose su tiempo para descifrar en su mirada si la complacía, pendiente de cada uno de sus débiles murmullos y hasta del compás de su respiración. Internó un par de dedos en los pliegues carnosos y ardientes. Sus muslos se pusieron rígidos como estacas y se apretaron en torno a su mano. Estaba empapada, su cuerpo respondía a sus caricias, pero su mente todavía funcionaba imponiendo cortapisas.

Jake tenía la sensación de que era la primera vez que alguien la tocaba de ese modo. Si así era, iba a esforzarse en que fuera especial para ella. Y si era otro el problema, una mala experiencia o lo que fuera, se dedicaría a hacerlo desaparecer de su cabeza.

Movió los dedos con delicadeza, rozó la resbaladiza entrada a su vagina y ella cerró los ojos. Jake le besó la sien y notó que su respiración se aligeraba y que sus piernas se aflojaban para permitirle que maniobrara con mayor facilidad. Su cuerpo se volvía un poco más receptivo cada segundo y los murmullos de placer indicaron que estaba disfrutando, así que fue un poco más allá. Con lentitud, introdujo el dedo corazón en su candente intimidad. Ella contrajo las nalgas y se opuso de nuevo a la invasión de ese cuerpo extraño, pero Jake se ocupó con destreza de que volviera a relajarse. Apartó el dedo de su interior y prosiguió estimulando sus labios hasta que los murmullos se convirtieron en sensuales gemidos.

Jake se encontraba en un estado lamentable. Tenía una erección de campeonato y el deseo era un aguijón doloroso que se le clavaba en todos los poros de la piel. Sin embargo, al mismo tiempo, era un espectáculo maravilloso contemplar cómo el placer transformaba a Alice, cómo esos

preciosos senos se agitaban al arquear la columna y cómo se mordía los labios para controlar inútilmente el tono progresivo de sus jadeos.

Jake la penetró con un par de dedos cuando el clímax la alcanzó y los movió como si fuera su pene. Era muy estrecha, sus músculos se le ceñían como un guante, pero esa vez ella lo acogió sin rechazo, ya que sus dedos la condujeron al límite. Alice apretó las nalgas contra el colchón y arqueó el cuello, y Jake se lo recorrió con los labios y la punta de la lengua. Sus jadeos de éxtasis eran melodía para sus oídos. Comenzó a tensarse y a temblar como un flan, y tuvo un orgasmo largo e intenso que dejó su cuerpo laxo y abatido.

—Oh, Dios mío... —murmuró ella.

Jake sonrió a su lado mientras le apartaba el cabello de la cara. Tenía las mejillas ardiendo y los ojos brillantes. Su expresión de maravilloso desconcierto despejó todas sus dudas. Ése era el primer orgasmo de su vida. La besó en la boca, recorrió una vez más la piel sedosa de sus costados, de sus senos, y luego la miró de frente. Alice se mordió los labios antes de curvarlos en una mueca resplandeciente.

—Háblame —le pidió él.

—Me da vergüenza.

—¿Qué te da vergüenza? ¿Lo que has sentido?

Ella negó.

—No, eso ha sido increíble.

—¿Entonces...?

—Pues... de haberlo sentido por primera vez, con mi edad...

—¿Y eso qué más da? Lo que importa es que ha llegado. —Siguió la línea de sus labios con el pulgar—. Y que ha sido especial.

—Desde luego. —Se le formó una perezosa sonrisilla en la boca y luego resopló—. ¿Y tú, Jake?

—¿Yo, qué?

—He notado... que tú...

—¿Que estoy empalmado? —Ella asintió, incapaz de reproducir esa palabra—. ¿Cómo no voy a estarlo?

Alice tragó saliva antes de hablar.

—Creo que yo..., que debería hacer lo mismo por ti.

Jake sonrió abiertamente, su inocencia en esas lides era embriagadora.

—¿Lo has hecho antes, Alice? ¿Has tocado a un hombre como yo te he tocado a ti?

—Una sola vez —contestó, otra vez avergonzada—. Fue con ese novio que tuve en la universidad. Él... me presionaba demasiado y yo no disfrutaba haciendo nada de lo que me pedía o de lo que yo recibía. Me sentía como si intimar con él fuera una obligación.

—Te entiendo. —Le dio un beso en la punta de la nariz y se recostó a su lado—. Cuando estés preparada no necesitarás planteármelo. Querrás hacerlo sin más.

Ella lo miró con un montón de emociones reflejadas en los ojos. Posó los dedos en su mejilla y le acarició la cara. Era tan guapo, tan resuelto, tan seguro de sí mismo, tan comprensivo y generoso, tan afectivo y cariñoso... Notaba que los lazos que había entablado con él se estrechaban cada vez más. Sentía que lo quería, que se había convertido en una pieza fundamental en su vida.

—Eres un gran chico, Jake.

—Ya te lo dije. —Sonrió.

Ella también sonrió y luego se abrazó a él tan fuerte como le permitió la debilidad que sentía en todos los músculos de su cuerpo, tras aquel mágico terremoto que la había hecho temblar de pies a cabeza.

Seguía notando su erección contra el muslo y le apeteció muchísimo indagar un poco. Descendió la mano por su torso y la aposentó en el bulto grande y férreo que se le había formado en la entrepierna. Movié los dedos con timidez sobre la tela del bóxer, recorriendo el miembro en toda su plenitud. Animada por su ronco murmullo de placer, ganó confianza y osadía y se aventuró a traspasar los límites que se interponían entre los dos. Ella también metió la mano bajo la cintura elástica y rodeó su hombría con dedos firmes.

Lo que Alice sintió mientras lo tocaba de ese modo no tenía nada que ver con su primera experiencia con un chico. Aquello había sido una torpeza, se había dejado llevar por lo que veía todos los días a su alrededor, porque pensaba que era la única chica rezagada y porque «ya tocaba» despertar al sexo, pero no lo había deseado en realidad, y por eso no guardaba un bonito recuerdo. Ahora, sin embargo, le parecía algo maravilloso, incluso vital. Pensar en intimar sexualmente con Jake la llenaba de vida. De repente tenía tantas ganas de aprender y de entregarse a él...

—Jake —susurró con el tono vacilante.

—Lo estás haciendo bien, te lo aseguro.

—No es eso. —Sonrió un poco, con cortedad. Él la observaba con los ojos inyectados en deseo, en amor, y ya no le quedó ninguna duda de que era el chico adecuado—. Quiero que hagamos el amor —musitó.

Aunque había escasez de luz, a ella le pareció ver que las pupilas de Jake se dilataban un poco más, expresando el gran alivio que lo embargaba. Su nuez se movió al tragar saliva, y la miró de ese modo absorbente que la hacía sentir tan deseada y femenina. Él no perdió ni un segundo más. Acopló la larga y musculosa pierna entre sus muslos y se alzó ante ella. El cabello le cayó desordenado y su boca descendió para embriagarse en la suya.

Pronto, muy pronto, las caricias estrechas y los besos desbocados aumentaron la temperatura de la habitación. Los dos estaban ardiendo. Ella recorría su espalda húmeda por debajo de la camiseta y lo instó a que se la quitara. Y el contacto de sus cuerpos desnudos fue sublime. Alice se recreó en lo delicioso que era el roce de su pecho desnudo contra sus senos y en su masculino olor corporal, que despertaba en ella un instinto primitivo. Buscó el sabor de otras partes de su cuerpo cada vez que sus bocas se separaban. Le mordisqueó el hombro y le lamió la piel tibia mientras él exploraba su cuello y la hacía estremecer de placer.

A su debido momento, cuando la excitación era incontrolable, se deshicieron de la ropa interior y Jake buscó un preservativo en el cajón superior de la mesilla de noche. Se lo puso ante su mirada curiosa y expectante y luego le separó los muslos para encajar las caderas. Ella le transmitía anhelo y un poco de recelo debido a su inexperiencia; él sentía un deseo tan desbocado que hacía un esfuerzo inusual para que su cuerpo y su cabeza trabajasen juntos. Le sostuvo los muslos para colocarlos en la posición deseada y luego la tocó para cerciorarse de que estaba preparada para recibirlo. Húmeda y caliente; el instinto lo impelía a saborearla con la boca, pero quizá habrían sido demasiados descubrimientos para ella. Habría más momentos para explorarla, tenían todo el tiempo del mundo, se imaginaba una vida a su lado. Era la primera vez que pensaba tan a largo plazo.

Con una lentitud agonizante, se introdujo un poco en ella, pero los músculos de su vagina se contrajeron y no permitieron que continuara avanzando. Ya había supuesto que le costaría, así que se quedó quieto para darle tiempo a que se acostumbrase a él.

—¿Te duele?

Ella no tuvo más remedio que asentir, debía de notársele en la cara.

—Un poco.

—Si te relajas te molestará menos.

Sin embargo, al volver a intentarlo se topó con una especie de freno que le impedía el acceso y entonces comprendió de qué se trataba. Con aquel novio de la universidad no había ido más allá de lo que ya le había contado.

—Alice, ¿por qué no me lo has dicho antes?

—Decirte, ¿qué?

—Que es tu primera vez; ¿pensabas que no iba a notarlo?

—No tiene importancia.

—Claro que la tiene. —Le cogió la cara entre las manos y la besó con dulzura—. Podría haberte lastimado.

Redobló sus cuidados y fue presionando con suavidad hasta que notó que vencía sus resistencias. Controló sus instintos y se quedó quieto mientras la cubría de besos y caricias. La sensación era increíble, aunque para ella no debía de serlo tanto. Tenía los párpados apretados, señal evidente de que le dolía.

—¿Cómo estás?

—Bien, no te preocupes.

—Si necesitas que pare dímelo, ¿vale?

—De acuerdo. —Sonrió un poco.

Jake le hizo el amor con especial cuidado, pendiente en todo momento de sus expresiones. Se esmeró todo cuanto pudo en hacerla sentir bien, en que lo aceptara en lugar de luchar contra él. Y eso no tardó mucho en suceder. Sus músculos se fueron distendiendo y su rostro comenzó a reflejar que el dolor disminuía. A los pocos minutos se le escapó su primer gemido de placer y entonces tomó un papel un poco más activo. Alice le acarició el pecho, los hombros y los brazos, y sus besos también se volvieron mucho más apasionados.

Y entonces sucedió de nuevo. Esa intensa y maravillosa sensación explotó en su bajo vientre y se irradió por todas sus terminaciones nerviosas. El corazón se le puso a mil, ¡le faltaba el aire! Fue incluso más apoteósico que el primero y también más especial, ya que no podía sentirse más unida a él. Y cuando Jake alcanzó el clímax fue mágico observarlo, porque era ella la que le estaba propiciando todo ese placer que le arrancaba el oxígeno de los pulmones y que al evaporarse dejó su cuerpo laxo y debilitado, tumbado al lado del suyo.

Enlazaron los dedos mientras transcurrían esos primeros segundos en que sus cuerpos necesitaron reponerse. Después, él se puso de lado y apretó los labios contra su mejilla. Alice giró la cara para recibir los besos en la boca.

Para ella todo era nuevo y, aunque para él no lo era, sí que hacía mucho tiempo que no se preocupaba de alguien después de tener relaciones sexuales. Por regla general, la chica de turno se marchaba rápidamente a su casa una vez que todo terminaba y, si era él quien se encontraba en una casa ajena, no tardaba ni dos minutos en colocarse los pantalones y salir zumbando.

Y era increíble volver a sentirse así, tan unido a una persona que no podías dejar de mirarla ni de tocarla, a la que echabas de menos, aunque sólo te separases de ella durante unas cuantas horas al día. Recapitó. En realidad, nunca había tenido sentimientos tan intensos por nadie. Eso sí que era nuevo y desconocido.

Alice se estaba quedando helada, así que agarró la manta para cubrirse de nuevo con ella. Se acurrucaron y dejaron pasar los minutos.

Eran cerca de las dos de la madrugada, y al día siguiente debería utilizar un montón de maquillaje para cubrir las enormes ojeras que tendría al levantarse, pero no tenía ganas de dormir. Demasiadas emociones juntas y todas maravillosas. Quería recrearse un poco más en ellas.

Y a Jake debía de sucederle lo mismo, porque sus manos continuaron moviéndose con dulzura sobre su cuerpo.

—¿En qué estás pensando? —susurró él al cabo de un rato.

—En lo mucho que ha cambiado mi vida en estos dos últimos meses.

—¿A mejor?

—Desde luego —dijo convencida—. Cuando llegué a Nueva York pensé que mi vida aquí mejoraría, que por fin podría dedicarme a estudiar lo que siempre había querido y que gozaría de la libertad que nunca había tenido, ya que mi padre estaría a miles de kilómetros. Y así ha sido. Pero además te he encontrado a ti, y eso sí que no lo esperaba.

—Sobre todo cuando me viste por primera vez, ¿no? —bromeó.

—Especialmente cuando te vi la primera vez. —Se echó a reír.

—Pero te parecí guapo, ¿eh? Eso no puedes negarlo.

—Mucho —asintió. Jake le acarició los labios y ella le rozó la yema con la punta de la lengua—. También estoy pensando en que mañana es Acción de Gracias y en que tengo que regresar a Chicago.

—Verás a tu hermana y estarás muy bien.

—Lo sé, tengo muchas ganas de abrazarla y de contárselo todo. Pero también tendré que pasar el tercer grado de mi padre, como si no estuviera lo bastante informado con todas las llamadas diarias que nos hace tanto a mí como a David y a Anthony Spencer.

—Bueno, piensa que sólo serán unas horas y que pasado mañana ya estarás aquí. Ya nos ocuparemos entonces de levantarte el ánimo.

Erin estaba esperándola en el aeropuerto internacional O'Hare. Ningún miembro más de la familia se dejó caer por allí, aunque a Alice no la sorprendió porque ya se figuraba que no acudirían a recibirla. Se fundieron en un fuerte y jubiloso abrazo que ninguna tuvo prisa por romper, y es que, aunque hablaban muy a menudo por teléfono, hacía dos meses que no se veían y nunca habían estado tanto tiempo separadas.

—Pero qué guapa estás, Erin, ¡deja que te vea!

Se cogieron de las muñecas y se observaron la una a la otra con gesto emocionado.

—Tú sí que estás guapa. Los aires de Nueva York te están sentando genial, aunque no noto que hayas engordado ese kilo que me dijiste.

—Eso es porque se me ha ido al trasero.

Su hermana la hizo girar un poco.

—Anda, ¡es verdad! Los vaqueros te están más ajustados. —Erin siempre había envidiado el metabolismo de Alice, pues podía comer lo que quisiera sin engordar ni un solo gramo. Ella, por el contrario, había heredado el de su madre y tenía que cuidarse un poco más—. Te brillan los ojos de felicidad.

—Ya sabes, estar lejos de papá es una cura para el alma.

—Debe de serlo, porque hasta te está gustando tu profesión, ¿no?

—Bueno..., tengo muchas cosas que contarte. —Pero no era el momento adecuado. Necesitaba privacidad y un sitio más tranquilo—. ¿Qué tal todo por aquí? ¿Alguna novedad? ¿Sigue Neil yendo en serio con esa enfermera que me contaste?

Erin hizo un mohín mientras las dos se ponían en movimiento.

—Ahora te contaré.

Alice sólo había llevado una bolsa de viaje que no había facturado, así que no tuvieron que entretenerse en la zona de recogida de equipajes.

Salieron directamente al parking del aeropuerto, donde su hermana había dejado el coche estacionado, y Alice se tomó un momento para observar el

cielo, que ese día estaba especialmente azul. Contempló los altos edificios del distrito financiero que se erigían a lo lejos y la línea del lago Michigan en el horizonte, fundiéndose con el cielo. Tenía sentimientos encontrados. Le agradaba volver a estar en Chicago, al lado de su hermana, pero sentía que su corazón pertenecía a otro lugar que estaba a más de mil kilómetros de allí.

De camino a su casa, Erin le estuvo contando todo lo que sabía de la relación de Neil con la enfermera.

Neil Parrish era el hijo de William Parrish —el socio de su padre que se hacía cargo de la gestión de la filial de Londres—, y era el amor platónico de Erin desde que era una adolescente. Alice siempre le aconsejaba que se olvidara de él y que se centrara en otros chicos porque no era más que un mujeriego y un engreído, pero su hermana lo veía con otros ojos. Para ella, no había ninguno como Neil Parrish y, por eso, ninguna de las escasas relaciones que había mantenido con el sexo opuesto había funcionado, aunque ella adujera que eran otras las razones.

—¿Por qué crees que soy invisible para él? Quiero decir, tenemos buena relación, somos compañeros de trabajo, pero... ¿por qué no me considera sexualmente atractiva? —le había preguntado en alguna ocasión a Alice.

—Estoy segura de que te encuentra atractiva, Erin, eres una chica guapísima. El problema es que a él no le interesa lo que tú tienes que ofrecerle, ¿no te das cuenta? No quiere ataduras, es un chico guapo con un montón de dinero que sólo quiere divertirse —le había respondido ella.

En las últimas semanas habían circulado rumores de que Neil se iba a trasladar a la filial de Londres durante una temporada indeterminada, y Alice cruzaba los dedos para que fuera verdad. Erin la habría matado de enterarse de sus deseos, pero que Neil saliera de su vida era lo mejor que podía pasarle.

Erin residía en un bonito apartamento en la ciudad a menos de diez minutos en coche de la torre Willis. Se había independizado hacía unos meses, en cuanto reunió el dinero necesario para volar del nido familiar. Tenía un buen puesto de trabajo en Mathews & Parrish. Como se había licenciado en Psicología por la Universidad Loyola, su padre le había dado un puesto en el departamento de recursos humanos de la empresa, aunque también la había obligado a realizar más de un curso de finanzas para que controlase todo el tema de contratos y de nóminas. No desempeñaba el trabajo con el que se sentía realizada, ella siempre había soñado con tener su propia consulta para

ejercer de psicóloga, pero cuando llevabas el apellido Mathews ya sabías desde muy temprana edad cuál sería tu destino laboral.

El mismo que tendría ella una vez que terminase las prácticas.

Entraron en el bonito apartamento y Alice dejó su bolsa de equipaje en la habitación de invitados. Era un alivio que Erin se hubiese comprado un piso para no tener que quedarse a dormir en la casa de sus padres. Lo único que la inquietó fue encontrar ese chisme que Erin denominaba *detector electromagnético* sobre la mesa de café del salón, frente al sofá donde las dos se sentaron.

—¿Quieres que lo retire de ahí? —le preguntó su hermana al ver que fruncía el ceño.

—Pues si haces el favor... Sería un poco incómodo que se pusiese a funcionar de repente.

Erin se echó a reír.

—Está apagado, no puede funcionar de repente.

—Bueno, tú has visto cosas más extrañas, ¿no?

—Eso es verdad.

Erin abrió el cajón que había bajo la mesa y lo dejó allí. Igual que a ella le sucedía con la pintura, su hermana tenía una gran pasión con la que atemperaba la frustración de no dedicarse de forma profesional a lo que más le gustaba: estudiaba fenómenos paranormales, en concreto, leyendas urbanas. Desde hacía un tiempo, salía a investigarlas en persona cuando el trabajo se lo permitía, y últimamente había dado un paso más en esa pasión secreta: andaba buscando que algún medio de prensa quisiera contratarla para publicar sus artículos e investigaciones.

Si al señor Mathews le resultaba intolerable que a Alice le encantase pintar cuadros, no podía ni imaginar qué le parecería que Erin sintiese esa fascinación por la parapsicología.

Probablemente le daría un infarto.

Como tenían unas cuantas horas por delante antes de la cena, se acomodaron y Alice se preparó para contarle a su hermana todo lo que le había estado ocultando desde que había llegado a Nueva York. No sabía por dónde comenzar, ¡eran tantas cosas...! Puso un poco de orden en su cabeza y empezó por el principio.

—A los pocos días de instalarme en el piso que papá alquiló para mí en Manhattan, me deshice de él y me fui a vivir a Brooklyn, a un apartamento

mucho más barato y más cercano a la universidad.

No fue fácil sacarlo todo a la luz, en especial porque Erin la escuchaba como si fuera a darle un colapso mental. Alice comprendía que era demasiada información para digerir en tan poco tiempo y por eso intentó suavizar episodios como el de David Hinkle. No le parecía necesario ahondar en aquello, Jake había curado todas sus posibles secuelas emocionales. Le gustaba de su hermana que nunca interrumpía las conversaciones cuando le estaban contando algo de suma importancia, aunque mucho se temía que si no detenía su monólogo para opinar o preguntar era porque se había quedado en estado de *shock* casi desde el principio.

—Cuando lo vi por primera vez, yo... Jamás se me habría pasado por la cabeza que pudiera gustarme alguien como él, pero Jake es esa clase de persona que te va calando poco a poco y cuando quieres darte cuenta se te ha colado tan hondo en el corazón que ya no puedes sacarlo de ahí. Siempre he pensado que me conocía bien a mí misma y que sabía lo que quería, ¡pero no tenía ni idea! Desde que Jake entró en mi vida, por primera vez sé quién soy realmente y sé qué es lo que quiero. Y, entre otras cosas, lo quiero a él. —Agitó la cabeza, como para tratar de borrarse de la cara esa sonrisilla de enamorada que aparecía cada vez que pensaba en Jake—. Y además es tan guapo...

Erin inspiró una repentina bocanada de aire que dejó escapar en forma de suspiro. Luego frunció los labios para intentar decir algo que no llegó a compartir y éstos volvieron a quedar laxos. Alice esperaba su opinión con el alma en vilo, pues siempre era de vital importancia para ella. Percibió que aquellos ojos castaños que había heredado de su madre comenzaban a llenarse de ansiedad conforme el silencio se alargaba entre las dos. Era la reacción que había imaginado.

—¿Por qué no me lo has contado mucho antes? ¡Han pasado dos meses, Alice!

—Quería esperar a hacerlo en persona, que pudieras mirarme a los ojos y comprobar por ti misma que estoy bien y que soy feliz. Si te lo hubiese dicho por teléfono, te habría afectado muchísimo, y estoy segura de que no podrías haber controlado tus emociones frente a papá.

Erin no pudo rebatir ese argumento.

—Dios mío, Alice... Todo lo que estás haciendo a sus espaldas, si él llegase a enterarse... —Cabeceó angustiada.

—No se enterará.

—¿Podría decidir que quiere ir a visitarte a ese apartamento de Manhattan!

—No lo hará.

—Y ese chico, Jake... Jamás aprobaría que tuvieras una relación con un simple cantante de rock.

—No tengo ninguna intención de decírselo.

—¿Y si vuestra relación prospera? Imagínate que en un futuro te casas con él, que tienes hijos..., ¿cómo piensas ocultarle eso? —Se cubrió la boca con las palmas de las manos, muerta de preocupación—. Te repudiaría o incluso haría algo peor.

—Erin, vamos a tranquilizarnos, ¿vale? —Colocó una mano sobre el hombro de su hermana y se lo apretó con suavidad—. Ahora mismo no quiero pensar en el futuro ni hacerme todas esas preguntas. Sólo quiero vivir el presente. Lo que tenga que venir vendrá, y ya me preocuparé entonces de afrontarlo.

—Ni por un segundo te cuestiones que no me alegro por ti, es que...

—Ya lo sé, Erin, no te apures. Te entiendo perfectamente.

Erin volvió a suspirar.

—Imagino que tendrás fotos de él en el móvil.

—Un montón —asintió.

—Pues ¿a qué esperas para enseñármelas? Quiero conocerlo.

Animada por la buena predisposición de Erin y por haberse quitado ese gran peso de encima, cogió su móvil y le enseñó un montón de fotografías de Jake, sobre todo de los últimos días. Tenía muchos selfis de los dos. Fue curioso comprobar cómo Erin se fue relajando conforme ella le contaba anécdotas y más anécdotas, desde dónde había sido tomada cada foto hasta la conversación que mantenían antes de apretar el botón de la cámara.

—Cuando has dicho que era guapo... —Erin agitó la cabeza—. Bueno, Neil es un chico guapo, lo de Jake no tiene calificativo.

—Pues en persona lo es todavía más.

Mientras desplazaba las fotografías con el dedo índice, Erin no sólo se fijó en Jake, sino también en los sentimientos que fluían de la voz de su hermana, que se aterciopelaba al hablar de él. Y sus ojos azules tenían ese brillo característico que rezumaba amor. No le quedó ninguna duda de que estaba enamorada, aunque no se hubiese atrevido a utilizar ese término durante la conversación.

Continuó preocupada. A ella no le resultaba tan fácil centrarse sólo en el presente como hacía Alice, pero el rato que pasaron en su casa hasta que se hizo la hora de la ineludible cena de Acción de Gracias en el hogar familiar le vino bien para asimilarlo todo y para afrontar la reunión con los ánimos templados.

La casa olía al tradicional pavo asado que el servicio doméstico estaba preparando en la cocina antes de que se retirara para disfrutar de la festividad en sus propios hogares. Carol, su madre, bajó por la escalera a la planta principal sosteniendo en la mano una copa de vino blanco. Iba impecablemente vestida y maquillada, como siempre, y llegó hasta Alice esbozando una sonrisa concisa, no fuera a ser que una más ancha y verdadera le ocasionara la aparición de una nueva arruga.

Unieron las mejillas emulando un beso y, a continuación, Carol la sometió a un opresivo repaso físico que terminó en su cara. Por el mohín que hizo, Alice intuyó que había pasado el examen.

—Se te nota en el cutis que estás utilizando la crema que te regalé. Tu piel tiene un brillo excelente, querida.

Alice curvó los labios. No estaba utilizando esa crema, su madre sólo estaba viendo en su piel el reflejo de su felicidad.

—¿Todo bien por Nueva York? —le preguntó.

—Todo perfecto, mamá.

—Genial, voy a avisar a vuestro padre de que ya estáis en casa.

Entraron en el salón, pero a Alice no le dio tiempo a acomodarse, pues su madre volvió a asomar por la puerta para darle un mensaje.

—Tu padre quiere hablar un rato contigo antes de la cena. Te espera en su despacho. ¿Te sirvo una copa, Erin?

—No, gracias, esperaré a la cena.

—De acuerdo, voy un momento a la cocina.

Alice aguardó a que Carol desapareciera para soltar un resoplido.

—No te preocupes, seguro que es breve —la animó Erin.

Se le pasaron un montón de cosas por la cabeza mientras cruzaba la planta baja de la casa para acudir al despacho de Wayne Mathews. La ponía nerviosa entrar allí, pues relacionaba ese espacio sombrío, añejo y con olor a esencia de pino con todos los sermones que había recibido de él desde que era una niña. Llegó incluso a imaginar que David Hinkle también la esperaba allí

dentro con una cínica sonrisa torciéndole el rostro, dispuesto a desenmascararla delante de su padre.

Dio unos golpecitos con los nudillos en la puerta, y el tono de voz grave y enérgico del señor Mathews la invitó a entrar. Por supuesto, estaba solo, sentado en su sillón orejero tras la lustrada mesa del despacho. Alice detestaba esa mezcla de olor a pino y a caramelos mentolados que le invadió las fosas nasales en cuanto puso un pie en el interior.

—Hola, Alice. Cierra la puerta y siéntate.

Su madre había sonreído un poco y, al menos, le había dado un beso. Frío, pero un beso. Su padre no hizo ni una cosa ni la otra.

—¿El vuelo bien?

—Muy bien, sí.

—Estarás contenta de regresar a casa.

—Claro que sí —asintió, al tiempo que tomaba asiento y trataba de adoptar una postura con la que pareciese estar relajada.

Pero no lo estaba. La mirada de su padre era profunda y escrutadora, y la hacía sentir como si ella fuese un libro abierto en el que él podía leer todo lo referente a los dos últimos meses de su vida. Absolutamente todo.

«Tranquilízate. No es así. Aunque lo parezca, no tiene rayos X en la vista.»

—¿A qué hora te marchas mañana?

—A primera hora de la tarde, quiero llegar pronto a Nueva York para descansar.

—Por la mañana temprano vendrás conmigo a las oficinas y te enseñaré el que será tu despacho a partir del mes de junio. He escogido el mejor, con vistas al lago. Puedes decorarlo como a ti te guste, tienes tiempo de sobra. — Soltó el bolígrafo que sostenía entre los dedos y se reclinó sobre el respaldo del sillón—. Quería esperar a que vinieras para darte la sorpresa, aunque no veo que te emocione demasiado. —Alzó una ceja oscura.

—Yo... Oh, claro que sí. Me emociona mucho —asintió ella, moviendo varias veces la cabeza. Se obligó a imprimir un poco de entusiasmo en su sonrisa forzada—. Es que no me lo esperaba, pero estoy deseando verlo.

«Qué hipócrita eres, Alice.»

Una fantasía le invadió la mente mientras Wayne Mathews comenzaba su particular interrogatorio sobre su trabajo en el bufete. En ella, Alice apoyaba las palmas sobre la mesa, se inclinaba un poco hacia delante y, sin retirar la mirada de aquellos ojos fríos y cortantes, le soltaba a la cara con la barbilla

bien erguida y el tono firme y decidido que no pensaba ocupar ese despacho porque no quería ser abogada, porque iba a dedicarse a su vocación de pintora y porque quería quedarse a vivir en Nueva York con Jake, el chico del que estaba..., sí, enamorada.

Pero todo quedó en una simple ensoñación, y no tuvo más remedio que seguir replegada en su postura sumisa mientras su padre daba un repaso a sus progresos en el bufete Madison & Spencer.

—Hace un par de días estuve charlando con David Hinkle y me dijo que últimamente no estabas yendo con él a los tribunales. Alegó que se había visto desbordado de trabajo y que por eso no ha podido llevarte consigo, lo cual no estoy dispuesto a tolerar, así que charlé con Anthony y lo arreglé. —Alice notó que el estómago se le volvía de cemento—. Mi colega ha transferido algunos de los casos de Hinkle a otros abogados para que pueda ocuparse de ti como ya estipulamos desde el principio.

—Pero... tampoco me parece necesario que se hayan tomado esas medidas, también estoy aprendiendo mucho de Denise Grant. Es una abogada brillante.

—Ni hablar —negó rotundo—. Para mi hija quiero al mejor, y ése es Hinkle. En breve deberías estar acompañándolo otra vez a los juzgados. Me aseguraré de que así sea.

Si no le quedaba más remedio que volver a retomar las salidas a los juzgados, lo haría en su propio coche. Le provocaba náuseas pensar en compartir el estrecho habitáculo del vehículo con David.

Uno a uno, Wayne Mathews fue tachando con el bolígrafo la lista de temas que tratar con ella que había apuntado en un trozo de papel. Por suerte, sólo fueron generalidades y Alice pudo relajarse al fin. No obstante, cuando salió de su despacho notaba que tenía la espalda sudada.

En su mayor parte, la cena transcurrió en silencio, con el monótono tictac del reloj de pared acompasando los interminables segundos. A Wayne Mathews le gustaba comer en silencio, aunque Alice pensaba que esa parquedad en palabras se debía a que no tenía nada que decir fuera del ámbito de los negocios. Carol respetaba a su esposo y sólo hacía escuetos comentarios sobre qué le parecía la comida o acerca de las reuniones con sus amigas en el club social. Erin era la única que intentaba sacar algún tema de conversación que los involucrara a todos, pero sus aportaciones rebotaban en los oídos de sus padres igual que si hablase con la pared.

Alice sólo podía pensar en que la cena acabase para regresar a casa de

Erin y encerrarse en su dormitorio para hablar con Jake. Necesitaba oír esa voz que la hacía sentir tan libre.

Antes de conocerlo consideraba que su vida no debía de ser tan diferente de la de los demás, que el modo frío y distante en que sus padres se relacionaban entre ellos y con sus hijas no era algo que llamase tanto la atención. Pero claro que la llamaba. La falta de amor y de cariño que se respiraba entre aquellos muros gruesos y altos era abrumadora.

Hubo momentos durante aquella cena de Acción de Gracias, en la que se suponía que los seres queridos se reunían para celebrar los valores de la familia y de la unidad, que la impotencia apenas si le permitía comer. Cómo le habría gustado tener las agallas de enfrentarse a aquellas máscaras gélidas para comprobar si podía derretirlas, si había sentimientos afectuosos detrás de ellas.

Suponía que no los había.

* * *

Ese estado de apatía que le había provocado la reunión familiar comenzó a extinguirse en cuanto puso los pies en el aeropuerto JFK de Nueva York. Vio que Jake la buscaba por encima de las cabezas de las personas que se agolpaban en la terminal y Alice sintió chispazos en el corazón en cuanto sus ojos se encontraron.

Aceleró el paso y, cuando llegó a su altura, soltó la bolsa de viaje en el suelo, le echó los brazos alrededor de los hombros y lo besó con fuerza. Necesitaba quitarse con urgencia el mal sabor de boca que le había dejado el encuentro con sus padres. Jake le cogió la cabeza entre las manos y le devolvió los besos con el mismo fervor.

Era tan maravilloso sentirse querida de ese modo tan intenso y efusivo...

Jake la miró con el hipnótico magnetismo de sus ojos azules y los dos sonrieron con complicidad.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó ella.

—Muchísimo.

—Mentiroso, sólo he estado fuera veinticuatro horas.

—Pero han sido veinticuatro horas muy largas.

—Eso es verdad.

Alice se echó a reír y Jake le ordenó los cabellos que él mismo había

despeinado al aferrarla con tanto ímpetu. La noche anterior, ella le había contado por teléfono que, a pesar de que ya sabía cómo se desarrollaría la cena, no había podido evitar sentirse desdichada y muy frustrada llegado el momento de compartir la mesa. Por mucho que ella le contase, a Jake le resultaba inconcebible que existieran unos padres tan abominables como Wayne y Carol Mathews. Eran como los personajes malos de una película de serie B. Ahora que conocía su historia, era fácil comprender por qué se había construido esa gruesa coraza.

La observó mientras jugaba con sus mechones negros. A pesar de la conversación que habían tenido por la noche, Jake necesitaba cerciorarse de que nada había cambiado, de que los planes de futuro que su padre ya tenía ideados para ella no habían interferido de algún modo en su decisión de estar con él. Quería saber qué era más fuerte, si el miedo que le tenía a Wayne Mathews o ese nuevo mundo de oportunidades que se abría ante y entre los dos. Sus ojos nunca engañaban.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó ella.

—¿Así, cómo?

—Como si buscaras algo que no encuentras.

Jake sonrió un poco. Alice era muy perspicaz. No obstante, no tenía ninguna intención de agobiarla, bastante tenía ya con las presiones de su padre.

—Estaba intentando adivinar qué te apetecería hacer antes de que deba marcharme a trabajar.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —Hizo un mohín, le habría gustado que aquélla fuese su noche libre.

—Algo más de dos horas. Podemos dar un paseo por Springfield, tomar un café en Catfish o... también podemos regresar a casa, quitarnos toda la ropa y meternos directamente en la cama. —Le besó la punta de la nariz y la meció en sus brazos—. ¿Qué dices?

—Digo que sí. —Se mordió el labio.

—¿Dices que sí a qué? ¿A las tres cosas? ¿A la primera? ¿A la última?

Alice descendió la mirada hacia su barbilla. Todavía le daba vergüenza expresar ciertos deseos en voz alta. Como Jake lo sabía, se divertía colocándola en esa tesitura.

—A la tercera —musitó.

—Así que a la tercera..., y ¿cuál era la tercera? Me he olvidado del orden en que las he enumerado.

Esa sonrisa pendenciera insufló calor a sus mejillas. Alice meneó la cabeza muy despacio y continuó mordiéndose el labio para que no se le ensanchase la sonrisa.

—¿No vas a refrescarme la memoria? —Jake se inclinó un poco y apoyó la frente en la de ella. Su inocencia, que sobre todo se hacía palpable en lo referente al sexo, le parecía encantadora y acentuaba su deseo de llegar a casa cuanto antes.

—Quiero regresar... a casa.

—Así que quieres regresar a casa... ¿Estás segura, Alice? Porque hoy no vamos a conformarnos con la guinda del pastel, hoy vamos a comernos el pastel entero.

Ella abrió los ojos desmesuradamente y le dio un golpecito en los hombros.

—¿Y eso qué significa?

—Que voy a saborearte de los pies a la cabeza —susurró contra sus labios antes de besárselos.

—¿Los cafés de Catfish están buenos? —inquirió ella a media voz—. Pregunto por si estoy a tiempo de cambiar de opinión.

Él se retiró un par de centímetros para comprobar si estaba hablando en serio. Ella no pudo aguantar la risa.

—Me has dado un buen susto, ¿sabes? —Le dio un suave mordisco en la base del cuello que la hizo dar un respingo. Era uno de sus puntos sensibles. Quería descubrir el resto cuanto antes—. Ahora no tendré contemplaciones contigo.

Esa advertencia irradió calor por toda la superficie de su piel.

Alice nunca le había dado excesiva importancia al sexo, menos todavía después de que sus primeras incursiones con su novio de la universidad fueran tan frustrantes, pero desde que había besado a Jake en el ferri, el sexo había subido varios puestos en su escala de necesidades.

En aquel preciso instante, incluso podía afirmar que se había colocado directamente en el primer puesto.

Con las fiestas navideñas tan cercanas, Nueva York comenzó a engalanarse con un infinito surtido de luces y adornos que crearon magia y fantasía en las calles. Los escaparates de las tiendas y los jardines de las viviendas se vistieron como auténticas postales invernales, los mercadillos empezaron a tomar las plazas, los abetos se dejaban ver por toda la ciudad a la espera de que los llevaran a casa, y los patinadores coparon las pistas de Rockefeller Center y Bryant Park.

Juntos asistieron al mítico encendido del árbol de Navidad de Rockefeller Center, hicieron sus compras en Macy's e incluso adquirieron un abeto que colocaron en el salón de casa.

Cuando era pequeña, Alice y Erin ayudaban a la abuela Ava con la decoración del pequeño abeto que cada año ponían en una salita de la casa —«donde menos moleste», según instrucciones de su padre—, pero, una vez que la abuela cayó enferma, nunca más se celebró una Navidad en el hogar de la familia Mathews; por eso, algo tan sencillo como decorar el árbol en compañía de Jake se convirtió en la tarea más entrañable y especial de los últimos años.

No podía dejar de sonreír como una niña pequeña hechizada por las vistosas bolas de colores brillantes, los bastones de caramelo, las estrellas y las luces parpadeantes. Además, por expreso deseo suyo, colocaron un par de botas de fieltro colgando de una de las estanterías del mueble —a falta de chimenea—, y también se empeñó en colgar una rama de muérdago cerca de la entrada.

—Para besarnos cada vez que nos crucemos —le había dicho ella.

—No necesito una rama de muérdago como excusa para besarte —había contestado él al tiempo que le hacía una demostración—. Aunque ahora tendremos un motivo más para hacerlo.

Las dos semanas posteriores a Acción de Gracias fueron, sin duda alguna, las más felices de toda su vida. Le costaba reconocerse bajo su piel. Estaba

pletórica, ilusionada, se sentía optimista y esperanzada, había mariposas revoloteando en su estómago todo el día y su mente se pasaba las horas recreando el momento de llegar a casa para estar con él. Ni siquiera volver a los tribunales y pasar más tiempo con Hinkle consiguió oscurecer aquellos momentos tan dulces.

Jake. Jake. Jake.

El corazón se le aceleraba con el simple eco de su nombre. Además, su creatividad también se había visto afectada por ese delicioso tornado de emociones. Había dejado en un rincón el cuadro del parque Grant de Chicago —que había quedado arruinado tras los fúnebres tonos que había utilizado cuando se sentía tan desdichada— y había comenzado uno nuevo. Lo estaba pintando a él, aunque Jake no tenía ni idea.

Alice lo observaba cuando se sentaba en el sofá del salón con su Takamine en brazos e improvisaba melodías en busca de futuras canciones. Recrear a Jake en el lienzo, mientras los acordes le inundaban los oídos y los sentimientos le embargaban el corazón, la acercaba al paroxismo.

Al ritmo que avanzaba terminaría muy pronto el cuadro. Esperaba poder regalárselo el día de Navidad. Él, por el contrario, decidió que no aguardaría a ese día para darle su primer regalo.

Ese viernes noche tocaban en el Mercury Lounge, una legendaria sala de conciertos en el Bajo Este de Manhattan. Durante los días de diario, Alice nunca iba a verlos tocar porque ya había tenido la ocasión de comprobar que trasnochar le sentaba como un tiro si al día siguiente debía madrugar, pero ese viernes no pensaba perderse el concierto por nada del mundo. Además, Jake había sido bastante claro al respecto:

—Esta noche quiero verte allí —le había dicho con esa voz grave y susurrante que la encandilaba.

Así que se colocó unos vaqueros, unas botas planas con cordones y una blusa blanca estilo hippie que jamás se habría puesto en el mes de diciembre de no ser porque en los conciertos siempre se pasaba mucho calor. Por último, cogió su plumífero más recio para el trayecto y condujo hacia Manhattan.

El Mercury Lounge era una sala pequeña con capacidad para trescientas personas, pero estaba mucho más cuidada que otras en las que había estado. Según Jake, habían pasado por allí muchos grupos importantes, aunque ella no conocía ninguno de los nombres que él enumeró.

—Me temo que mi cultura musical es más bien escasa.

Él se había echado a reír.

—Es música *indie*, no tienes por qué conocerla.

Había una especie de grada que rodeaba el local y que ofrecía las mejores vistas para los espectáculos en vivo, aunque Alice prefirió quedarse en la planta baja para estar más cerca del escenario, ¡si la dejaban pasar! Había buen ambiente, ya habían tocado un par de grupos esa noche y la gente tenía muchas ganas de pasárselo bien. Se fue haciendo paso como pudo. Los chicos, mucho más amables que las chicas, no le pusieron mala cara mientras trataba de avanzar. Uno alto y pelirrojo incluso la invitó a que se tomara una copa con él. Alice hizo un gesto amable y la rehusó.

Llegó a la zona derecha del escenario y decidió quedarse allí. En el centro, justo frente al lugar que siempre ocupaba el cantante, había un montón de chicas agolpadas que lucían escuetos tops y mucho maquillaje. Claramente, había tres clases de público bien diferenciado. Por un lado, estaban los apasionados de la música rock en directo y, por otro, las chicas que iban allí con el afán de enrollarse con el cantante de turno. Alguna vez, Alice había oído algún comentario sobre «lo mucho que molaba montárselo con un músico». Ella no era una persona posesiva, pero le sobrevino esa emoción mientras observaba al descarado grupo de chicas. Deseó decirles que se contentasen con mirar a Jake todo lo que quisieran porque eso sería lo único que iban a conseguir.

Y el último grupo lo formaba ella, que continuaba sintiéndose fuera de lugar en aquel ambiente tan *indie* y entusiasta. Además, el hecho de ir sola no favorecía que se sintiese integrada. Tenía ganas de que se apagase la luz y comenzase el espectáculo.

Estaba ansiosa por ver a Jake e intercambiar miradas con él.

Poco tiempo después, las luces ambientales se apagaron, los acordes rasgados de una guitarra comenzaron a sonar al compás de la batería y el Mercury Lounge se convirtió en una gran fiesta.

La invadieron millones de sensaciones mientras observaba cómo él disfrutaba encima del escenario, con las trescientas personas metidas en el bolsillo de aquellos vaqueros desgastados y agujereados que tan bien le sentaban. ¿Cómo era posible que alguna vez lo hubiese juzgado por dedicarse a la música? ¿Cómo era posible que lo hubiese considerado inferior por no tener una carrera universitaria? Le parecía estar a años luz de esa Alice prejuiciosa de hacía dos meses, ya que, ahora, mientras lo contemplaba al

dejarse el alma bajo los focos, sentía una profunda y genuina admiración por Jake.

¡Y lo quería tanto...!

El tiempo fue transcurriendo envuelto en música, magia y aplausos, y cuando todo el mundo pensaba que el *set list* estaba llegando a su final, Jake colocó ambas manos sobre el micrófono y pidió un poco de silencio al público, ya que tenía algo importante que decir. Un foco de luz blanca incidió directamente sobre él y le dedicó a Alice una mirada de complicidad antes de expresar lo que quería contar.

—Esta noche los chicos y yo vamos a tocar por primera vez un nuevo tema que he compuesto en los últimos días. Ha sido la composición más rápida de toda mi vida, creo que le dediqué tres o cuatro sesiones y ya la tenía lista. — Sonrió al tiempo que dejaba caer los dedos sobre las cuerdas de la guitarra—. He escrito unas cuantas canciones de amor a lo largo de los años, pero ninguna me ha calado tan hondo como ésta, ninguna me ha mantenido una noche en vela con la inspiración acompañándome hasta que amanecía. ¿Sabéis por qué? — Deslizó esa mirada tan azul por encima del público hasta detenerla en ella. Alice notó que el corazón se le apresuraba—. Porque estaba todo aquí. — Se señaló el corazón con el puño—. Cada palabra, cada acorde y cada melodía. Sólo tenía que dejarlo hablar y convertir su voz en una canción.

—¿Y quién es ella? —preguntó un chico a pleno pulmón desde el público.

—¡Eso, Jake! ¿Quién es la afortunada que te ha sacado del mercado? — inquirió una de las chicas despampanantes que había en primera fila.

Él volvió a sonreír. Alice, por el contrario, notaba que se estaba poniendo más blanca que el papel.

—Se llama Alice, y es lo mejor que me ha pasado nunca.

Se oyeron un montón de vítores y aplausos, al tiempo que un foco de luz se deslizaba por la sala hasta alcanzarla plenamente. ¡Los técnicos de luces estaban compinchados con Jake! Notó un montón de miradas que se volvían hacia ella y Alice pasó del blanco papel al rojo fuego en cuestión de un segundo.

—Alice, cariño, ¿me haces el honor de subir?

—Yo... —balbuceó.

—Vamos, no seas tímida.

Jake alargó el brazo y movió los dedos para ayudarla a decidirse. Alice se cubrió la boca con ambas manos para que nadie pudiera leerle los labios.

—Te voy a matar, Jake. ¿Cómo me haces esto? —susurró contra los dedos.

Pero cuando se descubrió la cara, sonreía como una niña. La adrenalina golpeaba su corazón con tanta fuerza que la sacó de ese estado de parálisis al que la había conducido la inesperada sorpresa. Se movió entre la gente y accedió al escenario por la escalera lateral. Apenas podía contener la emoción y tampoco la vergüenza. ¡Estaba temblando! Llegó junto a Jake y escondió su turbación abrazándose a él. Enterró la cara en su cuello para que nadie pudiera mirarla mientras el amor la deshacía. Sus oídos continuaron captando los aplausos de un público que se había emocionado con la demostración de amor en directo.

—Qué vergüenza me estás haciendo pasar, Jake.

Él se echó a reír y la besó en la cabeza.

—Vamos, no seas tímida. Sólo es un poco de gente.

—No tenía ni idea de que me habías escrito una canción.

—La componía cuando tú no estabas en casa o cuando estabas durmiendo. Y ahora quiero que te quedes aquí arriba mientras la tocamos.

—¿Qué? —Retiró el rostro de su cuello para mirarlo—. No, Jake, te lo suplico. ¡Me está mirando todo el mundo!

—Porque eres preciosa, por eso te miran. Y ahora toma asiento en ese taburete de allí y relájate, ¿vale? Estarás resguardada de los focos.

Alice no pudo resistirse a besarlo, aunque trescientas personas estuviesen pendientes de ellos. Le tocó el cabello con gesto amoroso y luego se apartó del potente halo de las luces. Había un taburete a la derecha del escenario, muy cerca de la escalerilla, que alguien del equipo técnico había colocado allí después de que ella subiera. Se le relajaron los nervios al sentarse en la penumbra y dejó que las emociones fluyeran sin control.

Tras presentar la canción como *Trapped on You*, tres golpes de baqueta marcaron la entrada al tema. Los acordes melódicos de la guitarra de Jake se fusionaron con los que Renée hizo brotar de los teclados y, cuando él entonó la voz, Alice ya estaba tan emocionada que hasta se le habían saltado las lágrimas. La cadencia del sonido era tan emotiva que se le metió bajo la piel, y Jake formaba frases tan impactantes, directas y conmovedoras que le fundieron el corazón. Se vio reflejada en cada palabra, ella sentía exactamente lo mismo y, aunque en aquel momento no pudiera decírselo, él lo sabía. Sabía que le había enamorado el corazón porque cada vez que volvía la cabeza para mirarla ella tenía que enjugarse las lágrimas.

El final se convirtió en una ovación apoteósica y la sala pareció venirse abajo. La música logró que las emociones de todos los presentes estuviesen a flor de piel.

Alice saltó del asiento y abandonó su refugio entre las sombras casi a la carrera. Mientras se secaba las lágrimas que le mojaban las mejillas, se fusionó con Jake en un abrazo impetuoso.

—¿Te ha gustado, cariño?

—¡Muchísimo! —Alice le cogió la cara entre las manos y lo besó una vez, y una segunda, y hasta una tercera, antes de abrirle del todo el corazón—. Es lo más bonito que jamás han hecho por mí. Te amo, Jake.

—Yo también te amo.

Que hubiese trescientas personas observándolos dejó de importarle a Alice cuando él estrechó el abrazo para soldarla a su cuerpo. Luego la besó con pasión, uniendo sus lenguas mientras las aclamaciones se prolongaban incluso después de que las luces del escenario se apagaran.

Los compañeros del grupo tuvieron que entrometerse para sacarlos de allí antes de que el siguiente grupo tomara posesión del escenario. Ellos también estaban al tanto de los planes que Jake se había propuesto llevar a cabo esa noche y lo habían apoyado en todo. La verdad era que, a pesar de que Alice había comenzado con muy mal pie con ellos, habían acogido bien la noticia de su relación con Jake cuando él los había puesto al tanto unas semanas atrás. Renée había sido la que se había mostrado más reacia, aunque Jake estaba seguro de que acabaría aceptándola.

—Es duro para ella cuando hace tan poco tiempo que enterramos a Gisele, pero no le queda otra opción que comprenderlo y aceptarlo. Y, si no lo hace, es su problema —le había dicho él.

El modo en que había reaccionado Nicole había sido completamente distinto. Alice había escogido la tarde siguiente al mágico beso en el ferri para contárselo. Cuando abandonaban el campus le había pedido que se sentasen en un banco porque tenía algo importante que decirle, pero ni siquiera la dejó terminar. La acusó de ser una egoísta, una aprovechada y una caprichosa.

—Te has estado riendo de mí, ¿verdad? Negaste varias veces que Jake te gustase y hasta me animaste a que quedase con él, pero en cuanto viste que empezábamos a quedar te corroyó la envidia y decidiste meterte en medio —la había increpado con rabia, con los ojos mucho más encendidos que la

tonalidad de su melena pelirroja—. No esperaba que fueras así, que jugases tan sucio. Espero que se te atragante la victoria.

—Esto no ha sido premeditado, ha surgido sin más. —Como Nicole se había puesto en pie para largarse, Alice la había seguido a paso rápido, atrayendo las miradas de los universitarios que circulaban por el campus—. Siento mucho haberte hecho daño, pero no ha sido deliberado. Tienes que creerme.

—Yo no tengo que creer nada. Por mi parte, nuestra amistad se ha terminado.

Y así había sido como le había retirado la palabra. En las clases comunes, Nicole buscaba sentarse en el extremo opuesto del aula y, si coincidían en la salida, echaba a andar tan rápido como sus zapatos de tacón le permitían.

Así había sido hasta el día anterior. En la clase de teoría y contextos de la educación artística, Nicole había decidido acercarse a posiciones y ocupar el asiento que había libre a su lado. Alice la había mirado de reojo y se había encontrado con que se había desprendido de su mueca hostil y ahora esbozaba una sonrisa laxa.

—Oye, Alice... —le había dicho—. Creo que es absurdo que continuemos... evitándonos.

—Bueno..., yo no te evito, eres tú la que lo hace.

—Sí, tienes razón —admitió, con un hilillo reflexivo de voz—. Han pasado varias semanas y la verdad es que ahora veo las cosas desde otra perspectiva. Sé que eres muy feliz con él, así que no me queda más remedio que reconocer que no tratabas de inmiscuirte entre nosotros, sino que tenías sentimientos por Jake y no sabías cómo enfrentarlos.

Alice asintió, aunque se mostró cauta. Tanta comprensión repentina le había generado algo de desconfianza.

—Sí, más o menos eso es lo que sucedió.

La profesora Jessica Green había entrado en el aula, pero mientras dejaba su maletín sobre la mesa y preparaba el proyector de diapositivas, habían continuado hablando por lo bajo.

—Quiero que sepas que por mi parte ya no hay acritud. Sería un poco raro retomar la amistad que teníamos antes porque él me gustaba de verdad, pero al menos podemos tener un trato cordial, ¿no te parece?

Alice había asentido.

—Me parece bien, claro que sí.

Y eso había sido todo. Por lo menos, ya no resultaría tan violento cruzarse con ella por los pasillos de la facultad ni en las clases que compartían.

Pasada la medianoche recuperaron sus abrigos del guardarropa y se marcharon del Mercury Lounge. Luke les insistió para que se quedaran un rato más y Alice dejó que fuera Jake quien decidiera qué hacer. Le encantó que le dijera a su amigo que tenía ganas de estar a solas con ella, porque ella se moría de ganas de estar a solas con él.

Como Alice había llegado en su propio coche, Jake la acompañó hasta el lugar donde había estacionado. Le pasó el brazo por la cintura y caminaron despacio a pesar de que el viento gélido mordía. Había nevado un poco el día anterior y la nieve estaba ahora amontonada a ambos lados de la calzada, pero el pronóstico meteorológico auguraba fuertes nevadas para los próximos días.

—Ah, se me olvidaba.

Jake metió la mano en el bolsillo de su cazadora de piel y sacó un *pendrive* que depositó en la mano enguantada de Alice.

—¿Qué es?

—Es tu canción.

—¿Está aquí dentro? —preguntó ella con los ojos brillantes.

—Alquilé un estudio de grabación por unas horas. Quería que sonara perfecta.

Ella se puso de puntillas y le estampó un sonoro beso en la mejilla. El impulsivo movimiento los hizo tambalearse, ya que conforme había caído la noche el asfalto se había vuelto resbaladizo en algunos tramos.

—Por cierto, ya he cerrado el trato con la empresa de reformas, me han telefoneado durante los ensayos. Se encargarán de todo, de la electricidad, de la fontanería, de la pintura, la albañilería... Me han comentado que empezarán este mismo lunes.

—¿Tan pronto? ¡Eso es fantástico!

—Lo es. Son buenos y trabajan rápido. Dentro de cinco semanas debería estar todo listo.

En los últimos días Jake había realizado todos los trámites legales de la compraventa del local de Staten Island, por lo que ya era formalmente suyo.

Llegaron hasta el Dodge Avenger de Alice y Jake le dio un beso tierno que no tardó en avivarse. Ella no había besado a muchos chicos antes de él, sólo a dos, pero aunque hubiese besado a un centenar estaba segura de que ninguno le

habría gustado más que Jake. Sus labios golosos y su lengua posesiva la dejaban sin respiración. Nunca tenía bastante, siempre quería más.

Y él siempre quería más de ella.

Su móvil vibró en el bolsillo de su cazadora de piel y Jake gruñó por lo bajo.

—Es Luke, ¿qué coño querrá?

Se lo pegó a la oreja y respondió a la llamada. Contestó a su amigo con escuetos monosílabos y luego profirió un desgano «joder» antes de decirle «está bien, ahora voy para allá». Luego cortó la comunicación.

—¿Qué ocurre?

—El dueño del local quiere cambiar la fecha que ya teníamos programada para el martes por la noche. Por lo visto, lo han avisado hace un momento de la muerte de un familiar y tiene que coger un avión. Menuda faena. —Devolvió el móvil al bolsillo—. Márchate a casa, ¿vale? Tengo que regresar al Mercury para ver cómo lo solucionamos.

—Si quieres te acompaño.

—No sé lo que puedo tardar, prefiero que te adelantes y me esperes en casa. —Le brindó una mirada hambrienta—. Desnuda.

Alice soltó una risita y luego rozó sus labios húmedos contra los de Jake, que ya se estaban quedando helados.

—Me quedaría congelada hasta que llegases.

—Tenemos un edredón nórdico. Tápate hasta el cuello hasta que llegue y luego ya me encargaré yo de calentarte. —La besó con ímpetu—. Intentaré llegar lo antes posible.

—Yo intentaré no quedarme dormida.

—Te despertaré, no tendré contemplaciones.

—No las tengas.

Jake dio un paso atrás, pero ella se resistía a soltarle los dedos. No podía creer lo afortunado que era. Debía de haber hecho algo muy bueno en su vida para merecer a una chica tan increíble como Alice. Las palabras que tan minuciosamente había escogido para componer *Trapped on You* y transmitirle lo que sentía perdían significado si las comparaba con ese torbellino de sentimientos que lo acompañaba las veinticuatro horas del día.

Joder, estaba loco por ella. La amaba con todas sus fuerzas.

Se acercó para besarla una vez más.

—Te quiero.

—Te quiero —repitió Alice.

El tráfico nocturno era menos denso que en las horas punta, y sólo tardó veinte minutos en llegar a Sunset Park. Planeó darse un baño de burbujas hasta que él apareciera, y luego se pondría ese conjunto de lencería tan sensual que se había comprado hacía unos días y que reservaba para una ocasión especial. Él había interpretado en directo una canción preciosa que había escrito y compuesto sólo para ella, ¡le había declarado sus sentimientos ante cientos de personas! Y ella también le había confesado que lo amaba.

No podía existir una ocasión más especial que aquélla.

Subió la escalera hacia el tercer piso. Fogonazos de los increíbles momentos que había vivido durante esa noche no cesaban de acudirle a la cabeza. Sonreía cuando metió la llave en la cerradura de la puerta, y continuó sonriendo mientras entraba en el apartamento oscuro como boca del lobo.

Pero la sonrisa se esfumó de golpe en cuanto pulsó el interruptor de la luz del comedor.

Wayne Mathews estaba sentado en el sofá de su casa.

Le resbaló de los dedos la correa del bolso y éste cayó al suelo.

«No es posible. No es posible que él esté aquí...», repitió mentalmente una y otra vez, esperando despertar de esa terrorífica pesadilla. Pero era real, no estaba soñando, ninguna pesadilla podía ser tan vívida. El corazón se le aceleró. Le golpeó tan fuerte las costillas que pensó que se le saldría del pecho.

—Pa-papá...

—Entra —le indicó, pues se había quedado parada en el umbral.

Creyó que no le funcionarían las piernas, pero consiguió dar dos pasos vacilantes. Volvió a detenerse en cuanto vio el marco con la foto de Jake en plena actuación en directo que su padre había dejado sobre el sofá, en el asiento de al lado. El alma se le cayó a los pies.

¿Cómo era posible que estuviese allí?

David Hinkle había faltado a su palabra. No había otra explicación. Quiso salir disparada hacia Manhattan para matarlo con sus propias manos, pero se quedó allí quieta, paralizada, atrapada en la angustiada sensación de que su vida se había acabado para siempre.

Su padre la observaba con una ira tan extrema que sintió náuseas. El hecho de que siempre presentase esa imagen tan impoluta, con el traje cortado a medida y el cabello peinado con pulcritud, sin un solo pelo fuera de su sitio, acentuaba su figura imponente e incrementaba el pánico que Alice le tenía.

A veces sentía que podía destruir a quien fuera con la mirada. El azul de sus ojos hacía daño cuando se te clavaba de ese modo tan atroz.

—¿Cómo... cómo has entrado?

—El portero del edificio me ha abierto la puerta. Le he dicho que era tu padre y no ha puesto objeciones. Además, estaba borracho, muy acorde con el escenario en el que trabaja. Ven, acércate un poco más —la invitó, moviendo los dedos en el aire.

Alice obedeció, aunque fue la inercia la que la llevó hasta él. La invadía una sensación espantosa de irrealidad, como si pisase el aire, como si acabase

de abrirse una brecha enorme entre su mundo y el exterior.

Wayne Mathews alzó la mirada hacia ella y la hostigó durante unos interminables segundos antes de hablar.

—Creo que tienes que darme unas cuantas explicaciones, ¿no es así, señorita?

—Yo...

—¡Cállate! Aún no te he dado permiso para que hables. —Sin mover apenas la cabeza, hizo una rápida inspección ocular del comedor. Alice casi podía oír lo que estaba pensando: «¿Cómo puedes vivir en este insalubre cuchitril?»—. Explícame qué haces residiendo en esta apestosa pocilga y qué tal te van las clases de arte en la Universidad de Brooklyn; ¿no es eso lo que estás estudiando sin mi consentimiento y con mi dinero? —La cólera restalló a través de sus dientes, que apenas entreabrió—. Explícame también quién es Jake, y qué demonios hace mi hija saliendo con un desgraciado sin oficio ni beneficio que no tiene ni dónde caerse muerto. ¡Sobre todo explícame eso!

Le costó enfocar la mirada, pues los objetos habían comenzado a moverse. La voz de su padre continuó resonando en su cabeza en forma de eco distorsionado. Necesitaba apoyarse sobre algo sólido, y se movió un poco hacia la derecha para agarrarse al respaldo de una silla. Temblaba, no podía sostenerse en pie sin ayuda.

* * *

No había sido David Hinkle quien había faltado a su palabra. La única persona que sabía que estaba estudiando en la universidad era...

Era Nicole.

Le parecía repugnante que sus celos pudieran haberla llevado a cometer un acto tan despreciable. Necesitaba cerciorarse.

—¿Cómo... cómo lo has sabido?

—¿Eso es lo que más te preocupa? ¿Quién me ha contado que mi hija está llevando una doble y miserable vida? —Su voz grave y severa tronó en la estancia. Alice intentó hablar, pero no le salieron las palabras, así que negó con la cabeza—. ¿Así es como pones en práctica la exquisita educación que te he dado? ¿Rodeándote de borrachos, de desgraciados y de soplonas? Sí, tu amiga de la universidad se ha puesto en contacto conmigo esta mañana para informarme de todas tus mentiras.

Alice cerró un momento los ojos y todo se movió con mayor rapidez. Volvió a abrirlos. Estaba desolada. Jamás se le habría ocurrido pensar que Nicole pudiera contener tanta maldad en su interior. Pero ¿cómo había conseguido el número de teléfono de su padre? Aunque su cabeza era un caos, le sobrevino la respuesta. El día anterior, cuando Nicole se había sentado a su lado en la clase de la profesora Green, Alice se había acercado a la docente nada más terminar la exposición para consultarle unas dudas que tenía y había descuidado sus efectos personales durante largo rato, incluido su móvil. Nicole debía de haber aprovechado ese momento para apoderarse de él y echarle un vistazo a su agenda.

No se había acercado a ella para limar asperezas, sino para planear su venganza.

—Empieza a hablar, no tenemos toda la noche.

Alice inspiró una abrupta bocanada de aire. El corazón continuaba martilleándole el pecho, creyó que sufriría un infarto.

—No... no puedo explicarlo. Sabes que desde pequeña me ha interesado mucho la pintura y con el dinero que costaba el alquiler del piso de Manhattan podía pagar este otro además de la matrícula de la universidad, así que yo... Lo hice así porque sabía que tú jamás lo consentirías.

—¡Desde luego que no! ¿Cómo voy a consentir semejante descrédito al apellido Mathews? —Movié un dedo a su alrededor—. Creía que te había quedado bien claro que nadie de esta familia se dedicaría jamás a algo tan insignificante y ridículo como pintar cuadros. ¿Acaso pensabas que bromeaba?

No. Él nunca bromeaba. Jamás.

—Pero... que dedique mi tiempo libre a pintar no interfiere en... en mi profesión de abogada. Has estado en contacto con Anthony y con David y ellos te han dado buenas referencias de mi trabajo en el bufete, ¿no es así?

—¡Eso no es suficiente! —Volvió a estallar, dando un golpe al reposabrazos del sofá con el puño. Alice dio un respingo y su pie derecho chocó con la pata de la silla—. No es suficiente porque, en lugar de perder el tiempo estudiando esa porquería de carrera universitaria, tendrías que haber pasado las tardes con la nariz enterrada en todos los expedientes judiciales que el bufete ha estado poniendo a tu disposición. ¡Y no en esta porqueriza, sino en el apartamento de Manhattan! ¡Al lado de la biblioteca Pierpont Morgan!

Ahora sus largos dedos se habían puesto blancos de tan fuerte como los

apretaba sobre la tapicería marrón del sofá. Alice no pudo rebatírselo porque fuera de su horario de trabajo en el bufete no les había dedicado tiempo a las leyes. Agachó un poco la cabeza, pero volvió a levantarla de súbito en cuanto su padre nombró a Jake.

—¡Y, por si todo eso fuera poco, resulta que estás conviviendo con un tipo que debes de haber conocido en un estercolero! —Incapaz de seguir sentado, cogió el marco de la fotografía, se irguió en toda su estatura y lo blandió en el aire, frente a sus ojos—. ¿Tu novio? ¿Mi hija está teniendo una relación amorosa con este desgraciado?

Alice observó la imagen de Jake y sintió que las palabras de su padre sólo servían para que lo amara con más fuerza. Para que el orgullo y la admiración que le tenía crecieran.

—¡Contéstame, maldita sea!

—Jake no es ningún desgraciado. Él es un chico... trabajador, responsable, honesto y con muy buen corazón. Es lo que descubrí cuando dejé de prestarles atención a las apariencias.

—Un holgazán y un caradura que sólo busca aprovecharse de tu dinero y de tu posición social, ¡eso es lo que es! —A continuación, arrojó el marco sobre el sofá como si lanzara un saco de basura al contenedor—. ¿Qué es lo que pretendes con esta actitud tan deleznable? ¿Ridiculizarme ante mis socios, mis amigos y mis colegas? ¿Eso es lo que buscas? ¡Porque eso es lo que sucederá como este disparate trascienda! ¿En qué estabas pensando cuando te propusiste deshonrar a esta familia?

Alice recibió el violento chaparrón de barbaridades con la cabeza baja y los hombros desplomados. Durante algunos segundos, la carga de energía negativa que transmitía su padre se hizo tan asfixiante que creyó que le soltaría una bofetada. Jamás le había puesto la mano encima, pero nunca le había dado motivos que él considerase tan justificados como aquéllos.

Tragó saliva y elevó un momento la mirada. Él fruncía tanto el ceño que las oscuras cejas se le habían juntado en el centro y la ira había hecho que se le hincharan las venas de las sienes. Las pupilas se le clavaban feroces, destructivas, la respiración se le había acelerado y las aletas de la nariz se le habían ensanchado.

—Nunca quise deshonrar a la familia con ninguno de mis actos —murmuró.

—¡Pues lo has hecho! ¿Te enteras, niña insolente? —El olor de sus caramelos mentolados la mareó un poco más—. Menos mal que todavía estoy

a tiempo de solventarlo. ¡No pienso tolerar ni un segundo más este ultraje! ¿Dónde está él?

En el Mercury Lounge, arreglando un problema que había surgido a última hora con el dueño de la sala.

«¡Oh, Dios mío, Jake! No vuelvas todavía a casa, no vuelvas...» Se le había olvidado por completo que, en cualquier momento, podría aparecer por la puerta y entonces... No quería ni pensar lo que sucedería si los dos llegaban a encontrarse. Su padre era capaz de todo, pero Jake también tenía un carácter muy fuerte, sólo debía recordar que había estado a punto de llegar a las manos con David Hinkle.

—Está... trabajando.

—Si a eso que hace ese tipo lo llamas «trabajar» es que te has vuelto tan holgazana como él. ¡Apenas puedo mirarte a la cara de la vergüenza que me estás haciendo sentir! Tu hermana es de carácter débil y tenía todas mis expectativas puestas en ti, ¿y esto es lo que haces en cuanto me descuido un poco? —Alice apretaba los dientes mientras continuaba resistiendo el chaparrón. Era mejor no replicar cuando su padre llegaba a ese punto de furia extrema—. Mi avión de regreso a Chicago sale a las ocho de la mañana. Ahora vendrás conmigo al Hilton y pasarás la noche allí. Ya enviaré a alguien para que recoja tu coche y todas tus pertenencias.

—¿Qué?

—¿Quieres que te lo repita?

Alice sintió un sudor frío como el hielo recorriéndole la piel y el respaldo de la silla ya no fue suficiente apoyo. Las piernas se le habían vuelto de gelatina.

—No voy a regresar a Chicago —replicó, negando con la cabeza.

—¿Has dicho que no vas a venir? —Ella siguió negando—. ¡Desde luego que lo harás!

—No, por favor...

—¡Ningún Mathews suplica! —La agarró por encima del codo y la sacudió. Los dedos se le hincaron en la carne y le hicieron daño—. Vamos a dejarnos de tonterías y actos de rebeldía. ¡Ya no eres una adolescente!

Comenzó a entrarle un ataque de pánico porque notaba zumbidos en los oídos y la áspera voz de su padre le llegaba como si le hablase desde el otro extremo de un largo túnel. Otra vez se sintió atrapada en esa sensación de irrealdad, sólo que ahora era mucho más fuerte que antes.

—Dejaré la universidad y volveré a instalarme en Manhattan, pero no me marcharé de Nueva York. —La desesperación distorsionó su voz.

—¿Es que aún no te has enterado? —Inclinó la cabeza hasta que su frente casi tocó la de ella. Entonces bramó—: ¡Te quiero lejos de ese chico!

—Pues no voy a alejarme de él. Lo quiero.

—¿Qué has dicho?

—¡Que lo quiero! —chilló—. Y no me iré a ningún sitio.

Lágrimas de dolor le anegaron los ojos, aunque el señor Mathews nunca se había mostrado sensible al dolor ajeno. Y aquélla no iba a ser la excepción.

—¿Así que lo quieres?

Alice asintió repetidamente con la cabeza, al tiempo que se mordía los labios para contener los sollozos.

—Pues si de verdad lo quieres te convendrá alejarte de él porque, de lo contrario, arruinaré su patética vida y no encontrará un empleo ni para despegar los chicles de las calles. ¿Lo entiendes ahora?

No sólo lo entendía, sino que además lo consideraba muy capaz de perpetrar cualquiera de sus amenazas. De hecho, era lo que llevaba haciendo durante toda su vida, amedrentar a sus subordinados con todo tipo de chantajes. Disponía de los contactos y de las conexiones suficientes para encontrar todo el apoyo que necesitase.

Alice todavía recordaba un hecho del que se había hablado mucho cuando ella era adolescente y que había trascendido más allá de las paredes de la sede de la empresa, aunque su padre siempre negó todas las habladurías. Por lo que se decía, como la que era su secretaria por aquel entonces no quiso tener relaciones sexuales con él —entre otros motivos porque estaba felizmente casada—, tomó represalias y envió a su casa a un par de gorilas para que le dieran una paliza a su esposo. Como nunca pudo ser probado, el señor Mathews salió indemne de aquel turbio asunto, pero Alice cada vez estaba más segura de que los dos matones habían recibido la orden directa de él.

También estaba segura de que ése no habría sido el único incidente en el que habría estado involucrado a lo largo de los años. A veces había oído a la gente referirse a su padre con la etiqueta de «mafioso».

La vista se le nubló y las piernas por fin dejaron de sostenerla, pero no llegó a caer al suelo, ya que su padre la arrastró por el codo y la empujó hacia el sofá. Alice cayó en él, junto al marco con la foto de Jake. Sentía que los

pulmones se le habían cerrado porque por mucho que inspiraba no le llegaba el oxígeno.

—Pienso enderezarte antes de que sea demasiado tarde. —Se tocó el nudo de la corbata, como para comprobar que seguía en su sitio, y continuó hablando—: Lo he estado meditando mientras volaba hacia aquí y he tomado una decisión importante respecto a tu futuro. —Ella apenas lo escuchaba, miraba hacia el suelo con la vista desenfocada y su mundo hecho trizas—. Neil se marcha a Londres durante una temporada, William lo necesita allí. Irás con él y te pondrás a trabajar de inmediato en la empresa. Aprenderás de Sebastian Jones, es uno de nuestros mejores abogados y da la casualidad de que pidió un traslado a Londres hace unos meses. Te vendrá bien un cambio de aires y allí no podrás hacer lo que te dé la gana. William te tendrá bien vigilada.

¿Cuántas más noticias horribles podría soportar su destrozado corazón?

Pensó en rebelarse y en espetarle a la cara todas las cosas que pensaba de él. Deseó decirle que no le importaban lo más mínimo ni su apellido ni su dinero, que podía meterse ambas cosas por donde le cupieran, y también deseó decirle que se marchase de su casa y que no quería volver a verlo nunca más. Trabajaría en cualquier sitio, eso era lo de menos, y con el dinero que ganara podría seguir costeándose los estudios y el apartamento. Y estaría con Jake, porque eso era lo único que le importaba.

No obstante, siguió cayendo en ese túnel negro y profundo que la engullía.

Plantearse esa solución le hizo más daño todavía porque no era una salida. Era incapaz de ponerlo a él en peligro. Su padre le destrozaría la vida.

—¿Dónde está la hija sensata y madura que envié a Nueva York? Quiero oírte hablar, ¡acabo de decirte que te mudarás a Londres! —contraatacó con una crueldad innecesaria y desmedida—. En cuanto plantes los pies en Europa te olvidarás del tipejo de las greñas y los pantalones rotos. Algún día me agradecerás que haya tomado esta medida tan extrema contigo.

—Sólo quieres castigarme. No tengo nada que decir —musitó.

—No tienes ni idea de lo que es un castigo. Tu abuelo era el verdadero experto, y mira hasta dónde he llegado gracias a la mano dura que siempre tuvo conmigo. Y ahora deja de llorar como una niña y ponte en movimiento. ¡Vamos!

—Yo... iré a Londres, haré lo que me pidas, pero... ne-necesito llevar conmigo algunas cosas y también tengo que... que dejarle unas palabras de

despedida. —Se secó una vez más las lágrimas con los dedos, él detestaba la debilidad. Creyó que si se recomponía un poco le permitiría hacer lo que le estaba pidiendo—. A las siete en punto estaré en el vestíbulo del hotel.

Alice cerró los ojos y esperó a que le diera una respuesta que se demoró demasiado. O era su corazón, que ya no soportaba tanta tensión.

—De acuerdo, puedes recoger tus cosas. Pero estarás en el Hilton a las seis y media. Ni un minuto más.

—A las seis y media —asintió ella.

En cuanto su padre abandonó el apartamento, los síntomas de su ataque de pánico empeoraron. No podía respirar o, mejor dicho, respiraba demasiado deprisa. Se dirigió a la cocina y agarró del cajón de la mesa una bolsa pequeña de papel cartón que se llevó inmediatamente a la boca para inspirar y espirar dentro de ella. Se sentó en una de las sillas, apoyó los codos sobre la mesa y cerró los ojos para no ver cómo los objetos se movían. Los segundos pasaron, lentos y pesados, como quien espera una sentencia de muerte, y conforme fue controlando la angustiada ansiedad, aparecieron los primeros espasmos de un llanto amargo y convulso.

Dejó la bolsa a un lado y se abandonó a la desesperación. A pesar de la confusión que le provocaba ese dolor tan lacerante, siguió pensando en Jake por encima de sus propios intereses. No debía encontrarla en ese estado porque no se le ocurriría una explicación que lo justificase. Jake no debía saber lo que había sucedido bajo ningún concepto porque si supiese la verdad... Si se enterase de que su padre había estado allí y de que ella tenía que abandonar Nueva York al cabo de unas pocas horas, le faltaría tiempo para acudir al hotel Hilton y enfrentarse a él.

Wayne Mathews acababa de destrozarle la vida, pero no podía permitir que también destrozara la de Jake.

Se levantó como pudo y cogió una servilleta de papel para sonarse la nariz y enjugarse las lágrimas. Luego fue hacia el dormitorio de Jake, se descalzó y se metió en la cama sin molestarse en quitarse la ropa. Todavía tenía cinco horas por delante antes de las seis, confiaba en que él llegase en breve. En cuanto se durmiera tendría que volver a levantarse para hacer la maleta.

—¿Y qué voy a decirte? —murmuró consternada.

¿Cómo iba a hacerle comprender en unas cuantas palabras impresas en un papel que había tenido que marcharse para siempre sin mencionar la verdadera razón de su abandono?

Iba a odiarla, lo sabía. Esperaba poder explicárselo algún día, cuando las aguas se hubieran calmado.

Pensaba en las palabras que escoger cuando lo oyó llegar. Sus pasos lo condujeron directamente al dormitorio y notó que entraba sigiloso.

—¿Duermes? —susurró.

—No, todavía estoy despierta.

Como no podía enmascarar su angustia, él soltó la guitarra, se dejó caer en su lado de la cama y le rodeó la cintura por encima de las mantas.

—¿Qué te sucede? ¿Estás bien? —Su preocupación se le hincó como un puñal en el corazón. Jake le tocó la cara—. Estás helada.

Como no había encendido la luz y el resplandor de la lámpara del pasillo era insuficiente, no pudo distinguir que no sólo estaba helada, sino que además tenía la cara enrojecida y congestionada.

—Estoy... indispuesta. Debe de haber sido la cena. Llevo todo el rato vomitando.

—¿Quieres que vayamos a urgencias?

—No, se me pasará. De hecho, ya estoy un poco mejor. Sólo necesito dormir unas horas.

—Siento haber llegado tan tarde. El tema se ha complicado un poco, pero hemos terminado por solucionarlo. —Jake le acarició el pelo con mimo y luego se inclinó para besarle la mejilla—. Voy a darme una ducha rápida, ¿vale? Tú descansa.

Y eso fue todo. Cuando él regresó del baño, Alice se hizo la dormida porque estaba convencida de que si charlaba con él terminaría por darse cuenta de que sufría de algo más que de una indigestión.

Ya en la cama, Jake se acercó a ella, acopló el pecho a su espalda y sus piernas quedaron unidas. Le besó suavemente la cabeza mientras ella cerraba los ojos con fuerza para controlar otro episodio de llanto desgarrado. Se durmió pronto. Su respiración se volvió más pesada y aflojó el abrazo, lo que permitió a Alice moverse sin que él se despertara.

Cogió un papel y un bolígrafo de su dormitorio y escribió con letra temblorosa y casi ilegible el mensaje que había pensado mientras lo esperaba en la cama. Luego lo metió en un sobre y anotó el nombre de Jake en la superficie. Quería entretenerse lo menos posible, así que no se dedicó a doblar la ropa para meterla en la maleta, sino que fue agarrando las prendas y dejándolas caer de cualquier modo. El bastidor y sus materiales de pintura

eran reemplazables, podía comprar unos nuevos en cualquier sitio, pero el cuadro inacabado de Jake no lo era, así que lo llevó consigo.

Dio una vuelta sigilosa por la casa, por si olvidaba algo importante, pero sólo vio todos esos momentos especiales que había vivido en cada lugar en el que miraba. Pronto serían recuerdos que la mortificarían, en cuanto cerrase la puerta del apartamento.

Volvió a entrar en el dormitorio de Jake y se movió de puntillas. Dejó el sobre encima de la mesilla de noche y luego se quedó mirándolo a través de la suave penumbra. Se había dado la vuelta y ahora estaba boca arriba. Había sacado un brazo por encima de las mantas que se le quedaría helado al cabo de un rato, aunque él siempre decía que prefería eso a dormir con un pijama de manga larga. No los soportaba.

Su sueño era profundo y plácido. Sus labios estaban un poco separados y a Alice la mortificó una vez más la cruel realidad de que ya no iba a besarlos. Se le emborronó la visión y se mordió los suyos con fuerza. Hubo de aplastarse la boca contra la palma de la mano para tragarse una nueva oleada de gemidos ansiosos.

—Te quiero —susurró.

Acarició la yema de sus dedos, necesitaba tocarlo por última vez. Luego salió de prisa, incapaz de contener la emoción durante más tiempo. Sólo se detuvo un instante en el salón para llevarse consigo el marco con la foto de Jake, que había vuelto a colocar en la estantería después de que su padre se marchara.

Lo apretó contra el pecho y abandonó la casa.

* * *

Se despertó al amanecer, cuando la neblina grisácea del nuevo día invadía el dormitorio y hacía visible el lado opuesto de la cama. Alice no estaba allí, así que supuso que habría ido al baño. Al llegar a casa ella le había dicho que estaba indispuesta y que la cena debía de haberle sentado mal porque había estado vomitando. Retiró las mantas y se incorporó para ver qué tal se encontraba.

Entonces vio un sobre blanco sobre la mesilla de noche, con su nombre escrito en el dorso. Lo observó con extrañeza. A lo mejor se había ido al

médico y le había dejado una nota para avisarlo, aunque le pareció demasiado formal que hubiese incluido la nota dentro de un sobre.

Lo agarró sin más preámbulo y sacó un papel del interior. Como todavía había poca luz encendió la lamparilla de noche para leer el contenido.

Y lo que encontró allí, aquellas líneas escritas con pulso tembloroso que hubo de releer para asegurarse de que no estaba soñando, lo golpearon como un tsunami.

Dejó la nota a un lado y se levantó precipitadamente de la cama. Entró en tromba en el dormitorio de Alice. El bastidor todavía estaba en el rincón donde solía dejarlo, junto al maletín con las pinturas, y también vio el cuadro que estaba pintando de un parque de Chicago, pero al abrir las puertas del armario y comprobar que su ropa ya no estaba, sintió una lacerante opresión en el pecho, como si una mano invisible estuviera estrujándole las entrañas.

La llamó al móvil, pero saltó su buzón de voz de inmediato. Le dejó un mensaje escueto y virulento:

—Alice, ¡contesta a la puñetera llamada ahora mismo!

Una voz interior que no quería oír le decía que ella no iba a contestarle. Aquello no tenía pinta de ser un arrebató. Tampoco tenía pinta de ser una decisión propia. Había pasado algo grave durante el intervalo de tiempo en el que habían estado separados; es más, ella no estaba enferma ni indispuesta, sólo estaba destrozada y él no se había dado ni cuenta.

Volvió a sentarse en el lateral de la cama y, con los hombros hundidos, cogió la maldita nota, que leyó por tercera vez:

Jake, tengo que marcharme y tengo que hacerlo para siempre. No puedo contarte las razones que me llevan a tomar una decisión tan radical, sólo puedo decirte que es lo mejor para los dos. Te pido encarecidamente que respetes mi decisión y que dejes las cosas tal y como están. También te pido que confíes en mí.

Jamás se te ocurra pensar que no te quiero, te amo con toda mi alma, pero a veces por encima del amor hay circunstancias más poderosas a las que no podemos dar la espalda. Te llevo en mi corazón, Jake. Ahora y siempre.

ALICE

—¡Y una mierda, Alice! —Arrojó el papel a un lado, apoyó los codos sobre las piernas y hundió la cara entre las palmas de las manos.

«Piensa, Jake. ¡Piensa!»

Le llegó el nombre del responsable. Wayne Mathews. Sí, sin duda alguna la repentina marcha de Alice estaba orquestada por ese padre déspota y desalmado que tenía. El muy hijo de puta... Se frotó los ojos, la rabia lo corroía y le impedía abandonarse a las emociones tan nefastas que le aplastaban el corazón.

Si ese maldito miserable pensaba que todo iba a quedar así es que no tenía ni puñetera idea de cómo era él.

Iba a llevar a Alice de vuelta a casa. Nada ni nadie iba a impedirselo.

Chelsea, Nueva York, en la actualidad

Estudió la paleta de colores con aire reflexivo y miró a la modelo una vez más. La luz entraba a raudales por los amplios ventanales del loft y matizaba la piel blanca de la chica en un precioso tono dorado que le estaba costando imitar. Finalmente se decantó por agregar un poco de ocre a la mezcla del blanco con el bermellón y extendió el nuevo tono sobre el rostro de la joven. El resultado fue extraordinario, no pudo satisfacerla más. El pincel pareció adquirir vida propia sobre el lienzo. Durante los siguientes minutos, Alice dio trazos enérgicos e imparables, poseída por un repentino arrebató de inspiración que sólo menguó cuando la luz exterior comenzó a desvanecerse y el juego de luces y sombras varió sobre el cuerpo de la modelo.

Le dijo que reanudarían el trabajo al día siguiente y la joven se levantó de la butaca en la que había permanecido sentada todo el tiempo. Mientras Alice retiraba con un trapo el exceso de pintura de las cerdas de los pinceles que había utilizado, Brooke Sheridan movió los elegantes hombros en círculos y luego hizo un movimiento rotatorio con el cuello. No le extrañaba que los músculos se le hubiesen quedado algo rígidos, se había pasado dos horas en la misma postura.

—¿Cuánto tiempo te falta para terminarlo? —La muchacha estaba hastiada, no podía ni quería ocultarlo.

—Tres o cuatro días más y estará listo. —Brooke resopló. Agarró su abrigo rojo de encima del sofá y se lo puso—. Sé que posar es muy pesado, pero te aseguro que está quedando muy bonito. A tus padres les encantará. Incluso a ti.

La chica se sacó la larga melena pelirroja por encima del cuello del abrigo y miró la parte posterior del bastidor.

—¿Me dejas que lo vea?

—Lo siento —se disculpó—. Nunca muestro a nadie mis trabajos hasta que

están finalizados.

—¿Dejarás al menos que sea yo la primera que lo vea?

Alice metió los pinceles en un frasco con esencia de trementina.

—Por supuesto.

—Vale.

Brooke sacó su móvil del bolso y telefoneó a su chófer para que fuera a recogerla. Alice la acompañó hasta la puerta y se despidió de ella hasta el día siguiente.

Regresó junto al lienzo y lo observó desde todos los ángulos y perspectivas. Le gustaba mucho cómo estaba quedando. Pintar retratos no saciaba sus inquietudes artísticas, pero le pagaban bien por hacerlos. A las familias adineradas de Manhattan, como la de Brooke, les gustaba tener retratos al óleo de todos los miembros de su estirpe.

Terminó de recoger los utensilios, bajó a la planta principal y se dio una ducha para desprenderse del olor a pintura. Luego se preparó una cena ligera que saboreó en el sofá paralelo al ventanal principal, desde el que cada noche veía danzar a los alumnos de la escuela de baile. Sólo un pequeño patio separaba su edificio del anexo, por lo que era como tener una pantalla de vídeo gigante en el interior de su salón. Tenía varios bocetos a lápiz, los había ido creando por las noches, cuando se sentaba a cenar y observaba cómo danzaban aquellas personas anónimas. Con el último bocado, agarró el cuadernillo de dibujo y le dio movimiento a la falda del vestido rojo de la señora rubia que bailaba salsa con el jovencito hispano.

A las diez de la noche la clase de baile terminó, los alumnos fueron desfilando hacia la salida y la profesora apagó la luz de la sala.

Dejó el cuaderno sobre la mesa auxiliar, junto a un ejemplar del *New York Post* de ese día. Todavía estaba abierto por la sección de cultura. La noticia de la exposición de pintura al óleo en la galería Agora de Chelsea ocupaba una página central, y en ella aparecían fotografías de algunos de sus cuadros junto a un texto escrito por un periodista experto en arte que le había arrancado la sonrisa más espléndida y genuina de los últimos ocho años de su vida.

La exposición de sus cuadros se había abierto al público la noche anterior tras un período de dos semanas de negociaciones en las que su ansiedad había alcanzado cotas históricas. Era la primera vez que exponía en una galería, la primera vez que su trabajo iba a ser observado y analizado por expertos en arte y por el público en general, y nunca había sentido tanto miedo. Se había

pasado todo el rato esforzándose por interpretar las expresiones de los concurrentes, y había terminado la jornada con un dolor de estómago monumental. Sabía que ese primer día sería decisivo en el resto de su trayectoria y que todo dependía de las críticas que los periódicos reflejaran al día siguiente.

¡Y la del *New York Post* había sido fabulosa! El periodista ensalzaba su estilo y su paleta de colores, comparándola con los grandes del realismo, y le auguraba una carrera muy prometedora a corto plazo. Alice confiaba en que el crítico fuera una especie de visionario, ya que si su carrera no despegaba no le quedaría más remedio que regresar a los tribunales, y eso era algo que no le apetecía lo más mínimo. De momento, tenía los suficientes recursos económicos para tomarse un año sabático y dedicarse al arte a tiempo completo.

Se levantó del sofá y fue a su dormitorio, la única estancia —además del baño— que estaba separada del resto de las dependencias por una puerta corredera. Cogió una chaqueta de lana y se la puso por los hombros. Era comienzos de octubre y estaba empezando a refrescar, sobre todo por las noches, que era cuando solía salir a pasear. Le gustaba la vida nocturna de Chelsea, con su elegancia, su esplendor, su arquitectura de fama internacional, sus restaurantes chic y sus galerías de arte vanguardistas.

Se acercó al acceso más cercano al High Line, subió por la escalera y empezó a caminar por la plataforma elevada que se había construido sobre una antigua línea de ferrocarril. Era un parque único. Desde allí arriba se podía disfrutar de las espléndidas vistas de las calles de Chelsea y no había que detenerse en ninguna intersección para cruzar ningún semáforo. Durante aquellos paseos nocturnos se le enfatizaba ese novedoso sentimiento de libertad. No hacía ni dos meses que se había despedido de Mathews & Parrish, pero su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Por fin era dueña de su destino.

Tras el duro enfrentamiento con su padre, y mientras daba comienzo la contienda judicial, se había tomado un mes sabático para pensar en la manera de reorganizar su vida. Por primera vez en mucho tiempo había comenzado a plantearse su futuro, y esos pensamientos la habían guiado hacia el almacén de Burnside en el que había guardado todos sus cuadros antes de marcharse a Londres. Los había desembalado todos —a excepción de uno— y se había dedicado a confeccionar un *book* con todas sus creaciones. Animada por ese

nuevo impulso artístico, había empezado a visitar galerías de arte en Chicago y a mandar correos electrónicos con archivos adjuntos de su obra a los propietarios de las galerías de Nueva York.

Y había comenzado a pintar de nuevo con los materiales que había comprado en la tienda de Colette. Su alma había vuelto a vibrar, como un nuevo despertar. Los colores y las luces habían regresado y sólo sentía deseos de plasmar sus emociones sobre el lienzo. Quería captar los colores de las flores, de los troncos y de las hojas de los árboles, e incluso de las tonalidades que adquirirían los potentes chorros de agua cuando se encendían las luces de la fuente de Buckingham al atardecer, en Grant Park.

Y, entre pincelada y pincelada, había tomado una importante decisión.

El desempeño de la abogacía se había acabado para ella a no ser que no pudiera sustentarse con sus obras. Si tenía que vivir al día, no le importaba. Sólo quería pintar.

El dueño de la galería Carl Hammer, especializada en arte contemporáneo y una de las más populares de Chicago, se había puesto en contacto con ella para ver su obra personalmente. Como era una principiante que nunca había expuesto antes, le habían dicho que tendría que costear los gastos de alquiler de la sala y que ellos se quedarían con el setenta por ciento de los beneficios de los cuadros que se vendieran. Las condiciones le habían parecido tan abusivas que se había negado en rotundo.

Sin embargo, tras esa primera y frustrada tentativa, el gerente de la galería Agora de Chelsea, en Nueva York, la había llamado por teléfono para comunicarle que quería reunirse con ella tan pronto como le fuera posible. El trabajo que le había hecho llegar por correo electrónico le había parecido fascinante.

Tras aquella llamada todo había sucedido muy rápido. Había tenido lugar una primera reunión muy fructífera en la que, entre otras muchas cosas, el señor Evans había puesto sobre la mesa unas condiciones contractuales más justas y beneficiosas para ella, y también le había expresado su deseo de que la exposición se inaugurara a principios de octubre.

¡A principios de octubre!

Nueva York y Chicago disponían de unos puentes aéreos fabulosos, pero ella no quería pasarse en un avión todo el tiempo, así que había tomado otra decisión importante. En una web inmobiliaria se había topado con un loft en el barrio de Chelsea cuyas fotografías la habían enamorado, y había hablado de

inmediato con la dueña de la vivienda. Chelsea era considerado la cuna neoyorquina de las galerías de arte contemporáneo y de los estudios de artistas. ¡Y le había abierto las puertas! Deseaba emprender esa nueva aventura, era todo lo que necesitaba, así que había hecho las maletas y se había vuelto a mudar.

Salvo Erin, no había nada que la atase a Chicago. Además, una vez, hacía muchos años, había sido inmensamente feliz en Nueva York.

Llegó a un nuevo acceso para bajar del High Line y tomó la calle Treinta y Cuatro para regresar a casa.

Empezaba a sentir que la felicidad no era un estado inalcanzable.

* * *

Durante las semanas de exposición de su obra en la galería Agora, y a pesar de que su vida social era bastante escasa, Alice había conocido a un montón de gente interesante en Chelsea que el señor Evans le había presentado. Artistas, periodistas, tratantes de arte, coleccionistas... Pero sobre todo había hecho buena amistad con Gerlof Waas, un escultor neerlandés que llevaba afincado en Nueva York desde hacía una década.

A veces quedaban para ir a tomar café o para asistir juntos a otras exposiciones en Chelsea o en galerías de otros distritos de Nueva York. Hablaban mucho de arte. Él le inyectaba dosis de optimismo en cuanto a ella comenzaba a rondarle el pesimismo. Los propietarios de la galería Marianne Boesky se habían pasado por Agora y se habían mostrado muy interesados en sus creaciones. Aunque habían prometido llamarla, ya hacía una semana de aquello y su teléfono no había sonado.

—No tardarán en hacerlo, lo sabes mejor que yo, has hipnotizado a todos con tu trabajo. Tú relájate y disfruta —le había dicho Gerlof la primera vez que ella le había hablado de sus miedos a no ser capaz de mantenerse como artista.

Lo cierto era que no le había ido nada mal. De los treinta cuadros de los que constaba la exposición se habían vendido diez, y el señor Evans le había dicho que ningún pintor de los que habían expuesto en su galería había logrado esa cifra en su primera exposición.

Acostumbrada a un ritmo de trabajo diferente, con un horario fijo y un salario también fijo que le llegaba puntualmente a finales de cada mes, suponía

que sólo era cuestión de habituarse a ese otro ritmo. Y a la incertidumbre.

Esa tarde había quedado con Gerlof en el Starbucks de la Octava Avenida para tomar un café. Alice se había pasado todo el día trabajando en su último cuadro y necesitaba salir un rato del loft para despejarse y charlar con alguien de confianza. Gerlof siempre estaba dispuesto, no tenía obligaciones familiares y las profesionales eran tan flexibles como las suyas, aunque él ya se había consolidado en los circuitos de arte como un gran escultor.

Charlaron sobre la vida bohemia de Chelsea, nunca era un tema que se agotase entre los dos. Pero conforme las tazas de café se fueron quedando vacías, Alice notó cierto nerviosismo en el artista, como si quisiese decirle algo y no terminase de atreverse.

Las últimas veces que se habían visto había tenido la impresión de que ella le gustaba para algo más que una simple amistad. Eran sus miradas, que a veces se volvían demasiado intensas, o los halagos cada vez más recurrentes, o el modo en que a veces le tocaba el hombro cuando caminaban por la calle o le agarraba la muñeca cuando compartían la misma mesa en una cafetería.

Gerlof también le gustaba a ella. Se sentía muy a gusto cuando estaban juntos. Había complicidad y además era un hombre atractivo, pero cuando Alice se sumergía en el confuso enredo de su cerebro para intentar discernir si podría tener una relación amorosa con él, se bloqueaba automáticamente. Ella siempre había tenido éxito entre el sexo masculino y nunca le habían faltado pretendientes. Por eso, en los últimos años de su estancia en Londres se había obligado a salir con algunos hombres para comprobar si podía romper ese bloqueo, pero había actuado por imposición y no porque en realidad le apeteciera. Por ese motivo, siempre había resultado ser un desastre.

Por desgracia, sabía que con Gerlof no sería diferente, y a ella le interesaba más conservarlo como amigo.

Si alguna vez aparecía en su vida el hombre que no inundase su cerebro de dudas, entonces saltaría al vacío sin planteárselo. Mientras tanto, seguiría siendo fiel a sus principios. Ya no estaba dispuesta a hacer nada que no deseara hacer.

—Alice, ¿te gusta la música en directo? —le preguntó Gerlof al fin.

—Pues... sí, claro.

—Es que se me ha ocurrido que... podríamos ir esta noche a una sala que hay por aquí cerca. En Jake's Place tocan muy buenos grupos y de música

variada. Se puede escuchar jazz, blues, rock... También podríamos tomar una copa allí, el bar es excelente. ¿Qué dices?

Por eso se había puesto nervioso. Estaba pidiéndole una cita.

Alice se mordió los labios mientras metía la cucharilla en la taza y removía el último trago de café. No quería herir sus sentimientos, pero cuanto antes definiera los términos de su relación con él mucho mejor para los dos.

—Resulta que... Dios, no sé cómo decirte esto. —Se llevó una mano a la frente y se la masajeó bajo la cauta mirada de Gerlof—. Estoy atravesando un momento en mi vida en el que... prefiero mantenerme alejada de ese tipo de citas —se disculpó, con toda la delicadeza que pudo reunir—. No tiene nada que ver contigo, te lo aseguro, es que... estoy inmersa en un proceso de reajuste, ¿sabes? Me han pasado cosas y...

—No sigas, Alice, no hace falta. Lo entiendo.

No obstante, la mirada de sus ojos castaños se apagó. Era mucho mejor ser honrada y sincera que inventar excusas piadosas, pero no pudo evitar sentirse mal. Alargó el brazo por encima de la mesa y apoyó la mano sobre el antebrazo de Gerlof.

—¿De verdad lo entiendes?

—Claro, a todos nos han pasado cosas.

Ella sonrió un poco.

—Vale, porque no quiero que se pierda la buena sintonía que hay entre los dos.

—No va a perderse —le aseguró. Entonces también curvó los labios—. ¿Me avisarás cuando se haya producido ese reajuste?

Ella sonrió abiertamente.

—Claro que sí.

* * *

Jake's Place. Ese nombre seguía resonando en su cabeza desde que Gerlof se lo había mencionado hacía unos días. Pero no era posible que fuese la sala de Jake. Recordaba que en más de una ocasión habían tenido la conversación sobre el nombre que le pondría al local de Staten Island, y más de una vez él se había negado en rotundo a que su nombre de pila figurase en el rótulo del establecimiento, por más que ella había insistido en que éste tenía mucha fuerza comercial.

Por tanto, no era posible.

Además, había muchos Jake en Nueva York. Era un nombre muy común.

Tras la visita que había hecho al viejo apartamento de Sunset Park un par de meses antes, se había metido en la cabeza que debía dejar de pensar en el pasado y centrarse sólo en el presente, pues no había resultado ser una experiencia gratificante. Sin embargo, después de la conversación con Gerlof sobre música en directo, se le había removido el deseo de continuar indagando. En los últimos días, ese deseo había pasado a convertirse en un pensamiento repetitivo que incluso la asaltaba cuando se hallaba trabajando.

Sentía que tenía que ir a Staten Island. Tenía que ver con sus propios ojos si la sala de Jake seguía funcionando. Sólo eso. Se plantaría frente al edificio y luego se marcharía sin que quedara constancia de su visita. Necesitaba hacerlo.

Y lo hizo.

Aunque comenzó a arrepentirse en cuanto se subió al ferri y emprendió el viaje.

Las espléndidas vistas de la bahía de Hudson le devolvieron los maravillosos recuerdos de aquella tarde en que los dos se confesaron sus respectivos sentimientos. La distancia entre el presente y esos ocho años dejó de existir, y notó un nudo en la garganta que se iba apretando a medida que el ferri rasgaba las aguas y la noria de Staten Island se iba agrandando en la lejanía.

«¿Cuándo parará esto?», se preguntó aturdida.

A lo mejor estaba siguiendo el buen camino para que su corazón quedase liberado por completo. Tal vez enfrentarse al pasado en lugar de evitarlo curaría de una vez por todas esas heridas que todavía no habían cicatrizado.

Pero cuando llegó al lugar donde supuestamente debía de haber una sala de conciertos se encontró con que el edificio había sido derruido. Ahora había un parque con una fuente en medio, bancos, columpios y varios castaños que aún no habían alcanzado su altura adulta. Ni rastro del local de Jake.

«¿Me habré equivocado de sitio?»

Miró a su alrededor y reconoció el lugar. No, no se había equivocado. Era difícil perderse a pesar de los años que habían transcurrido, ya que el local estaba muy cerca de la terminal del ferri. Le preguntó a una señora que pasaba por la calle con una cesta de la compra entre los brazos.

—No, aquí nunca ha habido ningún negocio, joven —le explicó—. El local

siempre estuvo cerrado hasta hace más o menos un año, que fue cuando el ayuntamiento derribó el edificio para construir este parque.

Las noticias la descolocaron tanto que pasó un rato más allí plantada, haciéndose preguntas para las que no tenía ninguna respuesta. Y esa noche le costó mucho conciliar el sueño, porque no podía parar de pensar en que el local que Jake había comprado con tanto esfuerzo y en el que había depositado todos sus sueños e ilusiones nunca había llegado a convertirse en la sala de conciertos que anhelaba.

¿Qué demonios habría sucedido? ¿Y si le había ocurrido algo grave a él? La idea le resultó tan espantosa que se le encogió el estómago y un gélido escalofrío la hizo estremecer bajo las mantas. De haber sido así, ¡ella nunca habría tenido manera de saberlo!

«Para. Ya basta, Alice.»

No podía continuar por aquellos derroteros. Tenía que pasar página de una vez por todas. Seguro que a Jake no le había ocurrido nada trágico. Lo más probable era que hubiera encontrado un local más cercano a casa y hubiera puesto en venta el de Staten Island. Y ahora tendría una vida feliz en Brooklyn, con una esposa y un par de niños. Siempre decía que quería tener dos hijos. Un niño y una niña.

Sí, seguro que ésa sería su vida actual.

Una vez más, se propuso dejar atrás su pasado y centrarse en el nuevo retrato que estaba pintando de una familia pudiente con su bebé. Como artista, pintar a un bebé estaba siendo una experiencia terrible porque nunca paraba quieto sobre el regazo de su madre, pero, al mismo tiempo, era lo más divertido que había hecho nunca. Era una monada y tenía unos ojos tan azules, de un color oscuro tan singular, que le resultó muy complicado encontrar la mezcla de colores perfecta para imitarlos.

Pero sus buenas intenciones con respecto a no ahondar más en el pasado quedaron en eso, en simples intenciones. Algunos días después de su visita a Staten Island, cuando daba su paseo nocturno por Chelsea tras la cena, escogió una nueva ruta para familiarizarse un poco más con el barrio y se adentró en la calle Veintitrés. Caminó entre casas de piedra rojiza y vallas de hierro negro, entre los árboles que flanqueaban las calles artísticas e históricas, respirando el frío de la noche, que calmaba inquietudes. Las temperaturas eran gélidas y el cielo tenía un aspecto extraño, de color rojo plomizo; seguramente pronto comenzarían las típicas nevadas de invierno.

Recordó a su pareja de baile favorita de la escuela que había frente a casa (y que podía observar parcialmente a través de la ventana del loft). Ella se movía con una elegancia celestial y él se acoplaba a ella con un marcado carácter. No sólo danzaban, también interpretaban la música como si la llevaran en las venas. Estaba pensando en lo mucho que le gustaría pintarlos cuando llegó al emblemático hotel Chelsea. Justo enfrente, un rótulo azul indicaba que también había llegado a Jake's Place.

Se quedó mirando el rótulo con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. Como hipnotizada por el azul electrizante, dejó que la inercia de sus pasos la guiara ante la puerta del local. Se oía música en el interior. Ensimismada, no se dio cuenta de que un portero fornido apareció entre las sombras.

—¿Tienes entrada?

Ella dio un respingo.

—Pues... no, no tengo.

—Entonces no puedes pasar.

—Compraré una.

—Están agotadas. Esta noche hay actuaciones.

—Oh, vaya, pues... Sólo quiero echar un vistazo, no tardaré mucho... Te pago el doble de lo que cuesta la entrada.

El portero entornó los ojos y la escrutó con mirada intimidatoria. Estaba segura de que iba a decirle: «¿Por quién me tomas?». Pero, para su sorpresa, inclinó levemente la cabeza y la dejó entrar previo pago.

Alice caminó entre las sombras azuladas de la sala al ritmo frenético de la música jazz. Todas las mesas estaban ocupadas por un público muy entregado, pero encontró un taburete libre junto a la barra y decidió quedarse allí. Exploró el lugar mientras se quitaba el abrigo y lo colocaba sobre sus piernas. Era una sala grande y estaba adornada con estilo, con algunos elementos decorativos que recordaban a los clubes de rock de los años setenta mezclados con otros más actuales. Si se retiraban todas las mesas el aforo debía de tener capacidad para unas cuatrocientas personas. Un camarero acudió a su encuentro mientras se aflojaba la bufanda. Le pidió un Martini seco.

El grupo de jazz que tocaba en el escenario era muy bueno, y pronto comenzó a seguir con los pies el compás de la música. Coincidió que terminó de tomarse el Martini con el final de la actuación y decidió que ya era hora de

regresar a casa. Chelsea era uno de los vecindarios más seguros de Nueva York, pero ya era tarde y no le agradaba caminar sola a esas horas de la noche.

Hizo ademán de colocarse de nuevo la bufanda, pero las manos se le quedaron inertes sobre la lana cuando el grupo de tres componentes apareció en el escenario. Eran un percusionista, una violinista y... Vio la Takamine negra y se le encogió el alma.

El tercero era Jake.

Jake acercó la boca al micrófono y preguntó al público si estaba disfrutando de la velada. La entusiasta y unánime afirmación le arrancó una sonrisa de satisfacción, que se amplió con la apasionada respuesta que recibió tras lanzar otra pregunta:

—¿Estáis preparados para un poco de rock acústico?

El sonido de los aplausos aumentó unos decibelios al tiempo que se oía un fuertísimo asentimiento.

—Estupendo. Pues vamos a seguir pasándolo bien.

Presentó a Tommy y a Gina, el percusionista y la violinista que lo acompañaban esa noche, y luego tomó asiento en un taburete, frente al micrófono central. Apoyó la guitarra sobre la pierna derecha y, en cuanto el percusionista le dio la entrada, la música comenzó a vibrar. Y también su voz. Esa voz tan personal y tan llena de matices que podía hacerte entristecer o inundarte el corazón de dicha.

Una impresionante sensación de irrealidad se apoderó de ella, hasta el punto de creer que estaba teniendo un sueño. Pero ningún sueño podía ser tan vívido ni provocar semejante avalancha de emociones. Tras el enorme impacto inicial, Alice recordó cómo volver a parpadear, a respirar, y notó que su cerebro volvía a entablar conexión con el resto de su cuerpo. Conforme asimilaba lo que estaba sucediendo comenzó a ponerse más y más nerviosa. El corazón le latía muy rápido por la emoción de ver de nuevo a Jake y constatar que estaba bien, que no le había sucedido nada malo. ¡Todo lo contrario! No había sido en Staten Island donde había iniciado su carrera profesional como empresario, sino en un lugar mucho mejor, ¡en el barrio más artístico de todo Nueva York!

Pero también estaba nerviosa porque no sabía cómo afrontar la situación. ¿Qué se suponía que debía hacer o decir? ¿Cómo debía actuar? ¿La habría visto él? No, era casi imposible que se hubiera percatado de su presencia, ya que desde donde contemplaba la actuación la luz era demasiado tenue.

La tensión le estaba aplastando el pecho.

No supo medir el tiempo. Podían haber pasado unos minutos o una hora entera. Se sentía como si hubiera penetrado en una dimensión diferente donde el tiempo se cuantificaba de otra forma. De repente, las luces ambientales iluminaron la sala y Jake se puso en pie. Coreado por grandes aplausos, se despidió del público y pidió que no se marchara nadie porque la fiesta iba a continuar durante un rato más.

Luego desapareció en las entrañas del local.

Alice dirigió la atención hacia el primer camarero que pasó por delante de ella.

—Perdona, ¿sabes si Jake va a regresar a la sala?

—Supongo que sí. Rara vez se marcha antes de que finalice la última actuación.

—Gracias.

No tenía el hábito de morderse las uñas, pero se llevó el pulgar a los labios y se la mordisqueó inconscientemente hasta destrozársela. Los pies no paraban quietos sobre el travesaño del taburete en el que estaba sentada. Apuró su Martini y le pidió al camarero que le sirviera otro porque necesitaba tranquilizarse de alguna manera.

Al cabo de unos minutos sintió su presencia.

Ni siquiera estaba mirando en la dirección en la que él apareció, pero notó que estaba allí cerca. Giró la cabeza con lentitud y lo vio al fondo. Estaba charlando con el camarero que la había atendido a ella y también con una chica rubia que reía a carcajadas. Sus rasgos se veían muy bonitos desde la distancia. El beso que se dieron en los labios la obligó a apartar la mirada. Se preguntó qué clase de relación mantendrían. ¿Sería el ligue de una noche? ¿Su novia? ¿Su esposa? El nudo de nervios que le comprimía el pecho se fue aflojando hasta que se sintió desinflada. Hasta hacía un minuto estaba dispuesta a propiciar un reencuentro, por muy complejo y turbador que resultara volver a mirarlo a los ojos, pero bajo aquellas circunstancias ya no se sentía capaz de afrontarlo. Con el rabillo del ojo vio que se estaban comiendo a besos. Era lo que había esperado, pero no por eso resultaba menos abrumador.

Y entonces sucedió. Ni siquiera supo cómo, porque puso todo su empeño en no volver a mirarlo mientras se colocaba la bufanda. Sus miradas se encontraron en la distancia y quedaron conectadas a través del bullicio durante

unos segundos que se hicieron interminables. Su avalancha de emociones adquirió una nueva escala mientras a él se le congelaba la sonrisa que le provocaba la charla. Era como si acabase de ver un fantasma.

Un fantasma del pasado.

* * *

El estupor de Jake fue tan obvio que Sylvia tuvo que darle un empujoncito para sacarlo de esa especie de estado comatoso en que había caído de repente. Alice retiró la mirada y ocultó el rostro tras su frondosa melena oscura mientras se ajustaba la bufanda y colocaba los pies en el suelo. Agarró el abrigo y el bolso y se abrió paso entre la gente como si llegase tarde a algún lugar. Él no respondió a la voz de Sylvia, que oía como si estuviese sumergido en el agua. Si no fuera porque tenía grabados en la memoria cada uno de sus rasgos, que ni siquiera el paso de los años había conseguido desdibujar, habría pensado que sólo se trataba de un parecido razonable, y que la chica morena que había salido del local casi a la carrera no era Alice.

—Jake, ¿qué sucede? —insistió Sylvia. Se había dado cuenta de que él tenía la mirada enfocada en una mujer que acababa de dirigirse precipitadamente hacia la salida—. ¿Quién es?

—Antes ha preguntado por ti, se me ha olvidado decírtelo —intervino Christian, el camarero.

Jake no contestó a ninguna pregunta. Los dejó allí plantados y atravesó la sala de unas cuantas zancadas, respondiendo a los halagos que los clientes le hacían a su paso con una sonrisa forzada, pero sin detenerse como habría hecho si las circunstancias hubieran sido otras.

Abrió la puerta exterior de un tirón y salió a la calle fría, sin más ropa que la fina camiseta de algodón. Caía una leve llovizna. Miró a un lado y a otro de la calle, a esas horas todavía muy transitada, y la vio subirse a un taxi.

—¡Alice!

No sucedió nada. Ni siquiera podía estar seguro de que lo hubiese oído por encima del ruido del tráfico. Se aproximó a grandes zancadas, pero el taxi se puso en movimiento y se alejó calle abajo a gran velocidad. Jake se quedó allí plantado, con la mirada fija en él hasta que se hizo indistinguible entre el resto de los vehículos que circulaban en la noche.

Su desconcierto era tan profundo que ni siquiera lo molestaba la fría

llovizna que había comenzado a empaparle la ropa. Notó unas manos sobre los hombros y la tela cálida de su abrigo cubriéndoselos. Sylvia indagó con la mirada, aunque con esa prudencia que la caracterizaba y que era una de sus mayores cualidades.

—He oído que la llamabas por su nombre. ¿Ella era...? ¿Era la Alice de tu pasado?

Él asintió despacio, distraído. Ofuscado.

—Sí.

—¿Y qué estaba haciendo aquí?

—No tengo ni idea.

Sylvia suspiró. Él le contestaba por inercia, sin prestarle atención. El corazón no le latía. Le temblaba.

—Vamos dentro, Jake. Se te ha empapado la ropa.

Cuando por fin la miró vio lo acentuada que era su incertidumbre, pero no supo qué decirle. Al inicio de estar juntos, él le había contado algunos aspectos de su relación con Alice, en especial, lo mucho que se habían amado y lo dramática que había sido su separación. Nunca debería haber sido tan explícito en lo referente a sus sentimientos, porque a partir de ese momento Sylvia se había mostrado insegura en las pocas ocasiones en las que el nombre de Alice había aparecido en alguna conversación. Como ahora.

Le frotó un hombro y la instó a que entraran en la sala antes de que ella también terminara empapada. Sabía que Sylvia necesitaba hablar del tema. Sus ojos pedían a gritos que la tranquilizara y que le dijera que sólo estaba un poco sorprendido por la repentina aparición de Alice después de tantos años sin saber nada de ella. Pero se negó a hablar del tema. Sólo le apetecía estar solo, en silencio. Necesitaba encontrarle un poco de sentido a lo que acababa de suceder.

Durante el resto de la noche, Sylvia se mantuvo a la espera de que Jake decidiera romper su silencio en lo referente a Alice Mathews. Hablaba con unos y con otros como si no sucediera nada, pero ella lo conocía mejor que nadie y sabía que sólo estaba esforzándose por complacer a su público. Sus pensamientos parecían estar a años luz de Jake's Place y de la gente que lo rodeaba. Durante el trayecto en coche de regreso a casa, creyó que por fin se abriría y le confesaría cómo se sentía, pero él estuvo hablándole de trabajo para rellenar los incómodos silencios y ella decidió esperar hasta la mañana siguiente, cuando ambos tuvieran la mente más clara.

Sin embargo, él se levantó temprano y se marchó de casa incluso antes de que amaneciera. Ni siquiera lo oyó moverse por la cocina mientras preparaba el desayuno como hacía la mayoría de las mañanas que despertaban juntos. Parecía tener mucha prisa.

Al cabo de unos minutos, la ansiedad le impidió continuar tumbada en la cama, comiéndose la cabeza sobre las razones de ese ostracismo tan frustrante de Jake, así que retiró las mantas y se puso en marcha. Eran cerca de las ocho cuando se plantó en el estudio de grabación con un par de vasos de café, unos donuts y una ligera sonrisa en los labios.

—Ya sé que no te gusta que te molesten cuando estás trabajando, pero te has marchado de casa tan rápido que ni siquiera te ha dado tiempo a desayunar. —Dejó la bandeja sobre una mesa y se acercó a él, que estaba sentado frente a la mesa de mezclas. No había nadie más en el estudio—. Has salido muy temprano, sólo eran las seis.

—Me queda muy poco para terminar la producción de la maqueta de los chicos. No puedo pensar en otra cosa hasta que esté finalizada.

Sylvia se aclaró la garganta y su expresión cambió, como si no lo creyera.

—Bueno, no te robaré mucho tiempo. Desayunamos y me marchó. —Cogió una silla y se sentó a su lado—. ¿Es la maqueta de The Outlaws?

—Sí, ésa es.

Ella lo observaba con aquellos ojos grandes de color miel que revelaban las mismas inquietudes de la noche anterior. Jake tomó aire y lo dejó fluir con lentitud. Retiró las manos de la mesa de mezclas, se frotó la cara y luego cogió el vaso de café.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó él.

—Prefiero saber qué estás pensando tú.

Dio un sorbo lento, probablemente, para poner sus ideas en orden.

—No sé qué diablos hacía ella en mi sala, ni por qué salió corriendo nada más verme... No puedo contestar a ninguna pregunta, Sylvia.

—Pero... ¿piensas que fue una coincidencia o crees que ella sabía dónde podía localizarte?

—¿Para qué iba a querer encontrarme si cuando lo hizo salió corriendo?

—¿Porque me vio a mí?

Jake agitó la cabeza. La conversación lo incomodaba tanto como ella había supuesto.

—Fue una coincidencia, Sylvia. No le des más vueltas.

—No puedo evitarlo. Saliste corriendo detrás de ella.

—Pensé que estaba... ¡alucinando! —Ella se mordió el labio con gesto vacilante y él trató de ahuyentar sus inseguridades brindándole una mirada de cariño—. Anda, ven. —Tiró de la silla con ruedas de Sylvia y la acercó a él. Colocó las manos sobre sus delgados muslos y se los acarició mientras la miraba fijamente a los ojos—. ¿Cuánto tiempo llevamos tú y yo juntos?

—Dos años, tres meses y cinco días.

Que contestara con tanta exactitud y sin ningún titubeo le arrancó una sonrisa.

—¿Y qué te he demostrado en todo este tiempo? ¿Eh?

—Que me amas.

—Que te amo. —Ella asintió—. Continúa.

—Que le diste carpetazo a tu pasado hace mucho tiempo.

Ahora fue él quien asintió.

—¿Qué más?

—¿Que soy lo mejor que te ha pasado nunca y que quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

Sylvia sabía que él nunca había pronunciado esas palabras de manera tan literal, así que aprovechó para intentar arrancarle una confesión. Jake movió la cabeza con gesto divertido. Luego le cogió la cara y la besó en los labios.

—No tienes nada que temer, ¿vale?

—Vale.

—Repítelo.

—No tengo nada que temer.

Selló sus palabras con un nuevo beso.

—Estoy un poco... desconcertado. Eso es todo.

—Lo entiendo —convino ella—. Yo también lo estaría.

—Bien. Pues no hablemos más de este tema, ¿vale? Vamos a comernos esos donuts y a tomarnos el café antes de que se enfríe.

En el aspecto sentimental, Sylvia Madison sí que era lo mejor que le había pasado en los últimos ocho años. Era una joven guapa y encantadora que había aparecido en su vida cuando Jake más necesitaba encontrar a alguien que lo equilibrara y lo alejara de esa espiral de relaciones superfluas y tóxicas en las que andaba metido. La había conocido una tarde en el MoMA, al que había acudido en compañía de Renée para visitar la colección de arte que exponía un amigo suyo. Sylvia era la guía de la visita y aunque durante todo el

recorrido había mantenido una actitud muy profesional, el interés mutuo quedó patente en sus continuos intercambios de miradas. Nada más finalizar la visita, él se había acercado y al día siguiente habían tenido una primera cita. Y aquella misma noche, mientras cenaban, había tenido la sensación de que había llegado a casa tras un largo y tortuoso viaje.

Quería a Sylvia. Era su remanso de paz. Era su eje y su luz al final del túnel. Era la medicina que había curado todos sus malos hábitos, que había sellado sus heridas y que le había demostrado que era posible amar otra vez.

* * *

Esa misma tarde, cuando acudió a la sala de conciertos de Chelsea para realizar unas cuantas gestiones, Christian, el camarero, le tendió un sobre sellado con el nombre de Alice calografiado en él. Jake se lo quedó mirando sin comprender y luego observó a Christian para que le diera una explicación.

—Lo ha traído la chica que anoche preguntó por ti y que luego salió corriendo. Ha venido hace un rato y me ha pedido que te lo entregue.

—De acuerdo. —Volvió la vista al trazado negro que componía su nombre. Sostener aquel sobre le trajo recuerdos bastante dolorosos a la memoria. Lo último que había sabido de ella también se encontraba escrito en el interior de un sobre como aquél. Procedió a rasgarlo para sacar la nota que contenía—. A propósito, Christian. Cuando vuelvas a ver a Sylvia..., no menciones nada de este tema, ¿vale? Es delicado y no quiero que se preocupe de forma innecesaria. ¿Me harás el favor?

—Claro. Descuida.

Se retiró para leer la nota. Era muy escueta, aunque no así su contenido.

* * *

Alice llegó al parque Empire Fulton Ferry y se sentó en uno de los bancos orientados hacia Manhattan. El cielo del distrito financiero estaba parcialmente nublado y teñido de color oro. Hacía frío, pero no corría el viento, así que podía estar allí sentada sin quedarse entumecida. La ubicación del banco le impedía mirar hacia atrás, aunque de vez en cuando volvía la cabeza para comprobar si él andaba cerca.

Estaba muy nerviosa y no podía librarse de su profundo sentimiento de

vergüenza. Sus pensamientos giraban sin cesar en torno al patético modo en que había actuado en la sala de Jake. ¡Había salido corriendo! Y, lo que era todavía más bochornoso, él había salido detrás de ella. Lo había visto plantado en medio de la calle a través del espejo retrovisor del taxi. ¿Dónde se había metido la mujer madura y resolutiva en la que se había convertido? Era como si la hubiese dejado abandonada en las salas de los juzgados. Tras actuar de aquel modo tan lamentable, se le había ocurrido que la mejor forma de enmendarlo era emplazar a Jake en un lugar en el que pudieran estar solos.

Desde que había puesto ese plan en marcha se preguntaba incesantemente si Jake acudiría al encuentro o si lo ignoraría. También podía suceder que tuviese algún compromiso que le impidiera presentarse, o que al camarero se le hubiese olvidado entregarle el sobre. La falta de novedades volvía los minutos mucho más tensos e inacabables.

Tras la primera hora de infructuosa espera, se levantó del banco y dio un paseo por los alrededores. Se le habían quedado las manos congeladas y los pies no andaban mucho mejor, así que caminó para que entraran en calor. La zona de césped se iba ensombreciendo con la caída del sol y ya le costaba distinguir los rostros de las personas que se movían por allí. Siguió caminando, a veces en círculos y otras en línea recta, aunque sin alejarse demasiado del lugar exacto donde lo había citado.

Se detuvo frente a la barandilla del paseo, apoyó los antebrazos en ella y se entretuvo en localizar los diferentes tonos de azul del río Este mientras el cielo se iba oscureciendo y Manhattan se iba iluminando como un árbol de Navidad. Las luces del puente de Brooklyn también se encendieron e hicieron brillar su impresionante y larguísima estructura. Las vistas eran sumamente hermosas, pero no podía disfrutarlas. Su ánimo estaba cayendo en picado. Miró su reloj de pulsera por enésima vez y comprobó que ya era más tarde de la hora límite que había indicado en su mensaje. Pasaban diez minutos de las ocho y, si Jake no se había presentado en el transcurso de dos horas, no creía que fuera a hacerlo.

Con una profunda desilusión, metió las manos en los bolsillos de su abrigo y emprendió el camino de regreso a su coche.

Entonces oyó su voz en la lejanía, su inconfundible tono pronunciando su nombre. Alice dejó escapar un trémulo suspiro de alivio.

Se fue acercando a Alice con una seguridad mucho más exagerada que la que en realidad sentía. Cientos de veces a lo largo de los años había deseado encontrarse en esa situación, aunque sólo fuera para poder decirle todas aquellas cosas que con su huida no había permitido que le dijese. Desde que Sylvia había aparecido en su vida sus ánimos estaban mucho más templados, ya apenas pensaba en un reencuentro, pero ahora que se había producido, no dejaba de ser inquietante y turbador.

Llegó a su lado y la miró en silencio como si fuera un espejismo. Ella lo observó a él con la misma sensación. Jake apenas notó el paso del tiempo en ese rostro tan hermoso. Sus facciones eran algo menos redondeadas que en el pasado, pero no había otros signos visibles de que hubiesen transcurrido ocho largos años desde la última vez que la vio. Seguía siendo una mujer preciosa.

—Alice.

Pronunció su nombre con cierta sequedad, pero ella esbozó una liviana sonrisa que apenas le curvó los labios.

—Estoy... estoy bastante impactada, no sé ni qué... decir —musitó con esa voz aterciopelada que Jake recordaba a la perfección—. Supongo que debería comenzar por pedirte disculpas. La otra noche salí corriendo y... Las circunstancias me sobrepasaron, no tenía ni idea de que la sala era tuya. No esperaba encontrarte allí.

—Yo tampoco, la verdad. Y mucho menos esperaba que te largases de ese modo.

—Lo sé. No sabes cuánto me avergüenzo. Fue una estupidez. —Se mordió el labio mientras él la observaba con dureza—. Pensaba que ya no vendrías.

—Acabo de salir del estudio.

—¿Del estudio de grabación? —Él asintió—. Querías componer y producir la música de los demás.

—Y eso es lo que hago.

A ella se le iluminó la mirada. La hacía tan feliz descubrir que Jake había

logrado hacer realidad todas sus aspiraciones...

—Al final te decantaste por ponerle tu nombre a la sala de conciertos. Me gusta mucho cómo suena. Y en el interior has hecho un trabajo fantástico.

—Lo sé. Cuidé hasta el más mínimo detalle.

—¿Qué fue de Renée y los demás? ¿Ya no tocas con ellos?

—Sí, todavía lo hacemos, aunque también trabajo con otros músicos, como pudiste comprobar.

—Eran buenos.

—Desde luego.

—Bien, pues... si quieres podemos ir a algún sitio a cubierto —sugirió.

—Prefiero que caminemos, si no te importa.

—No, claro que no.

Jake no se habría sentido cómodo encerrado en ningún lugar con ella, aunque una copa habría sido un buen refuerzo para acometer la conversación pendiente. Conforme pasaban los segundos, le era más difícil encontrar un mínimo de amabilidad dentro de él. Tras el impacto inicial, tras encontrarse de nuevo con sus ojos, revivió toda la desesperación y todo el dolor, y la rabia que mantenía encerrada en el último recoveco de su corazón volvió a correrle por las venas.

Mientras a ella le estaba costando un mundo sostenerle la mirada, la de Jake era intensa y analítica. Incluso apreció que ese azul tan hermoso e inimitable de sus ojos se oscurecía, como si se estuviese desatando una tormenta en su interior. Buscaba las señales del cambio físico cada vez que lo miraba, aunque no encontró demasiadas. Ahora tenía el cabello algo más corto y se apreciaba bajo sus ropas que su cuerpo se había ensanchado un poco, probablemente por el ejercicio físico. Encontró alguna arruga más de expresión en la frente, y la misma tendencia a llevar esa barba descuidada que no se afeitaba por pereza. Era tan guapo que dolía mirarlo, aunque le dolió mucho más apreciar que en sus ojos asomaba el reflejo de una profunda amargura. O de un profundo rencor. No podía precisarlo.

Le debía tantas explicaciones que no sabía por dónde empezar, y la ponía muy nerviosa la posibilidad de que él no quisiera escucharlas. Aunque hacía frío y llevaba más de dos horas a la intemperie, tuvo la sensación de que el viento que soplaba del río era caliente y asfixiante. Un súbito sudor frío le empapó las palmas de las manos, y toda esa seguridad que había ido ganando a través de los años en sus confrontaciones diarias en los tribunales acabó por

desplomarse. Él tampoco le estaba facilitando las cosas. Suponía que no tenía por qué hacerlo. Los latidos se le comenzaron a apresurar como si estuviera emprendiendo una carrera.

Inició el paso, lento y sin rumbo. Se oían muchos sonidos a su alrededor, sirenas lejanas, el murmullo del oleaje del río, el tráfico que solapaba el puente..., pero entre los dos se había establecido un silencio que pesaba como una losa.

—¿Dónde resides ahora? —le preguntó ella.

—En Brooklyn Heights, no muy lejos de aquí.

—Me lo figuraba, siempre te gustó mucho Brooklyn. Yo llegué a Nueva York el mes pasado y busqué un loft en Chelsea para estar cerca de las galerías de arte. Por eso encontré el Jake's Place, está a poca distancia de casa.

Pretendía romper el hielo manteniendo una conversación neutral antes de internarse en terrenos más escabrosos, pero Jake irradiaba tanta desgana que dejó de irse por las ramas. Inspiró el aire hasta llenarse los pulmones y luego lo dejó escapar por la boca. Se aclaró la garganta y se retrotrajo a aquella fatídica noche en que hizo la maleta para marcharse del apartamento de Sunset Park.

—Creo que deberíamos hablar de... ya sabes de qué.

—Bueno, yo no tengo mucho que contarte. Pero será interesante escucharte a ti.

Tras esa contestación cordial se escondía un tono de reproche que no le pasó desapercibido.

—Tuve que hacerlo, no tenía otra opción —musitó—. Sé que el mensaje que te dejé no aclaraba los motivos, pero es que... tampoco podía explicarte con detalle lo que había sucedido. Quería protegerte.

—¿Protegerme? —inquirió, como si fuera lo más absurdo que hubiese oído en su vida.

—Protegerme de él. De mi padre. —Jake soltó una hiriente carcajada, pero no la ofendió. Él no tenía ni idea de cómo era Wayne Mathews ni hasta dónde era capaz de llegar con tal de conseguir lo que quería. Comenzó por el principio—. Cuando llegué a casa después del concierto en el Mercury Lounge mi padre estaba sentado en nuestro sofá. Nicole, la que pensaba que era mi amiga, lo había llamado por teléfono para contárselo todo porque tenía un maldito ataque de celos. Le contó dónde vivía, con quién lo hacía e incluso

que estaba estudiando arte en la Universidad de Brooklyn. ¡Todo! —Se aceleró conforme hablaba—. Él no me dio más opción que regresar a Chicago.

—Siempre hay más opciones, Alice.

—No las había, Jake. ¿Crees que habría ido con él de ser así?

—Podrías haberte quedado conmigo y mandarlo al carajo. Podrías haber hecho mucho más que despedirte de mí con unas malditas líneas. Yo merecía algo más, ¿entiendes?

—¿Y crees que no se me rompió el corazón al tener que actuar de ese modo? No tenía alternativa.

Jake se detuvo. Se estaba enfadando y necesitaba mirarla a la cara para soltarle todas las verdades que nunca había podido decirle.

—Decías ser una chica madura e independiente y yo me lo creí, pero sólo eran apariencias. Al primer conflicto saliste corriendo porque no tuviste las agallas de enfrentarte a él. El miedo que le tenías era superior a cualquier otra cosa, a tus estudios, a tus planes, y también a aquello que decías sentir por mí.

—Era amor.

—Pues era un amor muy quebradizo, Alice. Tenías veintitrés años, ya no eras una chiquilla de quince —le espetó sin contemplaciones—. Tomaste la salida más fácil, la más cobarde. Admítelo y deja de escudarte en esa gilipollez de que querías protegerme.

—Tú no lo entiendes porque no lo conoces. No tienes ni idea de cómo es el señor Mathews. —Otra risa sarcástica retumbó en su pecho, y Alice comenzó a sentirse muy ofendida y alterada—. ¿Sabes dónde está él ahora, Jake? En la cárcel, cumpliendo una condena de cinco años por tráfico de drogas. Empleaba los aviones de la compañía para transportarlas. Y eso es sólo la punta del iceberg. No puedes ni imaginarte el daño que ha hecho a tantísimas personas a lo largo de su vida. Siempre se ha valido de su dinero y de todos los contactos que tenía en las altas esferas para lograr sus objetivos, lícitos o no. Por supuesto que le tenía miedo, ¡muchísimo!, pero te aseguro que lo que más miedo me daba es que pudiera hacerte daño a ti. Por eso fui con él. Te quería demasiado.

Jake miró hacia el río Este. Si alguna vez había planeado sobre él la duda de si ella estaría al corriente de todo lo acontecido tras su marcha, ahora le quedaba claro que no había sido así. No tenía ni idea. Agitó la cabeza.

—¿Y creías que por obedecerlo y marcharte con él me ponías a mí a salvo? ¿De verdad eras tan ingenua? ¿En serio sigues pensando así? ¿Tú, que tan bien

dices conocerlo?

—¿Qué quieres decir? —Su voz perdió intensidad.

—Nada, no quiero decir nada. No debería haber venido hasta aquí y tú no deberías haberme dejado ninguna puñetera nota. Todo esto pertenece al pasado, a un pasado lejano que algún día me gustaría olvidar de una jodida vez. Además, ¿por qué ahora, eh? ¿Por qué vienes a darme todas esas explicaciones en este momento? ¿No encontraste otro a lo largo de todos estos años?

—Mi padre me exilió a Londres.

—¿Que te exilió?

—Un par de días después de marcharme de aquí me subí a un avión. He estado trabajando en la filial de Londres desde entonces. Regresé a Estados Unidos hace unos pocos meses.

—Hay puentes aéreos entre Londres y Nueva York, ¿sabes? No estamos incomunicados.

—Lo sé, pero... —Sacudió la cabeza. Se sentía impotente porque sus explicaciones sólo parecían excusas—. Perdí el control sobre mi vida. Mi padre utilizó el miedo que le tenía para asumir el control por mí. Pasé de ser una chica con proyectos e ilusiones a vivir atemorizada las veinticuatro horas del día. Estuve tan deprimida que terminé por resignarme. —Apretó la mandíbula.

A veces, cuando recordaba el pozo negro en el que había estado hundida, un espasmo de dolor le atravesaba las entrañas. Lo sintió en ese momento.

—¿Y qué ha hecho que ahora sea diferente?

—Hace unos meses mi hermana me comentó que uno de nuestros abogados en Chicago iba a jubilarse y que su puesto quedaría vacante. Al principio le dije que no porque no quería estar cerca de él, pero un día desperté y... —Entornó los ojos y su expresión se enfatizó—. Fue raro porque sentí que tenía la mente lúcida, como si hubiese despertado de esa especie de estado comatoso en el que había estado viviendo. —Tragó saliva, Jake la escuchaba con atención. La severidad con que había comenzado a escucharla persistía, pero se había matizado un poco—. Algo cambió dentro de mí. Dejé de sentir miedo. Además, habían transcurrido tantos años que ya no se acordaría de ti ni de sus... amenazas. —Pronunció por lo bajo esa última palabra—. Regresé para recuperar mi vida y fue la decisión más inteligente que he tomado nunca. Poco tiempo después de instalarme tuve el enfrentamiento que siempre había

evitado. Las consecuencias fueron mi despido y su renuncia como padre. Ha sido mi liberación.

Jake despegó los ojos de ella y con la vista desenfocada miró a la lejanía, por encima de su cabeza. Podía llegar a entenderla, pero no quería hacerlo. Hacía falta mucho más que unas cuantas palabras para borrar todo el dolor.

—¿Qué has querido insinuar hace un momento, Jake? ¿Por qué has dicho que soy una ingenua?

—Olvídalo. Caminemos.

—No, no puedo olvidarlo. —Lo agarró por encima del codo para indicarle que no iban a ningún sitio. Le agradó tanto tocarlo... Era la primera vez que lo hacía desde que había vuelto a verlo, y sintió de nuevo esa conexión tan fuerte entre los dos. No pudo soltarlo—. Explícate, por favor.

—No sirve de nada que removamos más la mierda, Alice. El muy hijo de puta ya está pagando por sus pecados en la cárcel, aunque, si te soy sincero, cinco años no me parecen suficientes. Dejémoslo estar.

—No puedo dejarlo estar. Sé que ocultas algo y quiero saber qué es — insistió—. Tengo derecho a saberlo.

Lo miraba con ansiedad, con los dedos apretándose en torno a su brazo. La luz de las farolas iluminaba esos ojos tan azules que lo horadaban en busca de respuestas.

—No me quedé de brazos cruzados, te busqué con la intención de traerte de vuelta a casa.

—¿Cómo?

—Fui a Chicago y me enfrenté a tu padre. Por lo que has comentado antes, tú ya te habías marchado a Londres.

Se le cayó el alma a los pies. Agitó la cabeza con aturdimiento y abrió los labios para intentar articular las palabras. Ya empezaba a vislumbrar el error descomunal y las terribles consecuencias que le habrían acarreado sus actos, y los ojos se le cubrieron de horror.

—¿Te enfrentaste a él?

—Lo abordé en su despacho de la torre Willis. Creo que no hace falta que entre en detalles acerca del tipo de conversación que mantuvimos. Llamó a seguridad y me sacaron de allí. —Alice cerró un momento los ojos y cabeceó—. A partir de ese día se encargó de joderme la vida.

Los abrió de súbito. El horror se había acentuado.

—Te supliqué que no me buscaras...

—Tus súplicas me dieron exactamente igual. Te habría buscado hasta en el infierno, ¿comprendes?

—Dios mío, Jake... —Un murmullo ahogado destempló su voz. Tenía miedo de seguir indagando. Si su marcha a Londres, si todos los sacrificios que había hecho para proteger a Jake habían resultado ser en vano..., jamás iba a poder perdonárselo a sí misma—. ¿Qué te hizo?

—¿Aparte de referirse a mí como «despojo humano» y de decir que no consentiría bajo ningún concepto que manchase su apellido? —Ahora sus palabras despectivas le hacían gracia, sólo era un ricachón con el alma podrida, pero en aquel entonces, si los guardias de seguridad no hubiesen irrumpido en el despacho, habría saltado sobre él y le habría asestado unos cuantos puñetazos—. Bueno, a juzgar por lo que acabo de enterarme, parece que era todo un experto manejándose con las drogas.

—¿Las drogas?

—Las drogas. Se las ingenió para que alguno de sus sicarios introdujera en mi mochila veinte gramos de cocaína antes de marcharme de Chicago. Supongo que si hubiese llevado una maleta grande la cantidad habría sido mucho mayor. —Alice aplastó la palma de la mano contra su boca—. En el aeropuerto no pasé los controles, confiscaron el alijo y me detuvieron dos agentes.

—Creo que... creo que necesito...

Había un banco libre a su espalda y tomó asiento antes de que las piernas dejaran de sostenerla. Se abrazó a sí misma, en un intento inútil de controlar la angustia. Las leyes de Chicago establecían penas muy duras por tráfico de drogas. Veinte gramos de cocaína estaría castigado con... con un máximo de tres años de cárcel y una multa pecuniaria de hasta veinticinco mil dólares. Alzó la cabeza desesperada y buscó la mirada de Jake para que negara cuanto antes que ésa había sido su condena. Pero lo que vio le rompió el corazón.

—Pasé un año en la cárcel del condado de Cook y pagué veinte mil dólares de multa.

—Dios mío... —musitó.

Fue todo cuanto pudo decir. Estaba desolada. ¡Todo había sido culpa suya! Apoyó los codos sobre los muslos y enterró la cara entre las palmas de las manos. No podía asimilar aquel golpe. Jamás, ni en un millón de años, se le habría pasado por la cabeza que ése sería el destino inmediato de Jake mientras ella le escribía una nota de despedida.

Cuanto más datos escabrosos compartía con ella, él se iba dando cuenta de que, contra todo pronóstico, a veces remover la mierda sentaba de maravilla. No disfrutaba viéndola sufrir, pero sí que lo invadió un agradable furor al hacerle entender que su decisión de abandonarlo había sido en vano. Al ver que se había desplomado, notó que una parte de él deseaba abrazarla, porque sólo ellos dos entendían la intensidad de lo bueno y de lo malo que habían compartido, emociones tan fuertes que jamás se desvanecerían, pero su parte más cerebral no cedió a ningún impulso. Continuó contándole todo. No quería dejarse nada en el tintero.

—Nicole me buscó unos buenos abogados que hicieron un excelente trabajo para rebajar las penas.

—¿Nicole? —Se descubrió el rostro y abrió los ojos de forma desmesurada.

—Incluso quiso colaborar con los gastos judiciales, aunque yo no lo permití.

—¿Así que los dos estuvisteis... juntos? —No entendía nada, creía que estaba volviéndose loca—. ¿Después de todo el daño que nos hizo?

—¿Crees que me lie con Nicole? —La taladró con una mirada fulminante—. ¿En serio se te ha pasado eso por la cabeza?

—Era lo que ella pretendía, ¿no?

—¿Y acaso yo no tenía elección? —Alice no contestó—. Me ofendes. Yo te amaba de verdad. No podría haber mirado a ninguna otra mujer —le recriminó con severidad—. Nicole estaba muy arrepentida por lo que había hecho. Fue un gran apoyo y una buena amiga. Estuvo a mi lado durante los momentos más difíciles del proceso.

—Pues perdona si me cuesta entender que te apoyases en ella cuando fue la culpable de todo. —Ella también endureció el tono, no podía creerlo. Era un golpe tras otro.

—Sólo precipitó los acontecimientos. Más tarde o más temprano habría sucedido lo mismo, aunque ella no hubiese intervenido. Incluso llegué a agradecerle, porque si nuestra relación hubiese estado más avanzada habría sido infinitamente peor.

—¿Agradecerle? —explotó indignada—. ¿Cómo puedes defender que actuase con tanta maldad?

—No defendiendo eso, Alice. Estuvo mal, ella también lo sabe y siempre se ha arrepentido, pero ¿qué más da? Tu padre habría tomado cartas en el asunto en

cuanto se hubiese enterado de todo lo que estabas ocultándole, ¿o es que pensabas mantenerme escondido durante el resto de tu vida?

—Era tan feliz contigo que no quería pensar en el futuro.

Jake vio que sus ojos brillaban y que la barbilla había comenzado a temblarle. Estaba enfadado, ahondar en los recuerdos era como recrear el castigo, pero bajó el nivel de los reproches. Alice sólo era otra víctima más. Algo más calmado, se sentó a su lado, estiró las piernas y se quedó mirando las luces de Manhattan.

—¿Qué... qué pasó con el local de Staten Island?

—Lo perdí. Tuve que recuperar el dinero que había invertido para pagar las costas procesales y la multa.

—Santo Dios... —Tenía la mente colapsada, no podía recibir más información negativa o se desbordaría—. Y mientras tanto yo... estaba en Londres, pensando que había hecho lo correcto para que... para que tú estuvieses a salvo de él...

Terminó con la voz ahogada y se mordió los labios con fuerza para contener un sollozo. No quería llorar.

—Si te hubieses quedado, si le hubieses plantado cara y hubieses defendido tus intereses...

—Nos habría separado igualmente.

—Eso nunca lo sabremos.

—Claro que sí, Jake.

—¡Claro que no, Alice! El desgraciado no habría parado hasta verme entre rejas, pero al menos tú y yo habríamos estado juntos. ¡Juntos habríamos sido mucho más fuertes! Aunque hubiese sido durante una hora a la semana en la sala de visitas de la cárcel.

Como no quería llorar delante de él y sentía que ya no podía reprimirse, se levantó de un salto y se dirigió a paso rápido hacia la barandilla que protegía el paseo de las aguas del río. Le faltaba el aire, no podía respirar por mucho que trataba de atrapar la brisa que le acariciaba la cara. Manhattan se enturbió al otro lado de sus lágrimas.

Odiaba a su padre. Lo detestaba con todas sus fuerzas y esperaba que estuviese pudriéndose en la cárcel. Ojalá los otros presos le hiciesen la vida imposible. Quería que le arrebatasen su orgullo, su dignidad y su soberbia. Se avergonzaba tanto de llevar su apellido...

Oyó sus pasos y vio que apoyaba los codos en la barandilla, a su lado. Ella

luchaba para controlar su dolor desatado, aunque no le estaba yendo demasiado bien. Se retiró las lágrimas de las mejillas, pero acudieron otras nuevas.

—Lo siento, Jake... Lo siento muchísimo. —Lo miró, aunque sólo vio unos rasgos borrosos—. Te destrocé la vida.

—Tu padre me destrozó algunos años. Tú sólo me destrozaste el corazón.

Su respuesta no la consoló.

—Sabía que el señor Mathews jamás lo permitiría, y aun así... Yo... no pude evitarlo. Era tan feliz contigo y te... te quería tanto que... —Cerró los ojos y tragó saliva para poder continuar—. Fui una completa egoísta. Entendería que no quisieses perdonarme en la vida.

—No fuiste egoísta. Yo te habría perseguido y habría insistido hasta que accedieses a estar conmigo. No tenías escapatoria. —Jake intentó paliar su dolor cogiendo una de sus manos enguantadas. La encerró entre las suyas. Tocar sus dedos delgados y acariciar la palma pequeña a través de la lana, cuyo tacto suave recordaba como si hubiera sido ayer, le llenó el corazón de una sensación caliente y acogedora. La observó. Se la veía tan impactada y desolada... Él también estaba impactado. Las heridas de su paso por la cárcel, de su economía pulverizada y de sus sueños rotos ya estaban más que curadas. Ahora gozaba de todo lo que siempre había deseado. Pero aquellas que le había ocasionado ella... Pensaba que de su historia de amor con Alice sólo quedaban cicatrices que de vez en cuando molestaban, pero acababa de darse cuenta de que si se rascaba en ellas podían volver a sangrar—. Quiero que sepas que no me arrepiento ni de un solo segundo del tiempo que pasé contigo. Y también quiero que sepas que incluso sabiendo lo que el destino me tenía preparado habría escogido conocerte. —Le frotó la mano, aunque el efecto de ese consuelo que le brindaba provocó más lágrimas—. Hace mucho tiempo que te perdoné, Alice.

—Gracias, Jake —musitó.

Se quedaron en silencio, él absorto en sus agitados pensamientos mientras ella hacía lo posible para que los suyos le permitiesen recomponerse. Aunque el encuentro había sido tenso, violento en algunos momentos y sumamente intenso, tras sacarlo todo al exterior Jake notaba los hombros más livianos, como si acabara de arrancarse una pesada mochila que había llevado cargada a la espalda durante demasiado tiempo.

Alice estaba destrozada, necesitaba asimilar lo que estaba sucediendo;

aunque, por primera vez en años, notaba que por fin estaba cerca de alcanzar ese estado de paz que tanto había ansiado y que tanta falta le hacía. A su debido momento, cuando notó los ánimos más aplacados, volvió la cabeza hacia Jake. Con ojos reflexivos, él escudriñaba las oscuras aguas del río. Alice habría dado lo que fuera por saber en qué estaba pensando. Todavía sostenía su mano entre las de él y ella no quería hacer ningún movimiento que pusiese fin al contacto.

Jake se encontró con su mirada y ella vio ternura en sus ojos. Conocía esa manera dulce y amorosa de contemplarla, la llevaba grabada en el corazón. Pero también vio la distancia, la lejanía, y el hecho de que las cosas entre los dos nunca volverían a ser igual.

—Tengo que marcharme a la sala —le dijo. Ella asintió con lentitud—. ¿Te encuentras mejor?

—Algo mejor, sí.

—Bien. ¿Has venido en coche?

—Sí. Está aquí cerca.

—Te acompaño. Se ha hecho tarde.

Él soltó su mano y cruzaron el paseo hacia el lugar donde había estacionado, a unos pocos metros del puente. Junto al coche, las miradas de cariño se fueron apagando conforme se observaban. Era como si... como si tuviesen más preguntas que hacerse, pero doliera formularlas. Habían estado tan unidos como la uña y la carne, y ahora sus vidas seguían caminos totalmente diferentes. Era una situación extraña y complicada que Alice no sabía cómo manejar. Él tampoco se mostraba muy seguro en la despedida.

—¿Todo te va bien en Chelsea? —le preguntó Jake.

Ella asintió. Con la voz apagada, le resumió sus pequeños logros durante el mes de exposición en la galería Agora. Le comentó que otra galería de arte se había puesto en contacto con ella para exponer al cabo de un par de días, y también le dijo que había colgado la toga y que no volvería a colocársela a menos que no pudiera mantenerse con su carrera artística.

—Lo harás. Tus cuadros eran muy buenos.

—Gracias. —Esbozó una lánguida sonrisa—. Yo también me alegro mucho de todo lo que has conseguido, Jake.

Él arrugó el ceño y se mostró vacilante. No sabía si... si debía... Dejó de analizarlo todo e hizo lo que deseaba hacer.

—Ven. Dame un abrazo.

Emocionada, estrechó a Jake con fuerza y él la rodeó con esa energía que se desprendía del cariño que siempre le tendría. Alice no quería llorar más, pero se le empañó la vista mientras se intensificaban las emociones de sentirlo tan cerca. Se sintió como si acabase de llegar a la ansiada meta de su tortuosa vida; pero mientras los latidos de su corazón se unían a los de él, también sintió que no sabría cómo recorrer el nuevo camino que se abría ante ella si él tomaba otro. Apretó sus músculos, temiendo la despedida, y se dio cuenta con una claridad abrumadora que seguía amándolo con todas sus fuerzas.

El aroma de Alice se filtró en los lugares más recónditos de su alma y afiló añejas emociones que ya creía extintas. Frotó su espalda con la palma de la mano y cerró un momento los ojos. Notaba su respiración en compás con la suya, los latidos unidos en el silencio y el contacto de su cuerpo metiéndosele más allá de la piel. Esa conjunción tan perfecta continuaba existiendo entre los dos y, de repente, le dio tanto miedo que finalizó el abrazo como si Alice quemara y necesitara alejarse de ella.

Alice pensó en la chica rubia a la que había besado la otra noche. No le había preguntado antes por ella porque no estaba del todo segura de querer conocer la respuesta. Ahora, mientras la magia entre los dos flotaba en el ambiente, y estaba convencida de que él también la sentía, no podía marcharse a casa con la duda de si todavía existía una oportunidad entre ellos, por mínima que fuera.

—¿Hay alguien...? Me pregunto si hay alguien especial en tu vida.

Él entornó un poco los ojos y las sombras acorazaron su semblante. Vaciló, como si fuese una pregunta que necesitase una respuesta meditada. ¿Por qué tenía que pensarlo?

—Sí, hay alguien especial —dijo al fin.

—¿La chica rubia que estaba contigo en la sala?

—Sí, esa chica.

—¿La quieres?

—La quiero.

—¿Desde cuándo estáis...?

—Dos años.

Alice imitó un esbozo de sonrisa, aunque nadie que la hubiese visto la habría considerado genuina. El cuerpo se le destempló y ese resquicio de esperanza con el que había acudido a la cita se desinfló como un globo. Hizo

todo lo posible para que no se le notara, pero hasta un ciego se habría dado cuenta de que acababa de recibir un gran mazazo.

—Me figuro que tú también habrás conocido a alguien.

—Bueno, he conocido a gente, pero... No, ahora mismo no hay nadie especial.

Jake se sintió como un completo egoísta cuando lo invadió una clara sensación de alivio. ¿Por qué? ¿Por qué lo hacía sentir bien que Alice no hubiera encontrado el amor como había hecho él? Tenía el mismo derecho a enamorarse y a seguir con su vida, sin embargo... Ese imán invisible tiraba de los dos, lo volvía todo tan confuso que nada de lo que estaba sucediendo parecía real. Metió las manos en los bolsillos de su abrigo y se quedó mirando el suelo, pero allí sólo encontró gravilla suelta, ninguna frase ingeniosa que decir para que la despedida no resultase tan desangelada. Notó que el cerebro se le estaba espesando y, de repente, sólo quiso alejarse cuanto antes de allí. Y de ella.

—Creo que ha sido bueno para ambos que por fin hayamos tenido esta conversación. —Se aclaró la garganta—. Cuídate, Alice.

Ella asintió despacio, al tiempo que notaba el nudo en la garganta que volvía a apretársela. Ya no había esperanza. Estaba enamorado de otra mujer. Jake tenía una relación estable desde hacía dos años y, por supuesto, ella respetaba esa relación; pero... necesitaba decirle que... Cerró los ojos.

«Déjalo estar, Alice.»

No pudo. No podía quedarse con aquello dentro. Intentó expresarlo sin que le temblara la voz.

—Yo..., no sé cuándo, pero sé que en algún momento me arrepentiré si me marcho de aquí sin decirte que... que te sigo queriendo, Jake.

Vio el impacto que le causó su confesión. No fue una reacción de sorpresa, estaba segura de que él ya se había dado cuenta de cuáles eran sus sentimientos a lo largo de la noche; fue más bien una reacción de miedo, de rechazo. Jake enseguida comenzó a negar con la cabeza.

—Alice... —Tensó la mandíbula y la miró con severidad—. No hagas esto, no lo hagas.

—No pretendo incomodarte —se apresuró a aclararle—. Tan sólo... Yo... sentía que debía decírtelo. Sólo son mis sentimientos, no te estoy pidiendo nada.

—¿Y crees que a mí me sirve de algo conocerlos? —preguntó él con

brusquedad—. Pues no, no me sirve absolutamente de nada. No puedes aparecer de repente, después de ocho años sin saber nada de ti, y soltarme eso.

Alice quedó aturdida. No esperaba que fuera a reaccionar de ese modo tan vehemente. Se mordió los labios con fuerza mientras él retiraba su fulminante mirada de ella, inspiraba una honda bocanada de aire y luego la expelía con esa especie de rabia que había despertado en él.

Como si de pronto se hubiera dado cuenta de que su reacción había sido desproporcionada, tragó saliva y calmó los ánimos que habían encendido su mirada. Relajó la expresión y la observó de un modo penetrante. Parecía estar grabándose su rostro en la memoria, por si no volvía a verla nunca más. Ella creyó oír una triste y envolvente música que sonaba a despedida.

—Que seas muy feliz, Alice.

—Tú... también, Jake.

Él dio media vuelta y se alejó a paso rápido, dejando clara su necesidad de largarse de allí cuanto antes. Alice no pudo romper el contacto visual. Observó cómo se alejaba, al tiempo que la música triste alcanzaba su registro más dramático. Con los ojos encharcados y el pulso tembloroso, vio que su silueta se iba desvaneciendo en la neblina de la noche.

Al menos, notó que su alma se había liberado de sus cadenas.

Esa misma noche subió a su estudio y buscó entre los lienzos apilados de sus obras inconclusas el único que no había desembalado cuando los recuperó del almacén de Burnside. Rasgó el envoltorio con sumo cuidado, casi ceremoniosamente, y fue descubriendo cada fragmento de la pintura, dejando caer al suelo los trozos de papel cartón.

Observó la imagen inacabada con una mezcla de dicha y tristeza. Era el cuadro más personal en el que había trabajado y, aunque nunca llegó a finalizarlo, estaba lo suficientemente avanzado como para presentir que podía convertirse en una de sus mejores creaciones. Lo colocó en el bastidor y se lo quedó mirando durante largo rato, pensando en trazos, en colores, en sombras y en luces.

La galería Marianne Boesky le había ofrecido una sala pequeña para la exposición de diez de sus cuadros durante una semana. La buena acogida que había recibido en Agora no había sido cuestión de suerte, tanto la crítica como las personas que iban concurriendo a la exposición de Marianne Boesky volvieron a coincidir en la belleza, en la maestría y en la exquisitez de sus trazos.

Gerlof se pasó por la galería el último día de su exposición para acompañarla en la despedida. Alice había vendido tres cuadros durante el transcurso de la semana y era probable que vendiese alguno más esa misma noche, ya que estaba acudiendo mucha gente para ver la obra de Jason de Graaf, uno de los pintores hiperrealistas más famosos y destacados del panorama actual, que exponía esa noche en Marianne Boesky. Como Gerlof lo conocía se lo presentó, y los tres se enfrascaron en una conversación muy apasionante sobre arte. Tan inmersa estaba en la charla que no se percató de quién se paseaba por la sala desde hacía un buen rato. Cuando el dueño de la galería requirió la atención de Jason para presentarle a alguien importante que había ido a verlo, Alice regresó la atención al bullicio de la sala y entonces la vio.

Su melena pelirroja se recortaba contra una de sus creaciones, la de la cabaña del lago, y aunque no pudo verle la cara porque estaba de espaldas, supo de inmediato que se trataba de ella. Cuando al fin se volvió, se confirmaron sus sospechas. Sus miradas no tardaron en contactar. Una mueca de lo que pretendía ser una sonrisa curvó los labios pintados de rojo de la que había sido su amiga, pero su gesto pesaroso deslucía el brillo de sus ojos verdes. Alice se fijó en que el curso de los años la había vuelto más sofisticada y elegante. Lucía ropas de diseño y llevaba diamantes en los lóbulos de las orejas. Debía de haberle ido muy bien en la vida.

Nicole inició un lento acercamiento, y Alice la observó a través de la máscara gélida en la que se había convertido su cara. Por mucho que Jake

hubiera mencionado su arrepentimiento y su inestimable ayuda durante su proceso judicial, Alice no sintió ni la más mínima simpatía por ella. Cuadró los hombros, tenía el estómago encogido, aunque no era ella la única que estaba nerviosa. Nicole no cesaba de jugar con un anillo que llevaba en el dedo anular y que parecía una alianza matrimonial.

—Alice...

—Nicole...

—Dios mío, cuántos años han pasado...

—Ocho.

El tono de sus voces no podía sonar más diferente. La de Nicole, templada; la de Alice, árida como la arena del desierto.

—Unos cuadros maravillosos. Te felicito.

—Gracias.

—Me ha extrañado mucho no verte antes por las galerías de Chelsea. Tu trabajo siempre me pareció increíble.

—He estado ocupada en Londres.

«Gracias a ti», pensó.

—Lo sé, hablé con Jake hace un par de días y... me dijo que habías vuelto a Nueva York.

—Sí, he regresado.

Así que no sólo seguían siendo amigos, sino que además mantenían un contacto regular y en sus conversaciones compartían confidencias. Incluso le había hablado de ella. ¿Hasta dónde le habría contado? Se sintió traicionada. Una vez más. Debió de notársele en la cara, porque Nicole tuvo la necesidad de explicarse.

—Conservamos la amistad, pero nunca pasó nada entre los dos. Verás, yo... —se atusó un poco la melena, estaba claro que encontraba dificultades al expresarse— te escribí una carta en la que te pedía disculpas, pero no pude enviártela porque tu padre nunca quiso decirme tu paradero. Él... no deseaba que tuvieses contacto con nadie a quien hubieses conocido aquí.

—Nicole... —Alice alzó la mano. Nada de lo que le dijese conseguiría cambiar lo sucedido y mucho menos lograría hacerla sentir mejor. Nicole había continuado teniendo a Jake. Ella no—. No me apetece tener esta conversación, la verdad. No voy a negarte el saludo, pero tampoco voy a hablar contigo como si nada hubiese sucedido.

—No es lo que pretendo. Cuando Jake me dijo que estabas en Nueva York,

yo... me informé sobre ti. Imaginé que vendrías al último día de tu exposición en Marianne Boesky. Necesitaba verte.

—¿Para qué?

—Para pedirte disculpas.

—No necesito ninguna disculpa, Nicole. —Agitó la cabeza y distendió los labios en una mueca de rechazo—. Llegan demasiado tarde.

Ella insistió a pesar de sus objeciones.

—Fui un verdadero monstruo, una cría inmadura, consentida y caprichosa que tenía una pataleta y que no supo medir el alcance de sus actos. Quería que tu padre te castigase por estar viviendo con el chico del que yo creía estar enamorada, sólo eso, y cuando me di cuenta de que se estaba formando una bola de nieve tan gigantesca ya fue demasiado tarde para detenerla. —Se notaba que su arrepentimiento era sincero, tal y como le había dicho Jake, y aunque Alice no sentía ni la más mínima compasión por ella, sí que permitió que continuara expresándose—. Yo desconocía muchas parcelas de tu vida. Sé que no existe argumentación posible que justifique lo que hice, pero no tenía ni idea de que vivías en Sunset Park a espaldas de tu padre ni que estudiabas arte en la universidad sin que él lo supiera. Y mucho menos sabía cómo era Wayne Mathews. Me habías contado que era estricto, pero el hombre con el que yo hablé era peor que eso. Lo que te hizo a ti y lo que poco después le hizo a Jake... —Agitó la cabeza, seguía jugueteando con el anillo—. Me ha estado consumiendo la culpa desde entonces.

—No puedo decirte que eso me apene, precisamente —le respondió ella con sinceridad, aunque sin acritud.

—Es comprensible. A mí tampoco me apenaría —comentó con humildad—. Tan sólo... necesitaba que algún día se presentase la oportunidad de decírtelo mirándote a los ojos. Fui una persona horrible y lo siento muchísimo.

Sus disculpas no hacían desaparecer todo lo que Alice había sufrido, y mucho menos conseguían que empatizase con ella, pero si pretendía hacer las paces consigo misma, centrarse en el presente y avanzar hacia el futuro, debía cerrar ese capítulo de su vida. Sólo se le ocurría una manera de hacerlo.

—Acepto tus disculpas.

Nicole cerró un momento los ojos y murmuró una sentida palabra de agradecimiento.

—Quiero hacer algo importante por las dos, Alice, por ti y por mí. Quiero que hablemos de negocios.

—¿De negocios?

Le contó que, junto a su esposo, era la propietaria de una de las galerías de arte más cotizadas y ansiadas por los artistas de todos los géneros: la galería Sephora, situada en la Quinta Avenida, a la altura de la calle Ochenta y Ocho. Alice había oído hablar muy bien de ella, aunque no tenía ni idea de que los propietarios fuesen Nicole y ese esposo que acababa de mencionarle. Sephora era una de las galerías más conocidas en los circuitos de arte. Gerlof había expuesto allí una vez y a raíz de ello se le habían abierto un montón de puertas. Era ambicionada por todos, pero sólo unos pocos privilegiados conseguían que su trabajo llegase a exhibirse en sus salas.

Nicole también le dijo que deseaba ver el resto de su trabajo tan pronto como fuese posible y que escogería una colección de quince cuadros para exponerlos antes de que se echaran encima las fiestas navideñas, sobre la segunda semana de diciembre.

Era una oportunidad única para ella, pero...

—No tienes que hacer esto sólo porque te sientas en deuda conmigo, Nicole. He aceptado tu perdón.

—No me has entendido, Alice. Adoro tu trabajo, y estoy segura de que en cuanto Harvey lo vea pensará igual que yo. Te hago esta oferta porque quiero a la artista Alice Mathews en mi galería. Quiero que esos cuadros cubran las paredes de mis salas.

A pesar de que había creído en su arrepentimiento y había aceptado sus disculpas, en aquel momento le resultaba imposible quitarse de la cabeza a la Nicole Adams del pasado. Su amor propio estaba por encima de todo, incluso por encima de sus sueños de llegar a ser una artista destacada.

—Yo... te agradezco mucho tu propuesta, pero ahora mismo..., creo que no es un buen momento para tomar decisiones. Necesito... pensarlo.

—Me parece lógico —asintió al tiempo que buscaba algo en su pequeño bolso de mano. Sacó una tarjeta con una bonita serigrafía de la galería de arte y se la entregó—. Ahí están nuestros teléfonos. Tómate tu tiempo y llámame en cuanto hayas tomado una decisión. Si lo prefieres, puedes ponerte en contacto con Harvey y formalizar con él todo lo relativo a la exposición. Lo entendería, por supuesto.

Nicole alargó el brazo con la mano extendida y Alice se la estrechó. El contacto fue frío, aunque cordial.

—Por cierto, me llevaré ese cuadro de allí para mi colección personal —

agregó Nicole. Se refería al lienzo de la cabaña del lago—. Si me disculpas...
—Por supuesto.

Al cabo de unos minutos, mientras Alice continuaba procesando el encuentro con Nicole, la vio charlando con el dueño de la galería para determinar la compraventa de su cuadro.

Después de todo, parecía que el interés por su obra era real y que no le había propuesto exponer en su galería sólo para exorcizar sus demonios personales.

* * *

Pasó un par de días repasando su colección de lienzos terminados para actualizar su *book*. Con la ayuda de un fotógrafo al que le habían presentado durante los días de la exposición en Agora, fotografió de nuevo el material con vistas a moverlo por nuevas galerías de arte.

Todavía no había tomado una decisión con respecto a Sephora.

Le estaba costando mucho concentrarse en el trabajo, y más todavía en la toma de decisiones importantes, porque sus pensamientos estaban ocupados en él. En Jake. Notaba un ahogo constante en el pecho desde que había vuelto a verlo. Sus sentimientos se habían avivado.

Lo amaba como el primer día.

A veces imaginaba cómo sería vivir en el presente ese amor tan loco, mágico y maravilloso que su padre les había arrebatado, pero cuando despertaba de esa fantasía tan idílica notaba como si una mano invisible le estuviera estrujando el corazón. El de Jake ya no le pertenecía. Él ya no pensaba en ella cuando componía canciones de amor, ni era su rostro el último que veía por las noches ni el primero que contemplaba por las mañanas al despertarse. Ya no era ella la que le provocaba mariposas en el estómago ni la que recibía sus besos tiernos y apasionados. Tampoco eran sus oídos los que percibían sus murmullos de deseo cuando le hacía el amor, ni los que se deshacían como el caramelo caliente cuando le decía lo mucho que la amaba.

Ahora había otra mujer en su vida, y a ella no le quedaba más remedio que respetarlo y aceptarlo. Un reguero caliente se le deslizaba por la cara. Se tocó las mejillas y descubrió que eran lágrimas.

«Supéralo de una vez, Alice.»

* * *

Algunos días después, Gerlof la invitó a tomar un café en su taller, un local pequeño y atiborrado de herramientas frente al teatro Joyce. Le había dicho que se había comprado una cafetera nueva, «una de esas de cápsulas», pero que no tenía ni puñetera idea de cómo funcionaba.

—Seguro que la compraste con un libro de instrucciones, ¿no? —le había preguntado ella con tono chistoso.

—Detesto perder el tiempo leyendo libros de instrucciones —había replicado él—. Si te pasas por aquí y la haces funcionar, te estaré eternamente agradecido.

A ella nunca se le habían dado bien los aparatos electrodomésticos, pero tenía una cafetera similar a la que él le había descrito y creía que podría ponerla en marcha.

Caminó deprisa bajo las marquesinas para guarecerse de la repentina lluvia que había comenzado a caer, mientras que los golpes del martillo sobre la piedra cobraban vigor conforme se acercaba al taller. Cuando llamó al timbre, los golpes habían sido reemplazados por el rozamiento de una lima. Luego se hizo el silencio y Gerlof acudió para abrirle la puerta.

Aunque fuera hacía frío, él se había despojado de la ropa de abrigo y trabajaba con una camiseta de algodón que revelaba que estaba en buena forma física. En ocasiones, Alice se sorprendía pensando que Gerlof era atractivo y muy interesante. A veces, cuando se enfrascaban en largas conversaciones sobre arte, la conexión entre ambos era tan rápida y perfecta que tenía la sensación de que podría ser muy feliz al lado de alguien como él. Ahora, mientras cruzaba el umbral y se adentraba en ese lugar mágico y creativo donde el aire olía a sueños y a libertad, se le removía esa necesidad aletargada de volver a ser feliz al lado de un hombre.

Luego reaparecía la frustración, el miedo, la triste certeza de que nunca podría amar a otro hombre como había amado —y amaba— a Jake.

«Si al menos lo intentaras...»

—Ahí tienes ese chisme. Si consigues que funcione, te invito a un café.

—Eso está hecho. —Se dirigió hacia la cafetera y comenzó a manipularla. Se fijó en él, estaba trabajando en un enorme bloque de piedra al que todavía no se le adivinaba ninguna forma definida—. ¿En qué trabajas?

—Todavía no tengo ni idea. Me desperté de madrugada con uno de esos

arrebatos de inspiración, me vine al taller y me puse a esculpir como un tarado. Llevo horas trabajando y aún no sé adónde quiero llegar.

—Suenas prometedor.

—Bueno, ya sabes que mis mejores esculturas nacieron así, por tanto... — Comenzó a pasar un pincel por la zona recién tallada, pero dejó de hacerlo para centrar la atención en ella—. ¡Está funcionando!

Alice se echó a reír.

—Claro que sí. Sólo había que meter la cápsula en esta posición, bajar la palanca, colocar la taza y darle al botón.

—Me has salvado la vida. Eres mi heroína —bromeó al tiempo que inspiraba el olor a café.

—Pues esta heroína espera que hayas comprado cápsulas de café descafeinado, porque no quiero pasarme otra noche en vela.

—En aquel cajón de allí. Compré toda la gama de cafés posible —le indicó—. ¿Por qué has pasado la noche en vela?

Gerlof soltó el pincel, se lavó las manos en el pequeño fregadero y se acercó a ella. El primer café ya estaba listo, así que lo apartó para que Alice pudiera colocar una nueva cápsula y una taza limpia. Ahora que estaba tan cerca de ella, sí que era cierto que tenía un aspecto cansado y ojeroso.

—Pues resulta que... —Jake, Nicole, Sephora... Demasiadas razones, aunque sólo le contó una—. La dueña de Sephora quiere quince de mis cuadros para exponerlos en su galería.

—¿En serio? ¿Sephora? —Abrió mucho los ojos castaños y un estallido de emoción se los cubrió—. ¡Eso es estupendo! ¡Todos los artistas quieren exponer en Sephora! —Alice torció el gesto—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no estás dando saltos de alegría?

—Porque resulta que conozco a la dueña.

—A la señora Adams.

—Sí, a Nicole Adams.

—¿Y...? —El descafeinado también estaba listo, y ella retiró la taza—. ¿Nos sentamos?

En un rincón del taller, frente a una vidriera por la que entraba una gran cantidad de luz natural, Gerlof había instalado un cómodo sofá de dos plazas. Decía que a veces necesitaba relajarse, ya que pasaba más horas en el taller que en su propia casa. Tomaron asiento. Alice colocó la taza sobre las rodillas y se calentó las manos con la porcelana caliente. La temperatura interior era

agradable, pero después de una noche de insomnio notaba el cuerpo destemplado.

—¿De qué la conoces?

—Del pasado, de hace un montón de años. Estudiamos juntas en la universidad y nos hicimos amigas. Hasta que ella... —Frunció el ceño, no iba a entrar en detalles, así que trató de resumirlo con palabras contundentes—. Arruinó mi relación con el chico del que estaba locamente enamorada porque ella también lo quería, y lo hizo del modo más sucio, rastrero y mezquino que te puedas imaginar. No es algo que se consiga olvidar, Gerlof.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Ocho años.

—Estabais en la universidad, erais unas crías. —Se encogió de hombros, como justificando que en esa etapa de la vida uno podía comportarse como un majadero.

—No tan crías —negó.

—A esa edad todos hacemos un montón de tonterías. Han pasado ocho años y, por lo que sé, ahora está felizmente casada y es una empresaria de muchísimo éxito en el sector artístico. Además, todo el mundo habla muy bien de ella. No puedes decir que no a Sephora por algo que pasó hace tantísimo tiempo.

Sabía que Gerlof no lo entendería, le faltaba demasiada información para hacerlo, pero tampoco era eso lo que buscaba de él. Tan sólo necesitaba una inyección de energía.

—El tiempo es relativo cuando te han hecho tanto daño.

—Por cómo hablas, me da la sensación de que hubo algo más que un corazón roto...

—Hubo mucho más, pero no quiero hablar de eso —negó reticente—. Yo... necesito que me recuerdes los motivos por los que debería decir que sí. Convénceme. No sé cómo lo haces, pero eres un tipo muy persuasivo.

—Bueno, no soy todo lo persuasivo que querría. —Su voz se volvió más íntima, y ella desvió la mirada hacia su taza de café. Gerlof se aclaró la garganta—. Alice, cariño, exponer en Sephora es una oportunidad increíble. Estamos hablando de Londres, París, Milán..., acudirían profesionales de las capitales más importantes del mundo para ver tu trabajo. Si sigues planteándote rechazar esta oportunidad porque la dueña de la galería te quitó el novio hace casi una década, ¡tienes que sacártelo de la cabeza de inmediato!

—No me quitó el novio —puntualizó. Le habían robado muchas cosas, pero Nicole nunca consiguió robarle el corazón de Jake. Por alguna razón que se le escapaba, por un vestigio de amor propio quizá, necesitó recalcarlo. No obstante, había sido tan apasionada en su respuesta que mudó el semblante y terminó curvando los labios. Dio un sorbo a su café—. Está muy bueno.

—¿Eso es un sí?

—Te llamaré esta noche y te pondré al corriente de mi decisión.

—No lo pienses, Alice. Deberías llamarlos ahora mismo y decirles que sí —la presionó.

Ella reflexionó un segundo. Medio, quizá. De repente, dejó la taza a un lado, cogió su bolso y se apoderó del móvil y de la tarjeta de la galería que le había entregado Nicole. Con el rabllo el ojo, vio que él sonreía triunfal.

Comenzó a marcar el número de Harvey Ferguson, pero cuando le faltaba un número por teclear borró los anteriores y marcó el de Nicole. Los últimos acontecimientos habían llevado de vuelta ciertas actitudes de la Alice de Londres, de la chica temerosa que se escondía del mundo en su apartamento de Camden Town para que nadie pudiera volver a hacerle daño ni a ella ni a las personas que quería. Pero ésa no era ella. Todos sus miedos habían quedado atrás, los había dejado plantados en el aeropuerto de Heathrow, en Londres, y no podía permitir que regresaran nunca más. Si había tenido el valor de enfrentarse a Wayne Mathews, podía hacerle frente a cualquier situación que se le presentase. Ésa sí era ella.

Cerró el trato con una Nicole que se mostró muy dichosa, y tras cortar la comunicación dejó que su sonrisa se ensanchara. Volvió la cabeza hacia Gerlof, que la observaba con entusiasmada atención.

—Gracias por el empujón.

—Ha sido un placer. —Chocó su taza de café con la de ella—. ¡Por Sephora!

—Por Sephora.

Un poco antes de marcharse a casa, y aunque la conversación posterior a la llamada de teléfono había sido muy amena y distendida, Gerlof se mostró taciturno en la despedida.

—Oye, Alice..., no sólo te he hecho venir hasta aquí para que me ayudaras con la cafetera. Resulta que... —elevó un brazo y se rascó la nuca— la semana que viene hay un cóctel benéfico en el MoMA, los fondos irán destinados a ampliar la colección de arte de la institución. Me han invitado a asistir y me

gustaría... que me acompañases. —Gerlof entrecerró los ojos, como temiendo una negativa—. No quiero que me malinterpretes, con mi invitación no pretendo traspasar los límites que interpusiste hace unas semanas. Yo sólo...

Alice alzó una mano, como queriendo interrumpir su discurso, y se lo quedó mirando en silencio. La inseguridad que reflejaba le resultó conmovedora. Era cierto que su invitación podía interpretarse como una clara intención de traspasar las fronteras de la amistad, ya que nunca habían salido a cenar, ni a tomar una copa por la noche; pero ella estaba cansada de analizar todo lo que sucedía en su vida, por nimio que fuera. Estaba harta de andar calculando consecuencias. A veces sólo había que cerrar los ojos, dejar la mente en blanco y dejarse llevar.

Y eso fue lo que hizo.

—Te acompañaré.

Agarró la mano de Sylvia nada más apearse del coche y cruzaron la calle hacia la grandiosa estructura de acero, cristal, madera y granito que tantas maravillas albergaba. Él era profano en arte, pero ser la pareja de alguien que sí era experta había hecho que despertaran aquellas antiguas curiosidades artísticas que otra mujer que no era ella había sembrado en él. Le gustaba el ambiente de los museos y perderse entre las salas plagadas de cuadros y esculturas. No entendía de qué iban la mayoría, pero le agradaba escuchar las explicaciones entusiasmadas de Sylvia.

Cruzaron las puertas de esa especie de santuario de arte moderno y un joven vestido de etiqueta los guio hacia el interior, hacia uno de los comedores privados que había disponibles para eventos especiales. Sylvia comentó que se habían esmerado muchísimo en la decoración de la sala y que le encantaba la paleta de colores índigo que habían utilizado, así como las elegantes estructuras de metacrilato que reflejaban el fastuoso y elegante juego de luces. Le gustó sobre todo el predominio de las velas blancas, cuyas llamas danzaban al ritmo de una música de violines.

Jake tuvo la sensación de que eran los últimos en llegar, pues la enorme sala ya acogía a una gran cantidad de asistentes. Los hombres iban vestidos de etiqueta y las mujeres lucían vestidos largos como los que solían verse desfilando por la alfombra roja de la ceremonia de los Oscar. A él le molestaba un poco la pajarita. Sylvia se había empeñado en que vistiera de esmoquin, pero ese lazo en el cuello le resultaba de lo más incómodo. Cogió un par de copas que uno de los múltiples camareros que circulaban por la sala portaba en una lustrosa bandeja mientras ella alzaba la mano con delicadeza para saludar a los conocidos. Y conocía a la mayoría. Ella trabajaba allí.

—Ven, cariño, quiero presentarte a Brenton Harris y a su esposa. Creo que no los conoces.

—¿Quiénes son?

—Son empresarios y filántropos. A lo largo de los años han donado

muchos millones a instituciones relacionadas con el arte. Son muy majos. — Sylvia se quedó mirando su mueca interrogante y le sonrió—. No son unos estirados, te lo prometo.

—Eso dices de todos.

—Pero ahora es cierto.

—Claro, seguro. —Abrió los ojos con gesto teatral, lo que provocó una risita en ella—. Al señor Harris parece que le hayan metido un palo por el culo —murmuró cerca de su oído.

—¡Basta ya! Me harás reír cuando le estreche la mano.

La parte que menos le gustaba del trabajo de Sylvia era aquélla. Demasiados cócteles, demasiadas galas y cenas benéficas, demasiadas veladas en las que había que alternar con toda la jodida *jet set* de Nueva York. Él prefería rodearse de la clase de gente que acudía a Jake's Place y a otros lugares por el estilo. Sin embargo, mientras se daba un apretón de manos con el señor Harris, la actitud de desgana con la que había acudido al cóctel se esfumó en cuanto sus ojos la encontraron.

Estaba al fondo. Vestía un mono de color negro con una línea de pequeños brillantes en el escote que le dejaba los hombros y los brazos al descubierto. Era un atuendo sencillo, aunque una mujer como Alice no necesitaba de ningún adorno para destacar entre una multitud. En la mano derecha sostenía una copa de lo que parecía vino blanco, y sus labios pintados de rojo oscuro se movían al compás de una conversación que parecía interesante y que mantenía con un hombre algunos años mayor que ella. Un tipo que podría considerarse atractivo y cuyo lenguaje no verbal mostraba una plena atención en ella. Los dos se trataban con mucha familiaridad.

Tras el lapsus inicial intentó concentrarse en la conversación del señor Harris y su esposa, aunque le resultó bastante complicado. Su atención era constantemente requerida por ella. No podía dejar de observarla mientras se formulaba decenas de preguntas. Encontrarla allí tampoco era tan extraño, aquél era su ambiente, pero no por ello le resultó menos abrumador.

Conclusa la charla con el matrimonio Harris, Sylvia lo condujo hacia el lugar donde localizó a su jefe y a la esposa de éste. En el trayecto, Jake no pudo postergar su curiosidad y le preguntó si conocía al tipo del esmoquin azul y la pajarita roja; no había otro vistiendo así en la sala. Ella miró un momento por encima de su hombro y asintió.

—Es escultor. Se llama Gerlof Waas. Ha expuesto un par de veces en el

MoMA, ¿quieres que te lo presente?

—No, no hace falta. —Negó con la cabeza—. Me suena su cara, aunque no creo conocerlo de nada. Supongo que se parece a algún conocido.

Fue una suerte que Sylvia no la reconociera. Habían coincidido en Jake's Place, pero Alice había salido de la sala tan deprisa que a ella no le había dado tiempo a verle la cara. Él no tenía ninguna intención de decirle que Alice Mathews estaba allí. Le arruinaría el cóctel si lo hacía y su confianza volvería a desplomarse. No podía lidiar con una nueva avalancha de inseguridades. Sabía que Alice, cuando quisiera que se percatara de su presencia, también se mostraría prudente.

Ocurrió al cabo de unos diez minutos. Ella continuaba pegada a aquel tío, con el que seguramente había acudido al cóctel, cuando sus preciosos ojos azules se elevaron de su copa de cristal y sus miradas se encontraron.

Se observaron como si no hubiera nadie más en la sala.

Ella curvó los labios rojos apenas, y él inclinó los suyos. Los ojos de Alice perdieron el brillo, se embargaron de lo que interpretó como tristeza, y él tragó saliva mientras Sylvia colocaba la mano en su antebrazo y acaparaba su atención.

La pajarita le molestó un poco más. ¿No habían puesto el sistema de calefacción demasiado alto?

Procuró integrarse, se esforzó por no dar la sensación de que estaba ausente, pero buscaba a Alice con la mirada en cuanto hallaba un momento. En los últimos días había pensado mucho en ella. Demasiado. Incontables veces había recreado en su cabeza retazos de la conversación que habían mantenido bajo el puente de Brooklyn. Tenía un montón de sentimientos encontrados. Esa rabia con la que había encarado el reencuentro con ella se había esfumado, ya no era capaz de seguir culpándola de nada, pero ahora sentía una rabia diferente que no sabía cómo definir. Y un cariño inmenso que tampoco sabía cómo digerir.

Volvió a mirarla una vez más y se percató del modo casi reverencial con que el escultor la observaba mientras ella le hablaba. Si algo no se le pasaba por alto en las relaciones entre hombres y mujeres era cuándo había un interés romántico por parte de uno o por parte de los dos, y el tal Waas estaba prendado de Alice. La engullía con sus ojos oscuros, la escuchaba como si no hubiera más sonido en la sala que su voz. Y seguro que también la deseaba.

—¡Jake!

Sylvia colocó la mano sobre su brazo y se lo apretó ligeramente. Él volvió a la realidad y se obligó a sonreír, como si hubiera estado escuchando algo de la conversación con el jefe de Sylvia. Tuvo que pedirle que volviera a hacerle la pregunta.

Lejos de acostumbrarse a la situación de tener que compartir el espacio con Alice y tratarse como dos extraños, los minutos se cargaron de ansiedad y de pensamientos entrometidos que no le permitían centrarse en ninguna de las conversaciones que entablaba. A ella también se la veía hacer el mismo esfuerzo, pero los resultados parecían ser tan infructuosos como los suyos. No cesaba de tocarse un mechón de pelo negro que caía sobre su escote con inquietud, y sus ojos lo buscaban tanto como los suyos la buscaban a ella.

Jake se bebió una nueva copa de vino casi de un solo trago. Ya no sólo le molestaba la pajarita, sino también la chaqueta, pero llamaría la atención de todo el mundo si se la quitaba.

—¿Te encuentras bien? —Sylvia terminó por darse cuenta de que su comportamiento era un tanto extraño—. Estás sudando... —Se señaló la frente.

—¿No hace demasiado calor aquí?

—La verdad es que no.

—Pues yo lo tengo. Creo que... voy a salir a que me dé un poco el aire.

—Puedes ir a los jardines interiores. Siempre dejan una puerta de emergencia abierta. —Jake asintió—. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Seguro. —Le sonrió para que borrara ese rictus de preocupación—. Enseguida vuelvo, ¿vale?

Era lo que pensaba hacer. Saldría a los jardines, respiraría un poco de aire fresco para que se le enfriaran los pensamientos y regresaría con las emociones dominadas y bajo control. Sin embargo, mientras se encaminaba a la salida del salón, se detuvo junto a un camarero que recogía unas copas vacías y le dijo:

—Oiga, ¿ve a aquella señorita de allí? ¿La chica morena que va vestida de negro? Está junto al tipo de la pajarita roja. —El camarero dirigió una mirada prudente y asintió—. ¿Puede decirle que la espero en los jardines? —Volvió a asentir—. Sea discreto, por favor.

Utilizó la escalera para descender a la planta baja mientras se deshacía el nudo de la pajarita y se quitaba la chaqueta. Fuera estaba nevando. Los arbustos y los árboles del jardín interior tenían una delgada capa de nieve que pronto se engrosaría, a juzgar por el tamaño de los copos que caían, así que no

salió. No obstante, la temperatura del corredor era más fresca que en el salón y pronto se deshizo de ese calor sofocante.

Paseó por la galería flanqueada de columnas mientras observaba a través de los enormes ventanales las esculturas del jardín y la fuente rectangular que lo presidía. Estaba solo y en silencio, no había nadie más por allí, por eso le fue posible identificar el sonido de unos tacones que emprendían el descenso por la escalera.

Oculto entre las columnas, miró a lo alto de la galería y vio que era ella. Era Alice. Se impacientó. Una clase de impaciencia que aceleraba los latidos y secaba la boca. La vio acercarse con ese porte tan esbelto y elegante que no enmascaraba sus nervios. O tal vez su excitación. Como la que él sentía.

Ni siquiera sabía lo que iba a decirle.

—Hola, Jake. —Su voz casi fue un susurro.

—Hola.

Él sonrió un poco, pero no dijo nada más. Alice se aclaró la garganta.

—El camarero me ha dicho que estabas aquí.

—Sí, yo... no puedo estar contigo en el mismo sitio y fingir que no te conozco.

—Pero es lo que has hecho... Me has citado aquí, lejos de las miradas de todo el mundo.

—Es complicado, Alice. No quiero hacerle daño a Sylvia, a ella la ha afectado bastante todo este asunto y...

Ella alzó una mano para detener su discurso.

—No soporto que intentes justificar el hecho de que no quieras saludarme en público, Jake. —Su tristeza se hizo más profunda—. Deberías haberlo dejado estar, no deberías haberme sacado del salón para decirme esto, yo...

—Quería verte. —Ahora fue él quien la interrumpió—. Más que justificarme, deseaba estar un rato a solas contigo.

Alice respiró despacio. Sus palabras contundentes, su mirada sincera y penetrante... Estar cerca de él la empujaba a ese estado de zozobra emocional tan desesperante. ¡No soportaba estar allí! Era como permanecer al borde de un acantilado, con el viento soplando por la espalda.

—¿Para qué?

—¿Tú no lo deseas? —Inclinó la cabeza, su expresión se volvió más absorbente.

—Sí, pero... ¿qué sentido tiene?

—No lo sé. No quiero buscárselo.

Jake apretó los labios. Ella dirigió un momento la mirada hacia los copos de nieve que caían al otro lado del cristal.

—Éste es el último lugar en el que esperaba verte. Gerlof me ha dicho que Sylvia trabaja aquí.

—¿Te refieres al tipo de la pajarita roja que te acompaña? —Alice asintió—. Dijiste que no había nadie especial.

—Y no lo hay. Él es sólo... un amigo especial.

—Él no te considera de la misma manera.

—¿A qué viene este interrogatorio, Jake?

A ella le habría gustado que el tono de sus preguntas la enfadase. Necesitaba explotar por algún lado para calmar la presión asfixiante que notaba en el pecho desde que lo había visto en el cóctel, pero no pudo hacerlo porque sus palabras no sonaban a reproche. Era como si brotaran desde una dolorosa herida interior.

—Discúlpame —dijo él al fin—. No sé qué me pasa. Supongo que todavía tengo que asimilar que... que estás aquí, en Nueva York. Hace unos cuantos años asumí el hecho de que nunca más volvería a verte, y a partir de ese momento fui capaz de continuar con mi vida. Cerré el capítulo. Pero ahora has aparecido y... —No encontró las palabras adecuadas para expresar lo que quería decir.

Alice lo miraba con el corazón encogido. No sabía qué podía estar pasando por su cabeza; pero, fuera cual fuese el contenido de sus pensamientos, a él le provocaban una enorme confusión. Incluso rabia, se atrevería a decir. Siempre tan seguro, tan consecuente con todo lo que hacía y decía, parecía tan perdido como lo estaba ella. De repente, en el azul océano de sus iris, las emociones asomaron vibrantes y tempestuosas, y durante un efímero segundo Alice acarició la posibilidad de que siguiera amándola como ella lo amaba a él. Durante ese fugaz segundo, deseó con una vehemencia insoportable que la envolviera entre sus brazos y la besara hasta que todo lo que había vivido en los últimos ocho años le pareciera una simple pesadilla.

No sucedió. Toda esa rabia que transmitía se quedó estancada en sus ojos y en sus manos cerradas en puños. Alice desplomó los hombros y se quedó mirando las punteras de sus zapatos de tacón.

—Estás tan guapa... No me extraña que ese tipo se quede mirándote embelesado. Eres todavía mejor que en mis recuerdos.

Recuerdos. Eso parecía ser todo para él. Recuerdos. Ella no quería seguir viviendo anclada en ellos, por tanto, si no tenía nada más que decirle, prefería regresar a la sala antes de perder la entereza que había conseguido reunir en el transcurso de los últimos días.

—Tú también lo estás. Pero no puedes volver al cóctel con el lazo de la pajarita deshecho —señaló.

Jake se quedó mirando los extremos que colgaban sobre su pecho.

—¿Sabes cómo anudarlos? —Ella asintió y luego dio un paso al frente. Agarró los extremos con sus delgadas manos de artista, y el suave tirón que notó en el cuello fue tan estimulante como el aroma afrutado de su piel—. Es la primera vez que visto de esmoquin.

—Pues deberías ponerte uno más a menudo porque... —anudó la pajarita y comenzó a darle forma al lazo— te sienta muy bien.

Los dedos le rozaron el cuello y sus terminaciones nerviosas respondieron exageradamente. Observó la tristeza persistente en sus ojos azules, las largas pestañas negras que proyectaban sombras en el inicio de sus pómulos, los labios carnosos, que con tanto deseo y necesidad había besado en el pasado... Y notó que un impulso irracional lo impelía a cubrir esas manos suaves y blancas con las suyas y a dejarlas ancladas en su pecho para que calmaran la agitación de su alma.

—Ya está. Perfecta. —Alice se retiró un paso. Sin esconder su turbación, volvió a aclararse la garganta y luego señaló la escalera que conducía a la planta superior—. Subiré primero.

Le dedicó una última e intensa mirada antes de darse la vuelta.

—Espera. —Jake le rodeó el brazo desnudo para que detuviera sus pasos y se colocó a su espalda. Así era más fácil hablar, sin la mirada de sus ojos amorosos abriéndole heridas incurables en el corazón. Deslizó los dedos sobre su piel fría, una caricia apenas perceptible que a ella la hizo estremecer—. ¿Es cierto, Alice?

—¿A qué te refieres, Jake? —musitó.

—A lo que dijiste el otro día, poco antes de marcharnos.

—Dije muchas cosas.

—Pero sólo una es la que no puedo quitarme de la cabeza. —Su tono fue un susurro grave y desapacible—. ¿Sigues queriéndome?

«Con toda mi alma, Jake. Con toda mi alma.»

—Ahora eres tú quien lo hace. Ahora eres tú quien se empeña en que todo

sea más difícil y doloroso.

—Respóndeme. Sólo respóndeme. —Presionó los dedos sobre su piel, apremiándola a que confesara lo que, por alguna razón que todavía no entendía, necesitaba volver a oír—. ¿Continúas amándome?

—Sí —musitó con la voz magullada—. Sigo amándote.

Jake acercó la cara a su melena suelta, sólo un poco, para notar lo sedoso que era su cabello al rozarlo con los labios y la barbilla. Se incrustó su aroma en cada recóndita fibra de su cuerpo y suplicó en silencio para que sus palabras de amor arrancaran de su cabeza todo el maldito caos que lo asediaba. Ella notó esa lucha interior de Jake tras su espalda mientras batallaba contra sus propias emociones. Cuando se hicieron tan intensas que le desenfocaron la vista, cerró los ojos con fuerza y ahogó el gemido de dolor que le atravesó la garganta. En la oscuridad de sus párpados cerrados, dio vueltas y más vueltas en un carrusel desbocado. Supo que él no iba a hacer nada por detenerlo y ella no pudo soportarlo.

Alice abrió los párpados y dirigió la mirada a la escalera, que sus ojos húmedos emborronaban.

—Gerlof se estará preguntando dónde me he metido. —Puso fin al agónico trance—. Hasta luego, Jake.

Le soltó el brazo cuando ella hizo ademán de moverse. Alice huyó de él. Ni siquiera lo miró. Sus pasos atropellados dieron un rápido alcance a la escalera y luego ascendió igual de deprisa mientras se pasaba las yemas de los dedos bajo los párpados inferiores.

Cuando la perdió de vista, Jake hubo de buscar un apoyo que lo ayudara a soportar el peso demoledor que se le vino encima. Apoyó la espalda en una columna y cerró los ojos a los pequeños copos de nieve.

* * *

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó Renée nada más entrar en la sala de ensayos de Brooklyn Heights—. Parece que te hayas peleado con un gato.

—Me he cortado al afeitarme.

—¿Es que lo has hecho a oscuras? —bromeó.

Renée se quitó el abrigo y tomó asiento a su lado, en el sofá que utilizaban para descansar en las largas sesiones de ensayos. Jake estaba tocando la

guitarra, aunque las notas que fluían formaban una melodía improvisada. Sus dedos se movían por las cuerdas sin la intención de llegar a ninguna parte.

—¿Qué estás haciendo aquí tan temprano, Renée?

—Siempre llego la primera a los ensayos, ya lo sabes.

—Pero no con una hora de antelación.

—Bueno, es que he tenido una discusión con el capullo de Eddie. Que le den por el culo. No tenía ganas de aguantar sus chorradas, así que he cogido y me he venido para acá.

Jake rio entre dientes. Aquellos dos siempre estaban igual, se llevaban como el perro y el gato, pero no podían estar separados. Nadie habría apostado ni un centavo por su relación cuando se conocieron ocho años atrás, y ahora estaban casados y tenían a una niña encantadora de largas coletas oscuras que se llamaba Gisele. Renée le había puesto ese nombre en honor a su amiga.

—Tú también has llegado muy pronto, no esperaba encontrarte aquí.

—Me apetecía tocar a solas.

Renée lo observó en silencio. Últimamente, o bien se quedaba inmerso en sus prolongados silencios, o bien se le alteraba el carácter por cualquier tontería. Ya habían transcurrido cuatro o cinco semanas desde que la *señorita Mathews* había decidido que, después de ocho largos años sin dar señales de vida, le apetecía volver a asomar la nariz en la de Jake y, desde entonces, él no era la misma persona. No les había contado mucho, casi nada en realidad, pero los silencios hablaban más que las palabras. Lo conocía bien. Sabía que ese efímero encuentro al que se había referido cuando les había explicado lo sucedido lo había descentrado en todos los ámbitos. Aunque sólo él sabía qué se le estaba pasando por la cabeza.

—¿Sabes? Hace tiempo que no tenemos una conversación íntima, de las de verdad. Empiezo a echarlas de menos. —Renée estiró las piernas y cruzó los tobillos. No dejó de observarlo, y se frustró al no encontrar la respuesta que deseaba. Era como hablar con la pared—. ¿Jake? ¿Me escuchas? Tierra llamando a... ¿Marte? ¿Júpiter? ¿Dónde puñetas estás?

Él resopló.

—¿Qué demonios quieres, Renée?

—¿Charlar?

—No me apetece charlar. He venido aquí para estar solo y centrarme en la música —le contestó con aspereza.

—Pero si no estás componiendo nada...

—Contigo parlotando sin cesar, desde luego que no.

—Estás de un borde increíble, ¿sabes? No hay quien te aguante últimamente.

—Déjalo ya. No voy a entrar en ninguna discusión.

—Vaya, parece que ésa se ha convertido en tu frase favorita. Es justo lo que le dices a Sylvia.

—¿Y tú cómo sabes...? —Levantó la mirada de la guitarra y enseguida comprendió. Se habían hecho buenas amigas—. Estoy estresado, ¿vale? Tengo muchas cosas en la cabeza. Está el estudio, está la gestión de la sala, están los ensayos, mi música... Hay problemas que resolver y decisiones importantes que tomar, y el día sólo tiene veinticuatro jodidas horas. Sólo me faltaba tener que atender las paranoias de Sylvia y de mi mejor amiga.

Renée arqueó mucho las cejas.

—Todo te va de puta madre y eres muy feliz con lo que haces. ¡Ni de coña estás estresado por el trabajo! Se trata de ella, de Alice Mathews. Desde que ha aparecido estás con esa actitud de mierda, así que no vuelvas a decir que somos unas paranoicas.

Jake entornó los ojos. Su ceño indicó que se estaba enfadando de veras. Y mucho.

—Mi actitud y mis asuntos personales no son tema de debate, ¿queda claro?

—Renée alzó la barbilla en un gesto de rebeldía y Jake fue mucho más tajante e inflexible en el tono—. Te conté que había vuelto a verla porque me pareció que era algo que debía compartir con la gente a la que quiero, pero también os dejé bien claro a ti y al resto que era un tema zanjado y que no iba a hablar de ello nunca más. ¿Qué parte no entendiste?

—¿Estás planteándote dejar a Sylvia para volver con... con la chica que te destrozó la vida? Porque si eso es lo que te pasa es que estás... estás muy mal de la cabeza.

—Oye, ¡ya basta! —Se levantó de golpe, arrojando la guitarra a un lado del sofá—. ¿Has discutido con Eddie y vienes a pagarlo conmigo? ¿De qué va todo esto?

—Eddie no tiene nada que ver aquí.

—Entonces deja de decir gilipolleces —le espetó.

—Prométeme que son gilipolleces.

—Joder, esto es... —Colocó las manos en las caderas y agitó la cabeza. No

entendía por qué estaba tan enfadado, ni por qué la sangre parecía correrle por las venas a tanta velocidad. Tampoco sabía cómo detener esa rabia y esa frustración que se le habían metido debajo de la piel, ni por qué razón lo pagaba con quien menos lo merecía. No entendía nada. Trató de tranquilizarse —. Dejemos esta ridícula conversación y pongámonos a trabajar.

—Jake...

—Ya me has oído, joder.

Renée se mordió la cara interna de la mejilla para evitar más confrontaciones. Estaba claro que no era el momento de tener esa charla. Accedió y se pusieron a trabajar, aunque la tensión entre ambos se podía cortar con un cuchillo.

Se preocupaba por él. Jake era su mejor amigo y lo quería con toda su alma, y por mucho que lo negara sabía que no estaba bien emocionalmente. Lo había hablado con Luke y con Jason, y ellos no pensaban así. Se conformaban con la versión de Jake sobre lo estresado que andaba con el trabajo en las últimas semanas. ¡Qué básicos eran! Por desgracia, ella sabía que la causante era Alice Mathews. Ese apellido estaba relacionado con el caos y el sufrimiento.

Lo había pasado fatal durante el tiempo que Jake había estado en la cárcel. Ni un solo fin de semana dejó de subirse a un avión para ir a verlo. No consentiría que volviera a hacerle daño.

Al cabo de un rato, los cuatro ensayaban el repertorio que la noche siguiente tocarían en Jake's Place. Como las fiestas navideñas ya estaban muy próximas, habían incluido algunos temas navideños, como *Run Rudolph Run* o *Christmas (Baby Please Come Home)*. Sin embargo, al poco de comenzar y de manera repentina, Luke dejó de tocar la batería y esperó a que le prestaran atención. Jake fue el primero en volverse.

—¿Qué haces? ¿Por qué paras?

—Porque las canciones están saliendo como el culo. Se te olvida la letra y te confundes en los acordes. Sonamos como un grupo de aficionados. Si no estás concentrado es mejor dejarlo para otro momento.

—No vamos a dejarlo para otro momento. Seguiremos hasta que suenen perfectas.

—Pues pon algo más de tu parte.

Jake le lanzó una mirada ominosa. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Se habían puesto todos de acuerdo para tocarle las narices?

—Vamos a empezar de nuevo. Dame el ritmo —le ordenó con animosidad.

—Oye, Jake, Luke tiene razón —comentó Jason—. Estás con la cabeza en otra parte.

—Estoy donde debo estar, como si vosotros no cometieseis errores en los ensayos. Sólo es un puñetero acorde, ¿vale?

—No te pongas borde, Jake —intervino Renée, incapaz de continuar callada—. Los chicos tienen razón. Sal a la calle, despéjate y cuando estés centrado seguimos.

—¿Desde cuándo das tú las órdenes?

—Desde que estás tan ajeno al trabajo que no te das cuenta de que estamos perdiendo el tiempo. —Volvió a la carga sin importarle si lo hacía enfadar o no—. Llevas unas semanas terribles. Estás dejando que tus asuntos personales interfieran en los profesionales y, por lo que a mí se refiere, no me da la gana de que me hables mal. Así que paso.

Sulfurada, abandonó su posición detrás de los teclados, agarró una cerveza de la nevera y se dejó caer sobre el sofá.

—¿Qué crees que haces? ¡Vuelve aquí ahora mismo!

—No me da la gana —le contestó ella.

Jake la aniquiló con la mirada, pero antes de decir algo de lo que seguramente se arrepentiría después, apretó la mandíbula y contó hasta cinco.

—Jake, tío, sal un rato y despéjate. Te vendrá bien —le aconsejó Luke.

Masculló algo por lo bajo, devolvió la Takamine a su soporte y cruzó el local a grandes zancadas. Abrió la pesada puerta y la cerró de un portazo a su espalda. El aire frío de la calle le sentó bien y lo respiró hasta que los ánimos se le fueron atemperando.

No tardó en sentirse como un cretino. No era la primera vez que le hablaba así a Renée. ¿Qué le estaba pasando? No era proclive a las discusiones y jamás había sido una persona autoritaria y malhumorada, pero en los últimos tiempos andaba con las espadas en alto, sobre todo con los que más quería. Tomó una última bocanada de aire y, con esa rabia inaudita ya bajo control, volvió a entrar en el local.

La música brotaba de la batería y del bajo, y Renée continuaba en el sofá, sentada al estilo indio mientras apuraba los últimos sorbos de la cerveza. Entre enfadada y resentida, observó cómo él se acercaba, pero no tardó en darse cuenta de que había regresado en son de paz. El ceño se le desdibujó tan

pronto como Jake se agachó frente a ella y apoyó la palma sobre una de sus rodillas.

—Siento haberte hablado así.

—Me parece bien.

—Te lo digo en serio. No volverá a suceder.

—¿Seguro? —Arqueó una ceja.

—Seguro.

Renée se lamió los labios y paladeó el sabor de la cerveza.

—Sé que a veces soy muy quisquillosa, Jake, pero te has pasado tres pueblos y, encima, sin ningún motivo.

—Lo sé. Y no volverá a pasar a menos que me des un motivo real. —Se permitió bromear, y a ella se le elevaron las comisuras de los labios—. ¿Me perdonas?

Renée torció el gesto mientras lo observaba con los ojos entornados.

—Sabes que sí. —Agitó la cabeza—. Te quiero mogollón, tío.

—Y yo a ti. —Sonrió—. Ven, dame un abrazo.

—Tampoco hace falta que te pongas pasteloso, ¿eh?

—Cierra el pico, Renée. —La estrujó cariñosamente y le plantó un beso en la mejilla mientras Luke hacía un redoble de batería. Jake los miró a los tres—. Voy a salir un rato, ¿vale? Necesito un poco de aire fresco. Si tardo más de una hora en volver, no hace falta que me esperéis.

Cuando se dio cuenta había llegado a la plaza Cadman y a la entrada al puente de Brooklyn. Subió por la escalera de hormigón y accedió al paseo peatonal. Que fuese mediados de diciembre e hiciese mucho frío no echaba para atrás a los neoyorquinos y a los turistas que transitaban por el puente, y menos todavía a los vendedores ambulantes de agua y perritos calientes. Comenzó a caminar sin saber hasta dónde llegaría, el viento le mordía la cara y los *flashes* de las cámaras de fotos se disparaban sin cesar a su alrededor.

Tras pasar la primera torre del puente, los decibelios de la ajetreada ciudad empezaron a oírse más lejanos, mientras que el cielo de un atardecer anaranjado y melancólico se iba abriendo ante él. Mucho más abajo, los barcos y los ferris surcaban con calma las aguas del río Este y atraían las miradas de los turistas, emocionados ante aquel despliegue visual tan impactante. Le resultó grato presenciar las expresiones de éxtasis de los desconocidos. Él no debía de ser el único que tenía problemas, pero allí arriba todo parecía minimizarse.

Cuando llegó hacia la mitad del puente, la pareja de enamorados que caminaba unos metros por delante de él y que no había cesado de dispensarse arrumacos durante todo el trayecto le pidió si podía fotografiarlos con el perfil de Manhattan al fondo.

Jake miró a través del visor de la cámara y esperó a que se acoplaran y dejaran de besuquearse para pulsar el disparador. Tras sacarles una fotografía tradicional le pidieron que les hiciese una segunda desde otro ángulo, con el río a la espalda. Unieron los labios y Jake pensó que debía esperar a que dejaran de besarse, pero el tipo agitó los dedos en el aire como diciéndole: «¿A qué esperas?». Les hizo una tercera instantánea en la que la pareja feliz miró al objetivo con los brazos enlazados y las bocas sonrientes, rezumando tanto amor que a Jake comenzó a indigestársele.

La indigestión pasó tan pronto como los dejó atrás, pero la punzada de añoranza se volvió tan penetrante que casi no lo dejó respirar. Alice era su pasado. Su pasado lejano. Aunque parecía que habían estado juntos durante una eternidad, ¡su relación no había llegado ni a los tres meses! Sylvia era su presente, su futuro, era su ancla y su puerto seguro. Dos años de relación. ¡Dos años! ¿Por qué entonces su corazón y su cabeza se empeñaban en tirar en sentidos opuestos?

El tiempo era vacío cuando se medía la intensidad de los sentimientos.

Cuando el sol ya era una media luna que se ocultaba tras los edificios del distrito financiero, se detuvo y apoyó los antebrazos sobre la sólida estructura del puente. Admiró la bahía, donde confluían las aguas del río Este con las del río Hudson, aunque con los sentidos tan enredados era incapaz de saborear toda aquella belleza. La pareja de enamorados volvió a sobrepasarlo. Parecían danzar en lugar de caminar. Oyó los besos y los «te quiero», vio los brazos rodeando fuertemente el cuerpo del otro, buscando el contacto físico con manos hambrientas. Los observó hasta que los perdió de vista entre la gente, hasta que su anhelo se volvió tan denso que hasta su alma parecía gritarle.

El corazón y la razón parecieron acercarse. Se rozaron. Luego se fusionaron.

Dio un golpe con las palmas de las manos sobre la barandilla y deshizo el camino andado a paso rápido, con la impaciencia y el ímpetu que brotaba de su mente lúcida, con los miedos bajo llave, con el anhelo transformándose en ese amor tan intenso y asfixiante.

Antes de que el sol se ocultara llegó ante la casa de Sylvia.

Había acudido mucha gente para contemplar su obra en la noche de su estreno en Sephora. Como le había dicho Gerlof, algunas de esas personas habían ido allí desde diferentes puntos de Europa, ya que confiaban plenamente en el trabajo que se exponía en la galería. Las impresiones estaban siendo muy favorables, Alice se estaba relacionando con personas muy influyentes que demostraban un acusado interés en su arte y estaba muy bien arropada en su debut, pero no estaba disfrutando como cabía esperar de la velada. Ese vacío que llenaba sus días no desaparecía ni en ocasiones tan importantes como aquélla.

Resultar amable, sociable y comprometida con su trabajo no debería haber requerido tanto esfuerzo de su parte.

La sala era preciosa. Grande y espaciosa, de suelos blancos de mármol y techos altos de los que colgaban halógenos que parecían diamantes tan grandes como puños. Había paneles móviles y las paredes eran de color marfil. También había pequeños bancos negros con diseños vanguardistas que habían sido colocados frente a los cuadros más grandes que merecían ser contemplados sin prisas.

Y la acompañaban en esa aventura muchos rostros conocidos.

Por supuesto, allí estaban Nicole y su esposo Harvey, al que a Alice ya le habían presentado hacía unos días. Era un tipo muy serio e intelectual que entendía de arte mucho más que cualquier persona que ella conociera. Era la clase de hombre con el que siempre se había imaginado a Nicole. Atractivo, adinerado y con una excelente posición social. Había veinticinco años de diferencia entre ellos, pero ese detalle no parecía suponer ningún problema. Ambos eran unos excelentes anfitriones que le echaron una mano en el trato con la mayoría de los concurrentes.

Y también la arropaban esa noche Gerlof y Colette, y muchos de los artistas a los que había conocido desde que se había instalado en Chelsea. Pero, sin duda alguna, la presencia de Erin y de Jesse era la que más la emocionaba.

Tenerlos tan cerca en un momento profesional tan crucial era lo más valioso para ella.

La culpabilidad de su padre no la había pillado por sorpresa, ella ya lo había condenado mucho antes de que lo hiciera el juez; pero Erin sí que se había visto afectada. Era el miembro más sensible de la familia Mathews, la que siempre se había esforzado por calmar las aguas para que todos siguieran unidos. Y eso había sido imposible. No sólo su padre había renegado de las dos, su madre ahora las odiaba, pues las consideraba responsables del descrédito y el escarnio público que había sufrido su querido esposo.

Sin embargo, Alice estaba muy tranquila por su hermana, pues sabía que no podía estar en mejores manos. Erin y Jesse. Jesse y Erin. Cuando los observaba veía ese amor tan profundo y sincero que no sólo había sobrevivido a todas las dificultades con que se habían topado por el camino, sino que además se había fortalecido. Al menos, Wayne Mathews no había logrado destruirlos a ellos.

Tan pronto como encontraba un hueco se acercaba a ellos, ya que eran los únicos que conseguían que se relajase para que pudiera disfrutar de la experiencia.

Jesse le pasó un brazo alrededor de la cintura en cuanto volvió a asomar la nariz y la estrechó de un modo cariñoso.

—¿Cómo van esos nervios, eh? —le preguntó.

—Fatal, se me ha cerrado la boca del estómago. He tenido que tirar a la papelera un canapé porque no me entraba en la garganta.

—No sería el de salmón y queso, ¿verdad? —inquirió Erin—. Están riquísimos.

—No lo sé, ni siquiera he apreciado el sabor. —Resopló—. ¿Alguna novedad más que contarme? ¿Os habéis enterado de algo?

—Sí. ¿Ves a aquel tío de allí? —Jesse señaló con un movimiento de la cabeza a un hombre calvo y trajeado que había acudido desde París—. Se ha quedado embobado con el cuadro del acantilado y del barco, y ha estado hablando con la pelirroja sobre temas importantes, ya sabes... Creo que lo va a comprar.

—Y ese otro de allí, el de los zapatos de charol de color blanco, ha mencionado algo de Roma, de una galería, de que quiere a Alice Mathews... Tiene un acento muy raro, así que no he pillado gran cosa. —Erin sonrió.

—Vale, callaos los dos porque me estáis poniendo más nerviosa todavía.

—Bebe un poco y relájate. Si sigues tan nerviosa no conseguirás disfrutar de tu noche —le aconsejó Jesse.

—Lo sé, soy una exagerada.

Agarró la copa de vino blanco de su hermana y se la bebió de un solo trago.

—He dicho que bebas un poco, no que te soples la copa entera. —Jesse se echó a reír.

Era curioso lo mucho que Jesse James Gardner le recordaba a Jake. No era que fuese buscando algo de Jake en todos los hombres que la rodeaban, pero el parecido entre los dos a veces le resultaba abrumador. No sólo se daban un aire en el aspecto físico e incluso en la forma de vestir, también había expresiones, ademanes y gestos que no podrían haber sido más similares de haber compartido parentesco.

—Pero, sin duda alguna, la atracción de la noche es ese retrato tan increíble que todo el mundo se queda observando sin pestañear —prosiguió su hermana.

Se refería al retrato de Jake, ya que no había otro busto en la colección de esa noche. Cuando se lo había enseñado a Nicole hacía unos días, se había quedado tan impresionada que había querido darle un lugar destacado en la exposición. Alice le había dicho que no estaba en venta, ya que tenía un profundo valor sentimental para ella, pero, aun así, Nicole quiso que los expertos en arte pudiesen admirar aquella bellísima joya.

Y allí estaba, ocupando el sitio más relevante de la sala y flanqueado por paneles para dar privacidad a aquéllos a los que les gustaba aislarse y demorarse en la contemplación de las obras. Incluso algunos tomaban asiento en el lustroso banco negro para poder captar mejor todos los detalles en su conjunto, dado el gran tamaño del lienzo.

Alice había oído algún que otro comentario muy halagador, aunque el que más le había tocado la fibra sensible había sido el que había hecho la propietaria de una galería de arte de Boston en su presencia: «Cuanto más lo miras, más te gusta. Tengo la sensación de que la música brota realmente de las cuerdas de la guitarra. Puedo oírla».

¿Qué pensaría él si supiera que un retrato suyo estaba suscitando tantísimo interés? Seguramente, Nicole se lo contaría en alguna de sus conversaciones, aunque ella jamás tendría la manera de saberlo.

Dejó a solas a Erin y a Jesse para acudir a la llamada de Nicole, que agitó los dedos en el aire para pedirle que se acercara. Tanto ella como Harvey

estaban muy orgullosos de cómo iba avanzando la noche.

—Ya tenemos asegurada la venta de cuatro cuadros, todo un éxito para tratarse del primer día —la informó Nicole—. Nunca el estreno de un artista había sido tan espectacular.

—Estoy convencido de que mañana las críticas serán excelentes —comentó Harvey—. Charlie siempre se pasea por la sala con cara de póquer, pero ya lo conozco lo suficiente como para saber por dónde irán los tiros.

Se refería al periodista y crítico de arte Charlie Henkle, de *The New York Times*, que se había pasado por la exposición hacía un rato para hablar de ella en la publicación del día siguiente.

¡The New York Times!

Alice no iba a poder pegar ojo en toda la noche, pendiente de que se hiciese de día para ir a comprar el periódico y leer la crítica.

De repente, Nicole perdió el hilo de la conversación y, con expresión absorta, se quedó mirando hacia el fondo de la sala, por encima del hombro de Alice. Ella se dio cuenta de inmediato y pensó que alguien muy importante acababa de hacer acto de presencia en la galería. No se volvió por prudencia, pero esa expresión tan marcada, entre el alivio y la dicha, que incluso hizo brillar sus ojos verdes como dos esmeraldas, comenzó a poner a Alice muy nerviosa.

—¿Qué sucede? ¿Quién ha venido?

—Ni te lo imaginas. —Su sonrisa era amplia. Alice miró a Harvey, cuya habitual seriedad había cedido un poco y ahora curvaba las comisuras de los labios—. Vuélvete, vamos.

Con el alma en vilo, Alice se volvió despacio. A unos pasos de la entrada, destacando entre el resto de la gente que vestía de etiqueta, Jake barría la sala con una mirada desesperada. Hasta que sus ojos azules contactaron con los de ella.

La impresión le detuvo el corazón. ¿Qué estaba haciendo él allí? Buscó a su novia con la vista, pero no la encontró a su lado, parecía que había acudido solo. Se hizo un montón de preguntas mientras continuaba mirándolo, notando ahora el corazón en la garganta y cómo las pulsaciones se le iban incrementando.

Dio un paso indeciso al frente y luego otro. Jake, por el contrario, comenzó a moverse rápido en su dirección, zigzagueando entre los paneles y los presentes sin apartar los ojos de ella, que se había quedado plantada en medio

de la sala. La determinación que veía en él, en la línea marcada de la mandíbula y en su mirada audaz, hizo que las piernas se le aflojasen.

Estaba preciosa con el vestido turquesa entallado y la frondosa melena oscura peinada en un recogido informal. Llegó ante ella con los ánimos enardecidos, con un maravilloso furor que volcó en Alice tan pronto como le cogió el rostro entre las manos. Se lo alzó y absorbió el amor que sus ojos cautos le transmitían. Jake sonrió y luego le aplastó la boca con los labios sedientos, besándola con dureza y desesperación, hasta que la despojó de todas sus cautelas.

Alice se dejó arrasar por un torbellino de sensaciones exaltadas. Sintió el dolor, el amor, el deseo y la agonía, todo ello tan mezclado y agitado que estaba convencida de que el suelo también se agitaba bajo sus pies. Sin hacer preguntas, le pasó los brazos alrededor de los hombros y se estrechó contra su cuerpo tan fuerte como le permitieron los músculos y los huesos. El calor de su boca y de su lengua la abrasó y le llenó el alma de color. Ella llenó la suya de música.

Besos húmedos y apasionados, agonizantes y atormentados, fueron menguando de intensidad hasta que sus labios sólo se rozaron. Sin aliento, se miraron a los ojos. Los de Alice se cubrieron de lágrimas al tiempo que acoplaba las manos a ambos lados de su cara y le acariciaba la barba desaliñada una y otra vez.

—Jake... —susurró.

—Alice..., amor mío.

Se embebió en ella, en esas facciones tan hermosas y añoradas, y luego ahogó su propia emoción abrazándola tan fuerte que hasta temió hacerle daño. Enterró la cara en su fragante cabello y ella le acarició la espalda.

—Asegúrame que no estoy soñando, Jake, por favor...

—Te lo aseguro, cariño. Te lo aseguro.

No, no podía tratarse de un sueño. Era demasiado real para no ser cierto. Sentía a la perfección las yemas de los dedos de Jake presionando sobre su piel, y las suyas horadándole la firme musculatura de la espalda.

Las pupilas de él se movieron amorosamente por su rostro.

—Te quiero, Alice. Siempre ha sido así. Nunca he dejado de hacerlo.

—Yo también te quiero. No puedes imaginarte cuánto.

—Te he echado tanto de menos... Tu sabor, tu olor, tu voz...

—Y yo a ti...

Ella apenas podía hablar, un sofoco de emociones le apretaba la garganta y le subió hasta los ojos, arrasándoselos en lágrimas.

Jake volvió a besarla y palió toda esa amarga desesperanza que lo acompañaba desde hacía tantos años, apresándole los labios con vigor, mientras un gemido ronco desvelaba lo profunda que era su necesidad de estar con ella. Alice cerró los párpados con fuerza y con la voz ahogada le dijo que lo quería, una y otra vez.

¿Eran aplausos lo que se oía a su alrededor? Sí, lo eran, pero le llegaban distorsionados, como si los oyese desde debajo del agua. Los ignoró, sólo podía centrarse en él, en la increíble realidad de que estaba en sus brazos de nuevo, en ese lugar maravilloso del que jamás debería haberse alejado. La emoción que sentía era tan enorme que no podía dejar de llorar.

—No puedo creer que estés aquí.

—Yo tampoco. En teoría debería estar tocando ahora mismo, pero he hecho unos cambios de última hora para venir a por ti.

A ella se le formó una sonrisa emotiva.

—¿Cómo me has... encontrado?

—Nicole me dijo que hoy expondrías en su galería. —Se le había corrido un poco el rímel, pero él lo arregló con la yema de los dedos. Entonces se puso serio—. Eres el amor de mi vida, ¿sabes? He intentado negarlo en muchas ocasiones y me he empeñado en ir contracorriente, sobre todo desde que volviste a aparecer, pero no se puede tapar el sol con un dedo. Y tú eres mi sol, Alice.

—Y tú eres el mío, Jake. —Sollozó emocionada—. Y te prometo que esta vez voy a quedarme a tu lado para siempre, nada ni nadie volverá a separarnos. Jamás.

Internó los dedos entre los mechones rebeldes y castaños. No podía dejar de deslizar sus huellas en Jake. Aún tenía miedo de que se evaporase. Él sonrió. Esa sonrisa ligera que se torcía hacia la derecha y que eclipsaba su mundo. ¡Cuánto la había añorado!

—Estás tan guapo... —Movió el dedo índice por el arco de sus labios.

—¿Qué esperabas? ¿Que hubiese engordado veinte kilos y me hubiese quedado calvo?

—No. —Se echó a reír—. Te imaginaba justo así. Y, aunque hubiese sucedido eso, te seguiría queriendo igual.

—¿Ah, sí? —Alice asintió sin ningún género de dudas mientras él secaba

los restos de sus últimas lágrimas—. Deberíamos hacer una locura, ¿sabes?

—¿Una locura? ¿De qué tipo?

—Largarnos a Las Vegas esta misma noche, casarnos en alguna de esas capillas tan horteras, tatuarnos nuestros nombres y hacer el amor hasta que amanezca.

Alice se llevó una mano a la boca, esta vez, para sofocar la risa. Él esperaba que le dijese que había perdido el juicio por completo, pero, en lugar de eso, se encogió de hombros y le contestó con ojos risueños.

—¿Por qué no? Quiero hacer todas las locuras del mundo contigo.

Y volvieron a besarse. Él la alzó y ella dejó de tocar el suelo con los tacones.

Y volvieron a correr por la sala los murmullos de emoción de los asistentes, que contemplaban la escena con el corazón encogido.

—Creo que te he puesto en evidencia delante de todo el mundo —murmuró, aunque sin mostrar ningún signo de arrepentimiento—. Te prometo que pensaba comportarme como un ser civilizado por respeto a tu trabajo, pero en cuanto te he visto no he podido remediarlo.

—No quiero que remedies nada, así es perfecto —musitó.

Alice le colocó las manos sobre los pectorales. Él también tenía el corazón a mil. Se miraron como dos locos enamorados. Aquellos largos y tortuosos años de separación no habían desgastado su amor, lo habían vuelto más fuerte y resistente. Alice contuvo el impulso loco de gritar a los cuatro vientos lo mucho que lo amaba, lo feliz que era de volver a tenerlo en su vida, sobre todo después de haberlo dado por perdido.

Le llegó la voz compungida de una mujer que decía que era la escena de amor más bonita que había visto en su vida y que por fin los dos estaban juntos. Alice desvió un momento la mirada y supo que se trataba de Nicole. Estaba llorando a lágrima viva. Su esposo acababa de tenderle un pañuelo de papel para que se las enjugase, y Alice le dedicó un gesto de agradecimiento desde la distancia.

Se turbó un poco al tomar conciencia de que estaban siendo el centro de atención de los presentes, pero el amor era mucho más fuerte que el pudor. Además, todos estaban encantados. Vio un montón de caras conmovidas.

—Entiendo que nos estén mirando, pero ¿tienes idea de por qué lo hacen como si yo fuera un extraterrestre? —inquirió Jake contra sus labios húmedos—. ¿Es que nunca han visto a un tío besar a una chica en una galería de arte?

—Probablemente, no. —Rio.

Jake estaba en lo cierto. Llamaba poderosamente la atención que lo señalasen con un interés tan acusado, como si les despertase la curiosidad por algo más que por la escena tan apasionada que estaban protagonizando. De súbito, Alice reparó en el motivo.

—¡Casi lo había olvidado! —Enlazó los dedos con los de Jake y esbozó una sonrisilla dulce—. Ven conmigo.

Lo condujo hacia el rincón predominante de la sala y se internaron entre los paneles que dividían las distintas colecciones. Dejó a Jake plantado frente al cuadro de su retrato.

—Creo que se han dado cuenta de que tú eres él.

Quedó sumamente impactado. Observó el lienzo del mismo modo que contemplaría el más bonito de los atardeceres, aunque la emoción que comenzó a desprenderse de él no se la habría ocasionado ninguna puesta de sol. Alice disfrutó de sus sensaciones. Estaba segura de que cada vez que su nuez se movía era un intento inútil de aflojar el nudo que se le había puesto en la garganta. Y los ojos se le enrojecieron. ¡Nunca lo había visto emocionarse tanto!

—¿Cuándo...? ¿Cuándo lo has pintado? —le preguntó cuando por fin consiguió hablar.

—Hace ocho años hice casi todo el trabajo. ¿Reconoces la tapicería marrón sobre la que apoyas la espalda?

Él entornó los ojos.

—Cómo olvidarla... Ese viejo sofá. Nunca me di cuenta de que estuvieses retratándome a mí.

Alice se acercó a él y le pasó los brazos alrededor de la cintura. Jake le dio un sonoro beso en la cabeza.

—Es... impresionante, Alice.

—Las circunstancias me impidieron terminarlo en aquel entonces. Después lo embalé y se pasó los ocho años encerrado en un almacén de Chicago. Verlo dolía demasiado. —Suspiró—. Lo he acabado hace poco, después de nuestro primer encuentro. Necesitaba expresar lo fuertes que son mis sentimientos por ti, contárselo al mundo. Y creo que lo he conseguido porque... todos están muy impresionados.

—¡Yo estoy impresionado! Ya sabes que no entiendo mucho de arte, pero... Demonios, oigo la música, ¿sabes? Puedo oírla. —Meneó la cabeza, no salía

de su aturdimiento. Acercó un poco la mirada hacia la pequeña placa acoplada a la pared en la que se mostraba la información de la obra. El título que ella le había puesto le removió un poco más los sentimientos—. *Trapped on You*.

Alice sonrió a su lado.

—No quiero que lo vendas —dijo con determinación.

—No está en venta. Jamás me desprendería de él.

Jake la envolvió en un abrazo estrecho y se dedicó a besar su rostro como si no hubiera un mañana. La frente, la nariz, los labios... Ahora estaba plenamente convencido de que ni su corazón ni su cabeza se equivocaban. Ella era la única que lo hacía sentir completo, que llenaba todos sus oscuros y fríos vacíos.

Alice era su mitad, y él era la suya.

La besó en la boca de un modo dulce, lento, pausado. Un beso que terminó abrasándolos y que por eso se volvió contenido. No era el lugar. Habían esperado ocho años, así que podían esperar unos minutos más.

—Jamás pensé que diría esto, pero... No me mires de ese modo, no me lo pongas tan difícil, Jake —susurró con las mejillas enardecidas—. Tengo que esperar a que la exposición finalice, no puedo ser la primera en desaparecer.

La gente continuaba observándolos. Él también habría pasado vergüenza de no ser porque estaba acostumbrado a desenvolverse delante de un público numeroso, aunque, desde luego, no tan estirado como aquél.

—Pero si no estoy haciendo nada. —Sus labios se torcieron en una mueca pependenciera—. Sólo estoy imaginando... cosas.

Ella se mordió los labios para evitar echarse a reír. Luego se puso de puntillas y se olvidó de su vergüenza, porque necesitaba abrazarlo mucho más que dejar de ser el centro de atención.

—Oh, Jake. Me parece increíble que estés aquí.

—No podría ser feliz estando en otro lugar.

—Te amo.

—Te amo, Alice.

* * *

Aquella misma noche, ya entrada la madrugada, se dejaron caer sobre la enorme cama que presidía la habitación del hotel. Con las cortinas bien cerradas para que no se colaran los destellos de luz de la agitada ciudad de

Las Vegas, hicieron el amor sobre las sábanas color burdeos. Jake la amó despacio. Apreció el transcurso de cada segundo. Se llenó los sentidos con cada beso, con cada caricia, con cada nueva cadencia que marcaban sus caderas sobre el cuerpo sediento de ella. Redescubrió a Alice con emoción, aunque no había olvidado ni lo suave que era su tacto ni lo glorioso que era su sabor. Y ella lo redescubrió también, y le dijo entre murmullos de éxtasis que lo quería todo de él. Su cuerpo. Su alma. Su mente.

—Todo, Jake.

¿Si había valido la pena su paso por la cárcel y aquellos ocho largos años de inmenso vacío? Sí, sin duda alguna. Por volver a tenerla desnuda entre sus brazos, excitada, temblorosa y envolviéndolo en ese amor que derrochaba sin límites, habría vuelto a pasar por todo ese calvario. Y ella también lo habría hecho, no tenía que preguntárselo. Sus ojos transparentes y enamorados, sus manos recorriendo con mimo su rostro como si quisiera grabárselo en las yemas de los dedos se lo decían todo. Le decían que ahora eran uno solo y que sus almas estaban soldadas para siempre.

—Para siempre, Alice. —Ella tenía la mirada desenfocada, el placer la estaba arrollando de nuevo, y lo hacía tan fuerte que su cuerpo era un tenso arco que se curvaba bajo el suyo—. ¿Me oyes, cariño?

—Para siempre, Jake. ¡Para siempre! —jadeó.

Epílogo

Chicago, cuatro meses después

Entraron en uno de los locutorios del centro penitenciario del condado de Cook y esperaron a recibir las indicaciones del alguacil. El espacio era grande, pero el ambiente y el olor eran densos. Hacía mucho calor allí dentro. La mayoría de las cabinas estaban ocupadas por visitantes que charlaban casi a gritos para hacerse oír por los presos que estaban al otro lado del grueso cristal.

Durante los años que había ejercido la abogacía, Alice había visitado muchos centros penitenciarios y se había acostumbrado a que el ambiente sórdido de las cárceles no la alterara lo más mínimo. Sin embargo, en esta ocasión era diferente. Jake había cumplido una condena de un año en aquella misma cárcel y Alice sabía que si ahora él mantenía el aplomo y una entereza admirables se debía a que estaba deseoso de mirar a la cara a Wayne Mathews y colocar ante sus narices aquello que habían ido a mostrarle.

El alguacil les indicó que tomasen asiento en la cabina libre, frente al cristal, al tiempo que Wayne aparecía custodiado por un funcionario al otro lado de la sala. Llevaba puesto un uniforme de color beis que le iba muy holgado, probablemente porque había perdido mucho peso, pero el semblante orgulloso y la inclinación soberbia de la mandíbula continuaban ahí, al igual que el peinado pulcro de sus cabellos blancos.

Los ojos azules, ahora más hundidos en las cuencas, no mostraron ningún atisbo de emoción al ver a su hija. Ella tampoco sintió ni una pizca de afecto, tan sólo un profundo asco que le revolvió el estómago. Sin embargo, cuando él se dio cuenta de quién era su acompañante, los ojos se le desorbitaron y asomó en ellos un brillo colérico.

El señor Mathews dejó caer su huesudo cuerpo en la silla y centró todo el interés en Jake. Fue un alivio para Alice, ella tenía muy poco que decirle, era

Jake quien deseaba llevar el peso de la conversación, quien más necesitaba saldar las cuentas pendientes que tenía con su padre.

Wayne Mathews agarró el teléfono negro que tenía a su izquierda. Los nudillos le atravesaron la piel macilenta mientras apretaba la horquilla contra la oreja. Jake hizo lo propio.

—¿Tú qué demonios haces aquí? —preguntó con la voz cavernosa.

—Si te soy sincero, me moría de ganas de verte a ese otro lado de la sala de visitas. Lo he deseado con todas mis fuerzas desde el momento en que te conocí.

—No voy a estar aquí eternamente, desgraciado.

—Menos de lo que te mereces —aseguró, inalterable a sus insultos. Alice se puso tensa, pero Jake colocó la mano sobre su muslo para pedirle que se relajara. Los descalificativos de su padre no tenían ningún efecto sobre él—. Hemos venido a darte una gran noticia.

El tono frío y provocador que empleó Jake hizo que el señor Mathews estallara como una bomba de relojería. Se quedó mirando a Alice y bramó tan fuerte que para entenderlo no hizo falta que ella lo escuchase a través del telefonillo.

—¿Vuelves con este tipo para deshonrarme una vez más, eh? ¿No le has hecho ya suficiente daño a la familia?

—¿Que yo os he hecho daño? —Alice meneó la cabeza y decidió morderse la lengua.

—¡Mancillaste mi apellido involucrándote con este tipo! ¿Y ahora te plantas aquí con él y permites que me hable de ese modo? ¿A mí? ¿A quien te lo ha dado todo?

—Lo único que me has dado ha sido una vida llena de dolor, y eres tú quien ha mancillado nuestro apellido, no él —saltó enfurecida. Qué difícil era guardar la calma ante semejante ser humano. Se había prometido a sí misma que, pasara lo que pasase, no le daría el placer de que la viese alterada, pero acababa de perder los estribos. Respiró hondo para tratar de recuperar el dominio de sus emociones—. Amar a Jake es lo mejor que me ha ocurrido en toda mi vida. Una deshonra es lo que tú has hecho, y por eso estás donde te mereces estar, aunque si hubiese dependido de mí escoger tu condena, ten por seguro que no habría sido tan indulgente como el juez que te la impuso.

—Eres una ingrata y una malnacida. ¡Debería haber renegado mucho antes de ti!

—¡Ojalá lo hubieses hecho la noche que apareciste en mi casa para joderme la vida!

Jake volvió a la cabeza hacia ella y le pidió que se tranquilizase.

—Déjame a mí, ¿vale, cariño? No te conviene exaltarte. —Alice inspiró hondo el aire enrarecido de la sala y asintió a las palabras de Jake—. ¿Prefieres salir?

—No, no me perdería por nada del mundo la cara que va a poner cuando se entere de lo que hemos venido a contarle.

Jake asintió y, a continuación, sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros la pequeña fotografía que estampó contra el cristal del locutorio, frente a aquellos ojos tan inhumanos.

—¿Sabes lo que es? —le preguntó, utilizando un tono incisivo y demoledor—. Yo creo que sí, ¿verdad, señor Mathews?

Alice apreció que le cambiaba el color de la cara. Del rojo intenso pasó al blanco cadavérico y luego a un morado encarnizado mientras los globos oculares se le abrían desmesuradamente al contemplar la imagen que Jake le mostraba. Pensó que le estallarían las venas de la cara porque se le hincharon como globos, y los dedos de las manos se le agarrotaron como garfios. Había presenciado muchas veces los brotes de ira de su padre, pero ninguno había sido tan descomunal como ése. Creyó que le daría un infarto.

—Faltan cinco meses para que nazca, pero ya sabemos que es una niña y que va a llamarse Hazel. Hazel Mancini Mathews. Tu nieta. —Jake observó cómo se le aceleraba la respiración y cómo los ojos se le cubrían de horror. Intentó apartar la mirada de la imagen que mostraba la última ecografía que le habían hecho a Alice, pero Jake golpeó el cristal con la palma—. ¡Mírala! —le gritó—. Es sangre de tu sangre y no sólo llevará mi apellido, ¡también llevará el tuyo, maldito bastardo!

Dio la impresión de que Wayne Mathews iba a ahogarse. Ni siquiera la foto de aquella criatura inocente que se estaba gestando en el vientre de su hija lo humanizó lo más mínimo. Todo lo contrario. Jake disfrutó haciéndolo. Disfrutó pulverizando su orgullo y machacando su soberbia, aunque lo apenó muchísimo tener que hacerlo de ese modo. Que lo considerara a él poco menos que un delincuente le traía sin cuidado, pero Hazel era sagrada. Nunca debería haber sido un arma arrojada con la que destrozó a aquel ser tan miserable.

Alice sentía vergüenza y asco, y no pudo soportar por más tiempo que su padre continuase despreciando a las dos personas que más quería. Se puso en

pie y colocó la mano sobre la espalda inclinada de Jake con gesto amoroso y tranquilizador. Miró a su padre. Esperaba que ésa fuese la última vez que tuviese que hacerlo.

—Hazel ha sido el fruto de nuestro amor. De ese amor que no pudiste destruir pese a que lo intentaste con todas tus fuerzas. —Tomó aire—. Hazel Mancini Mathews —deletreó cada sílaba para que se le incrustara bien en el cerebro—. Va a ser la niña más querida del mundo y se convertirá en una persona maravillosa porque lleva los genes de un hombre increíble y, gracias a Dios, yo no he heredado la maldad de los tuyos —le espetó. En ningún momento se le ocurrió pensar que la noticia de su embarazo pudiera ablandarle lo más mínimo el corazón, pues estaba segura de que tenía un trozo de piedra en su lugar, pero esa reacción tan desmesurada de repudio... No podía continuar mirándolo a la cara—. Vámonos de aquí, Jake.

Él recuperó la fotografía y, a continuación, se inclinó ligeramente sobre el cristal para mirar a Wayne Mathews un poco más de cerca. Estaba hundido, su arrogancia se había desplomado como un castillo de naipes, aunque aún se agarraba con uñas y dientes a lo que le quedaba de orgullo.

—Tienes unas hijas increíbles, señor Mathews. Has perdido lo único bueno que has hecho en toda tu patética vida. En el fondo, me das lástima.

El alguacil los acompañó a la salida.

* * *

Dieron un paseo por el concurrido Lakefront Trail antes de que se hiciese la hora de la cena. El camino que discurría junto al lago Michigan y Grant Park se había vestido de primavera, y la brisa húmeda estaba perfumada con el olor de las flores y de la hierba fresca. Había embarcaciones de recreo surcando las aguas del lago, cuya superficie absorbía los colores cálidos del atardecer.

Les apetecía tomar un poco el aire después del tenso encuentro que habían tenido con Wayne Mathews. Nada como inspirar la brisa pura de la costa de Chicago para sacarse de dentro ese otro tan turbio que habían respirado en el interior de la cárcel. Jake se había preocupado mucho por ella y por el bebé, pensaba que exponerse a ese encuentro tan desagradable podría perjudicarla más de lo que ella había supuesto, pero Alice lo había tranquilizado asegurándole que tanto ella como Hazel estaban en perfectas condiciones.

—Ya está superado. Tú nos das a las dos todo el amor que necesitamos — le había dicho mientras abandonaban las inmediaciones de la cárcel.

Con los brazos rodeándose por la cintura, ahora hablaban de la velada que los aguardaba a bordo del barco de Jesse, antes de que por la mañana tomaran un vuelo de regreso a Nueva York. Estaba atracado en el muelle de Chicago, cerca del lugar por el que ahora paseaban. Les habían prometido una cena deliciosa con platos tradicionales de Carolina del Norte, el estado natal de Jesse, que tanto Erin como él habían aprendido a cocinar con la inestimable ayuda de Gertrude Gardner, su madre.

Jake y Jesse habían hecho muy buenas migas. Tenían un montón de cosas en común y una manera de pensar muy similar sobre muchos temas, empezando porque ambos habían sido el blanco de la crueldad de Wayne Mathews. Ya apenas se hablaba de ese asunto, existían otros muchos en los que también coincidían y que resultaban muchísimo más interesantes, como esos días de relax que habían planeado pasar los cuatro juntos en Beaufort, el pueblo de Jesse, que Erin siempre decía que era el paraíso en la tierra.

De repente, Alice se detuvo en seco en medio el paseo.

—Oh, ¡Dios mío!

Abrió los ojos desmesuradamente mientras se llevaba una mano al vientre incipiente.

—¿Qué? ¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien? —Jake se asustó tanto que se le desencajó la expresión—. ¿Es el bebé? ¿Algo va mal?

Entonces ella se echó a reír y él dejó de apretar la mandíbula.

—¿Sabes que me has dado un susto de muerte?

—Me ha propinado su primera patada, Jake. ¡He sentido a Hazel! La he notado justo aquí. —Cogió la mano de él y se la llevó al lado izquierdo del vientre—. Justo aquí. ¿La notas? Lo está volviendo a hacer.

A él se le iluminó la cara.

Agradecimientos

Quiero dedicar estas líneas para agradecer a todas esas personas especiales que día a día hacen posible que mi sueño siga cumpliéndose. A mi madre porque eres la persona más importante de mi vida, a mi padre porque sé que sigues cuidándome desde el cielo, a mi hermano porque siempre me echas un cable cuando lo necesito y a Miguel porque siempre me haces reír incluso cuando las cosas no tienen gracia. Os quiero.

A Pilar Fernández porque te llevo muy metida en el corazón y a Ana R. Vivo porque eres mi compañera de batallas y siempre me arrancas una carcajada. A Elena Escribano, fiel amiga y lectora, contigo me siento libre de explorar mi lado más loco. A Loli Galdón porque desde que te conozco me conozco un poco más a mí misma. A Salud Albanés, porque eres música en mi vida. A Juan Luis García, porque me permitiste soñar a tu lado y volar muy alto sin necesidad de tener alas. Porque hay mucho de ti en esta novela, y porque no te olvido.

También quiero agradecerte, Esther Escoriza, que hayas confiado en esta novela y que me hayas brindado la grandísima oportunidad de publicar con Planeta. Y también agradecer el apoyo a mis fieles lectoras, a las antiguas, a las presentes y a las que estáis por venir. Espero que *Cuando vuelva a encontrarte* se os meta debajo de la piel.

Y por último, aunque no menos importante, a Jon Bon Jovi. Gracias por tu música, por la pasión y por la inspiración. Te admiro de aquí a la luna (o incluso más lejos). Mi vida ha tenido magia desde que entraste en ella. ¡Te veo en julio!

Biografía



Mar Carrión nació en Albacete, ciudad en la que reside. Se licenció en Derecho por la Universidad de Castilla-La Mancha y ya desde pequeña fantaseaba con la idea de ser escritora. Con sólo once años comenzó a escribir sus primeras novelas, pero no fue hasta el año 2008 cuando vio su sueño hecho realidad. Con su novela *Bajo el cielo de Montana* ganó el III certamen de novela romántica de la editorial Terciopelo, y a esta primera publicación la siguieron otras igualmente románticas, algunas de ellas mezcladas con el género de suspense. En su amplia bibliografía se encuentran títulos como *Decisiones arriesgadas*, *Senderos*,

Mary cambia su destino —novela con la que ganó el I certamen de novela corta de la editorial Harlequín—, *Trampas de seda* —ganadora de dos premios Dama, a la mejor novela y a la mejor autora nacional—, *Después de la lluvia*, *Arenas movedizas* —premio Dama a la mejor novela romántica contemporánea—, *El jardín de Neve*, *Detrás del telón*, *Nada es lo que parece* y *Azul cielo*.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<https://www.facebook.com/MarCarrion74/>>.

Referencias a las canciones

Run Rudolph Run, J. Joes J. Edizioni Musicali, interpretada por Chuck Berry.
Christmas (Baby Please Come Home), Reprise Records, interpretada por Michael Bublé.

Cuando vuelva a encontrarte

Mar Carrión

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Joshua Newton - Unsplash y Ollyy- Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Mar Carrión, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20782-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

